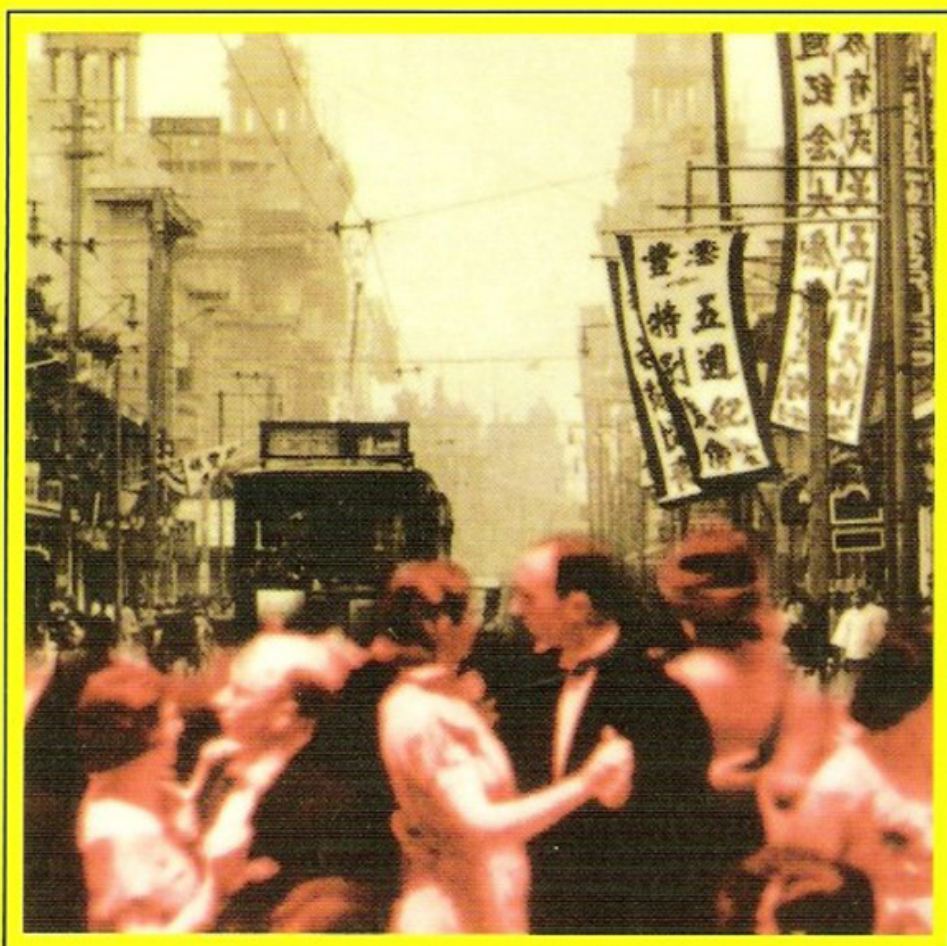


Kazuo Ishiguro

Cuando fuimos huérfanos



Inglaterra, años treinta. Christopher Banks se ha convertido en el más célebre detective de Londres. Pero hay un enigma que es incapaz de resolver y del que él mismo es protagonista: cuando era niño y vivía en Shangai con su familia, sus padres desaparecieron misteriosamente, acaso secuestrados por la mafia china por un asunto relacionado con el tráfico de opio.

Él, que creció como un huérfano, tiene recuerdos vagos y contradictorios de lo que realmente sucedió. Pero la ausencia de sus padres, de los que ni siquiera sabe con seguridad si están vivos o muertos, le atormenta. Y por eso decide que ha llegado el momento de enfrentarse al caso de su vida y viaja desde una Europa convulsa en la que emerge el fascismo y se avecina la guerra a un Shangai convertido en polvorín en el que se enfrentan los chinos comunistas y el ejército japonés invasor. En esta ciudad cosmopolita y caótica Christopher Banks, en busca de las claves de su pasado, se verá inmerso en una pesadilla kafkiana...

Cuando fuimos huérfanos se presta a diferentes lecturas. Más allá de la trama detectivesca, de los temas históricos de la corrupción y las guerras en las colonias, se puede leer como un cuento de hadas freudiano... Una novela rica y clara, pese a su complejidad.



Kazuo Ishiguro

Cuando fuimos huérfanos

ePub r1.0

3L1M45145 13.04.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *When we were orphans*

Kazuo Ishiguro, 2000

Traducción: Jesús Zulaika

Diseño de cubierta: Julio Vivas

Editor digital: German25

ePub base r1.2

Para Lorna y Naomi

Primera parte

Londres, 24 de julio de 1930

Era el verano de 1923, el verano en que dejé Cambridge, cuando pese a los deseos de mi tía de que volviese a Shropshire decidí que mi futuro estaba en la capital y alquilé un pequeño apartamento en el número 14b de Bedford Gardens, en Kensington. Recuerdo ahora aquel verano como el más maravilloso de todos los veranos. Después de años de sentirme eternamente rodeado de compañeros, tanto en el colegio como en Cambridge, me producía un gran placer disfrutar de mi propia compañía. Me gustaban los parques de Londres, la quietud de la Sala de Lectura del Museo Británico. Disfrutaba de tardes enteras paseando por la calles de Kensington, haciendo planes para el futuro, deteniéndome de cuando en cuando para admirar cómo aquí, en Inglaterra, hasta en mitad de una gran ciudad como Londres, es posible encontrar enredaderas y hiedra tapizando las fachadas de las mansiones.

Fue en uno de estos lentos paseos cuando por azar me encontré con James Osbourne, un antiguo compañero del colegio, y al descubrir que era vecino mío le sugerí que pasara a visitarme la próxima vez que estuviera por allí. Aunque hasta ese momento, desde mi mudanza a Londres, no había recibido visita alguna, le hice el ofrecimiento muy seguro de mí mismo, ya que había elegido el apartamento con sumo esmero. El alquiler no era elevado, pero mi patrona había amueblado la casa con un gusto que evocaba un pasado victoriano apacible y sin prisas. El salón, muy soleado en la primera mitad del día, estaba amueblado con un sofá anticuado y dos cómodos sillones, un aparador antiguo y una librería de roble llena de ajadas enciclopedias (todas las cuales, estaba convencido, obtendrían la aprobación de cualquier visita). Además, casi en cuanto arrendé estas piezas fui hasta Knightsbridge y adquirí un juego de té Queen Anne, varios

paquetes de diversos y buenos téis y una gran caja de galletas. Así, cuando días después Osbourne se presentó una mañana, pude invitarle a un refrigerio con una seguridad en mí mismo que jamás le habría permitido sospechar que se trataba del primer invitado que recibía en mi nueva casa.

Durante los primeros quince minutos Osbourne, inquieto, no paraba de moverse por la sala, alabando las cosas que veía y examinando esto y aquello, sin dejar de mirar por la ventana de tanto en tanto para comentar vehementemente lo que veía en la calle. Al cabo se dejó caer en el sofá, y pudimos intercambiar noticias sobre nosotros y nuestros antiguos compañeros de colegio. Recuerdo que pasamos un rato discutiendo las actividades de los sindicatos obreros, antes de embarcarnos en un largo y placentero debate sobre la filosofía alemana, lo que nos permitió desplegar mutuamente las destrezas intelectuales que ambos habíamos adquirido en nuestras respectivas facultades. Luego Osbourne se levantó y volvió a pasearse por la sala, y mientras lo hacía fue enumerando sus diversos planes para el futuro.

—Tengo pensado meterme en el negocio editorial, ¿sabes? Periódicos, revistas, ese tipo de cosas. De hecho, me encantaría escribir una columna. Sobre política, sobre grandes temas sociales. Es decir, siempre que no decida dedicarme yo mismo a la política. Y déjame preguntarte, Banks: ¿no has decidido aún a qué dedicarte? Mira, todo está ahí fuera, esperándonos. Me señaló la ventana. Seguro que tienes algún plan.

—Supongo que sí —dije, sonriendo. Tengo una o dos cosas en la cabeza. Te las comunicaré a su debido tiempo.

—¿Qué guardas en la manga? ¡Venga, suéltalo ya! ¡Voy a sacártelo en menos que canta un gallo!

Pero no le dije nada en absoluto, y no había pasado mucho rato cuando lo tuve de nuevo discutiendo de filosofía o poesía o cualquier otra disciplina. Luego, alrededor del mediodía, Osbourne recordó de pronto un almuerzo ineludible en Piccadilly y se puso a recoger sus cosas para marcharse. Estaba ya en la puerta, de espaldas, cuando se dio la vuelta y me dijo:

—Escucha, viejo amigo. Quiero decirte algo. Esta noche voy a una fiesta. En honor de Leonard Evershott. El magnate, ya sabes. La da un tío

mío. Te lo digo sin ninguna antelación, ya sé, pero me pregunto si te apetecería venir. Lo digo en serio. Llevo bastante tiempo queriendo buscarte, pero no me había surgido la ocasión. Es en el Charingworth.

Al ver que no respondía de inmediato, dio unos pasos hacia mí y añadió:

—Pensé en ti porque estuve recordando. Y recordé que tú solías pincharme con lo de que estaba «bien relacionado». ¡Oh, vamos! ¡No hagas como si no te acordaras! Solías interrogarme sin piedad. ¿Bien relacionado? ¿Qué diablos quiere decir eso: «bien relacionado»? Bien, me he dicho, ésta es una buena ocasión para que el bueno de Banks pueda ver por sí mismo qué es eso de... estar «bien relacionado». —Sacudió la cabeza, como recordando, y añadió—: ¡Dios santo, hay que ver lo bicho raro que eras en el colegio!

Creo que fue en este punto cuando finalmente acepté la invitación a aquella velada —que, como luego explicaré, habría de ser más importante de lo que yo jamás hubiera imaginado en aquel momento—, y le acompañé hasta la puerta sin dejar que pudiera leer en mi semblante el resentimiento que habían suscitado en mí sus últimas palabras.

Tal resentimiento no hizo más que acrecentarse en cuanto volví a sentarme. Había adivinado casi de inmediato a qué se había referido Osbourne. El hecho era que, en tiempos del colegio, yo había oído multitud de veces que Osbourne estaba «bien relacionado». Era una frase que indefectiblemente salía a relucir cuando se hablaba de él entre nosotros, y sospecho que también yo la utilizaba cuando se hablaba de su persona. Era, en efecto, algo que me fascinaba. La idea de que, de algún modo misterioso, y por mucho que no se comportara de modo diferente al resto de nosotros, se hallaba «conectado» con algunos de los más altos círculos mundanos. Sin embargo, no me puedo imaginar «interrogándole sin piedad», como él había afirmado instantes antes. Es cierto que era algo en lo que yo pensaba a menudo cuando tenía catorce o quince años, pero Osbourne y yo no habíamos sido amigos íntimos en el colegio, y, según podía recordar, sólo había empleado la expresión de marras en una ocasión.

Fue una mañana neblinosa de otoño. Los dos estábamos sentados en un pretil, a la entrada de un hostel de la campiña. Creo recordar que por

entonces estábamos acabando la secundaria. Nos habían nombrado «señalizadores» en una carrera a campo traviesa, y estábamos esperando a que los corredores emergieran de la niebla en un campo cercano para mostrarles la dirección que debían tomar —una embarrada senda. No esperábamos a los corredores tan pronto, así que nos habíamos puesto a charlar para pasar el rato, y fue entonces —tengo la certeza— cuando le pregunté a Osbourne sobre sus «buenas relaciones». Osbourne, que pese a su carácter expansivo era de natural modesto, trató de cambiar de tema. Pero yo insistí hasta que dijo:

—Oh, déjalo, Banks. No son más que tonterías; no hay nada que hablar sobre el asunto. Uno conoce a gente, eso es todo. Uno tiene padres, tíos, amigos de la familia. No sé lo que puede parecerle tan interesante al respecto. Acto seguido, cayendo en la cuenta de lo que acababa de decir, se volvió y me tocó el brazo—: Lo siento muchísimo, amigo mío. Ha sido una horrible falta de tacto por mi parte.

Aquel *faux pas* pareció causar en Osbourne un embarazo mucho mayor que el mío. Ciertamente no era imposible que aquello hubiera permanecido en su conciencia a lo largo de los años, y que al pedirme que lo acompañara al Charingworth Club aquella noche no hiciera más que intentar una suerte de tardío desagravio. En cualquier caso, su comentario indelicado aquella neblinosa mañana del pasado no me había molestado en absoluto. Lo que siempre me causaba cierta irritación, en realidad, era que mis compañeros del colegio, pese a su proclividad a reírse y a hacer bromas acerca de prácticamente todo lo relativo a las desgracias que a uno pudieran sucederle, mostraran tal solemne gravedad en cuanto oían mencionar la inexistencia de mis padres. De hecho, y por extraño que pueda parecer, el hecho de no tener padres —ni ningún tipo de familiares cercanos en Inglaterra, salvo una tía en Shropshire— hacía tiempo que había dejado de suponerme un grave inconveniente. Como a menudo les recordaba a mis compañeros, en un internado como aquél todos habíamos aprendido a prescindir de nuestros padres, por lo que mi situación no era tan singular como podría suponerse. Sin embargo, cuando ahora vuelvo la vista atrás, se me antoja probable que al menos parte de mi fascinación por las «buenas relaciones» de Osbourne tuviera que ver con lo que yo entonces percibía

como mi absoluta falta de «contactos» con el mundo allende St Dunstan. Que, llegado el momento, yo llegaría a forjarme tales contactos y abrirme camino en la vida era algo sobre lo que no me cabía la menor duda. Aunque es posible que creyera que podía aprender de Osbourne algo crucial al respecto, algo sobre el modo en que funcionaban esas cosas.

Pero cuando antes he dicho que las palabras de Osbourne al dejar mi apartamento me habían ofendido no me refería a su mención del «interrogatorio» al que supuestamente le había sometido en aquel tiempo. Lo que me había parecido ofensivo era más bien el juicio que había hecho de pasada sobre «lo bicho raro que yo había sido en el colegio».

Lo cierto es que siempre ha constituido un enigma para mí el que Osbourne dijera tal cosa de mí aquella mañana, pues mi memoria sobre el particular me decía que había llegado a amoldarme perfectamente a la vida escolar inglesa. Durante las primeras semanas de mi estancia en St Dunstan, no creo que hiciera nada que me causara a mí mismo embarazo alguno. En mi primer día, por ejemplo, me recuerdo remedando cierta afectación en los gestos que muchos de mis compañeros adoptaban cuando estaban de pie charlando: cómo se metían la mano derecha en el bolsillo del chaleco, por ejemplo, mientras movían arriba y abajo el hombro izquierdo a modo de encogimiento destinado a subrayar determinados comentarios. Recuerdo con nitidez haber conseguido reproducir tales gestos el primer día mismo, y con la suficiente pericia como para que ninguno de mis condiscípulos notara nada extraño o se le ocurriera hacerme burla.

Con idéntico osado espíritu «absorbí» asimismo el resto de los gestos de mis pares, sus giros verbales y las exclamaciones habituales entre ellos, al tiempo que iba incorporando a mi acervo personal algo más hondo: las convenciones y «etiquetas» en vigor en mi nuevo entorno. Y, ciertamente, pronto caí en la cuenta de que no me convenía permitirme —como había venido haciendo en Shanghai de forma rutinaria— la expresión abierta de mis ideas sobre el delito y su detección. Hasta el punto de que, cuando durante mi tercer año en St Dunstan se produjeron una serie de robos y el colegio entero se entregó con fruición al juego de su esclarecimiento, yo contuve escrupulosamente mis deseos de sumarme —salvo quizás de un modo estrictamente nominal— a la entusiasta empresa. Y habría de ser sin

duda cierto remanente de aquella misma estrategia lo que hizo que no le confiara prácticamente ninguno de mis «planes» a Osbourne la mañana en que vino a visitarme a mi apartamento.

Sin embargo, pese a todas mis cautelas, de mis días escolares puedo recordar al menos dos ocasiones que sugieren que —siquiera ocasionalmente, como digo— debí de bajar la guardia lo bastante como para dar cierta idea de mis ambiciones. En su día fui incapaz de explicarme el por qué de tales incidentes, y ni siquiera en la actualidad me siento capaz de aventurar una respuesta medianamente coherente.

El primero de ellos tuvo lugar con ocasión de mi decimocuarto cumpleaños. Mis dos mejores amigos de aquel tiempo, Robert Thornton-Browne y Russell Stanton, me habían llevado a un salón de té de la localidad, donde habíamos estado dando cumplida cuenta de unos bollitos y unos pastelillos de nata. Era una lluviosa tarde de sábado, y todas las demás mesas estaban ocupadas, y cada pocos minutos entraban nuevos clientes empapados que, deseosos de encontrar una mesa libre, miraban a su alrededor y nos dirigían desaprobadoras miradas para que abandonáramos nuestra mesa sin dilación alguna. Pero la señora Jordan, la propietaria, se había mostrado siempre acogedora con nosotros, y aquella tarde de mi cumpleaños mis amigos y yo nos sentíamos con todo el derecho del mundo a seguir en la mesa que habíamos elegido junto a la ventana salediza, desde donde disfrutábamos de una magnífica vista de la plaza del pueblo. No recuerdo gran cosa del contenido de nuestra charla, pero sí de que, una vez hubimos terminado la merienda, mis dos amigos se miraron y Thornton-Browne se agachó y hurgó en su cartera de colegial y me tendió un paquete con envoltorio de regalo.

Cuando empecé a abrirlo me di cuenta de que el regalo iba envuelto en una serie de hojas de papel, y de que mis amigos reían ruidosamente cada vez que yo quitaba una de ellas y me encontraba con la siguiente. Todo indicaba, al parecer, que al final iba a encontrarme con algún artículo de broma. Pero lo que acabé por descubrir fue un ajado estuche de cuero, y cuando abrí el diminuto cierre y levanté la tapa vi que se trataba de una lupa.

La tengo ahora aquí mismo, ante mis ojos. Su apariencia ha cambiado poco con el transcurso de los años, pero en aquella tarde lejana ya era un objeto muy usado. Recuerdo que comenté este detalle, y también el hecho de que era una lupa muy sólida, y sorprendentemente pesada, y que su mango de marfil estaba todo astillado por uno de los lados. Lo que en aquel momento no pude saber —se necesitaba otra lupa para leer la inscripción— fue que había sido fabricada en Zurich en 1887.

Mi primera reacción ante el presente fue de un enorme entusiasmo. La levanté de inmediato y la pasé en un barrido sobre las hojas del envoltorio amontonadas sobre la mesa (me temo que mi entusiasmo hizo que cayeran al suelo algunas de ellas), poniéndome a examinar unas pequeñas manchas de mantequilla que detecté en el mantel. Me ensimismé tanto en mi observación que apenas fui consciente de las exageradas risas de mi compañeros, que celebraban de ese modo la broma que me estaban gastando. Cuando levanté la vista, cohibido al fin ante tal despliegue jocoso, ellos empezaban a sumirse en un silencio vago. Y fue entonces cuando Thornton-Browne soltó una débil risita y dijo:

—Hemos pensado que, como vas a ser detective, necesitarás una de estas lupas.

Entonces recobré al punto el ingenio e hice como si lo hubiera tomado todo como una broma enormemente divertida. Pero para entonces, sospecho, mis dos amigos se sentían un tanto confundidos respecto de sus intenciones al regalármela, y durante el resto de la tarde en aquel salón de té no volvimos a recuperar por completo nuestro distendido talante de antes.

Como digo, tengo la lupa ante mis ojos. La utilicé cuando investigué el caso Mannering; volví a utilizarla muy recientemente, en el caso de Trevor Richardson. Una lupa tal vez no sea el elemento principal del equipo de un detective en la mitología popular, pero sigue siendo una herramienta útil para el acopio de cierto tipo de pruebas, e imagino que seguiré llevando conmigo durante cierto tiempo aquel regalo de cumpleaños de Robert Thornton-Browne y Russell Stanton. Al observarla ahora, se me ocurre lo siguiente: si la intención de mis compañeros era tomarme el pelo, pues bien, hoy han resultado ellos en gran medida los embromados. Pero, infelizmente, hoy no tengo forma de saber lo que ellos tenían en mente

aquel día, ni de averiguar cómo, pese a todas mis precauciones, pudieron llegar a barruntar mi ambición más secreta. Stanton, que mintió sobre su edad para poder alistarse como voluntario, murió en la tercera batalla de Ypres. Thornton-Browne, he oído, murió de tuberculosis hace dos años. En cualquier caso, ambos dejaron St Dunstan el penúltimo año de secundaria, y cuando me llegó la noticia de su muerte hacía mucho tiempo que había perdido el contacto con ellos. Aún recuerdo, sin embargo, la decepción que sentí cuando Thornton-Browne dejó el colegio: había sido el único amigo verdadero que había tenido desde mi llegada a Inglaterra, y lo eché mucho de menos en el último período de mi estancia en St Dunstan.

El siguiente incidente tuvo lugar unos años después —en el primero de los cursos preuniversitarios—, pero mi recuerdo de él no es tan nítido y detallado como el del anterior. De hecho, no logro recontar lo que sucedió antes y después de tal instante concreto. Lo que conservo es el recuerdo de estar entrando en una clase —el aula 15 del Old Priory—, donde el sol entraba a ráfagas a través de las estrechas ventanas claustrales y hacía visible el polvo suspendido e inmóvil en el aire. El profesor aún no había llegado, pero también yo debía de llegar un poco tarde porque recuerdo que mis compañeros estaban ya sentados en grupos en pupitres, bancos y antepechos de ventanas. Estaba a punto de unirme a uno de los grupos de cinco o seis alumnos cuando sus caras se volvieron hacia mí y comprendí enseguida que estaban hablando de mi persona. Luego, antes de que pudiera decir nada, uno de ellos, Robert Brenthurst, me apuntó con el dedo y dijo:

—Pero seguramente es demasiado bajo para ser Sherlock.

Rieron unos cuantos, aunque no de forma particularmente hostil, y eso —según puedo recordar— fue todo. Jamás volvería a oír ninguna otra charla que tuviera que ver con mi aspiración a convertirme en «Sherlock», pero a partir de entonces, y durante cierto tiempo, habría de sentir cierta inquietud quejumbrosa ante el hecho de que mi secreto hubiera salido a la luz y se hubiera convertido en tema de conversación a mis espaldas.

He de hacer constar, asimismo, que la necesidad de cautela en relación con mis ambiciones había aflorado en mí mucho antes de mi llegada a St Dunstan. Durante mis primeras semanas en Inglaterra había pasado mucho tiempo vagando por el ejido cercano a la casita de campo de mi tía en

Shropshire, oficiando entre los húmedos helechos las diversas tramas que Akira y yo habíamos urdido juntos en Shanghai. Claro que, como estaba solo, me veía obligado a interpretar también sus papeles; además, consciente de que podía ser visto desde la casa de mi tía, había dado en escenificar tales tramas con parcos y cuidados movimientos, mientras susurraba el guión para mis adentros, en marcado contraste con el modo desinhibido con que Akira y yo solíamos desenvolvernos en nuestras pesquisas.

Mis precauciones, sin embargo, no habían obtenido el éxito buscado. Una mañana, estando en el pequeño cuarto del ático en que me había instalado a mi llegada, entreoí que mi tía hablaba con unos amigos abajo, en el salón. Fue la repentina bajada del tono de su voz lo que primero suscitó mi curiosidad, por lo que al poco me vi saliendo con sigilo al descansillo e inclinándome sobre la barandilla.

—Ha estado fuera varias horas —le oí decir. No es sano, un chico de su edad metido de ese modo en su propio mundo. Tiene que empezar a mirar hacia adelante.

—Pero era algo previsible, seguramente —respondió alguien. Después de todo lo que le ha pasado.

—No gana nada rumiando de ese modo —dijo mi tía. Sus padres le han dejado en una situación desahogada, y en ese sentido ha tenido mucha suerte. Es hora de que mire hacia adelante. Me refiero a que debe dejar ya toda esa introspección.

Desde aquel día dejé de ir al ejido, y en general intenté evitar cualquier ulterior exhibición de «introspección». Pero era aún demasiado niño, y por las noches, acostado en aquel cuarto del ático, mientras escuchaba el crujido del piso de madera cuando mi tía se movía por la casa dando cuerda a los relojes y cuidando de sus gatos, volvía a representar en mi imaginación todas las tramas detectivescas del pasado tal como Akira y yo las habíamos escenificado siempre.

Pero volvamos a aquel día de verano en que Osbourne vino a verme a mi apartamento de Kensington. No quiero dar la impresión de que su comentario sobre «lo bicho raro» que había sido en el colegio me hubiera preocupado más de unos pocos segundos. De hecho salí de casa poco

después de Osbourne, de bastante buen talante, y pronto me vi en St James's Park paseando entre los floridos parterres, cada vez más animado ante la idea de la fiesta de aquella noche.

Al volver a pensar en aquella tarde, pienso que lo más natural del mundo habría sido estar un poco nervioso, y que es muy propio de la alocada arrogancia de que solía hacer gala en mis primeros años londinenses que no lo estuviera en absoluto. Era consciente, por supuesto, de que aquella noche se desarrollaría en un nivel totalmente distinto de cualquiera de los que había conocido en la universidad; de que podría encontrarme, además, con detalles de costumbres para mí aún extraños. Pero estaba seguro de que, con mi habitual capacidad de estar alerta, sortearía cualquier dificultad que pudiera surgirme en tal sentido, y de que saldría bien parado del asunto. Mis preocupaciones, mientras paseaba por el parque, eran de un orden enteramente diferente. Cuando Osbourne me había hablado de invitados «bien relacionados», yo había dado por sentado de inmediato que entre ellos habría de haber al menos algunos de los detectives más prestigiosos del momento. Supongo, por tanto, que me pasé buena parte del tiempo imaginando qué diría si me presentaban, por ejemplo, a Matlock Stevenson, o incluso al profesor Charleville. Ensayé una y otra vez cómo les expondría —modestamente, aunque con dignidad— mis ambiciones, e imaginé cómo uno u otro se tomaría un interés paternal por mi persona, ofreciéndome todo tipo de consejos e insistiendo en que acudiese a ellos en busca de guía en el futuro.

La velada, sin embargo, resultó decepcionante, pese a que, como podrá verse muy pronto, acabara siendo importante por razones harto diferentes. Lo que no sabía a la sazón era que en nuestro país los detectives son reacios a participar en tales reuniones sociales. Y no porque no sean invitados; mi propia experiencia reciente dará fe del hecho de que los círculos de moda solicitan siempre la presencia de los detectives famosos del momento. Pero tales detectives suelen ser personas serias, a menudo proclives a recluirse, dedicadas a su trabajo y con escasa inclinación a mezclarse entre ellos, y aún menos a frecuentar los círculos sociales.

Como digo, no era algo que yo pudiera saber a mi llegada al Charingworth Club aquella noche, cuando, siguiendo el ejemplo de

Osbourne, saludé con jovialidad al portero solemnemente uniformado. Aunque me desengañé a los pocos minutos de entrar en la atestada sala del primer piso. No sé exactamente cómo sucedió —ya que no tuve tiempo de reconocer a ninguno de los presentes—, pero de pronto me envolvió una suerte de revelación intuitiva que me hizo sentirme un completo necio por mi expectante entusiasmo previo. De súbito se me antojó absolutamente inconcebible el que hubiera esperado encontrar a Matlock Stevenson o al profesor Charleville entre los financieros y ministros que me rodeaban. Me sentí tan desconcertado ante la falta de concordancia entre el acto al que acababa de llegar y el que llevaba anhelando encontrar toda la tarde, que perdí todo el aplomo —al menos momentáneamente—, y durante la media hora siguiente, con gran irritación por mi parte, no fui siquiera capaz de despegarme del lado de Osbourne.

Estoy seguro de que se debe a mi agitado estado de ánimo de entonces el que, al pensar ahora en aquella noche, haya tantos aspectos que se me antojen exagerados o antinaturales. Por ejemplo, cuando trato de visualizar la sala, ésta se me presenta inusitadamente oscura; ni las lámparas de pared, ni los candelabros de las mesas, ni la arañas del techo parecen influir en lo más mínimo en la honda oscuridad en que la veo inmersa. La alfombra es muy gruesa, de forma que para desplazarse por la sala uno ha de arrastrar los pies, y cuando miras en torno ves hombres canosos en esmoquin con idéntica dificultad para caminar sobre ella, y que algunos incluso echan los hombros hacia adelante como si encararan un vendaval. Los camareros, con sus bandejas de plata, se inclinan en singulares ángulos para dirigirse a los invitados. Hay muy pocas damas, y aquellas que alcanzo a ver parecen extrañamente retraídas, y se desvanecen de mi vista casi de inmediato tras la espesa jungla de negros esmoquines.

Como ya he dicho, estoy seguro de que tales impresiones no son en absoluto acertadas, pero es así como la velada permanece en mi memoria. Me recuerdo de pie, casi petrificado por el embarazo, bebiendo continuamente, a pequeños sorbos, mientras Osbourne charla amigablemente con unos y otros, la mayoría de ellos treinta años mayores que nosotros. En un par de ocasiones traté de unirme a ellos, pero mi voz sonaba llamativamente infantil; y, en cualquier caso, la mayoría de las

conversaciones giraba en torno a gentes o temas sobre los que yo no sabía absolutamente nada.

Al rato empecé a indignarme —contra mí mismo, contra Osbourne, contra la velada misma. Me sentía con todo el derecho del mundo a despreciar a cuantos me rodeaban; a la mayoría los consideraba codiciosos y egoístas, carentes por completo de idealismo o de sentido de las obligaciones públicas. Espoleado por la ira, fui por fin capaz de emanciparme de Osbourne y de desplazarme a través de la oscuridad hacia otra parte de la sala.

Me adentré en un espacio iluminado por la luz de una pequeña lámpara de pared. La concurrencia era menor en aquel punto, y advertí la presencia de un hombre de cabello plateado y unos setenta años que fumaba de espaldas a la sala. Me llevó unos instantes darme cuenta de que se estaba mirando en un espejo, y para entonces él había reparado en que yo le estaba observando. Me disponía a seguir mi camino cuando oí que me decía sin volverse:

—¿Se divierte?

—Oh, sí —dije, con una débil risa. Gracias. Sí, una fiesta espléndida.

—Pero está un poco perdido, ¿me equivoco?

Vacilé, y solté otra risa forzada.

—Quizás un poco. Sí, señor.

El hombre del pelo plateado se volvió y me estudió detenidamente. Y al cabo dijo:

—Si quiere puedo decirle quiénes son algunas de las personas presentes. Así, si hay alguien con quien usted desea hablar especialmente, puedo llevarle hasta él y presentárselo. ¿Qué me dice?

—Que sería muy amable de su parte. Extremadamente amable.

—Estupendo.

Se acercó unos pasos y se puso a contemplar la parte de la sala que resultaba visible desde donde estábamos. Luego, inclinándose hacia mí, procedió a irme señalando una tras otra a las personalidades que iba viendo entre la gente. Cuando el personaje en cuestión era alguien particularmente famoso, se cuidaba de añadir: «el financiero», «el compositor», etcétera. Con los menos conocidos, esbozaba un breve currículum de su carrera, y las

razones por las que se les consideraba importantes. Creo que fue en mitad de la reseña biográfica de un clérigo que estaba cerca de nosotros cuando de pronto se interrumpió y dijo:

—Veo que su atención está en otra parte.

—Oh, lo siento enormemente...

—No importa. Es perfectamente natural. Un hombre joven como usted...

—Se lo aseguro, señor...

—No tiene por qué disculparse. —Soltó una risita y me dio un suave codazo. La encuentra bonita, ¿eh?

No supe muy bien qué responder. Dificilmente podía negar que mi atención se había fijado en una joven que se hallaba a nuestra izquierda, a unos metros, y que en aquel momento conversaba con dos hombres de mediana edad. Pero el caso es que la primera vez que la había mirado no me había parecido en absoluto guapa. Es incluso posible que, de alguna forma, yo ya hubiera percibido a primera vista las cualidades —tan inherentes a ella— que más tarde le iría descubriendo. Lo que a primera vista vi fue una mujer joven con cierto aspecto de elfo, de melena oscura hasta los hombros. Aunque en aquel momento era evidente que pretendía hechizar a los dos hombres con quienes estaba hablando, había algo en su sonrisa que me decía que, en el lapso de un instante, tal sonrisa podía adoptar un rictus desdeñoso. Un leve encorvamiento de hombros —cual el de un ave de presa— le confería cierto aire de conspiradora. Pero sobre todo percibí en sus ojos algo que me llamó la atención poderosamente: una especie de severidad, algo como egoístamente riguroso que hoy —al cabo de los años— pienso que fue lo que más me indujo a mirarla con tal fascinación aquella noche.

Así, mientras ambos la estábamos mirando, ella volvió la vista hacia nosotros, y al reconocer a mi interlocutor le envió una sonrisa fugaz, fría. El hombre del pelo plateado le devolvió el saludo, y le dedicó una respetuosa inclinación de cabeza.

—Una joven encantadora —susurró, empujándome con delicadeza para que nos desplazáramos. Pero no tiene sentido que un joven como usted pierda del tiempo persiguiéndola. No quiero resultar ofensivo: parece usted

un tipo decente. Pero, en fin, se trata de la señorita Hemmings. La señorita *Sarah* Hemmings.

El nombre no me decía nada. Pero, pese a que mi guía, antes, se había mostrado sobremanera concienzudo en proporcionarme información sobre aquéllos a quienes iba señalando, con ella se limitó a mencionar su nombre dando por sentado que éste me resultaría familiar. Así que asentí con la cabeza y dije:

—Oh, ya. La señorita Hemmings...

El hombre hizo una pausa y examinó la sala desde nuestro nuevo punto de observación.

—Ahora déjeme ver... Entiendo que está usted buscando a alguien que pueda darle un pequeño empujoncito en la vida. ¿Me equivoco? No se preocupe. Yo jugué mucho a ese juego de joven. Veamos. ¿A quién tenemos aquí? —De pronto se volvió hacia mí y me preguntó—: ¿Qué me ha dicho usted que quería ser en la vida?

Por supuesto, hasta el momento yo no le había dicho nada a ese respecto. Pero, después de una ligera vacilación, le respondí llanamente:

—Detective, señor.

—¿Detective? Mmm... —Siguió mirando de un lado a otro de la sala. ¿Se refiere a... policía?

—Más bien a un asesor privado.

Asintió con la cabeza.

—Naturalmente, naturalmente —dijo. Continuó chupando su cigarro, sumido en sus pensamientos. Luego dijo—: ¿No le interesarán los museos, por casualidad? Al tipo de allí hace muchos años que lo conozco. Museos. Cráneos, reliquias, ese tipo de cosas. ¿No le interesan? Me lo imaginaba. Siguió mirando en torno, a veces alargando el cuello para ver mejor a alguien. Sé, por supuesto, que hay un montón de jóvenes que sueñan con ser detectives. Me atrevería a decir que también yo, en un tiempo, en mis más fantasiosos momentos, deseé llegar a serlo. Uno es tan idealista a su edad. Anhela convertirse en el detective más insigne del momento; desterrar él solo todo el mal del mundo. Encomiable. Pero la verdad, amigo mío, es que bien podría convenirle tener otras..., digamos, teclas que tocar. Porque, y no quiero ser ofensivo, de aquí a uno o dos años, o, en cualquier caso,

muy pronto, verá usted las cosas de un modo completamente diferente. ¿Le interesan los muebles? Se lo pregunto porque allí veo al mismísimo Hamish Robertson.

—Con el mayor de los respetos, señor. La ambición íntima que acabo de confesarle no es en absoluto un mero capricho pasajero. Es una vocación que he sentido toda mi vida.

—¿Toda su vida? ¿Pero qué edad tiene usted? ¿Veintiún años? ¿Veintidós? Bien, pongamos que no debo desanimarle. Después de todo, si nuestros jóvenes de hoy no tienen metas idealistas, ¿quién va a tenerlas? Y no hay duda, amigo mío, de que usted cree que el mundo de hoy es mucho más malvado que el de hace treinta años, ¿no es cierto? Que la civilización está al borde del abismo y demás, ¿me equivoco?

—Si le digo la verdad, señor —dijo en tono cortante—, no se equivoca. En efecto, eso es lo que pienso.

—Recuerdo un tiempo en que yo también lo pensaba —dijo él. Su tono sarcástico, de pronto, había sido reemplazado por otro más amable, e incluso me pareció ver que a sus ojos asomaban unas lágrimas. ¿Por qué cree usted que será, amigo mío? ¿Está realmente el mundo haciéndose más malvado? ¿Está el *homo sapiens* degenerando como especie?

—No sabría decirlo, señor —dijo yo, esta vez con más comedimiento. Lo único que puedo decir es que para un observador imparcial el criminal moderno se está haciendo más y más inteligente. Se ha vuelto más ambicioso, más osado, y la ciencia ha puesto a su disposición todo un abanico nuevo de refinadas herramientas.

—Ya veo. Y sin jóvenes de talento como usted de nuestro lado, el futuro se presenta lóbrego, ¿no es eso? Sacudió la cabeza con tristeza. Puede que tenga algo de razón. A un viejo como yo le resulta demasiado fácil burlarse de eso. Quizás hemos dejado que las cosas se nos vayan un poco de las manos, es cierto.

El hombre del pelo plateado volvió a dirigir una ligera reverencia a Sarah Hemmings, que ahora pasaba por delante de nosotros. Se movía entre los invitados con una gracia altiva, mientras miraba a derecha e izquierda en busca de alguien —esa impresión me dio, al menos— que ella juzgara merecedor de su compañía. Al ver a mi interlocutor, le dedicó una sonrisa

rápida, idéntica a la de antes, pero no aminoró el paso. Por espacio de un segundo, su mirada recaló en mí, pero casi instantáneamente —antes de que yo pudiera esbozar siquiera una sonrisa— me apartó de su mente y siguió abriéndose paso hacia alguien a quien había divisado al otro extremo de la sala.

Aquella noche, más tarde, mientras Osbourne y yo íbamos en un taxi en dirección a Kensington, traté de averiguar algún dato más de Sarah Hemmings. Osbourne, pese a su aseveración de haber pasado una velada harto aburrida, se mostraba muy complacido consigo mismo y ávido de contarme con detalle las muchas conversaciones que había mantenido con personajes influyentes. No me resultó fácil, pues, llevarle al tema de la señorita Hemmings sin parecer curioso en exceso. Al cabo, sin embargo, conseguí que me dijera:

—¿Sarah Hemmings? Oh, sí, claro. En un tiempo fue la prometida de Herriot-Lewis. Ya sabes, el director de orquesta que dio aquel concierto de Schubert en el Albert Hall el pasado otoño. ¿Te acuerdas qué debacle?

Cuando le confesé que no tenía ni la menor idea del asunto, Osbourne continuó:

—No es que la gente se pusiera a lanzar las butacas por el aire, pero me atrevo a decir que lo habría hecho si éstas no hubieran estado fijadas al suelo. El tipo de *The Times* describió su interpretación de Schubert como una «completa farsa». O quizás habló de «profanación». El caso es que no pareció gustarle mucho.

—¿Y la señorita Hemmings...?

—Lo «soltó» como a una patata caliente. Le devolvió el anillo de compromiso, según dicen. Y desde entonces ha procurado mantenerse a una prudencial distancia del pobre hombre.

—¿Y todo por ese concierto?

—Bueno, la cosa fue un auténtico horror, al decir de todo el mundo. Causó un gran alboroto. La ruptura del compromiso, me refiero. Pero qué pandilla de pelmazos los de esta noche, Banks. ¿Crees que cuando tengamos esa edad vamos a ser como ellos?

Durante el primer año que siguió a Cambridge, y en gran medida a través de mi amistad con Osbourne, me fue dado asistir con cierta regularidad a elegantes actos sociales. Al pensar en aquel período de mi vida, caigo en la cuenta de que fue una época particularmente frívola. Cenas, almuerzos, cócteles, por lo general en apartamentos de Bloomsbury y Holborn. Yo estaba decidido a dejar atrás el embarazo que me había atenazado aquella noche en el Charingworth; mis modos, en ese tipo de reuniones sociales, iban haciéndose más y más seguros. Y podría afirmar sin faltar a la verdad que al fin llegué a ocupar un lugar propio en uno de los «círculos» de moda londinenses del momento.

La señorita Hemmings no formaba parte de él, pero pronto descubrí que cuando la mencionaba entre amigos éstos siempre sabían cosas de ella. Además, de cuando en cuando llegaba a entreverla en algún acto o ceremonia, o, más a menudo, en los salones de té de los más lujosos hoteles de Londres. Así, de un modo u otro, acabé por disponer de una razonable cantidad de información acerca de su «carrera» en la sociedad londinense.

¡Cuán curioso recordar un tiempo en que tales impresiones vagas, de segunda mano, eran todo lo que sabía de ella! No me llevó mucho tiempo constatar que había muchas personas que la miraban con reprobación. Incluso antes de su ruptura con Anthony Herriot-Lewis, parecía haber concitado numerosas enemistades a causa de lo que muchos llamaban su «rotunda franqueza». Los amigos de Herriot-Lewis —cuya «objetividad», para ser justos, difícilmente podría ser tenida en cuenta— contaban lo implacablemente que había perseguido antes al director de orquesta. Otros la acusaban de haber manipulado a sus amigos para conseguir acercarse a él. Su ulterior abandono de Herriot-Lewis, tras todos sus tercos esfuerzos previos, desconcertó a algunos, y a otros simplemente les proporcionó la prueba concluyente de sus cínicas motivaciones. Por otra parte, también me topé con muchos que hablaban rotundamente bien de la señorita Hemmings. A menudo era descrita como «inteligente», «fascinante», «complicada». La mujeres, en especial, defendían su derecho a romper un compromiso matrimonial, fueran cuales fueren las razones. Pero hasta sus defensores

convenían en que era una «terrible esnob de nuevo cuño», y en que no consideraba a una persona digna de respeto a menos que poseyera un nombre célebre. Y debo decir que, al observarla de lejos, como hube de hacer a lo largo de aquel año, di con muy pocas cosas capaces de contradecir tales imputaciones. A veces, en efecto, me daba la impresión de que la señorita Hemmings era incapaz de respirar con comodidad otro aire que el de la sociedad más distinguida. Durante un tiempo estuvo vinculada a Henry Quinn, el abogado, para pronto distanciarse de él con motivo de su fracaso en el caso de Charles Browning. Luego circularon rumores de su amistad cada día más estrecha con James Beacon, a la sazón joven ministro en alza del gobierno. En cualquier caso, para entonces yo ya veía con claridad lo que el hombre del pelo plateado había querido decirme al afirmar que era insensato el que un «joven como yo» se dedicara a perseguirla. Aquella noche, como es lógico, no entendí el sentido de sus palabras. Ahora que las entendía cabalmente, sin embargo, me sorprendía a mí mismo siguiendo con un interés hartamente peculiar las actividades de la señorita Hemmings. Pero, pese a ello, no llegué a hablar realmente con ella hasta una tarde de casi dos años después de haberla visto por primera vez en la fiesta del Charingworth.

Estaba tomando el té en el Waldorf Hotel con un conocido cuando, inopinadamente, éste fue requerido por cierto asunto que le obligaba a ausentarse. Me quedé, pues, solo en la mesa del salón Palm Court, disfrutando de unos bollitos con jamón; y en un momento dado, al dirigir la mirada hacia el fondo del salón, vi a la señorita Hemmings, también sola, sentada en una de las mesas del balcón. Como ya he dicho, no era la primera vez que la veía en lugares como aquél, pero aquella tarde las cosas eran diferentes. Porque apenas había transcurrido un mes desde la conclusión del caso Mannering, y yo seguía sintiéndome como encaramado en una nube. Ciertamente, la época que siguió a mi primer triunfo conocido había resultado francamente embriagadora: se me abrieron de súbito nuevas puertas; las invitaciones me llovían desde instancias enteramente insólitas; quienes hasta entonces no habían sido conmigo sino meramente amables

lanzaban exclamaciones de entusiasmo cuando me veían entrar en un salón. No era extraño, pues, que me sintiera un tanto embriagado por el éxito.

En cualquier caso, aquella tarde en el Waldorf me sorprendí de pronto levantándome y dirigiéndome hacia el balcón. No sé exactamente qué esperaba de mi gesto. (De nuevo un botón de muestra de mi suficiencia de aquel tiempo: no pararme a considerar si a la señorita Hemmings le agradaría o no el que yo me presentara ante su mesa). Quizás una sombra de duda cruzó mi mente al pasar junto al pianista y aproximarme a la mesa donde ella estaba sentada leyendo un libro. Pero recuerdo que me sentí bastante complacido con el tono de mi voz —mundano y jocos— cuando dije:

—Disculpe, pero creo que ya es hora de que me presente. Tenemos tantos amigos comunes. Soy Christopher Banks.

Logré articular mi nombre con una especie de floreo, pero para entonces mi seguridad en mí mismo empezaba a flaquear. Porque la señorita Hemmings me estaba estudiando con mirada fría, inquisitiva. Y en el silencio que siguió dirigió una rápida mirada al libro que tenía en las manos, como si éste hubiera lanzado una especie de gruñido de protesta. Al cabo, en un tono teñido de perplejidad, dijo:

—Oh, ¿sí? ¿Cómo está usted?

—El caso Mannering —dije, neciamente. Puede que haya leído algo sobre él.

—Sí. Lo investigó usted.

Fue esa afirmación, expresada con tal naturalidad, lo que por poco me hace perder el equilibrio. Porque la hizo sin el menor matiz de comprensión de su sentido; no era sino una «plana» afirmación que dejaba entrever que en todo momento había estado al corriente de mi identidad, y que a pesar de ello se sentía muy lejos de entender por qué diablos estaba yo allí de pie delante de su mesa. De pronto sentí que la vertiginosa euforia de las pasadas semanas me abandonaba por completo. Y creo que fue entonces cuando dejé escapar una risa nerviosa, y me asaltó la idea de que el caso Mannering, pese a la evidente brillantez de mi investigación y a las alabanzas de mis amigos, no entrañaba la importancia que yo había imaginado fuera del exiguo ámbito de los «entendidos».

Es probable que llegáramos a intercambiar algunas cortesías sociales antes de que yo iniciara el repliegue hacia mi mesa. Y hoy tengo la impresión de que a la señorita Hemmings le asistía todo el derecho del mundo a reaccionar como lo hizo. ¡Cuán absurdo por mi parte imaginar que el caso Mannering pudiera bastar para impresionarla! Pero recuerdo que, cuando me vi de nuevo en mi mesa, me sentí a mi tiempo furioso y abatido. Me vino el pensamiento de que no sólo me había portado con ella como un necio, sino que acaso me venía comportando de ese modo todo el mes; que mis amigos, tras sus felicitaciones y enhorabuenas, no habían hecho sino reírse de mí a mis espaldas.

A la mañana siguiente había llegado a la conclusión de que me merecía enteramente el chasco de la tarde anterior. Pero el episodio del Waldorf probablemente despertó en mí un resentimiento contra la señorita Hemmings del que nunca llegué a liberarme por completo, y que sin duda contribuyó a los desdichados hechos de ayer noche. Entonces, sin embargo, quise ver el incidente como providencial. Después de todo, me había hecho ser consciente de lo fácil que resultaba distraerse de las más caras metas personales. Mi objetivo era combatir el mal —en especial el mal de naturaleza insidiosa, furtiva—, y ello se compadecía mal con la búsqueda de la popularidad en los círculos sociales.

A partir de entonces empecé a hacer menos vida social y me dediqué más y más a mi trabajo. Estudié casos notables del pasado, y me embebí en nuevas áreas de conocimiento que pudieran un día serme útiles. Fue en ese tiempo cuando también empecé a escudriñar en las carreras de los diversos detectives célebres, y descubrí que podía trazarse una línea entre aquellas reputaciones basadas en logros sólidos y aquéllas cuya notoriedad tan sólo se debía a alguna posición de influencia. Llegué a descubrir también que, para un detective, había una vía verdadera y otra falsa de ganar renombre. En resumen: por mucho que me hubieran entusiasmado las ofertas de amistad que siguieron a mi resolución del caso Mannering, volví a recordar —tras el breve encuentro del Waldorf— el ejemplo de mis padres, y decidí no permitir que las preocupaciones frívolas me distrajeran de mi trabajo.

Dado que estoy ahora recordando el período de mi vida que siguió al caso Mannering, tal vez sea pertinente mencionar aquí mi inopinada reunión con el coronel Chamberlain al cabo de los años. Y tal vez resulte sorprendente, dado el papel que él jugó en un hito tan crucial de mi infancia, que no nos hubiéramos mantenido en contacto desde los días de Shanghai. Pero, sea cual fuere la razón, no habíamos logrado hacerlo, y cuando lo volví a ver, un mes o dos después de mi encuentro con la señorita Hemmings en el Waldorf, fue, como digo, de manera totalmente fortuita.

Nuestro encuentro tuvo lugar una tarde lluviosa, en una librería de Charing Cross Road, mientras estaba yo examinando una edición ilustrada de *Ivanhoe*. Llevaba un rato siendo consciente de que alguien rondaba por el local muy cerca de donde yo estaba, a mi espalda, y, presumiendo que tal persona deseaba acercarse para mirar en aquella parte de la estantería, me aparté hacia un lado. Pero al poco, cuando advertí que la persona en cuestión continuaba rondando a mi alrededor, me volví para encararla.

Reconocí al coronel al instante, pues sus rasgos apenas habían cambiado. Sin embargo, a mis ojos de adulto, su apariencia se me antojó más mansa y desaliñada que la que yo recordaba de mi infancia. Allí estaba el coronel, de pie, con impermeable, mirándome con timidez, y sólo cuando exclamé: «¡Dios, coronel!» me dirigió él una sonrisa y me tendió la mano.

—¿Cómo estás, muchacho? Estaba seguro de que eras tú. ¡Santo cielo! ¿Qué tal estás, muchacho?

Aunque las lágrimas asomaban a sus ojos, sus modos siguieron siendo torpes, incómodos, como si temiera que yo pudiera molestarme ante aquella especie de recordatorio del pasado. Hice cuanto pude para mostrarme encantado de volver a verle, y mientras fuera se desataba un fuerte

aguacero, seguimos de pie conversando en el exiguo espacio de la librería. Me explicó que seguía viviendo en Worcestershire, y que había venido a Londres para asistir a un funeral, y que una vez en la capital había decidido «quedarse unos cuantos días». Cuando le pregunté dónde se hospedaba, me respondió de forma vaga, lo que me hizo suponer que no podía permitirse sino un alojamiento humilde. Antes de separarnos, lo invité a cenar conmigo la noche siguiente, sugerencia que él aceptó con entusiasmo, aunque pareció enfriarse un poco cuando le mencioné el Dorchester. Pero yo seguí insistiendo:

—Es lo menos que puedo ofrecerle después de todas sus delicadezas del pasado —porfié, hasta que acabó accediendo.

Mirando ahora hacia atrás, mi elección del Dorchester se me antoja el colmo de la desconsideración. Lo que estaba haciendo, a la postre, era suponer que el coronel estaba corto de fondos. Debería haber pensado asimismo en lo hiriente que habría de resultarle verse incapaz de pagar siquiera su parte de la cuenta. Pero en aquellos años eran cosas en las que yo jamás solía reparar; me importaba demasiado, sospecho, impresionar al anciano coronel con el cabal alcance de mi transformación desde la última vez que nos habíamos visto.

Mi éxito, en tal aspecto, fue probablemente rotundo. Porque coincidía que por aquellas fechas había sido invitado al Dorchester en dos ocasiones recientes, de forma que la noche en que me cité con el coronel en una de sus salas, el *sommelier* me saludó con un cordial «Me alegra volver a verle, señor». Luego, después de que hubiera presenciado mi intercambio de agudezas con el *maître*, y mientras empezábamos a tomar la sopa, el coronel estalló de pronto en una sonora carcajada.

—¡Y pensar —dijo— que éste es el mismo mocoso que no paraba de gimotear a mi lado en aquel barco!

Siguió riendo unos instantes, y luego dejó de hacerlo bruscamente, quizás temiendo que no debía haber aludido en absoluto a aquel asunto. Pero yo le sonreí con calma, y dije:

—Debí de ser una auténtica tortura para usted en aquel viaje, coronel.

La cara del anciano coronel se nubló por espacio de un instante. Y luego dijo solemnemente:

—Teniendo en cuenta las circunstancias, lo que pensaba, amigo mío, es que eras un chico extremadamente valiente. Extremadamente valiente.

En este punto, recuerdo, se hizo un silencio un tanto incómodo, que ambos conseguimos conjurar comentando el excelente sabor de la sopa. En la mesa contigua, una dama corpulenta y profusamente enjoyada se reía alegremente, y el coronel miró hacia ella —justo es decir que con bastante indiscreción. Y acto seguido pareció tomar una decisión.

—¿Sabes? Es extraño —dijo. Antes de salir para acá esa noche, he estado pensando. En el día en que nos conocimos. Me pregunto si lo recuerdas, muchacho. Supongo que no. Tenías tantas cosas en la cabeza entonces.

—Todo lo contrario —dije. Guardo la más vívida memoria de aquel momento.

No era mentira. Aún hoy, si cerraba los ojos unos segundos, podía sin dificultad verme transportado a aquella radiante mañana en Shanghai en el despacho del señor Harold Anderson, el inmediato superior de mi padre en la gran compañía Morganbrook and Byatt. Yo estaba sentado en una silla que olía a cuero lustroso y a roble, ese tipo de sillas que normalmente encontramos tras un soberbio escritorio, pero que, en aquella ocasión, había sido trasladada al centro del despacho. Podía sentir que aquella silla se hallaba normalmente reservada a los más importantes personajes, pero que en aquella ocasión, dada la gravedad de las circunstancias, o quizás merced a una suerte de voluntad de consuelo, me había sido asignada para la entrevista. Puedo recordar que, por mucho que lo intentaba, no lograba dar con un modo digno de sentarme en ella y, más concretamente, que me resultaba imposible encontrar una postura que me permitiera apoyar ambos antebrazos sobre los delicadamente tallados brazos de la silla. Además, aquella mañana llevaba una chaqueta completamente nueva, hecha de una tela áspera y gris —de dónde podía venirme aquella prenda, lo ignoro—, y me sentía algo cohibido por la fea forma —abotonada casi hasta la barbilla— en que me habían ordenado llevarla.

El despacho tenía un techo muy alto y muy suntuoso. En la pared había un enorme mapa, y tras el escritorio del señor Anderson unos ventanales por los que entraban un pródigo sol y una suave brisa. Supongo que debía de haber también unos ventiladores cenitales girando sobre nuestras cabezas, aunque lo cierto es que no consigo recordarlos. Lo que recuerdo es que estaba sentado en aquella silla en medio del despacho, en el que en aquel momento tenía lugar una conversación preocupada y solemne. Los adultos, a mi alrededor, debatían el asunto. La mayoría de ellos estaban de pie, y de cuando en cuando algunos se desplazaban hasta los ventanales. Sus voces, al tocar algún punto delicado, se hacían susurros. Recuerdo también que me sorprendió el modo en que el señor Anderson, un hombre canoso con enorme bigote, se comportaba conmigo —como si fuéramos viejos amigos—, hasta el punto de que durante un largo rato supuse que nos habíamos conocido siendo yo más niño y que lo había olvidado. Sólo mucho después caí en la cuenta de que no era posible que nos hubiéramos conocido antes. En cualquier caso, el señor Anderson había asumido para conmigo el papel de un tío: me sonreía constantemente, me daba golpecitos en el hombro, unos cuantos codazos, algún que otro guiño. En un momento dado me ofreció una taza de té y me dijo:

—Venga, Christopher, esto te animará un poco.

Cogí la taza que me tendía, y él se inclinó para estudiarme. Después vinieron más susurros y debates. Y al cabo el señor Anderson se plantó de nuevo ante a mí y me dijo:

—En fin, Christopher. Todo está decidido. Éste es el coronel Chamberlain. Ha accedido a llevarte a Inglaterra sano y salvo.

En este punto —recuerdo— se hizo un gran silencio en el despacho. De hecho, tuve la impresión de que los adultos presentes se fueron replegando hasta alinearse todos contra las paredes a guisa casi de espectadores. Hasta el señor Anderson acabó retrocediendo hasta la pared con una sonrisa final de aliento. Fue entonces cuando por vez primera fijé la mirada en el coronel Chamberlain. Se acercó a mí muy despacio, se inclinó para mirarme a la cara y me tendió la mano. Juzgué oportuno levantarme para el apretón de manos, pero el coronel había alargado tan rápidamente la suya —y yo me

sentía tan pegado a la silla— que tuve que estrechársela sentado. Entonces, recuerdo, le oí decir:

—Mi pobre amigo. Primero tu padre. Ahora tu madre. Debes de sentirte como si el mundo entero se hubiera venido abajo a tu alrededor. Pero nos vamos a Inglaterra mañana mismo. Tú y yo. Tu tía te está esperando. Así que sé valiente. Pronto podrás recomponer todos los pedazos.

Durante un instante fugaz me quedé como sin habla. Y, cuando finalmente la recuperé, alcancé a decir:

—Es muy amable de su parte, señor. Agradezco muchísimo su ofrecimiento, y espero que no piense que soy brusco, pero, si no le importa, no creo que deba ir a Inglaterra en este momento. —Luego, cuando vi que el coronel no me respondía inmediatamente, añadí—: Porque verá, señor: los investigadores se están esforzando mucho para encontrar a mi madre y a mi padre. Y son los mejores agentes de Shanghai. Creo que van a encontrarlos muy pronto.

El coronel asentía con la cabeza.

—Estoy seguro de que las autoridades están haciendo todo lo que está en su mano.

—Por tanto, señor, aunque aprecio mucho su amable ofrecimiento, no creo que vaya a ser necesario que me acompañe a Inglaterra.

Recuerdo que un murmullo llenó el aire. El coronel siguió asintiendo con la cabeza, como sopesando con cuidado las cosas.

—Puede que tengas razón, muchacho —dijo al cabo. Espero sinceramente que la tengas. Pero, sólo por si acaso, ¿por qué no vienes conmigo de todas formas? Luego, en cuanto tus padres aparezcan, podrán llamarte a su lado. Así que ¿qué dices? Vayamos a Inglaterra mañana y allí esperaremos a ver qué pasa.

—Pero verá, señor. Disculpe, pero verá: los detectives de la policía que les están buscando son los *mejores*.

No estoy seguro de lo que el coronel respondió a esto último. Quizás se limitó a asentir de nuevo en silencio. En cualquier caso, al instante siguiente se inclinó sobre mí mucho más que antes, y me puso una mano en el hombro.

—Mira. Me doy perfecta cuenta de cómo debes de sentirte. El mundo entero se ha venido abajo a tu alrededor. Pero tienes que ser valiente. Además, tu tía está en Inglaterra. Te está esperando, ¿lo entiendes? No podemos dejar a la buena dama en la estacada a estas alturas, ¿no te parece?

Cuando, sentados ante la sopa aquella noche, le conté el modo en que recordaba sus últimas palabras, casi esperaba verle reír de buena gana, pero, en lugar de ello, dijo en tono solemne:

—Me diste tanta pena, muchacho. Tanta lástima. —Luego, tal vez intuyendo que había interpretado mal mi estado de ánimo, soltó una breve risita y añadió, ahora en tono más leve—: Recuerdo la espera en el puerto contigo. Yo no hacía más que decirte: «Mira, vamos a pasarlo en grande en ese barco, ¿no crees? Vamos a divertirnos de lo lindo». Y tú seguías diciendo: «Sí, señor. Sí, señor. Sí, señor...».

Durante los minutos que siguieron dejé que fuera desgranando sus recuerdos sobre algunos de los viejos conocidos presentes en el despacho aquella mañana. Sus nombres, sin excepción, no significaban nada para mí. Luego, el coronel hizo una pausa, y un grave ceño se instaló en su cara.

—Y hablando del señor Anderson —dijo al fin—, he de decir que siempre me produjo una sensación de incomodidad. Había en él algo turbio. Y, si quieres que te sea sincero, creo que había algo sospechoso en todo aquel asunto.

En cuanto lo hubo dicho, alzó la mirada hacia mí con un respingo. Luego, antes de que yo pudiera decir nada, volvió a hablar rápidamente, desviando su discurso hacia el terreno sin duda más seguro de nuestro viaje a Inglaterra. Y al poco reía comentando sus recuerdos de nuestros compañeros de viaje y de los oficiales del barco, y de las pequeñas y divertidas incidencias que yo había olvidado hacía tanto tiempo o incluso ni había llegado a registrar en absoluto. El coronel estaba disfrutando, y le animé a que continuara, a veces hasta fingiendo recordar cosas sólo para complacerle. Sin embargo, a medida que él se adentraba en su remembranza yo empezaba a sentirme un tanto irritado, puesto que, gradualmente, tras sus alegres anécdotas iba trazando una imagen de mí en aquel viaje que me resultaba ofensiva: según insinuó repetidas veces, me veía moverme por el barco todo retraído y taciturno, a punto de echarme a llorar a la menor

nimiedad que me contrariara. Sin duda el coronel había puesto mucho de sí mismo al asignarse el papel de heroico guardián de mi persona, y, habiendo transcurrido tanto tiempo, comprendí que era en él una pretensión tan nimia como indelicado por mi parte el contradecirle. Pero, como digo, empezaba a sentirme irritado por momentos. Según mi memoria de aquel viaje, que conservo nítida, me había adaptado razonablemente bien a la realidad de mi nueva situación. Recuerdo que, en lugar de sentirme desdichado, experimentaba un sano entusiasmo en relación con la vida a bordo del barco, y con la perspectiva del futuro que me esperaba en Inglaterra. A veces echaba de menos a mis padres, por supuesto, pero recuerdo que me decía a mí mismo que en la vida siempre habría otros adultos en quienes podría confiar, y a quienes incluso llegaría a amar. De hecho había unas cuantas damas en el barco que, habiendo oído lo que acababa de pasarme, mariposearon a mi alrededor durante un tiempo con expresiones de piedad (recuerdo que me causaban la misma irritación que habría de causarme el coronel aquella noche en el Dorchester). Lo cierto es que ni por un momento llegué a sentirme lo afligido que los adultos en torno parecían suponerme. Según puedo recordar, durante aquel largo viaje no hubo ni una sola ocasión en la que yo hubiera merecido ser tachado de «mocosollloriqueante», expresión que no se ajustó a la realidad ni aun en nuestro primer día en el barco.

El cielo, aquella mañana, estaba nublado, y las aguas turbias. Yo estaba en la cubierta del buque de vapor que habría de llevarnos a Inglaterra, mirando hacia atrás, hacia el puerto, hacia la costa atestada de embarcaciones, escalerillas, chozas de barro, oscuros espigones de madera tras los que se alzaban los grandes edificios del Shanghai Bund, y poco a poco todo iba desdibujándose hasta fundirse en un único borrón.

—¿Bien, muchacho? —oí que me decía, muy cerca, el coronel. ¿Crees que volverás algún día?

—Sí, señor. Espero volver.

—Ya veremos. Una vez te instales en Inglaterra, me atrevería a decir que olvidarás enseguida todo esto. Shanghai no es un mal lugar, pero me temo que los ocho años que he pasado en él es todo lo que soy capaz de

soportar. Espero que también tú hayas colmado *tu* cupo. Si pasaras aquí más tiempo del necesario, acabarías convertido en chino.

—Sí, señor.

—Mira, muchacho. Tienes que alegrarte. A fin de cuentas, vas a Inglaterra. Vuelves a casa.

Fue este último comentario, la idea de que «volvía a casa», lo que hizo que me embargara la emoción por primera y última vez en aquel viaje. Pero mis lágrimas eran más de ira que de aflicción, porque las palabras del coronel me habían dolido profundamente. A mis ojos, yo iba rumbo a una tierra extraña donde no conocía a nadie, mientras que la ciudad que iba quedando atrás contenía todo lo que yo conocía en este mundo. Y, por encima de todo, mis padres seguían allí, en algún lugar más allá de aquel puerto, más allá de la impresionante silueta de los edificios del Bund recortados contra el cielo. Me sequé las lágrimas y dirigí la mirada —por última vez— hacia aquella orilla, preguntándome si aún tendría tiempo de divisar la figura de mi madre —o de mi padre— corriendo por el muelle, haciéndome señas con las manos y gritándome que retornase al puerto. Pero incluso entonces era consciente de que tal esperanza no era sino una pueril e indulgente fantasía. Y recuerdo que, mientras contemplaba cómo la ciudad que había sido mi hogar se hacía cada vez menos nítida, me volví al coronel con expresión alegre y dije:

—Pronto llegaremos a alta mar, ¿no es cierto, señor?

Pero creo que aquella noche en el Dorchester me las arreglé para no dejar traslucir mi irritación. Lo cierto es que, cuando montó en un taxi en South Audley Street y nos dijimos adiós, el coronel estaba de un humor inmejorable. Cuando me enteré de su muerte, aproximadamente un año después, me sentí un tanto culpable por no haber sido más cálido con él la noche de nuestra cena en el Dorchester. En el pasado me había hecho un gran favor, y, según lo que sabía de él, había sido una persona buena y honrada. Pero supongo que el papel que le había tocado desempeñar en mi vida —el hecho de hallarse asociado de forma abrumadora a todo lo que me

aconteció en aquella época— hará que siga siendo para siempre una figura ambivalente en mi memoria.

En el curso de los tres o cuatro años que siguieron al episodio del Waldorf, Sarah Hemmings y yo tuvimos que ver muy poco el uno con el otro. Recuerdo haberla visto una vez en un cóctel al que asistí en un apartamento de Mayfair. Había muchos invitados, pero yo no conocía a la mayoría de ellos y decidí marcharme pronto. Me dirigía hacia la puerta cuando vi que Sarah Hemmings, de pie a unos metros, charlaba con alguien. Mi primer impulso fue darme la vuelta e ir por otro lado, pero era por las fechas de mi éxito en el caso Roger Parker, y me pregunté si la señorita Hemmings sería capaz de seguir mostrándose tan displicente como aquella tarde de unos años atrás en el Waldorf. De modo que seguí abriéndome paso hacia la puerta, asegurándome de tener que tropezar por fuerza con ella. Al hacerlo vi que su mirada giraba en redondo para mirar mis facciones. Una expresión de desconcierto se instaló en su semblante al rastrear en su memoria para recordar quién era yo. Vi que me reconocía al fin, y sin siquiera una sonrisa, sin siquiera un gesto de reconocimiento, se volvió hacia la persona con quien estaba hablando.

Yo, por mi parte, apenas dediqué al asunto unos segundos de reflexión. El desaire me llegaba en una etapa en que me hallaba ensimismado en varios casos difíciles, y aunque faltaba aún más de un año para que mi nombre adquiriera parte de la celebridad de que hoy disfruta, empezaba ya a apreciar el grado de responsabilidad que ha de afrontar un detective de prestigio. Siempre había sabido, por supuesto, que el empeño de erradicar el mal en su forma más tortuosa —a menudo cuando todo parece indicar que va a seguir campando por sus respetos— era una empresa crucial, solemne. Pero no fue hasta mi experiencia en casos como el asesinato de Roger Parker cuando llegué a entender cabalmente lo mucho que suponía para la gente —no sólo para los directamente afectados, sino para las gentes en general— poder sentirse liberados de aquella envolvente y ominosa maldad. En consecuencia, estaba más decidido que nunca a no dejarme distraer por los asuntos más frívolos de la vida londinense. Y empecé a comprender,

quizás, algo de lo que había hecho posible que mis padres hubieran adoptado la postura que adoptaron en Shanghai cuando yo era niño. En cualquier caso, en aquel tiempo las personas como Sarah Hemmings no ocupaban sino un mínimo lugar en mis pensamientos, e incluso puede que hasta me hubiera olvidado de su existencia por completo si no hubiera tropezado con Joseph Turner aquel día en Kensington Gardens.

A la sazón estaba investigando un caso en Norfolk, y había vuelto a Londres para unos días con intención de estudiar las extensas notas que había ido tomando. Una mañana gris, paseaba yo por Kensington Gardens sopesando los muchos y singulares detalles que rodeaban la desaparición de la víctima, cuando advertí que alguien me hacía señas a lo lejos, y reconocí al instante a Turner, un hombre al que había llegado a conocer superficialmente en los círculos sociales. Vino hacia mí corriendo y, después de preguntarme por qué se me veía tan poco últimamente, me invitó a la cena que un amigo y él iban a dar aquella noche en un conocido restaurante. Cuando cortésmente decliné el ofrecimiento —alegando que el caso que tenía entre manos estaba ocupando todo mi tiempo y atención—, él dijo:

—Qué lástima. Va a venir Sarah Hemmings, y tiene tantas ganas de charlar largo y tendido con usted...

—¿La señorita Hemmings?

—Se acuerda de ella, ¿no? Ella le recuerda a usted perfectamente. Me dijo que habían llegado a conocerse un tanto hace unos años. Siempre se está quejando de que no hay forma de verle en ninguna parte.

Resistiéndome al impulso de aventurar un comentario, dije, simplemente:

—Pues bien, hágame el favor de transmitirle mis mejores deseos.

Dejé a Turner en Kensington Gardens, pero mientras volvía hacia mi despacho confieso que me sorprendió verme harto distraído por lo que acababa de oír sobre la señorita Hemmings y sus vehementes deseos de verme. Al cabo me dije que lo más probable era que Turner estuviera equivocado; o que, en su deseo de tentarme para que asistiera a aquella cena, hubiera exagerado. Pero, en los meses que siguieron, llegaron a mis oídos varias referencias similares al respecto. Sarah Hemmings había

expresado su enojo ante el hecho de que, pese a haber sido amigos en un tiempo, yo me hubiera convertido en alguien casi inaccesible y le resultara poco menos que imposible entrevistarse conmigo. Desde diferentes fuentes, por otra parte, me llegó el rumor de que la señorita Hemmings amenazaba con «perseguirme hasta encontrarme». Por fin, la semana pasada, estando yo en Shackton, Oxfordshire, investigando el asunto de Studley Grange, apareció en el pueblo la señorita Hemmings, presumiblemente con idea de hacer *eso* exactamente.

Había dado con el jardín vallado —en cuyo estanque había aparecido el cuerpo de Charles Emery—, situado en los terrenos bajos de la mansión. Cuatro escalones de piedra me habían llevado hasta un espacio rectangular tan concienzudamente protegido del sol que ni siquiera en aquella radiante mañana podía ver más que sombras a mi alrededor. Los muros estaban tapizados de hiedra, pero extrañamente uno no podía sustraerse a la impresión de haberse internado en la celda sin techo de una prisión.

El estanque ocupaba la mayor parte del cercado. Aunque me habían contado que en él había peces de colores, no alcancé a ver el menor signo de vida; de hecho, resultaba difícil imaginar que algo pudiera habitar aquel agua fría y lúgubre (un lugar, en efecto, idóneo para encontrar un cadáver). Rodeando el estanque había una hilera de musgosas losas cuadradas embutidas en el barro. Calculo que llevaría unos veinte minutos estudiando el terreno —echado sobre el pecho, ante la orilla, examinando una de las losas que sobresalía del nivel del agua— cuando de pronto sentí que alguien me estaba observando. Al principio supuse que era algún miembro de la familia que quería volver a importunarme con sus preguntas. Dado que antes yo les había pedido que me dejaran trabajar solo, decidí, a riesgo de parecer grosero, hacer como si no hubiera oído nada.

Entonces me llegó el sonido de un zapato que rascaba la piedra junto a la entrada del jardín. Empezaba a resultar antinatural que yo permaneciera boca abajo durante tanto rato, y, en cualquier caso, había agotado todas las posibilidades de llevar a cabo mi investigación en tal postura. Además, no había olvidado por completo el hecho de que me hallaba tendido casi en el

punto exacto donde se había cometido un asesinato, y que el asesino seguía libre. Mientras me ponía en pie me recorrió un frío glacial, y, sacudiéndome la ropa, me volví hacia el intruso.

La visión de Sarah Hemmings me sorprendió sobremanera, por supuesto, pero estoy seguro de que la expresión de mi cara no lo dejó entrever en absoluto. Había compuesto la expresión para mostrar irritación, y supongo que eso es lo que vio en mí la señorita Hemmings, pues sus primeras palabras fueron las siguientes:

—¡Oh! No era mi intención espiarle. Pero me pareció una oportunidad tan buena. Me refiero a ver al gran hombre en acción.

Estudí su cara detenidamente, pero no detecté rastro alguno de sarcasmo. Sin embargo, quise que mi voz conservara su frialdad al responderle:

—Señorita Hemmings..., qué encuentro más inesperado.

—Oí que estaba usted aquí. Estoy pasando unos días con una amiga en Pemleigh. Está ahí mismo, un poco más arriba de la carretera.

Calló unos instantes, sin duda esperando a que le respondiera. Cuando vio que permanecía en silencio, no dio muestra alguna de turbación, sino que se acercó a mí con naturalidad.

—Soy muy buena amiga de los Emery, ¿lo sabía? —dijo. Y añadió—: Es horrible, ese asesinato.

—Sí, es horrible.

—Oh, veo que también usted cree que ha sido un asesinato. Bien, supongo que eso simplifica mucho las cosas. ¿Tiene alguna teoría, señor Banks?

Me encogí de hombros.

—Tengo algunas ideas, sí.

—Es una lástima que los Emery no le pidieran ayuda cuando empezó todo esto en abril. Quiero decir que ¿qué diablos estaban pensando cuando llamaron a Cewlyn Henderson para encargarse de un caso como éste? ¿Qué esperaban? Ese hombre debería haberse jubilado hace muchos años. Eso le dará una idea de lo apartada del mundo que la gente vive por estos pagos. Cualquiera en Londres les habría informado sobre Christopher Banks.

Este último comentario, he de confesar, me intrigó un tanto, y, tras unos segundos de vacilación, me sorprendí preguntándole:

—Disculpe, pero ¿sobré qué les habrían informado, exactamente?

—Les habrían puesto al corriente de que es usted, sin duda, la mente investigadora más brillante de Inglaterra. Les podríamos haber contado todo esto la pasada primavera, pero a los Emery les ha llevado todo este tiempo darse cuenta. Mejor tarde que nunca, es cierto, pero supongo que después de tanto tiempo las pistas se habrán debido de «enfriar» un poco, ¿no le parece?

—Coincide que existen varias ventajas cuando te encargas de un caso algún tiempo después de que el hecho se haya producido.

—¿De veras? Qué fascinante. Siempre he pensado que era esencial llegar al lugar rápidamente, para captar las cosas por el olfato, ya me entiende.

—Al contrario. Nunca es demasiado tarde para, como usted dice, captar las cosas por el olfato.

—Pero ¿no es deprimente cómo este crimen ha ido minando el espíritu de las gentes de este lugar? Y no sólo de las familias. Todo Shackton ha empezado a pudrirse. Éste era un pueblo feliz, y una próspera plaza comercial. Mírelos ahora: apenas se miran a los ojos entre ellos. El asunto éste ha arrastrado a todo el pueblo a un fango de sospecha. Le aseguro, señor Banks, que si puede resolver este caso será recordado para siempre en Shackton.

—¿Lo cree de veras? Qué curioso.

—No existe la menor duda. Le quedarían eternamente agradecidos. Sí, hablarían de usted durante *generaciones*.

Dejé escapar una breve risa.

—Parece usted conocer bien esta población, señorita Hemmings. Aunque yo pensaba que pasaba usted todo su tiempo en Londres.

—Oh, sólo soporto Londres hasta un punto, y luego tengo que irme en busca de aire fresco. ¿Sabe?, en el fondo no soy una chica de ciudad.

—Me sorprende usted. Siempre he pensado que se sentía profundamente atraída por la vida urbana.

—Tiene mucha razón, señor Banks. Se percibía ahora en su voz cierto timbre de resentimiento, como si de pronto se sintiera acorralada contra un rincón. Hay algo que me atrae de la ciudad. La ciudad tiene para mí sus..., sus atractivos. Ahora, por primera vez desde su llegada, apartó su mirada de mí y la dirigió al jardín vallado. Lo cual me recuerda que... —dijo. Bueno, la verdad es que no me lo recuerda en absoluto. ¿A qué fingir? He estado pensando en ello todo el tiempo que hemos estado hablando. Querría pedirle un favor.

—¿Y cuál sería ese favor, señorita Hemmings?

—Fuentes de todo crédito me aseguran que usted ha sido invitado este año a la cena de la Fundación Meredith. ¿Me equivoco?

Permanecí callado unos segundos, y al cabo respondí:

—No, no se equivoca.

—Es fantástico ser invitado a su edad. He oído que este año se celebra en honor de sir Cecil Medhurst.

—Sí, así lo creo.

—He oído también que se espera la asistencia de Charles Wolfe.

—¿El violinista?

Se echó a reír con risa cristalina.

—¿Es que hace algo más aparte de eso? Y también de Thomas Byron, según parece.

Estaba visiblemente entusiasmada, pero volvió a apartar la mirada y se puso a mirar a nuestro alrededor con un ligero estremecimiento.

—¿Me decía? —pregunté al rato. Deseaba que le hiciera un favor, ¿no?

—Oh, sí, sí. Quería que me hiciera... Quería que me pidiera que le acompañara a esa fiesta. A la cena de la Fundación Meredith.

Ahora me miraba fijamente, con una intensidad contenida. Me costó unos segundos encontrar la respuesta, pero cuando di con ella hablé con completa calma:

—Me gustaría mucho complacerla, señorita Hemmings. Pero por desdicha ya he enviado hace unos días mi respuesta a los organizadores. Me temo que ya es tarde para informarles de que desearía invitar a otra persona.

—¡Tonterías! —exclamó ella con enfado. Su nombre está hoy en boca de todos. Si desea llevar a una amiga, a ellos seguro que les encanta. Señor

Banks, ¿no estará pensando dejarme tirada, verdad? No sería digno de usted. Después de todo, somos buenos amigos desde hace cierto tiempo.

Fue este último comentario —el recordatorio de la verdadera historia de nuestra «amistad»— lo que me hizo replegarme aún más en mí mismo.

—Señorita Hemmings —dije finalmente—, se trata de un favor que no creo que esté en mi mano hacerle.

Pero en los ojos de Sarah Hemmings había ya una expresión de determinación inflexible.

—Conozco todos los detalles, señor Banks. En el Claridge Hotel. El miércoles que viene por la noche. Tengo intención de estar allí. Me muero de ganas de que llegue esa noche. Le esperaré en el vestíbulo.

—El vestíbulo del Claridge, según tengo entendido, está abierto a todo miembro respetable de nuestra sociedad. Si usted decide estar allí el miércoles por la noche, no hay nada ni nadie que se lo impida, señorita Hemmings.

Sarah Hemmings me miró detenidamente, ahora insegura respecto de mis intenciones. Y al final dijo:

—Entonces tenga la seguridad de que me verá en el vestíbulo del Claridge el miércoles por la noche, señor Banks.

—Como le he dicho, es cosa suya. Ahora, señorita Hemmings, si no le importa...

No me llevó más de unos días desentrañar el misterio de la muerte de Charles Emery. El asunto no mereció la misma publicidad que mis otras investigaciones, pero la honda gratitud de la familia Emery —y, ciertamente, de toda la comunidad de Shackton— hizo que el caso me resultara tan satisfactorio como cualquiera de cuantos hasta entonces había resuelto en mi carrera. Volví a Londres envuelto en una especie de fulgor de bienestar, y consecuentemente no pude dedicar mucha atención a mi encuentro con Sarah Hemmings en el jardín vallado el día del comienzo de mi investigación. No diré que hubiera olvidado por completo las pretensiones de la señorita Hemmings en relación con la cena de la Fundación Meredith, pero, como digo, me sentía en un estado de ánimo triunfante, y supongo que decidí no pensar en tales cosas. Quizá, en el fondo, pensé que su «amenaza» no había sido más que una treta momentánea.

En todo caso, cuando anoche me apeé del taxi en la puerta del Claridge, mis pensamientos estaban en otra parte. Para empezar, me recordé a mí mismo que mis recientes éxitos me daban perfecto derecho a figurar aquella noche entre los invitados; que, en lugar de cuestionar mi presencia en tal acto, los otros invitados no harían sino instarme a que les revelara pormenores de mis casos. Me recordé a mí mismo, también, mi decisión de no abandonar la fiesta prematuramente, por mucho que tuviera que volver a soportar algún rato de solitario vagar por los salones. Al entrar en el gran vestíbulo, pues, no me encontraba preparado en absoluto para la visión de una Sarah Hemmings a la espera, sonriente.

Se había ataviado admirablemente: un vestido oscuro de seda y unas joyas discretas y elegantes. Sus modales, al acercarse hacia mí, eran de

absoluta seguridad en sí misma, hasta el punto de que aún tuvo tiempo para saludar con una sonrisa a una pareja que pasaba a nuestro lado.

—Ah, señorita Hemmings —dije, mientras mi mente trataba apresuradamente de recordar todo lo que había pasado entre nosotros aquel día en Studley Grange. En aquel instante, debo confesar, me pareció perfectamente natural el que la Hemmings tuviera todo el derecho del mundo a que le ofreciera el brazo y la acompañara al interior. Sin duda ella percibió mi vacilación y pareció aún más envalentonada.

—Querido Christopher —dijo. Tiene un aspecto espléndido. ¡Estoy deslumbrada! Oh, aún no he tenido la oportunidad de felicitarle. Fue maravilloso lo que hizo por los Emery. Fue tan inteligente de su parte.

—Gracias. No fue un caso demasiado complicado.

Me había cogido del brazo, y si en aquel momento se hubiera dirigido hacia el sirviente que dirigía a los invitados hacia las escaleras, estoy seguro de que me habría sentido impotente para negarme a hacer lo que le hubiera venido en gana. Pero, ahora lo veo, aquí cometió un error. Tal vez quería saborear el instante, tal vez su audacia la había abandonado momentáneamente. En cualquier caso, no hizo ademán alguno de avanzar hacia las escaleras: se quedó mirando a los invitados que iban entrando en el vestíbulo, y me dijo:

—Sir Cecil no ha llegado todavía. Espero tener la ocasión de hablar con él. Me parece enormemente justo que sea él el homenajeado este año, ¿no cree?

—Sí, claro.

—¿Sabe, Christopher? No creo que tengan que pasar muchos años para que nos reunamos todos aquí para homenajearle a *usted*.

Me eché a reír.

—No creo que...

—No, no. Estoy segura de lo que digo. De acuerdo, es posible que haya que esperar unos cuantos años más. Pero el día llegará, no lo dude.

—Es muy amable de su parte, señorita Hemmings.

Continuó cogida a mi brazo mientras seguíamos allí, de pie en el vestíbulo. De cuando en cuando alguien que pasaba a nuestro lado nos sonreía o nos dirigía un saludo a alguno de los dos. Y he de decir que me

resultaba harto placentera la idea de que todos aquellos personajes — muchos de los cuales eran realmente importantes— me estuvieran viendo del brazo de Sarah Hemmings. Cuando nos saludaban, me parecía leer en sus ojos lo siguiente: «Oh, ahora le ha cazado *a él*. En fin, es natural...». Lejos de hacer que me sintiera un necio, o, en cierta medida, humillado, la idea me llenaba de orgullo. Pero luego, súbitamente —ignoro a qué pudo deberse—, y sin el menor aviso previo, empecé a sentir una gran furia contra ella. Estoy seguro de que nada en mi semblante delató cambio alguno de talante en mí en aquel instante, y por espacio de unos minutos seguimos charlando amigablemente, saludando con leves inclinaciones de cabeza a los invitados que pasaban. Pero cuando desligué su brazo del mío y me volví hacia ella, mi decisión era inquebrantable.

—Bien, señorita Hemmings, me ha encantado volver a verla. Pero ahora debo dejarla y subir a la sala.

Le dediqué una leve inclinación de cabeza y eché a andar hacia las escaleras. Mi gesto la cogió desprevenida, y si tenía pensada una estrategia para el caso de que yo me negara a avenirme a sus deseos, durante unos segundos fue incapaz de ponerla en práctica. Sólo cuando me hube alejado unos pasos de ella, y me uní a una vieja pareja que acababa de saludarme, llegó ella corriendo y se me plantó a un costado.

—¡Christopher! —me dijo, en un susurro frenético. ¿No se atreverá...? ¡Me lo prometió!

—Sabe perfectamente que no hice nada de lo que dice.

—¡No se atreverá! ¡Christopher, no me hará eso!

—Le deseo una agradable velada, señorita Hemmings.

Me di la vuelta y, aprovechando el gesto para separarme también de la anciana pareja, que había hecho lo imposible para no oír nuestra escaramuza, subí rápidamente por las suntuosas escaleras.

Al llegar a la planta superior, me hicieron pasar a una antesala brillantemente iluminada. Allí me uní a una hilera de invitados que desfilaban ante un escritorio, tras el cual se sentaba un hombre uniformado de rostro glacial que cotejaba los nombres de los recién llegados con los de

una lista. Cuando me llegó el turno, me complació mucho ver un destello de admiración en el hombre glacial al comprobar cómo me llamaba. Firmé en el libro de invitados, y seguí andando hacia una puerta que daba a un gran salón, en cuyo interior —alcancé a ver— había ya un número considerable de personas. Al cruzar el umbral y adentrarme en el murmullo de las conversaciones, un hombre alto y de poblada barba oscura me saludó y me estrechó la mano. Supuse que se trataba de alguno de los invitados, pero no conseguí registrar gran cosa de lo que me decía, porque, si he de ser franco, en aquel momento me resultaba difícil pensar en nada salvo en lo que acababa de ocurrirme en el vestíbulo. Estaba experimentando una extraña sensación de vacío, y tuve que recordarme que en ningún caso había hecho ningún feo a la señorita Hemmings; que cualquier humillación que hubiera podido sentir era únicamente imputable a ella.

Pero cuando me separé del hombre de la barba y me desplazé hacia otra parte del salón, Sarah Hemmings seguía en mi pensamiento. Fui vagamente consciente de un camarero que se acercaba con una bandeja de bebidas; de diversas personas que se volvían para saludarme. En un momento dado trabé conversación con un grupo de tres o cuatro hombres —todos ellos resultaron ser científicos, y todos ellos parecían saber quién era yo. Luego, cuando llevaba en el salón aproximadamente un cuarto de hora, percibí un leve cambio en el ambiente, y miré a mi alrededor, y por las miradas y murmullos comprendí que en la zona de la puerta por la que habíamos entrado estaba teniendo lugar una suerte de tumulto.

Instantes después de caer en la cuenta de ello sentí como una premonición aciaga, y mi primer impulso fue el de alejarme de la puerta y adentrarme más en el salón. Pero era como si una fuerza misteriosa tirara de mí en dirección a la puerta, y pronto me vi de nuevo junto al hombre barbado, que, de espaldas a la sala de invitados, miraba con expresión apenada el drama que se desarrollaba afuera, en la antesala.

Miré más allá de él, y me cercioré de que, en efecto, era la señorita Hemmings la que se hallaba en el centro del tumulto. Había detenido el desfile de invitados que firmaban en la mesa. No es que gritara exactamente, pero parecía importarle muy poco quién pudiera oír sus salidas de tono. Observé cómo sacudía a un viejo empleado del hotel que

trataba de retenerla; cómo se inclinaba por encima del escritorio en ademán de poder mirar más airadamente al hombre de cara glacial, que seguía sentado en su sitio, y cómo decía con voz cercana al sollozo:

—¡Pero es que usted no lo entiende! *Tengo que entrar*, ¿no puede entenderlo? Hay tantos amigos míos ahí dentro... *Pertenezco* a ahí dentro. ¡De verdad! ¡Oh, sea razonable!

—Lo siento infinito, señorita... —empezó a decir el hombre glacial. Pero Sarah Hemmings, cuyo pelo le caía ahora hacia un lado de la cara, no le dejó terminar.

—No es más que una pequeña y estúpida confusión, ¿no lo comprende? ¡Una pequeña y estúpida confusión: eso es todo! ¿Y se está comportando tan rudamente conmigo sólo por eso? ¡No puedo creerlo! ¡No puedo creerlo!

Todos los que presenciábamos la escena parecimos de pronto unidos en un pétreo embarazo. Luego, el hombre de la barba recuperó la presencia de ánimo y entró en la antesala con gesto de autoridad.

—¿Qué es lo que ocurre? —dijo, contemporizador. Mi querida joven dama, ¿se ha producido algún error? Venga, venga, lo solucionaremos, no se preocupe. Estoy a su disposición. De pronto dio un respingo y exclamó —: ¡Pero..., si es usted la señorita Hemmings! ¿Me equivoco?

—¡Por supuesto que no se equivoca! ¡Soy Sarah Hemmings! ¿Es que no lo ve? Ese hombre está siendo de lo más rudo conmigo...

—Pero señorita Hemmings, mi querida joven dama, no hay necesidad de que se disguste usted de ese modo. Venga, acérquese aquí un momento...

—¡No! ¡No! ¡No va usted a echarme! ¡No lo consentiré! ¡Le digo que tengo que entrar, que es *inexcusable* que entre en esa sala! Llevo soñando con ello tanto, tanto tiempo...

—Seguro que podemos hacer algo por la joven dama —dijo un hombre de los que presenciaban el incidente. ¿Por qué ser tan mezquinos? Si se ha tomado la molestia de venir, ¿por qué no vamos a permitirle unirse a nosotros?

Esto levantó un murmullo general de asentimiento, si bien —advertí también— hubo gestos que reprobaban lo que acababa de proponerse. El

hombre barbado dudó unos instantes, y al cabo pareció concluir que lo prioritario era acabar como fuera con aquella escena enojosa.

—Bien, tal vez en este caso particular... —dijo. Luego se volvió al hombre de rostro glacial que seguía tras la mesa, y añadió—: Estoy seguro de que podremos encontrar acomodo para la señorita Hemmings, ¿no le parece, señor Edwards?

Me habría quedado por allí más tiempo, pero el altercado había despertado en mí el miedo de que, en cualquier momento, la señorita Hemmings pudiera verme y tratar de implicarme con alguna acusación en aquel espectáculo impropio. De hecho, justo cuando empezaba a replegarme, se quedó mirándome fijamente por espacio de un instante. Pero no hizo nada, y al momento siguiente sus angustiados ojos se volvieron de nuevo al hombre barbado. Y yo aproveché la ocasión para escabullirme.

Los veinte minutos siguientes los dediqué a refugiarme en las zonas del salón más alejadas de la puerta. Un sorprendente número de los presentes parecían absurdamente intimidados por el acto al que estaban asistiendo, hasta el punto de que la mayoría de las conversaciones —tanto las que oía a mi alrededor como aquéllas en las que participaba yo mismo— consistían casi exclusivamente en cumplidos mutuos. Una vez agotados los cumplidos, la gente acudía al recurso de ensalzar al homenajeado. En un momento dado, después de un discurso en el que se enumeraron de forma exhaustiva los méritos de sir Cecil Medhurst, me incliné hacia el anciano que acababa de pronunciarlo, y dije:

—Me pregunto si sir Cecil ha llegado ya a la fiesta.

Mi compañero alargó su vaso en una dirección, y a cierta distancia vi la alta figura del gran estadista que, inclinado cortésmente, charlaba con dos damas de mediana edad. Entonces, justo cuando le estaba yo mirando, vi que Sarah Hemmings emergía de la multitud y se dirigía hacia él con gesto firme.

No quedaba en ella rastro alguno de la lastimosa criatura de la antesala. Su aspecto era radiante. Mientras la miraba, se acercó hasta sir Cecil sin la menor vacilación y le puso una mano en el brazo.

Mi anciano interlocutor empezó a presentarme a alguien, y me vi obligado a apartar la mirada de sir Cecil. Pero cuando volví a mirar hacia él,

vi que las dos damas de mediana edad se hallaban a un lado, mirándole con sonrisas incómodas, y que la señorita Hemmings se las había arreglado para acaparar por completo la atención del estadista. Seguí observando al grupo, y vi que sir Cecil echaba la cabeza hacia atrás y lanzaba una carcajada ante algo que la señorita Hemmings acababa de decirle.

A su debido tiempo fuimos invitados a pasar al salón del banquete, donde se nos acomodó alrededor de una vasta y larga mesa, bajo las brillantes arañas del techo. Sentí un gran alivio al ver que a la señorita Hemmings le habían asignado un asiento a una prudente distancia de donde yo estaba, y durante un rato conseguí disfrutar de la compañía de los comensales de ambos lados. Charlé por turnos con las damas de derecha e izquierda —ambas, cada una a su modo, encantadoras—, y los platos resultaron refinados e impecables. Pero a medida que avanzaba el banquete, me sorprendí a mí mismo inclinándome una y otra vez hacia adelante a fin de poder divisar el sector donde estaba sentada la señorita Hemmings, y volví a enumerar mentalmente las razones que me asistían para haberle negado mi concurso.

Quizás sea debido a tales preocupaciones el que no pueda ahora recordar gran cosa de la cena misma. Hacia el final llegaron los discursos; varios personajes se levantaron para loar una vez más las contribuciones de sir Cecil a los asuntos mundiales, y en especial su papel en la construcción de la Sociedad de Naciones. Finalmente, fue el propio sir Cecil quien tomó la palabra.

Su discurso, según puedo recordar, fue autocrítico y optimista. A su juicio, la humanidad había aprendido de sus errores, y ahora las estructuras se hallaban firmemente asentadas y en situación de asegurar que jamás pudiera volver a darse en el planeta otra calamidad semejante a la de la pasada Guerra Mundial. La guerra, pavorosa en sí misma, no representaba sino «una torpe ventana en la evolución humana», en aquel período de unos cuantos años en que nuestro progreso técnico había ido por delante de nuestras capacidades de organización. Nos habíamos sorprendido a nosotros mismos con el rápido desarrollo de nuestro potencial de ingeniería, y con la consiguiente posibilidad de hacer la guerra con armamento moderno, pero ahora habíamos aprendido a convertir en positivo tal desfase. Al recordar

los horrores que podían volver a desatarse entre los pueblos, las fuerzas de la civilización habían prevalecido y legislado. Su discurso discurrió un tiempo más por tales derroteros, y al final todos aplaudimos de buena gana.

Después de la cena, las damas no nos abandonaron para trasladarse a otra de las salas, sino que se nos pidió a todos, damas y caballeros, que pasáramos al salón de baile. Allí nos esperaba un cuarteto de cuerda, que ejecutaba una pieza, y unos camareros que se movían de un lado a otro con bandejas de licores, cigarros y cafés. Los comensales empezaron enseguida a circular de un sitio a otro, y la atmósfera se hizo mucho más relajada que antes de la cena. En un momento dado, coincidió que mis ojos se encontraron con los de la señorita Hemmings, que se hallaba en otra zona del salón, y me sorprendió sobremanera que me sonriese. Mi pensamiento inicial fue que no era sino la sonrisa del enemigo que urde alguna terrible venganza; pero luego, a medida que avanzaba la velada, seguí observándola, y decidí que estaba equivocado. Caí en la cuenta de que Sarah Hemmings se sentía absolutamente feliz. Al cabo de meses —tal vez años— de planearlo, había conseguido estar en aquel momento en aquel lugar, y al haber alcanzado su meta —tal como se nos dice que les sucede a las mujeres después de dar a luz— había relegado al olvido todos los recuerdos del dolor que había soportado a lo largo del camino. Contemplé cómo se desplazaba de grupo en grupo, charlando amigablemente con unos y otros. Se me ocurrió que debería acercarme y hacer las paces con ella mientras hacía gala de tan animoso talante, pero la posibilidad de que éste pudiera cambiar repentinamente y crear otra escena desagradable me disuadió por completo, y seguí manteniéndome a una prudencial distancia.

Fue quizás media hora después cuando fui presentado a sir Cecil Medhurst. No me había esforzado especialmente en conocerlo, pero supongo que me habría sentido algo decepcionado si al término de la velada hubiera tenido que abandonar el salón sin haber intercambiado unas palabras con el insigne hombre de estado. Así las cosas, le vi venir hacia mí acompañado de lady Adams, a quien yo había conocido unos meses atrás en el curso de una de mis investigaciones. Sir Cecil me cogió la mano con calor y dijo:

—¡Ah, mi joven amigo! ¿Así que está usted aquí?

Nos dejaron solos unos minutos en el centro del salón. La gente a nuestro alrededor reinició la charla, y pronto nos vimos inmersos en un animado bullicio; sir Cecil y yo teníamos que inclinarnos el uno hacia el otro y alzar la voz para dirigirnos los cumplidos de rigor. En un momento determinado, me dio un suave codazo y dijo:

—Todo lo que he dicho antes, en la cena... Sobre este mundo. Que se está convirtiendo en un lugar mucho más seguro, más civilizado y demás... Yo lo creo, ¿sabe? Al menos —aquí me agarró la mano y me dirigió una mirada chispeante—, al menos *me gustaría creerlo*. Oh, sí, me encantaría creerlo. Pero no sé, mi joven amigo. No sé si al final vamos a ser capaces de hacer que las cosas no empeoren. Haremos lo que podamos. Organizar, consultar. Hacer que los más grandes hombres de las más grandes naciones pongan a trabajar juntas sus cabezas y hablen. Pero siempre estará el mal acechando en algún rincón, listo para saltar sobre nosotros. ¡Oh, sí! Las fuerzas del mal no descansan, ni siquiera ahora, mientras estamos hablando; siempre están conspirando para ver el modo de prender fuego a nuestra civilización. Y son inteligentes, oh. Demoniacamente inteligentes. Hombres y mujeres buenos hacen lo que pueden, dedican sus vidas a mantener a raya el mal, pero me temo que no será suficiente, amigo mío. Me temo que no va a ser suficiente. Los seres malignos son demasiado astutos para el ciudadano honrado normal y corriente. Lo hechizarán, lo corromperán, lo volverán contra sus congéneres. Lo veo, lo veo continuamente. Y va a empeorar. Por eso necesitamos más que nunca confiar en gentes como usted, mi joven amigo. Los pocos que, de nuestro lado, poseen idéntica inteligencia que los malvados. Los pocos que descubrirán su juego de inmediato, los pocos capaces de destruir esos «hongos» contaminantes antes de que arraiguen y se expandan.

Probablemente estaba más que achispado. Probablemente el acto en su honor lo había abrumado. En cualquier caso, continuó hablando de esta guisa durante un rato, apretándome el brazo con ternura mientras me hablaba. Y quizás porque aquel hombre ilustre se mostrara tan efusivo conmigo —o quizás porque yo había tenido en mente durante toda la velada el preguntárselo—, aproveché un momento en que se quedó callado para decir:

—Sir Cecil, creo que recientemente ha pasado usted un tiempo en Shanghai.

—¿Shanghai? Ciertamente, amigo mío. Yendo de un lado para otro. Lo que sucede en China es de vital importancia. Ya no podemos limitarnos a mirar a Europa, ¿comprende? Si deseamos detener el caos en Europa, habremos de mirar hacia otras latitudes.

—Se lo pregunto, señor, porque yo nací en Shanghai.

—¿Sí? Vaya, vaya...

—Me estaba preguntando, señor, si llegaría usted a toparse en algún momento con un viejo amigo mío. No existe motivo alguno para tal improbable coincidencia, por supuesto. Pero su nombre es Yamashita. Akira Yamashita.

—¿Yamashita? Mmmm... Japonés, ya veo. Hay montones de japoneses en Shanghai, claro. Cada día tienen más influencia en esa parte del mundo. ¿Yamashita, dice?

—Akira Yamashita.

—No sabría decir si lo he conocido o no. ¿Diplomático o algo parecido?

—Lo cierto, señor, es que no lo sé. Era un amigo de la infancia.

—Oh, entiendo. En ese caso, no sabe siquiera si sigue en Shanghai. Puede que se marchara y volviera a Japón.

—Oh, no. Estoy seguro de que sigue en Shanghai. A Akira le encantaba Shanghai. Además, estaba decidido a no volver jamás a Japón, No, tengo la certeza de que sigue allí.

—Bien, no creo haberle conocido. Vi bastante al tal Saito. Y a unos cuantos militares. Pero a nadie con ese nombre.

—Bien... —Solté una risita para ocultar mi decepción. Era algo muy poco probable. Pero me lo había estado preguntando.

En ese preciso instante, y para mi alarma, caí en la cuenta de que Sarah Hemmings estaba de pie a mi lado.

—Así que por fin logró acorralar al gran detective, ¿eh, sir Cecil? —dijo en tono alegre.

—Así es, querida —replicó el viejo caballero, sonriéndole abiertamente. Le estaba diciendo lo mucho que todos vamos a depender de él en los años venideros.

Sarah Hemmings me sonrió.

—He de decir, sir Cecil, que, según mi experiencia, no siempre se puede contar *enteramente* con el señor Banks. Pero quizás él sea lo mejor que podamos encontrar.

En este punto decidí que debía marcharme con la mayor rapidez posible, y fingiendo haber localizado a alguien al otro lado del salón me excusé y los dejé solos.

No volví a ver a la señorita Hemmings hasta más tarde. Para entonces muchos de los invitados habían empezado a marcharse, y el salón estaba mucho menos atestado que antes. Además, los camareros habían abierto unas cuantas puertas que daban a los balcones, y una refrescante brisa nocturna soplaba ahora hacia el interior del salón. Pese a ello, la noche seguía siendo cálida, y, deseoso de un poco de aire fresco, me encaminé hacia uno de los balcones. Me disponía a salir al aire nocturno cuando reparé en que se hallaba allí Sarah Hemmings, de espaldas al salón, con un cigarrillo con boquilla, contemplando el cielo de la noche. Empecé a retroceder, pero algo me dijo que, pese a no haberla visto moverse en absoluto, ella se había percatado de mi presencia. Así que di un paso hacia adelante, salí al balcón y dije:

—Bien, señorita Hemmings, veo que ha acabado teniendo su velada, después de todo.

—Ha sido la más maravillosa de todas las veladas —dijo, sin volverse. Dejó escapar un suspiro de contento, dio una chupada al cigarrillo, me dedicó una rápida sonrisa por encima del hombro y volvió a quedarse mirando el cielo de la noche. Ha sido exactamente como la había imaginado. Toda esa gente maravillosa. Miraras donde miraras, encontrabas gente maravillosa. Y sir Cecil, un ser tan encantador, ¿no le parece? He mantenido una conversación de lo más interesante con Eric Mitchell. Sobre su exposición. Va a invitarme a la inauguración privada del mes que viene.

No dije nada, y por espacio de unos segundos seguimos allí en silencio, uno al lado del otro, acodados sobre la barandilla. Curiosamente —acaso debido al cuarteto de cuerda, cuya suave música de vals nos llegaba desde

el salón—, el silencio no era en absoluto lo incómodo que cabía esperar. Al final, Sarah dijo:

—Supongo que le ha sorprendido a usted.

—¿Sorprendido?

—Lo decidida que soy. Al conseguir entrar aquí esta noche.

—Me ha sorprendido, sí —dije. Luego añadí—: ¿A qué cree que es debido, señorita Hemmings? El que sintiera una necesidad tan imperiosa de buscar la compañía de esta gente esta noche...

—¿Imperiosa? ¿La considera usted imperiosa?

—Así la juzgaría yo. Y lo que he presenciado antes en la antesala tiende a avalar el juicio que le expreso.

Su reacción me sorprendió en cierta medida: respondió con una liviana carcajada, y luego me dirigió una sonrisa.

—Pero ¿por qué no, Christopher? ¿Por qué no habría de sentir tal necesidad de estar en compañía de tales personajes? ¿No es simplemente estar... en el cielo?

Cuando me quedé en silencio, su sonrisa se esfumó.

—Supongo que usted desaprueba mi conducta —dijo, con una voz que ahora sonaba diferente.

—Me he limitado a hacer constar...

—Está bien. Tiene derecho a hacerlo. Puede pensar lo que quiera; lo de antes, por ejemplo, lo juzga embarazoso, y lo desaprueba. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Cuando sea vieja, no quiero mirar hacia atrás y ver espacios vacíos. Quiero ver algo de lo que me sienta orgullosa. ¿Lo entiende, Christopher? Soy *ambiciosa*.

—No estoy seguro de entenderla. ¿Tiene usted la impresión de que su vida será más valiosa si se codea con gente famosa?

—¿Es así como usted me ve?

Apartó la mirada, quizás genuinamente dolida, y volvió a chupar el cigarrillo. Miré cómo contemplaba la calle vacía, abajo, y las fachadas de estuco blanco de los edificios de enfrente. Y luego dijo con voz calma:

—Comprendo que se me pueda ver de ese modo. Si se me mira con ojos cínicos, al menos.

—Espero no mirarla de ese modo. Me molestaría mucho pensar que he hecho tal cosa.

—Entonces debería tratar de ser más comprensivo. Se volvió hacia mí con una expresión intensa en el semblante, y al poco miró de nuevo hacia el frente. Si mis padres aún vivieran —dijo—, me dirían que ya era hora de que me casara. Y quizás tuvieran razón. Pero no voy a hacer lo que he visto hacer a tantas chicas. No voy a malgastar todo mi amor, toda mi energía, todo mi intelecto (por modesto que sea) con un hombre inútil dedicado al golf o a la venta de bonos en la City. Cuando me case, habrá de ser con alguien que realmente aporte una *contribución* valiosa. Quiero decir a la humanidad, a un mundo mejor. ¿Es ésta una ambición tan horrible? No vengo a actos como el de esta noche para conocer a hombres famosos, Christopher. Vengo en busca de gentes que se *distingan* por algo. ¿Qué puede importarme pasar un poco de vergüenza aquí o allá? —Hizo un gesto con la mano, en dirección al salón. Pero no voy a aceptar que mi destino sea malgastar mi vida con un hombre agradable, cortés y moralmente sin valor.

—Cuando lo expresa así —dije—, puedo entender cómo se ve quizás a sí misma. Casi como una... fanática.

—En cierto modo, sí, Christopher. Oh, ¿qué pieza están tocando? Es algo que conozco. ¿Mozart?

—Creo que es Haydn.

—Oh, sí, tiene razón. Sí, Haydn.

Durante unos segundos se quedó mirando hacia el cielo, mientras parecía escuchar la melodía.

—Señorita Hemmings —dije, al cabo. No estoy orgulloso del modo en que me he comportado con usted al principio de la velada. De hecho, ahora lo lamento de verdad. Lo siento. Espero que me perdone.

Sarah Hemmings siguió mirando hacia la noche, acariciándose suavemente la mejilla con la boquilla del cigarrillo.

—Es muy delicado de su parte lo que me dice, Christopher —dijo en voz baja. Pero soy yo quien debería disculparme. Yo estaba tratando de utilizarle, después de todo. Está claro. Estoy segura de que antes he debido de parecer una mujer horrible; pero eso no me importa. Lo que me importa,

sin embargo, es haberle tratado mal a usted. Puede que no me crea, pero es la verdad.

Me eché a reír.

—Bien, entonces ¿por qué no nos perdonamos mutuamente?

—Sí, hagámoslo. Se volvió hacia mí, y su cara, de súbito, se abrió en una sonrisa cuyo regocijo era casi el de una niña. Luego volvió a abatirse sobre ella un hondo cansancio, y se dio la vuelta para seguir mirando la noche. A menudo trato mal a la gente —dijo. Supongo que va unido a lo de ser ambiciosa. Y a no tener mucho tiempo disponible.

—¿Perdió a sus padres hace mucho tiempo? —le pregunté.

—Tengo la sensación de que hace una eternidad. Pero, por otra parte, están siempre conmigo.

—Bien, me alegro de que haya disfrutado de la velada. Ahora sólo puedo volver a expresarle lo mucho que lamento mi comportamiento.

—Oh, mire: se está yendo todo el mundo. ¡Qué pena! Y yo que quería hablar con usted de todo tipo de temas... De su amigo, por ejemplo.

—¿De mi amigo?

—Del amigo sobre el que antes le preguntaba a sir Cecil. Su amigo de Shanghai.

—¿Akira? Era un amigo de la infancia.

—Pero me di perfecta cuenta de que era muy importante para usted.

Me enderecé y miré hacia el salón.

—Tiene razón. Se está marchando todo el mundo.

—Entonces supongo que tendré que irme también yo. Si no quiero, claro está, que mi marcha levante el mismo revuelo que mi llegada.

Pero no hizo el menor ademán de ponerse en movimiento, y al final hube de ser yo quien me excusara para volver al salón. Instantes después, cuando me volví para mirar atrás, pensé que Sarah Hemmings componía una bella silueta solitaria en el balcón, fumando en el aire de la noche mientras el salón a su espalda se iba vaciando por momentos. Incluso cruzó mi mente la posibilidad de volver para ofrecerme a acompañarla en su salida de la fiesta. Pero su mención de Akira me había inquietado un tanto, y decidí que aquella noche había hecho ya bastante para mejorar la relación entre Sarah Hemmings y mi persona.

Segunda parte

Londres, 15 de mayo de 1931

En la parte de atrás de nuestro jardín en Shanghai había un montículo de césped con un único arce en lo alto de su cima. Cuando Akira y yo teníamos unos seis años, nos divertíamos jugando en aquel montículo y sus alrededores, y cuando ahora pienso en mi compañero de la infancia siempre tiendo a recordarnos subiendo y bajando aquel montículo a la carrera, y a veces saltando hasta abajo desde la parte más alta de su ladera.

De cuando en cuando, agotados por los juegos, nos sentábamos jadeando en lo alto del montículo, con la espalda recostada contra el tronco del arce. Desde aquella posición estratégica gozábamos de una vista de mi jardín y de la gran casa blanca que se alzaba al otro extremo. Si hoy cierro los ojos un instante, puedo evocar esa imagen muy vividamente: el césped «inglés» primorosamente cuidado, las sombras que por la tarde proyectaba la hilera de olmos que separaba mi jardín del de Akira. Y la casa misma, un enorme edificio blanco con numerosas alas y balcones enrejados. Me temo que estos recuerdos de la casa se deben en gran medida a cómo la veía un niño, y que en realidad la casa no era tan grande. Ciertamente, yo era consciente —incluso entonces— de que nuestra casa apenas podía equipararse en esplendor a las mansiones de Bubbling Well Road, situadas justo a la vuelta de la esquina. Pero resultaba más que adecuada para una familia integrada por mis padres, yo, Mei Li y la servidumbre.

Era propiedad de Morganbrook and Byatt, lo que significaba que en ella había muchas pinturas y muchos ornamentos, y que no me estaba permitido tocarlos. Significaba asimismo que de vez en cuando teníamos que alojar a algún «huésped de la casa» —algún empleado de la compañía recién llegado a Shanghai que aún no había tenido tiempo para «valerse por sí mismo». Ignoro si mis padres ponían alguna objeción a tal norma de la

casa. A mí no me importaba en absoluto, pues el huésped en cuestión solía ser algún joven que traía con él los aires de los senderos y praderas inglesas que yo conocía por *El viento en los sauces*, o de las calles neblinosas de las intrigas de Conan Doyle. Aquellos jóvenes ingleses, sin duda deseosos de causar buena impresión, se sentían inclinados a tolerar mis morosas preguntas y, en ocasiones, mis poco razonables peticiones. La mayoría de ellos —se me ocurre— eran probablemente más jóvenes que yo hoy, y sin duda se sentían aturridos y confusos tan lejos del hogar. Pero para mí, entonces, todos eran personajes a quienes estudiar y emular.

Pero volviendo a Akira: hay una ocasión concreta que ahora me viene a la memoria de aquellas tardes de juegos, después de que hubiéramos estado subiendo y bajando desaforadamente por la pendiente de aquel montículo poniendo en escena nuestras prolijas tramas lúdicas. Nos habíamos tomado un respiro y estábamos sentados contra el tronco del arce para recuperar el resuello, y yo miraba hacia la casa a través del césped, a la espera de que mi pecho dejara de subir y bajar agitadamente, cuando Akira dijo a mi espalda:

—Cuidado, comarada. Un ciempiés. Junto a tu pie.

Le había oído claramente decir «comarada», pero en aquel momento no pensé nada al respecto. Fue luego, cuando, una vez que hubo utilizado la palabra, Akira pareció encantado con ella y se puso a emplearla continuamente en los momentos de juego que siguieron («¡por aquí, comarada!», «¡más rápido, comarada!»...).

—No es «comarada», ¿sabes? —le dije al fin, durante una de nuestras disputas sobre el rumbo que debía tomar un determinado juego. Es «camarada».

Akira, tal como yo sabía que haría, protestó vigorosamente.

—Nada de eso. Nada de eso. La señorita Brown me ha hecho repetir mil veces «comarada». «*Comarada*». Es la pronunciación correcta. Sí, señor. Ella dice «comarada». Y es la profesora.

No tenía objeto intentar convencerle de lo contrario. Desde que había empezado a estudiar inglés, se sentía inmensamente orgulloso de su condición: era el anglohablante experto de la familia. Pero daba igual: yo no quería darle la razón, y al final la pelea adquirió tales proporciones que Akira, dando por terminado el juego, se limitó a irse hecho una furia hacia

nuestra «puerta secreta» —una brecha abierta en el seto que separaba nuestros jardines.

Las siguientes veces que jugamos juntos, ya no me llamó «comarada», ni hizo referencia alguna a nuestro altercado del montículo. Yo casi lo había olvidado cuando una mañana, semanas después, el asunto volvió de pronto a salir a colación mientras caminábamos juntos por Bubbling Well Road, a lo largo de las grandes mansiones y los hermosos céspedes. No recuerdo exactamente lo que acababa de decirle. En cualquier caso, él me contestó diciendo:

—Muy amable de tu parte, camarada.

Recuerdo que resistí la tentación de hacer constar que me estaba dando la razón en relación con nuestra disputa de semanas antes. Para entonces yo ya conocía a Akira lo bastante como para darme cuenta de que no había dicho «camarada» a modo de sutil reconocimiento de que antes había estado equivocado; más bien, y de una forma extraña que ambos entendíamos, estaba dando a entender que había sido siempre él quien había defendido que se decía «camarada», y que ahora se limitaba a ratificar su punto de vista. Y el hecho de que yo no protestara no hacía sino confirmar su decisiva victoria. Así, durante el resto de la tarde siguió llamándome «camarada» cada vez con más suficiencia, como diciendo: «Bien, veo que no insistes en tu ridiculez. Me alegra que te muestres más sensato».

Este tipo de conducta no era del todo atípica en Akira, y aunque yo siempre la juzgué exasperante, no solía —no sabría decir por qué— hacer ningún esfuerzo para contradecirle. De hecho —y hoy lo juzgo difícil de explicar—, sentía cierta necesidad de preservar tales fantasías para bien de Akira, y en caso de que un adulto hubiera tratado de arbitrar en nuestra pendencia sobre la palabra «comarada», yo me habría puesto indefectiblemente del lado de Akira.

No quiero dar a entender con esto que Akira me dominara, o que la nuestra fuera una amistad en cierto modo desequilibrada. En nuestros juegos, por ejemplo, yo tomaba tantas veces como él la iniciativa, y probablemente más veces en caso de las decisiones más cruciales. Lo cierto es que yo creía ser intelectualmente superior, y en cierto nivel Akira probablemente lo aceptaba. Por otra parte, había varias cosas que, a mis

ojos, conferían a mi amigo japonés una gran autoridad. Estaban, por ejemplo, sus «llaves», que a menudo me aplicaba cuando yo decía algo que le molestaba, o cuando en el curso de alguna de nuestras tramas me resistía a aceptar algún sesgo de la intriga que a él le complacía especialmente. En un plano más general, y aunque me llevara tan sólo un mes, yo tenía la sensación de que él era el que más mundo tenía de los dos. Parecía saber muchas cosas que yo no sabía. Y, por encima de todo, estaba su afirmación de que se había aventurado varias veces más allá de los límites de la Colonia.

Mirando hoy hacia atrás, me resulta un tanto sorprendente el hecho de que a unos chiquillos de nuestra edad se les permitiera ir y venir sin la menor supervisión, casi a su antojo. Pero, como es lógico, ello tenía lugar dentro de la relativa seguridad de la Colonia Internacional. A mí, por ejemplo, me estaba absolutamente prohibido entrar en las zonas chinas de la ciudad, y, por lo que yo sé, los padres de Akira no eran menos estrictos al respecto. Fuera de nuestros límites, se nos decía, todo eran enfermedades horribles, inmundicia y hombres perversos. Lo más cerca que yo había estado en mi vida de salir de la Colonia fue una vez en que el carruaje en que íbamos mi madre y yo tomó un rumbo inesperado en la zona del arroyo Soochow que bordea el distrito Chapei. Podía ver la aglomeración de techos bajos a lo largo del canal, y contuve la respiración todo lo que pude por miedo a que la pestilencia me llegara por el aire a través de la estrecha franja de agua. No es extraño, por tanto, que la pretensión de mi amigo de haber hecho unas cuantas incursiones secretas en tales zonas me dejara profundamente impresionado.

Recuerdo haberle interrogado repetidamente a Akira sobre tales hazañas. La verdad de los distritos chinos, me contó, era aún peor que los rumores. No había viviendas mínimamente acondicionadas, sólo casuchas tras casuchas, muy pegadas unas a otras. El conjunto se parecía mucho, me explicó, al mercado de Boone Road, sólo que allí vivían familias enteras en cada «puesto». Había, además, cadáveres amontonados por todas partes, y moscas zumbando sobre ellos, y a nadie parecía importarle demasiado. En una ocasión, Akira había estado paseando por un callejón lleno de gente, donde vio a un hombre —algún poderoso caudillo, dedujo— transportado

en un palanquín y acompañado por un gigante con una espada. El caudillo apuntaba con el dedo a quien se le antojaba —hombre o mujer— y el gigante procedía a cortarle la cabeza. La gente, como es lógico, trataba de esconderse lo mejor que podía. Akira, sin embargo, se había limitado a quedarse allí de pie, mirando desafiantemente al caudillo de marras. Éste había considerado unos instantes la posibilidad de decapitar o no a Akira, pero al cabo, obviamente impresionado por la valentía de mi amigo, se había echado a reír y, alargando la mano, le había dado unos golpecitos en la cabeza. Luego la comitiva del caudillo siguió su camino, dejando tras de sí muchas más cabezas cortadas.

No puedo recordarme poniendo en duda ninguna de las afirmaciones en tal sentido de Akira. Una vez le mencioné de pasada a mi madre algo acerca de las aventuras de mi amigo más allá de los límites de la Colonia, y recuerdo que me sonrió y dijo algo que arrojaba una sombra de duda sobre ellas. Me puse hecho una furia con ella, y a partir de entonces creo que evité cuidadosamente contarle intimidad alguna relativa a Akira.

Mi madre, por cierto, era una persona a quien Akira miraba con un peculiar respeto reverente. Si, por ejemplo, pese a tenerme a su merced con una llave de las suyas, yo me resistía a ceder en el punto de que se tratara, siempre me quedaba el recurso de decirle que tendría que responder ante mi madre por lo que me estaba haciendo. Claro que esto no era algo que me agradara hacer sin más ni más, pues a mi edad me hería el orgullo tener que invocar la autoridad de mi madre. Pero en aquellas ocasiones en que me veía obligado a hacerlo, siempre me asombraba la transformación que se operaba en él (¿cómo aquel ser despiadado que me tenía atenazado con una de sus llaves mortíferas podía convertirse en un segundo en un niño presa del pánico?). Nunca estuve seguro de por qué mi madre ejercía tal poder sobre Akira, puesto que, siendo él siempre extremadamente cortés con los adultos, jamás se sintió intimidado por ellos. Además, tampoco puedo recordar ocasión alguna en que mi madre no le hablara a él de forma amable y amistosa. Recuerdo haber sopesado esta cuestión entonces y llegado a plantearme distintas posibilidades.

Durante un tiempo consideré la idea de que Akira mostrara tal actitud ante mi madre porque ésta fuera «bella». El que mi madre fuera bella era

algo que yo, bastante desapasionadamente, había aceptado como un hecho a lo largo de mi niñez y adolescencia. Era algo que siempre se decía de ella, y creo que yo tomaba tal «belleza» como una mera etiqueta que se le adjudicaba, no mucho más importante que el hecho de que hubiera sido «alta» o «menuda» o «joven». Al mismo tiempo, no era ajeno al efecto que su belleza causaba en los demás. A mi edad, como es lógico, no tenía un sentido cabal de las más hondas implicaciones del encanto femenino. Pero al acompañarla a un sitio y a otro, como solía hacer, me parecían naturales, por ejemplo, las miradas admirativas de los extraños mientras paseábamos por Public Gardens, o el tratamiento preferente de los camareros en el Italian Café de Nanking Road, donde íbamos a comprar pasteles los sábados por la mañana. Cuando hoy miro las fotografías que conservo de ella —siete en total, en el álbum que me traje desde Shanghai— me impresiona esa belleza como antigua, propia de la tradición victoriana. Hoy podría quizás considerarse «guapa»; no «bonita», ciertamente. No puedo imaginarla en ningún caso, por ejemplo, oficiando el repertorio de coquetos encogimientos de hombros y movimientos de cabeza típicos de nuestras jóvenes actuales. En las fotografías —todas ellas de antes de mi nacimiento, cuatro en Shanghai, dos en Hong Kong y una en Suiza—, es sin duda una dama elegante, de espalda erguida, quizás un tanto altiva, pero no sin la delicadeza en los ojos que yo recuerdo tan bien. En cualquier caso, lo que quiero decir es que me resultaba bastante natural colegir, inicialmente al menos, que la extraña actitud de Akira para con mi madre se debía, como tantas otras cosas, a su belleza. Pero recuerdo que, cuando pensaba en el asunto más detenidamente, me decantaba por una explicación aún más plausible: que Akira se hubiera sentido inusualmente impresionado por lo que presencié la mañana en que el inspector de Salud de la compañía visitó nuestra casa.

Una característica aceptada de nuestras vidas era la periódica visita de un empleado de Morganbrook and Byatt, alguien que se pasaría una hora más o menos rodando por la casa, anotando cosas en un cuaderno y formulando entre dientes tal o cual pregunta. Recuerdo que mi madre me

contó una vez que cuando yo era muy pequeño me gustaba jugar a ser el inspector de Salud de Morganbrook and Byatt, y que a menudo tenía que disuadirme de que me pasara largos ratos estudiando la disposición y estado de nuestros cuartos de baño y retretes con un lápiz en la mano. Puede que ello fuera estrictamente cierto, pero, según yo puedo recordar, aquellas visitas eran la mayoría de las veces completamente anodinas, y durante años no les presté atención alguna. Hoy comprendo, sin embargo, que tales inspecciones, que comprobaban no sólo las cuestiones de higiene sino también los posibles indicios de enfermedad o parásitos en los miembros de la casa, eran, potencialmente, hartamente embarazosas, y sin duda los individuos seleccionados por la compañía para realizarlas solían estar dotados de tacto y delicadeza. Recuerdo, en efecto, a una serie de hombres mansos y de paso suave —por lo general ingleses, aunque ocasionalmente franceses— que se mostraban siempre deferentes no sólo con mi madre sino también con Mei Li (algo que a mí siempre me impresionó favorablemente). Pero el inspector que apareció aquella mañana —yo debía de tener unos ocho años— no se ajustaba en absoluto al prototipo de los que habíamos conocido hasta entonces.

Hoy recuerdo de modo especial dos cosas de su persona: que tenía unos bigotes caídos, y que en la parte posterior de su sombrero había una mancha de color castaño —tal vez de té— que se perdía bajo la cinta. Yo estaba jugando solo delante de la casa, en la isla circular de césped bordeada por el sendero de los carruajes. Recuerdo que era un día nublado. Estaba ensimismado en mis juegos cuando el hombre apareció en la verja y se acercó caminando hacia la casa. Al pasar junto a mí, dijo en voz baja:

—Hola, jovencito. ¿Está mamá en casa?

Y siguió andando sin esperar mi respuesta. Fue entonces, al quedarme mirándole la espalda, cuando reparé en la mancha castaña de su sombrero.

Lo siguiente que recuerdo debió de ocurrir una hora después. Para entonces había llegado Akira, y ambos estábamos enfrascados en nuestras cosas en el cuarto de juegos. Fue el sonido de sus voces —no exactamente alzadas, sino llenas de una tensión creciente— lo que hizo que levantáramos la vista de los juguetes y, luego, nos deslizáramos

sigilosamente hasta el descansillo y nos agacháramos junto al pesado armario de roble contiguo a la puerta del cuarto de juegos.

Nuestra casa tenía una gran escalera, y desde nuestra posición estratégica, al lado del armario de roble, podíamos ver el reluciente pasamanos que descendía describiendo una curva hacia el espacioso vestíbulo. Allí, mi madre y el inspector estaban de pie cara a cara, los dos muy erguidos y tensos, ocupando el centro del vestíbulo, de forma que parecían dos piezas de ajedrez adversarias dejadas en el centro de un tablero. El inspector, advertí, se apretaba el sombrero de la mancha contra el pecho. Ella, mi madre, tenía las manos enlazadas justo debajo de los senos, del modo en que solía ponerlas antes de empezar a cantar en las veladas en que la señora Lewis, la esposa del coadjutor norteamericano, venía a tocar el piano.

El altercado que siguió, al parecer no demasiado importante en sí mismo, a mi juicio llegó a significar algo especial para mi madre, acaso el momento clave de una victoria moral. Recuerdo que ella, luego, a lo largo de mi adolescencia, solía referirse a él periódicamente, como si constituyera algo que ella quería que yo tuviera muy en cuenta, y recuerdo que a menudo se lo oía contar a las visitas, normalmente con el broche de una pequeña risa y el comentario adicional de que el inspector en cuestión había sido destituido de su puesto poco después del incidente. En consecuencia, hoy no puedo estar seguro de en qué medida mi memoria se deriva de lo que realmente presencié desde el descansillo aquella mañana, o hasta qué punto el episodio fue mezclándose a través del tiempo con los sucesivos relatos de mi madre. En cualquier caso, creo recordar que mientras Akira y yo mirábamos furtivamente desde un costado del armario, el inspector estaba diciendo algo parecido a lo siguiente:

—Tengo el mayor de los respetos por sus sentimientos, señora Banks. Sin embargo, aquí uno nunca es demasiado cuidadoso a este respecto. Y la compañía tiene la responsabilidad del bienestar de todos sus empleados, incluso de los más experimentados, como es el caso de usted y el señor Banks.

—Lo siento, señor Wright —respondió mi madre—, pero me temo que tendrá usted que ser más explícito en sus objeciones. Los criados a los que

hace usted referencia nos han brindado un excelente servicio a lo largo de los años. Respondo totalmente de su nivel de higiene. Y usted mismo admite que no hay en ellos indicio alguno de enfermedad contagiosa.

—No obstante, señora, proceden de Shantung. Y la compañía tiene la obligación de aconsejar a todos sus empleados que no tomen a su servicio a oriundos de esa provincia. Restricción, me permito decir, dictada por la amarga experiencia.

—¿Es posible que esté hablando usted en serio? ¿Desea usted que despida a estos amigos nuestros (¡sí, los consideramos *amigos* desde hace mucho tiempo!) por el mero hecho de ser de Shantung?

En este punto, los modos del inspector se volvieron bastante pomposos. Procedió a explicar a mi madre que las objeciones de la compañía respecto de los criados de Shantung se basaban en dudas no sólo sobre su higiene y salud sino también sobre su honradez. Y con tantos objetos de valor en aquella casa propiedad de la compañía —aquí el inspector hizo un gesto en abanico con la mano—, se veía en la obligación de reiterar su recomendación del modo más enérgico. Cuando mi madre volvió a preguntarle en qué criterios se basaban tales asombrosas generalizaciones, el inspector dejó escapar un suspiro cansino y dijo:

—En algo muy concreto, señora: en el opio. La adicción al opio en Shantung se ha incrementado actualmente hasta niveles tan deplorables que pueblos enteros se hallan esclavizados por tal droga. De ahí, señora Banks, los bajos niveles de higiene y el alto índice de contagio. Inevitablemente, por tanto, aquellos que vienen de Shantung a trabajar a Shanghai, por mucho que su disposición, en lo básico, sea honrada, tienden tarde o temprano a recurrir al robo, a causa de sus padres, hermanos, primos, tíos, etcétera, cuyas necesidades imperiosas al respecto han de saciarse de algún modo... ¡Santo Dios, señora! No intento más que hacerle ver...

No sólo el inspector habría de recular en los instantes que siguieron. A mi lado, Akira inspiró profunda y bruscamente, y cuando me volví hacia él vi que miraba a mi madre fijamente, con la boca abierta. Es esta imagen de él en aquel instante lo que me llevó más tarde a inferir que su ulterior actitud sobrecogida ante mi madre pudiera provenir de aquella mañana.

Pero si el inspector y Akira experimentaron un fuerte sobresalto ante algo que mi madre hizo en ese instante, a mí, su hijo, no me pareció ver nada fuera de lo acostumbrado. Para mí no hacía más que prepararse para lo que estaba a punto de afirmar. Pero supongo, claro está, que yo estaba habituado a su carácter; probablemente, para aquellos poco familiarizados con sus eventuales manifestaciones, ciertas miradas y actitudes habituales suyas ante situaciones similares podían resultar ciertamente alarmantes.

Con ello no quiero decir que yo no me hallara enteramente alerta ante la explosión que habría de seguir. De hecho, desde el instante mismo en que el inspector pronunció la palabra «opio», supe que aquel pobre infeliz se hallaba sentenciado.

El hombre había arribado a una abrupta pausa, sin duda a la espera de ser despedido de inmediato. Pero recuerdo que mi madre dejó que se hiciera un trémulo silencio —en el curso del cual no dejó de mirar ni un segundo al inspector con ojos furibundos—, y al cabo preguntó con voz calma aunque preñada de una amenaza de desbordamiento airado:

—¿Se atreve usted, señor, a hablarme a *mí* de *opio*, en nombre precisamente de *esta* compañía?

Siguió entonces una diatriba de ferocidad controlada en la que mi madre puso al inspector al corriente de algo que para entonces ya no me era ajeno y que volvería a oír en el futuro una y mil veces: que los británicos en general, y la compañía Morganbrook and Byatt en particular, al importar opio indio a China en cantidades masivas habían traído una miseria y degradación ingentes a la nación entera. A medida que hablaba, la voz de mi madre se volvía a veces tensa, pero sin perder jamás su proverbial mesura. Al cabo, sin dejar de mirar fija y airadamente a su enemigo, le preguntó:

—¿No le da vergüenza, señor? ¿Como cristiano, y como inglés, y como hombre con escrúpulos? ¿No le da vergüenza estar al servicio de semejante compañía? Dígame, ¿cómo puede su conciencia descansar cuando debe usted su existencia a tal riqueza impía?

Si hubiera tenido la audacia suficiente para hacerlo, el inspector habría puesto de relieve lo inapropiado de que quien le estuviera reconviniendo a él en tales términos fuera precisamente ella, la esposa de un alto empleado de la compañía que residía, además, en una casa de dicha compañía. Pero

para entonces él ya se había dado cuenta de que había perdido pie y, mascullando unas cuantas frases manidas para conservar la dignidad, se despidió y salió de la casa.

En aquel tiempo seguía siendo una sorpresa para mí el que algún adulto —como el inspector de Salud de aquel día— ignorara la tenaz campaña de mi madre contra el opio. Durante gran parte de mi niñez y adolescencia, tuve la creencia de que mi madre era conocida y admirada a lo largo y ancho del país como la principal enemiga del Gran Dragón del Opio de China. El fenómeno del opio, debo decir, era algo que los adultos de Shanghai no se esforzaban demasiado en ocultárselo a los niños, pero, como es lógico, cuando yo era muy pequeño no entendía gran cosa del asunto. Estaba acostumbrado a ver, día tras día, desde el carruaje que me llevaba al colegio, a hombres chinos en las puertas de Nanking Road tirados de cualquier manera al sol de la mañana, y durante algún tiempo, cuando oía hablar de la campaña de mi madre contra el opio, la imaginaba asistiendo a aquellos grupos de hombres degradados. Más tarde, cuando fui creciendo, tuve más oportunidades de ir vislumbrando parte de la complejidad del asunto. Mi madre, por ejemplo, empezó a requerir mi presencia en los almuerzos que organizaba.

Éstos tenían lugar en nuestra casa, normalmente durante la semana, cuando mi padre estaba en la oficina. Lo habitual era que cuatro o cinco damas llegaran a casa y fueran conducidas al invernadero, donde se había instalado una mesa entre las plantas trepadoras y las palmas. Yo ayudaba pasando tazas, platos y platillos, y aguardaba aquel momento que sabía que habría de llegar: cuando mi madre preguntaba a sus invitadas cómo veían, «al mirarse en el corazón y la conciencia», las políticas de sus respectivas compañías. En este punto la charla placentera cesaba y las damas escuchaban en silencio, mientras mi madre expresaba la profunda infelicidad que le causaban «las acciones de nuestra compañía», que ella consideraba anticristianas y antibritánicas. Estos almuerzos, según mis recuerdos, siempre se volvían callados y embarazosos desde este instante en adelante, hasta que, no mucho después, las damas nos dedicaban un gélido adiós y se dirigían a sus carruajes y automóviles. Pero yo sabía, porque mi madre me lo contaba, que «se había ganado» a varias esposas de dirigentes

de estas compañías, y que a partir de entonces invitaba a sus mítines a tales conversas.

Los mítines eran algo harto más serio, y no se me permitía asistir a ellos. Tenían lugar en el comedor, a puerta cerrada, y si por casualidad yo estaba en casa mientras se celebraban, se me ordenaba andar casi de puntillas para no molestar a los asistentes. De cuando en cuando mi madre me presentaba a algún personaje a quien tenía en gran estima —un clérigo, por ejemplo, o un diplomático—, pero por lo general a Mei Li se le daban instrucciones para que me mantuviera lejos del comedor cuando llegaban los invitados. Tío Philip, por supuesto, asistía siempre a estos mítines, y cuando los participantes empezaban a marcharse, yo solía intentar por todos los medios que nuestras miradas se encontraran. Si ello sucedía, él invariablemente se acercaba a mí con una sonrisa y charlaba un rato conmigo. A veces, si no tenía ningún compromiso urgente, yo le llevaba aparte y le enseñaba los dibujos que había hecho durante la semana, o íbamos a sentarnos juntos en la terraza trasera.

En cuanto todos se marchaban, la atmósfera de la casa experimentaba un cambio total. El estado de ánimo de mi madre invariablemente mejoraba, como si la reunión recién terminada hubiera borrado en ella hasta la última de sus preocupaciones. La oía cantar en voz baja mientras iba de un lado a otro poniendo las cosas en su sitio, y cuando llegaba este momento yo salía apresuradamente al jardín a esperarla. Porque sabía que en cuanto terminara de ordenar las cosas saldría a buscarme y, faltara el tiempo que faltara para el almuerzo, me lo dedicaría por entero.

Cuando fui un poco más mayor, era en tales momentos, después de las reuniones, cuando mi madre y yo íbamos a dar paseos por Jessfield Park. Pero cuando tenía seis o siete años nos quedábamos en casa y jugábamos a algún juego de mesa, y a veces hasta con mis soldaditos de juguete. Aún recuerdo cierta rutina nuestra de aquel tiempo. En aquellos días había un columpio en el jardín, no lejos de la terraza. Mi madre salía de la casa, todavía cantando, bajaba hasta el césped y se sentaba en el columpio. Yo solía esperarla en lo alto del montículo, en la trasera del jardín, y llegaba corriendo hasta ella simulando estar furioso.

—¡Bájate de ahí, mamá! ¡Vas a romperlo! —gritaba, brincando delante del columpio mientras agitaba los brazos en el aire. ¡Eres demasiado grande! ¡Vas a romperlo!

Y mi madre, fingiendo no verme ni oírme, seguía columpiándose más y más alto, mientras cantaba a voz en cuello alguna canción como «Daisy, Daisy, dame tu respuesta, por favor». Cuando veía que todas mis protestas fracasaban, yo solía hacer algo cuya lógica hoy se me escapa: intentaba una y otra vez, ponerme cabeza abajo sobre el césped, enfrente de mi madre. Su canto se veía salpicado entonces por ráfagas de risa, hasta que al final se bajaba del columpio y nos íbamos a jugar a cualquiera de los juegos que yo tenía planeados. Aún hoy me resulta imposible pensar en aquellos mítines de mi madre sin recordar los anhelados instantes que habría de tener luego con ella en el jardín.

Hace unos cuantos años, pasé unos días en la Sala de Lectura del Museo Británico estudiando las encendidas controversias en torno al tráfico del opio en China en aquel tiempo. A medida que consultaba los numerosos artículos periodísticos, cartas y documentos de la época, se me fueron haciendo más y más claros ciertos asuntos que de niño no hicieron sino desconcertarme. Sin embargo —y conviene que lo admita—, el principal motivo por el que emprendí tal investigación fue la esperanza de dar con eventuales reseñas que hablaran de mi madre. Después de todo, como ya he dicho, de niño llegué a creer que mi madre había sido una figura clave en las campañas contra el opio. Fue una auténtica decepción no encontrar ni una sola vez el nombre de mi madre. Muchas otras personas eran citadas, alabadas, denigradas repetidas veces, pero en todo el material que llegué a recopilar no hallé en ningún momento a mi madre. Sí logré dar, sin embargo, con varias menciones de tío Philip. En una carta al *North China Daily News*, un misionero sueco, al manifestar su condena de diversas compañías europeas, se refería a tío Philip como «ese admirable faro de rectitud». La ausencia del nombre de mi madre fue para mí una enorme decepción, pero la mención de mi tío se me antojó un sesgo demasiado cruel, y abandoné mi investigación.

Pero no tengo intención de recordar por ahora a tío Philip. Esta misma tarde, ha habido un momento en que he tenido la convicción de haber mencionado su nombre a Sarah Hemmings durante nuestro trayecto en autobús, e incluso de haberle puesto al corriente de dos cosas básicas sobre su persona. Pero después de repasar detenidamente todo lo que ha tenido lugar en tal trayecto, estoy razonablemente seguro de que tío Philip no ha salido en absoluto a colación, y he de decir que ello me alivia. Puede que sea una tontería, pero siempre he tenido la impresión de que tío Philip seguirá siendo una entidad menos tangible mientras exista sólo en mi memoria.

Le he contado a Sarah, sin embargo, varias cosas sobre Akira, y ahora que tengo la ocasión de volver a pensar en ello, no lamento en absoluto haberlo hecho. En todo caso, no le he contado gran cosa, y ella me ha parecido genuinamente interesada. No tengo la menor idea de qué es lo que ha podido motivar el que de pronto me pusiera a hablar con ella de estas cosas; ciertamente no era ésa mi intención al subir con ella a ese autobús en Haymarket.

David Corbett, un hombre al que he llegado a conocer de un modo vago, me había invitado a comer con él y «unos cuantos amigos» en un restaurante de Lower Regent Street. Es un local de moda, y Corbett había reservado una larga mesa al fondo del comedor para una docena de comensales. Me complació ver entre ellos a Sarah —también me sorprendió un poco, pues no sabía que fuera amiga de Corbett—, pero como llegué con mucho retraso no pude sentarme lo bastante cerca como para hablarle.

Al rato el cielo se nubló y el camarero puso un par de candelabros en la mesa. Uno de los comensales, un tipo llamado Hegley, pensó que sería una buena broma apagar las velas y llamar al camarero para que volviera a encenderlas. Lo hizo, como mínimo, tres veces en veinte minutos —siempre que juzgaba que el ambiente festivo tendía a declinar—, y a los demás parecía hacerles mucha gracia. Por lo que pude ver, Sarah parecía disfrutar de la reunión, pues se la veía reír de buena gana con el resto de los comensales. Llevábamos allí aproximadamente una hora —un par de

varones se habían excusado para volver a sus respectivas oficinas— cuando la atención se volvió hacia Emma Cameron, una joven de expresión intensa sentada en el extremo de la mesa donde estaba Sarah. Me dio la impresión de que había estado hablando de sus problemas con quienes la rodeaban, pero fue en esa fase del ágape, cuando una especie de calma chicha se hubo instalado de pronto en las otras zonas de la mesa, cuando se centró en ella la atención de todo el mundo. Se inició entonces una discusión medio seria, medio irónica, sobre la conflictiva relación de Emma Cameron con su madre, relación que —no había duda— estaba llegando a una nueva crisis con motivo del reciente compromiso de Emma con un francés. Se le brindaron todo tipo de consejos. El tal Hegley, por ejemplo, propuso que todas las madres —«y tías, naturalmente»— fueran internadas en una gran institución tipo zoo que debía construirse al lado del Serpentine. Otros hicieron comentarios más útiles basados en sus propias experiencias, y Emma Cameron, encantada de acaparar toda la atención, mantuvo vivo el tema con la adición de anécdotas cada vez más teatrales que ilustraban la absolutamente exasperante naturaleza de su progenitora. El debate duraba ya quizás un buen cuarto de hora cuando vi que Sarah se levantaba y, después de susurrar algo al oído del anfitrión, abandonaba la sala. El tocador de señoras estaba situado en la zona del vestíbulo del restaurante, y los comensales —aquellos que advirtieron su salida— sin duda dieron por sentado que era allí adonde se dirigía. Pero yo había percibido algo en su cara al verla partir, y al cabo de unos minutos me levanté yo también y salí en su busca.

La encontré de pie a la entrada del restaurante, mirando hacia Lower Regent Street a través de la ventana. No advirtió que me acercaba a ella hasta que le toqué el hombro y le pregunté:

—¿Va todo bien?

Dio un respingo, y vi en sus ojos huellas de lágrimas, que trató enseguida de ocultar con una sonrisa.

—Oh, sí, estoy bien. Necesitaba un poco de aire, eso es todo. Ahora estoy bien. —Soltó una pequeña risa y volvió a mirar hacia la calle. Lo siento, he debido parecer tremendamente descortés. Creo que debería entrar de nuevo.

—No veo la razón de hacerlo si no le apetece.

Me estudió detenidamente y luego preguntó:

—¿Siguen hablando de lo mismo?

—Cuando he salido seguían con el tema —dije, y añadí—: Supongo que ninguno de nosotros dos puede contribuir realmente a ese «simposio» sobre madres conflictivas.

Se echó a reír de pronto y se secó las lágrimas, que ya no trataba de ocultarme.

—No —dijo. Supongo que no estamos cualificados para ello. Volvió a sonreír y dijo—: Me he portado como una tonta. A fin de cuentas, no hacen más que disfrutar de un agradable almuerzo.

—¿Está esperando un coche? —pregunté, porque seguía mirando el tráfico con insistencia.

—¿Qué? Oh, no, no. Sólo estaba mirando. —Luego dijo—: Me estaba preguntando si habría un autobús. Si pararía uno aquí cerca. ¿Ve?, allí hay una parada. Mi madre y yo solíamos pasar mucho tiempo en autobuses. Sólo por el placer de hacerlo. Me refiero a cuando era niña. Si no podíamos conseguir el asiento delantero del piso de arriba, nos bajábamos enseguida y esperábamos al siguiente. A veces nos pasábamos horas yendo de un lado para otro por todo Londres. Mirándolo todo, y charlando, y señalándonos cosas la una a la otra. Y yo me divertía tanto. Se pueden ver tantas cosas desde ahí arriba.

—Yo debo confesar que prefiero pasear o coger un taxi. Me dan bastante miedo los autobuses de Londres. Estoy convencido de que si me monto en uno de ellos me llevará a algún sitio al que no quiero ir, y me pasaré el día intentando volver al punto de partida.

—¿Quiere que le diga algo, Christopher? —Su voz era ahora muy queda. Es algo bastante tonto, pero me he dado cuenta de ello hace muy poco. Antes jamás se me había ocurrido. Mi madre debió de sufrir mucho con ello. No tenía fuerza suficiente para hacer otras cosas conmigo. Así que pasábamos mucho tiempo en autobuses. Era algo que podíamos seguir haciendo juntas.

—¿Quiere que cojamos un autobús ahora mismo? —le pregunté.

Miró de nuevo hacia la calle.

—¿No está usted muy ocupado?

—Será un placer hacerlo. Como le digo, me da bastante miedo montar solo. Como usted es una veterana, ésta es mi oportunidad.

—Muy bien. —De pronto pareció radiante. Le enseñaré cómo ir en autobús en Londres.

Al final no lo cogimos en Lower Regent Street (no queríamos que el grupo del almuerzo saliera de pronto del restaurante y nos viera allí esperando), sino en la parada cercana de Haymarket. Cuando subimos al piso de arriba Sarah mostró un regocijo infantil al encontrar libre la parte frontal. Nos acomodamos en los asientos y partimos rumbo a Trafalgar Square balanceándonos codo con codo en el pesado vehículo.

Londres ha estado muy gris hoy, y en las aceras la multitud se hallaba pertrechada para el mal tiempo con impermeables y paraguas. Creo que hemos pasado una media hora en el autobús, quizás algo más. Hemos recorrido el Strand, Chancery Lane, Clerkenwell. A ratos hemos mirado las calles en silencio y a veces hemos charlado, normalmente sobre temas anodinos. Su ánimo ha mejorado considerablemente desde el almuerzo, y no ha vuelto a mencionar a su madre. No estoy seguro de cómo hemos llegado a hablar de ello, pero el caso es que, después de que un montón de pasajeros se hubiera apeado en High Holborn, y de que el autobús enfilara Gray's Inn Road, me he visto de pronto hablándole de Akira. Creo que al principio no he hecho más que mencionarlo de pasada, describiéndolo como «un amigo de la infancia». Pero ella ha debido de sondearme más al respecto, porque recuerdo que no mucho después le estaba diciendo entre risas:

—Siempre me acuerdo de cuando robamos una cosa juntos.

—¡Oh! —exclamó. ¡Así que era eso! ¡El gran detective tiene un pasado criminal secreto! Sabía que ese chiquillo japonés era importante. Cuénteme lo de ese robo.

—En rigor no podría considerarse como tal. Apenas teníamos diez años.

—¿Y sigue atormentando su conciencia, sin embargo?

—En absoluto. Fue una pequeñez. Robamos algo en la habitación de un sirviente.

—Qué fascinante. ¿Y fue en Shanghai?

Supongo que entonces he debido de contarle unas cuantas cosas más de mi pasado. No le he revelado nada realmente importante, pero al separarme de ella esta tarde —al final nos apeamos en New Oxford Street— me ha sorprendido, y quizás alarmado un tanto, el hecho de haberle contado siquiera algo. Después de todo, en el tiempo que llevo en este país no le he hablado de mi pasado a nadie, y —como me digo ahora a mí mismo— no tenía la menor intención de empezar a hacerlo precisamente esta tarde.

Pero quizás estaba escrito que había de sucederme algo semejante. Porque la verdad es que, durante este último año, he venido preocupándome más y más por mis recuerdos de aquel tiempo, y tal preocupación se ha visto espoleada por el descubrimiento de que últimamente tal rememoración —de mi niñez, de mis padres— ha empezado a desdibujarse. Recientemente me he sorprendido varias veces tratando de recordar algo que tan sólo dos o tres años atrás creía enraizado en mi mente para siempre. Dicho de otro modo: me he visto obligado a aceptar que con el paso de los años mi vida en Shanghai se irá desdibujando de forma progresiva, hasta que un día no quede de ella en mí más que un montón de imágenes confusas. Incluso esta noche, cuando me he sentado aquí a tratar de reunir con cierto orden las cosas que aún recuerdo, me ha vuelto a sorprender lo sobremanera vagos que se han vuelto muchos detalles. Tomemos, por ejemplo, el episodio que acabo de relatar relativo a mi madre y el inspector de Salud: tengo la certeza de que he conservado con bastante precisión su esencia, pero cuando vuelvo a ello otra vez caigo en la cuenta de que ya no estoy tan seguro de algunos pormenores. Como botón de muestra, ya no podría asegurar que mi madre le dijera al inspector, literalmente: «¿Cómo puede su conciencia descansar cuando debe usted su existencia a tal riqueza impía?». Ahora tengo la impresión de que, incluso en su estado de apasionamiento, tuvo que tener conciencia de lo inoportuno de la frase, del hecho de que la abocaba al ridículo. No creo que mi madre llegara a perder el control de la situación hasta ese punto. Por otra parte, es posible que le atribuya estas palabras precisamente porque se trataba de un interrogante que ella, durante nuestra vida en Shanghai, debió de plantearse una y mil veces a sí misma. El hecho de que «debiéramos nuestra existencia» a una

compañía cuyas actividades ella consideraba un mal que era preciso erradicar debió de ser para ella una auténtica tortura.

De hecho, incluso es posible que yo haya recordado erróneamente el contexto en el que pudo pronunciar tales palabras; que tal vez no fuera el inspector de Salud su destinatario, sino mi padre, y en otra mañana completamente diferente, durante una discusión en el comedor sobre ese asunto.

Ahora no logro recordar si el episodio del comedor ocurrió antes o después de la visita del inspector de Salud. Lo que recuerdo es que llovía mucho aquella tarde, y que la casa estaba sombría, y que yo había estado sentado en la biblioteca —vigilado por Mei Li— trabajando en mis libros de aritmética.

La llamábamos «la biblioteca», pero supongo que no era más que una antesala cuyas paredes estaban revestidas de estantes con libros. En el centro quedaba apenas espacio para una mesa de caoba, y era allí donde yo hacía siempre los deberes, de espaldas a la doble puerta que daba al comedor. Mei Li, mi *amah*^[1], concedía a mi educación una importancia solemne, y permanecía de pie observándome severamente, y ni siquiera cuando llevábamos ya una hora cada cual con su trabajo se permitía apoyar su peso contra la estantería que había tras ella, o sentarse en la silla de respaldo recto que había enfrente de la mía. Los criados habían aprendido hacía tiempo a no interrumpir bajo ningún concepto mis deberes, e incluso mis padres aceptaban no molestarnos salvo en caso estrictamente necesario.

Constituyó, pues, una auténtica sorpresa el que mi padre irrumpiera a grandes pasos en la biblioteca aquella tarde, sin prestar atención alguna a nuestra presencia, y pasara al comedor tras cerrar de golpe la puerta a su espalda. Aquella «intrusión» fue seguida minutos después por la de mi madre, que cruzó también a grandes pasos la biblioteca y desapareció en el comedor. Durante los minutos que siguieron, pese a las pesadas puertas, pude captar alguna palabra o frase que me hizo saber que estaban discutiendo. Pero, para mi frustración, siempre que trataba de oír un poco más, siempre que mi lápiz quedaba suspendido demasiado tiempo sobre las sumas, me llegaba indefectiblemente una reprimenda de Mei Li.

Pero entonces —no recuerdo exactamente el motivo— Mei Li tuvo que ausentarse, y me encontré de pronto solo ante la mesa de la biblioteca. Al principio seguí con mis deberes, temeroso de lo que pudiera pasar si Mei Li volvía inopinadamente y me encontraba fuera de mi silla. Pero cuanto más tiempo pasaba mayores eran mis ansias de oír más claramente la apagada contienda verbal que se desarrollaba al otro lado de las puertas. Al final me levanté y fui hasta la puerta doble, para a los pocos segundos volver apresuradamente a la mesa, convencido de haber oído los pasos del *amah*. Acabé por quedarme pegado a la puerta, tras haber dado con la argucia de llevar en la mano una regla, de forma que si era sorprendido por Mei Li podría argumentar que estaba midiendo las dimensiones de la biblioteca.

Pero aun así sólo lograba oír frases enteras cuando mis padres se abandonaban a la vehemencia y alzaban la voz más de lo estrictamente conveniente. Percibí en la voz airada de mi madre el mismo tono de justa indignación que había empleado aquella mañana con el inspector de Salud. Le oí repetir «¡Una vergüenza!» varias veces, y referirse otras tantas a lo que ella llamaba «comercio pecaminoso». En determinado momento dijo:

—¡Nos estás haciendo a todos cómplices de él! ¡Es una vergüenza!

También mi padre parecía airado, aunque a la defensiva y en un tono como desesperanzado. Repetía cosas como: «No es tan sencillo. No es en absoluto tan sencillo». Y luego, en determinado instante, gritó:

—¡Qué lástima! Yo *no* soy Philip. No estoy hecho de esa madera. ¡Es una lástima, una verdadera lástima!

Al gritar aquello había algo en su voz, como una especie de honda resignación que hizo que de súbito me sintiera furioso contra Mei Li por haberme dejado solo en una situación semejante. Y fue tal vez entonces, mientras estaba allí pegado a aquella puerta doble, con la regla en la mano, atrapado entre la urgencia de seguir escuchando y el deseo de huir hacia el santuario del cuarto de juegos y los soldaditos de plomo, cuando oí que mi madre pronunciaba estas palabras:

—¿No te avergüenza trabajar para semejante compañía? ¿Cómo puede tu conciencia descansar cuando debes tu existencia a esa riqueza impía?

No recuerdo lo que sucedió después: si Mei Li volvió o no; si yo seguía aún en la biblioteca cuando mis padres salieron del comedor. Recuerdo, sin embargo, que aquel episodio fue el preludio de uno de los períodos más largos de silencio entre mis padres; es decir, un silencio que se mantendría durante no sólo días sino semanas. No quiero decir, por supuesto, que mis padres no se comunicaran en absoluto en el curso de ese tiempo, sino que tales comunicaciones se limitaron a lo estrictamente funcional y necesario.

Yo estaba acostumbrado a estos períodos tensos, y nunca me preocupé en exceso por ellos. En cualquier caso, jamás afectaron a mi vida más que de un modo muy circunstancial. Por ejemplo, mi padre podía aparecer en el desayuno con un alegre «¡Buenos días a todo el mundo!», y acto seguido dar unas palmadas, y de pronto encontrarse con la gélida mirada airada de mi madre. En tales ocasiones, mi padre podía intentar ocultar su embarazo volviéndose hacia mí para, con el mismo tono alegre, preguntarme:

—¿Y tú qué tal, Puffin^[2]? ¿Algún sueño interesante esta noche?

A lo que, según mi experiencia, debía responderle emitiendo un sonido vago mientras seguía desayunando. Por lo demás, como digo, yo seguí ocupándome de mis cosas más o menos como de costumbre. Pero supongo que, al menos de cuando en cuando, también dediqué cierta atención a estos asuntos de mis padres, porque me acuerdo de una conversación que tuve con Akira mientras jugábamos en su casa.

Puedo recordar que la casa de Akira, desde un punto de vista arquitectónico, era muy similar a la nuestra; de hecho, recuerdo que mi padre me contó que ambas casas habían sido construidas unos veinte años atrás por la misma empresa británica. Pero el interior de la casa de mi amigo no tenía nada que ver con el de la nuestra, lo que me hacía sentir cierta fascinación por ella. No era tanto el predominio de las pinturas y ornamentos orientales —en Shanghai, durante aquella etapa de mi vida, no habría visto nada inusual en ello—, sino las ideas excéntricas de su familia en relación con el uso de numerosos objetos del mobiliario occidental. Las

alfombras, que yo hubiera esperado ver en el suelo, colgaban de las paredes; las sillas guardaban una extraña relación de altura con las mesas; las lámparas se balanceaban bajo grandes sombras. Pero lo más peculiar de todo eran las dos «réplicas» de habitaciones japonesas que los padres de Akira habían creado en el ático de la casa. Eran unas estancias pequeñas, despejadas, con tatamis japoneses sobre el piso y paneles de papel fijados a las paredes, de forma que, una vez dentro de ellas —según Akira, al menos—, uno podía sentirse en una auténtica casa japonesa hecha de madera y papel. Recuerdo que las puertas de estas habitaciones eran particularmente curiosas: en el lado exterior, «occidental», se veían paneles de roble con brillantes tiradores de latón; en el lado interior, «japonés», delicado papel con taraceados de laca.

Un día de bochorno Akira y yo habíamos estado jugando en una de estas habitaciones japonesas. El había tratado de enseñarme un juego al que se jugaba con montones de cartas con caracteres japoneses. Yo había logrado entender las nociones básicas del juego, y llevábamos practicándolo varios minutos cuando de pronto le pregunté:

—¿Tu madre le deja de hablar a veces a tu padre?

Akira me miró con la mirada vacía, probablemente porque no me había entendido. A menudo, cuando por ejemplo le decía de pronto algo fuera de contexto, su inglés le fallaba. Luego, cuando le repetí la pregunta, se encogió de hombros y dijo:

—Mi madre no habla con mi padre cuando mi padre está en la oficina. ¡Mi madre no habla con mi padre cuando mi padre está en el retrete!

Al decir esto último lanzó una risotada teatral, se dejó caer de espaldas y comenzó a patear el aire con ambos pies. De momento, pues, me vi obligado a dejar de lado el asunto. Pero, una vez planteada la pregunta, estaba resuelto a obtener una respuesta, y unos minutos después volví sobre el asunto.

Esta vez pareció darse cuenta de que hablaba en serio, y dejando a un lado el juego de cartas empezó a hacerme una serie de preguntas hasta que más o menos logró sonsacarme qué era lo que me preocupaba. Volvió a balancearse sobre la espalda, pero esta vez mientras miraba pensativamente

hacia el ventilador cenital que giraba sobre nuestras cabezas. Y, al cabo de unos segundos, dijo:

—Sé por qué se dejan de hablar. Sé por qué. —Se volvió hacia mí y añadió—: Christopher, no eres lo bastante inglés.

Cuando le pregunté qué quería decir con eso, volvió a quedarse con la mirada fija en el techo y guardó silencio. Me puse yo también a balancearme sobre la espalda y a mirar fijamente el ventilador cenital. Él estaba a cierta distancia de mí, en el suelo, y cuando volvió a hablar, recuerdo que su voz sonó extrañamente etérea:

—A mí me pasa lo mismo —dijo. Mi madre y mi padre a veces dejan de hablarse. Porque no soy lo bastante japonés.

Como tal vez he dicho ya, yo tendía a considerar a Akira una autoridad en muchos aspectos mundanos de la vida, y aquel día, por tanto, escuché con sumo interés lo que tenía que decirme. Mis padres se dejaban de hablar, me dijo, cuando se sentían profundamente infelices por mi comportamiento —porque no me comportaba cabalmente como un inglés. Si pensaba detenidamente en ello, explicó, sería capaz de relacionar cada uno de los silencios de mis padres con alguno de mis fracasos al respecto. Por su parte, él siempre sabía cuándo había traicionado su sangre japonesa, y nunca le causaba la menor sorpresa cuando veía que sus padres no se hablaban. Cuando le pregunté por qué no nos reprendían como de costumbre cuando fallábamos en tal aspecto, Akira me explicó que la cosa no funcionaba de ese modo: se refería a fallos totalmente diferentes de las normales travesuras por las que nos imponían los castigos habituales. Se refería a momentos en que decepcionábamos a nuestros padres de tal manera que incluso se sentían incapaces de regañarnos.

—Mi madre y mi padre se desilusionan tanto, tanto... —dijo con voz queda— que de pronto dejan de hablarse.

Entonces se incorporó y señaló una de las persianas de tablillas que en aquel momento ocultaba parcialmente la ventana. Nosotros los niños, dijo, éramos como el cordel que mantenía unidas las tablillas. Un monje japonés se lo había explicado una vez. Los niños no solíamos darnos cuenta, pero éramos quienes manteníamos unida no sólo a la familia sino al mundo

entero. Si no cumplíamos nuestro cometido, las tablillas caían y se desparramaban por el suelo.

No recuerdo más de nuestra conversación de aquel día, aunque lo cierto, además —como ya he dicho— es que tampoco pensaba demasiado en esas cosas. De todos modos, recuerdo que en más de una ocasión estuve tentado de preguntarle a mi madre si era cierto lo que me había dicho mi amigo. A final nunca lo hice, aunque a quien sí le mencioné el asunto una vez fue a tío Philip.

Tío Philip no era en realidad mi tío. Se había alojado en casa de mis padres —en calidad de «invitado»— a su llegada a Shanghai, antes de que yo naciera, en la época en que seguía trabajando para Morganbrook and Byatt. Luego, siendo yo muy niño, se había despedido de la compañía a causa de lo que mi madre siempre describía como «un profundo desacuerdo con sus patronos sobre cómo debía madurar China». Para cuando tuve edad suficiente para ser consciente de su persona, él dirigía una organización filantrópica, el Árbol Sagrado, dedicada a mejorar las condiciones de los distritos chinos de la ciudad. Siempre había sido amigo de la familia, pero, como ya he dicho, sus visitas se hicieron especialmente frecuentes en los años de la campaña antiopio de mi madre.

Recuerdo que a menudo iba con mi madre a la oficina de tío Philip, situada en los terrenos de una de las iglesias del centro urbano (creo que se trataba de la Union Church de Soochow Road). Nuestro carruaje nos llevaba hasta el interior de los jardines y se detenía junto a una gran pradera de césped, bajo las copas de los árboles frutales. Allí, pese a los ruidos de la ciudad, el ambiente era tranquilo, y mi madre, tras apearse del carruaje, se quedaba quieta unos instantes, alzaba la cabeza y comentaba:

—El aire. Es tan puro aquí.

Se le alegraba el ánimo visiblemente, y a veces —cuando llegábamos un poco pronto— nos quedábamos un rato fuera jugando sobre el césped. Si jugábamos a «tú la llevas», persiguiéndonos el uno al otro alrededor de los frutales, mi madre se reía a carcajadas y, tan entusiasmada como yo, incluso gritaba. Recuerdo que una vez, en la mitad de uno de esos juegos, se quedó

quieta de pronto al ver a un clérigo que salía de la iglesia. Permanecimos, pues, de pie en la orilla del césped, sin movernos, y cuando pasó a nuestro lado nos saludamos. Pero en cuanto el clérigo se perdió de vista, mi madre se volvió y, agachándose hacia mí, me dirigió unas risitas cómplices. Es muy probable que, mientras jugábamos, nos ocurrieran más de una vez este tipo de cosas. En cualquier caso, recuerdo que me fascinaba la idea de que mi madre hiciera algo por lo que alguien pudiera —como a mí, un niño— «afearle la conducta». Y era quizás el carácter mínimamente «transgresor» de estos momentos de desenfadado esparcimiento en los jardines de la iglesia lo que los hacía siempre tan especiales a mis ojos.

Mis recuerdos del despacho de tío Philip son los de un recinto destartalado, lleno de cajas de todos los tamaños, de montones de papeles, de cajones sueltos y llenos, apilados unos sobre otros en un precario equilibrio. Yo habría esperado la desaprobación de mi madre ante tal desorden, pero siempre que se refería al despacho de tío Philip, lo describía como «acogedor» o «muy ajetreado».

Tío Philip siempre se mostraba sumamente cariñoso durante aquellas visitas; me estrechaba la mano efusivamente, me ofrecía asiento y charlaba conmigo varios minutos, mientras mi madre contemplaba la escena con una sonrisa. A menudo me hacía regalos, cualquier cosa que simulaba tenerme reservada (aunque pronto llegué a darme cuenta de que me ofrecía lo primero que veía después de echar un vistazo a su despacho).

—Adivina lo que tengo para ti, Puffin —decía, mientras sus ojos viajaban en torno a su despacho en busca de algo adecuado para el caso. Fue así como me hice con una nutrida colección de objetos de oficina, que yo luego guardaba en un viejo arcón del cuarto de los juegos: un cenicero, una base de marfil para plumas, una pesa de plomo. En una ocasión, tras anunciar que tenía algo para mí, su mirada no logró dar con ningún objeto apropiado. Se hizo un silencio incómodo, pero al minuto siguiente saltó de la silla y se puso a recorrer el despacho mascullando: «¿Dónde lo habré puesto? ¿Qué demonios habré hecho con ello?», hasta que finalmente, tal vez desesperado, fue hasta la pared, arrancó el mapa de la región del Yangtze —e incluso desgarró una esquina al hacerlo—, lo enrolló y me lo entregó con una sonrisa.

La vez en que me confié a él, tío Philip y yo estábamos sentados en su despacho, esperando a mi madre, que había salido por no sé qué motivo. Había insistido en que me sentara en su silla, tras su escritorio, mientras él vagaba sin rumbo por el despacho. Estaba en medio de una de sus acostumbradas chácharas frívolas con las que lograba hacerme reír en cuestión de segundos, pero en aquella ocasión —días después de mi charla con Akira— yo no tenía un ánimo receptivo a sus bromas. Tío Philip se percató de ello enseguida, y dijo:

—¿Qué, Puffin? Hoy estamos un poco tristes, ¿me equivoco?

Vi mi oportunidad, y dije:

—Tío Philip, me estaba preguntando... ¿Cómo puede uno ser más inglés?

—¿Más inglés? —dijo él. Dejó lo que en aquel momento estaba haciendo y se quedó mirándome fijamente. Luego, con expresión pensativa, se acercó a mí, arrastró una silla hasta la mesa y se sentó.

—Bien, ¿y por qué quieres ser más inglés de lo que eres, Puffin?

—He estado pensando... Bueno, pienso que podría estar bien.

—¿Quién dice que no eres lo bastante inglés?

—Nadie, en realidad —dijo. Luego, al cabo de unos segundos, añadió—: Pero quizás mis padres piensen eso.

—¿Y qué piensas tú, Puffin? ¿Piensas que deberías ser más inglés?

—No sabría decirlo, señor.

—No, supongo que no. Bien, es verdad. Aquí estás creciendo entre gentes de todo tipo, muy diferentes a ti. Chinos, franceses, alemanes, norteamericanos..., de todas partes. No sería nada extraño, pues, que nos salieras un poco mestizo. —Soltó una risita. Luego prosiguió—: Pero eso no es nada malo. ¿Sabes lo que pienso, Puffin? Pienso que no estaría mal que todos los jovencitos como tú crecieran con un poco de esto y un poco de lo otro. Así podríamos tratarnos bastante mejor unos a otros. Habría menos guerras, para empezar. Oh, sí. Un día quizás acaben todos estos conflictos, y no será por esos grandes hombres de Estado ni por las Iglesias ni por las organizaciones como ésta. Será porque la gente habrá cambiado. La gente será como tú, Puffin. Más mezclada. Así que ¿por qué no hacerse mestizo? Es algo saludable.

—Pero si lo hago, todo podría... —me quedé callado.

—¿Todo podría qué, Puffin?

—Pues..., como esa persiana de tablillas de ahí... —Señalé la ventana. Si el cordel se rompe, todo podría soltarse.

Tío Philip se quedó mirando la persiana de lamas. Luego se levantó, fue hasta la ventana y la tocó con delicadeza.

—Todo podría soltarse. Puede que tengas razón. Supongo que es algo de lo que no podemos librarnos tan fácilmente. La gente necesita sentir que pertenece a algo. A una nación, a una raza. De otro modo, ¿quién sabe lo que podría suceder? Esta civilización nuestra tal vez pueda venirse abajo. Y todo quede por ahí suelto, como tú dices. —Suspiró, como si acabara de ser derrotado en una controversia. ¿Así que quieres ser más inglés? Bien, bien, Puffin... ¿Y qué podemos hacer al respecto?

—Me preguntaba, si no le parece mal, señor... Si a usted no le importa, claro... Me preguntaba si no podría copiarle a usted de vez en cuando.

—¿Copiarme?

—Sí, señor. Sólo de vez en cuando. Sólo para aprender a hacer las cosas como los ingleses.

—Eso es muy halagador, camarada. Pero ¿no piensas que es a tu padre a quien debería caberle ese gran honor? Es todo lo inglés que puede ser en sus circunstancias, yo diría.

Miré hacia otra parte, y tío Philip debió de percibir que acababa de decir lo que no debía. Volvió a su silla y se sentó enfrente de mí.

—Mira —dijo, con voz calma. Te diré lo que vamos a hacer. Siempre que te preocupe cómo deberías hacer las cosas, cualquier cosa, siempre que te preocupe el modo correcto de hacerlas, no tienes más que venir a verme y tendremos una buena charla acerca de ello. Lo discutiremos hasta que resuelvas por completo tu problema, ¿de acuerdo? ¿Ahora te sientes mejor?

—Sí, señor. Creo que sí. —Logré esbozar una sonrisa. Gracias, señor.

—Mira, Puffin: eres un diablillo. Lo sabes, por supuesto. Pero, como suele suceder con los diablillos, eres una persona estupenda. Estoy seguro de que tu padre y tu madre se sienten muy, muy orgullosos de ti.

—¿Usted cree, señor?

—Sí, lo creo. Lo creo de veras. Bien, ¿te sientes mejor?

Con estas palabras, se levantó de la silla de un brinco y volvió a pasearse de un lado a otro del despacho. Retomando su anterior tono distendido, empezó a contarme una historia disparatada sobre la dama del despacho de al lado que tardó muy poco en encandilarme.

¡Cuánto quise a tío Philip! ¿Existe algún motivo razonable que me impida suponer que también él me quiso mucho? Es perfectamente posible que, en aquel momento de nuestras vidas, no deseara más que mi bien, y que —como yo mismo— no tuviera el más mínimo barrunto del curso que habrían de tomar luego las cosas.

Fue aproximadamente en aquel tiempo —aquel mismo verano— cuando ciertos aspectos del comportamiento de Akira empezaron a irritarme de forma grave. Estaba, antes que nada, su eterna machaconería sobre los éxitos de los japoneses. Siempre se había mostrado proclive a ello, pero aquel verano las cosas parecieron alcanzar en él niveles obsesivos. Mi amigo, una y otra vez, hacía que paráramos el juego en que nos hallábamos enfrascados y se ponía a disertar sobre los últimos edificios japoneses del distrito de negocios, o sobre la inminente llegada al puerto de una nueva cañonera japonesa. Me obligaba a escuchar los más prolijos detalles, y, cada escasos minutos, la afirmación de que Japón se había convertido en una «gran, gran nación; tan grande como Inglaterra». Pero lo más irritante de todo era cuando intentaba entablar la discusión sobre quienes lloraban con más facilidad, los japoneses o los ingleses. Si yo hablaba en favor de los ingleses, mi amigo exigía de inmediato someterlo a prueba, lo cual, en la práctica, implicaba atenazarme con una de sus temibles llaves, hasta que yo capitulaba o me echaba a llorar desconsoladamente.

A la sazón yo atribuía la obsesión de Akira por las proezas de su raza al hecho de que mi amigo debía empezar su escolaridad formal en Japón el otoño siguiente. Sus padres habían dispuesto que viviera en Nagasaki con unos parientes, y, si bien volvería a Shanghai durante las vacaciones escolares, nos dábamos perfecta cuenta de que nos veríamos cada vez menos a partir de entonces, y la noticia, al principio, nos entristeció a ambos. Pero a medida que avanzaba el verano, Akira pareció irse convenciendo a sí mismo de la superioridad en todos los aspectos de la vida japonesa, y fue entusiasmandose más y más ante la perspectiva de ingresar en un nuevo colegio. Yo, a mi vez, llegué a estar tan harto de sus

persistentes baladronadas sobre las cosas japonesas que, para finales del verano, estaba deseando perderle de vista. Y, en efecto, cuando llegó el día y me vi de pie en la entrada de su casa diciéndole adiós con la mano mientras lo veía alejarse en su automóvil, rumbo al puerto, creo que no sentí la más mínima tristeza.

Pronto, sin embargo, empecé a echarle de menos. No es que no tuviera otros amigos. Estaban, por ejemplo, los dos hermanos ingleses que vivían cerca de casa y con los que jugaba con frecuencia, y a quienes empecé a ver mucho más desde la partida de Akira. Me llevaba bien con ellos, sobre todo cuando los tres estábamos solos. Pero a veces venían con nosotros unos compañeros del colegio, y entonces su actitud para conmigo cambiaba, y me hacían objeto de ciertas bromas. No es que me importara en absoluto, por supuesto, porque en el fondo eran buena gente y no lo hacían con malicia. Incluso entonces me daba perfecta cuenta de que si, en un grupo de cinco o seis amigos, había uno que no iba al colegio de los otros, éste se hallaba condenado a ser víctima de ocasionales bromas veniales. Lo que quiero decir es que no tenía ninguna mala opinión de mis amigos ingleses; pero, de todas formas, su actitud impedía en parte que llegara a tener con ellos la misma intimidad que había tenido con Akira, y supongo que, al cabo de unos meses, empecé a echar más de menos a mi amigo de la infancia.

Pero aquel otoño en que me faltó Akira no fue un tiempo especialmente infeliz. Recuerdo que fue más bien un período ocioso y aburrido: tardes vacías, seguidas, idénticas, hasta el punto de que la mayor parte de ellas, y en general de aquella época, se ha borrado ya de mi memoria. Sin embargo, ocurrieron unas cuantas cosas que más tarde llegué a considerar especialmente importantes.

Está, por ejemplo, el incidente de un día en que tío Philip y yo fuimos a las carreras de caballos (tengo casi la certeza de que tuvo lugar después de una de las reuniones del sábado por la mañana de mi madre). Como quizás

ya he dicho antes, pese a que mi madre me animaba a relacionarme con sus compañeros de campaña, a quienes recibía en el salón conforme iban llegando, luego no me permitía estar presente en el comedor, en los mítines propiamente dichos. Recuerdo que una vez le pregunté a mi madre si podía asistir a alguno de ellos, y que ella, para mi sorpresa, dedicó al asunto una larga reflexión. Pero al final me dijo:

—Lo siento, Puffin. Ni lady Andrews ni la señora Callow aprecian la compañía de los niños. Es una pena. Porque podías haber aprendido algunas cosas importantes.

A mi padre, por supuesto, no se le impedía asistir a tales reuniones, pero había una especie de entendimiento tácito de que también él debía abstenerse de participar en ellas. Hoy me resulta difícil decir cuál de mis progenitores era el responsable —en caso de serlo alguno— de este estado de cosas; pero lo cierto es que, en los sábados en que iba a haber mitin en casa, durante el desayuno siempre se instalaba entre nosotros una atmósfera extraña. Mi madre, de hecho, ni siquiera llegaba a mencionar la celebración del mitin a mi padre, pero a lo largo de todo el desayuno no paraba de mirarle con aire de profundo desagrado. Mi padre, por su parte, se veía animado por una jovialidad forzada que iba ganando intensidad a medida que se acercaba la hora en que empezarían a llegar los invitados de mi madre. Tío Philip era siempre de los primeros en llegar, y él y mi padre charlaban unos minutos en el salón, y se reían con ganas. Luego, cuando empezaba a llegar el resto de los participantes, mi madre entraba en el salón, se llevaba a un rincón a tío Philip y hablaban con gravedad del mitin que estaba a punto de celebrarse. Siempre era más o menos entonces cuando mi padre desaparecía sin hacer ruido para subir a su estudio.

El día que ahora estoy recordando oí que los visitantes, terminada la reunión, empezaban a marcharse, y salí al jardín a esperar a mi madre, en la creencia de que, como de costumbre, no tardaría en salir para montarse en el columpio y ponerse a cantar con aquella voz tan maravillosamente contagiosa. Cuando, al rato de esperarla, vi que no daba señales de vida, entré en casa a investigar, y al llegar a la biblioteca vi que las puertas del comedor no estaban entornadas como de costumbre; ciertamente el mitin había terminado, pero tío Philip y mi madre seguían allí dentro, enfrascados

en una discusión ante una mesa llena de papeles dispersos. Luego mi padre apareció a mi espalda, sin duda creyendo también que la reunión de aquel sábado ya había terminado. Al oír las voces que salían del comedor, se quedó quieto y me dijo:

—Oh, siguen ahí.

—Sólo tío Philip.

Mi padre sonrió, luego pasó a mi lado y entró en el comedor. A través de las puertas pude ver que tío Philip se ponía en pie, y luego oí que los dos hombres reían a carcajadas. Unos segundos después mi madre salió con expresión un tanto enojada, con sus papeles en la mano.

Era ya más de mediodía. Tío Philip se quedó a almorzar, y hubo más risas bienhumoradas. Luego, cuando acabamos de comer, tío Philip hizo una sugerencia: «¿Por qué no nos vamos todos a pasar la tarde en el hipódromo?». Mi madre consideró la idea unos instantes, y declaró que era una idea excelente. Mi padre dijo también que le parecía una buena idea, pero que le disculpáramos porque aún le quedaba trabajo por hacer en el estudio.

—Pero, por Dios, querida —dijo, volviéndose hacia mi madre—, vete con Philip. Va a hacer una tarde espléndida.

—¿Sabes?, creo que voy a ir —dijo mi madre. Un poco de emoción podría vernos bien a todos. Incluso a Christopher.

En este punto todos me miraron. Aunque sólo tenía nueve años, creo que capté la situación bastante certeramente. Sabía, como es lógico, que se me presentaban dos opciones: ir con ellos al hipódromo o quedarme en casa con mi padre. Pero creo que percibí también que la situación entrañaba unas más hondas implicaciones: si decidía quedarme, mi madre no querría ir al hipódromo sola con tío Philip. En otras palabras, su salida dependía de mi respuesta. Además, sabía —y lo sabía con una tranquila certidumbre— que en aquel momento mi padre deseaba con toda el alma que no fuéramos, que si lo hacíamos íbamos a causarle un gran dolor. No había nada en su actitud que pudiera sugerírmelo; era más bien lo que —acaso sin quererlo— yo había ido captando a través de las semanas y meses precedentes. Por supuesto, había muchas cosas que no entendía en absoluto en aquel tiempo,

pero aquello lo veía con entera claridad: en aquel momento, mi padre dependía totalmente de mí para salvar la situación.

Pero quizás yo no entendía lo bastante. Porque cuando mi madre me dijo: «Venga, Puffin. Date prisa y ponte los zapatos», le hice caso con entusiasmo exagerado, aunque «para la galería». Y recuerdo con nitidez cómo mi padre nos acompañó hasta la puerta principal, le estrechó la mano a Philip y rió y nos hizo adiós con la mano mientras veía cómo mi madre, tío Philip y yo nos alejábamos en el carruaje hacia nuestro asueto vespertino en el hipódromo.

Los únicos recuerdos que conservo con claridad de aquel otoño también conciernen a mi padre. Me refiero a sus curiosos momentos de «jactancia». Mi padre era siempre humilde en sus modos y encontraba muy embarazosa la fanfarronería en otros. Por eso me sorprendió oírle hablar como lo hizo en determinadas ocasiones aisladas de aquel tiempo. Fueron pequeños ejemplos que no causaron en mí sino una leve sorpresa, y que sin embargo han permanecido en mi memoria a lo largo de los años.

Por ejemplo la vez en que, a la mesa, mientras cenábamos, le dijo repentinamente a mi madre:

—¿Te lo he dicho ya, querida? Ese tipo ha vuelto a verme; el tipo que representa a los trabajadores de los muelles. Quería agradecerme todo que he hecho por ellos. Hablaba un inglés bastante bueno. Claro que estos chinos siempre hablan efusivamente, y hay que tomarse con una pizca de escepticismo lo que dicen. Pero ¿sabes, querida? Me dio la impresión de que lo decía de veras. Dijo que era su «honorable héroe». ¿Qué te parece? ¡Honorable héroe!

Mi padre se echó a reír, y luego observó detenidamente a mi madre. Ella había seguido comiendo unos instantes, y al cabo dijo:

—Sí, querido. Ya me lo has contado.

Mi padre se quedó un poco desinflado, pero al instante siguiente volvió a sonreír alegremente y dijo con otra carcajada:

—¡Te lo había contado ya! —Se volvió a mí y dijo—: Pero Puffin no lo sabía, ¿eh, Puffin? Honorable héroe. Así están llamándole a tu padre.

No logro recordar a qué se refería todo aquello, y probablemente en aquel tiempo no me importaba gran cosa. He recordado el episodio porque, como he dicho, el hablar de sí mismo de ese modo era muy poco propio de mi padre.

Otro incidente de este tipo aconteció una tarde en que mis padres y yo fuimos a Public Gardens a escuchar a una banda de música. Acabábamos de bajarnos del carruaje en el extremo norte del Bund, y mi madre y yo mirábamos a través del ancho Boulevard hacia las verjas de los jardines. Era un domingo por la tarde, y recuerdo que las aceras de ambos lados estaban llenas de paseantes bien vestidos que disfrutaban de la brisa del puerto. En el Bund había un denso tráfico de carruajes, automóviles y rickshaws, y mi madre y yo nos preparábamos para cruzarlo cuando mi padre, que acababa de pagar al conductor, llegó hasta nosotros y dijo de pronto en voz muy alta, a nuestra espalda:

—¿Ves, querida? Ahora lo saben en la compañía. Ahora saben que no soy de los que se echan atrás. Bentley, por ejemplo. Oh, sí. ¡Ahora lo sabe perfectamente!

Como en la cena que acabo de referir, al principio mi madre no dio señales de haberle oído. Me cogió de la mano y fuimos sorteando el tráfico hacia los jardines.

—¿Sí, de veras? —fue todo lo que dijo entre dientes al llegar al otro lado.

Pero eso no fue todo. Entramos en Public Gardens y durante un rato, como el resto de las familias que visitaban los jardines los domingos por la tarde, fuimos rodeando las praderas de césped y los parterres saludando a amigos y conocidos y parándonos de cuando en cuando para una breve charla. A veces veía a chicos que conocía del colegio o de las clases de piano en casa de la señora Lewis, pero como también ellos iban con sus padres mostraban el mejor de los comportamientos, y lo único que nos permitíamos era saludarnos con timidez (si es que llegábamos a hacerlo). La banda de música empezaría a tocar a las cinco y media en punto de la tarde, y, aunque todo el mundo lo sabía, la mayoría de los presentes esperaba a que el sonido de las trompas les llegara a través de los espacios abiertos para empezar a encaminarse hacia el quiosco de la música.

Nosotros siempre solíamos esperar hasta el último momento, de forma que cuando llegábamos ya no encontrábamos asiento. A mí no me importaba gran cosa, porque era alrededor del quiosco donde a los niños se nos concedía un poco de mano abierta, y a veces me ponía a jugar con otros chicos. Aquella tarde concreta —debía de ser bien entrado el otoño, porque recuerdo que el sol estaba ya bajo sobre el estanque de detrás del quiosco—, mi madre se había alejado unos pasos para charlar con unos amigos, y al cabo de unos minutos de escuchar la música le pedí permiso a mi padre para unirme a unos chicos norteamericanos que conocía y que jugaban a unos metros del círculo de oyentes. El siguió mirando hacia la banda y no me respondió, y cuando estaba a punto de preguntárselo de nuevo oí que me decía en voz baja:

—Mira toda esta gente, Puffin. Toda esta gente. Pregúntales y te dirán que se precian de tener criterios de conducta. Pero cuando te hagas mayor verás que muy pocos los tienen realmente. Tu madre, sin embargo, es diferente. Ella nunca claudica. Y, ¿sabes, Puffin?, por eso siempre acaba teniendo éxito. Ha hecho de tu padre un hombre mejor. Mucho mejor. Puede que sea demasiado estricta, de acuerdo. ¡No necesito decírtelo, a ti precisamente, ja, ja...! Bien, siempre ha sido tan estricta conmigo como contigo. Y el resultado, caray, es que soy un ser humano mejor. Le llevó mucho tiempo, pero lo logró. Quiero que sepas esto, Puffin: tu padre ya no es la misma persona que viste aquella vez, ¿te acuerdas?, aquella vez en que tú y tu madre entrasteis de sopetón donde yo estaba. ¿Lo recuerdas? Sí, claro que lo recuerdas. Aquella vez en mi estudio. Siento que tuvieras que ver a tu padre en aquel estado. Bien, es algo que pertenece al pasado. Hoy, gracias a tu madre, soy una persona mucho, mucho más fuerte. Alguien, me atrevo a decir, Puffin, de quien un día podrás sentirte orgulloso.

Apenas comprendí lo que me estaba diciendo, y, además, me dio la sensación de que si mi madre —que charlaba a cierta distancia— oyera estas palabras se pondría muy furiosa. Así que ni siquiera le contesté. Creo que lo que hice fue volver a preguntarle, al cabo de unos segundos, si podía ir a jugar con mis amigos norteamericanos. Y eso fue todo.

Pero en los días que siguieron me sorprendí pensando en aquellas extrañas palabras de mi padre, y en particular en su referencia a aquella

ocasión en que mi madre y yo habíamos «entrado de sopetón» en su estudio. Durante mucho tiempo no tuve la menor idea de a qué ocasión se había referido, y traté en vano de asociar tales palabras a algún incidente impreso en mi memoria. Al final di con un recuerdo de una etapa muy temprana de mi vida, cuando no debía de tener más de cuatro o cinco años —un recuerdo que a los nueve, cuando mi padre me hizo aquella confidencia, apenas permanecía vivo en mi memoria.

El estudio de mi padre estaba en el piso más alto de la casa, y desde él se disfrutaba de una soberbia vista de los terrenos traseros de la finca. Normalmente no me estaba permitido entrar en él, e incluso solían disuadirme de que jugara en las piezas adyacentes. Sin embargo, había un pasillo estrecho que iba desde el descansillo hasta la puerta del estudio, en cuyas paredes colgaba una hilera de cuadros con marcos dorados. Eran pinturas realistas —muy parecidas a dibujos— del puerto de Shanghai visto desde la perspectiva de la orilla de Pootung; es decir: tras las numerosas embarcaciones del puerto se veían los grandes edificios del Bund. Eran obras que probablemente databan —como mínimo— de la década de 1880, y debo suponer que, al igual que tantos otros ornamentos y pinturas de la casa, pertenecían a la compañía. Ahora ya no lo recuerdo, pero mi madre me contó muchas veces que, siendo yo muy niño, ella y yo solíamos quedarnos de pie delante de estos cuadros y pasar el rato poniéndoles nombres divertidos a los distintos barcos del puerto. Según mi madre, yo enseguida rompía a reír a carcajadas, y a veces me negaba a dejar el juego hasta haberlos «bautizado» a todos. Si esto era así, como lo cuenta —si solíamos reírnos ruidosamente con tal juego—, tengo casi la certeza de que no subíamos a plantarnos ante aquellos cuadros mientras mi padre estaba trabajando en el estudio. Pero cuando pienso detenidamente en las palabras de mi padre junto al quiosco de música aquel día, empiezo a recordar una ocasión en que mi madre y yo estábamos en el ático —supongo que jugando a nuestro juego—, cuando de pronto mi madre se calló y se quedó muy quieta.

Mi primer pensamiento fue que me iba a echar una reprimenda (quizás por algo que yo acababa de decir que no le había gustado). No era nada inhabitual el que mi madre cambiara de estado de ánimo de forma brusca en medio de una armoniosa charla o juego, y me riñera por alguna travesura mía de horas antes que recordara de pronto. Pero al quedarme callado, a la espera de una explosión de ese tipo, caí en la cuenta de que mi madre estaba escuchando. Luego, al instante siguiente, se volvió y empujó de forma repentina la puerta del estudio de mi padre.

Estaba a espaldas de mi madre y alcancé a vislumbrar el interior del estudio. Conservo la imagen perdurable de mi padre caído hacia adelante sobre su escritorio, con la cara llena de sudor y crispada por la frustración. Es posible que estuviera llorando y que ése fuera el sonido que había captado la atención de mi madre. Frente a él, desparramados por toda la mesa, había papeles, libros de contabilidad, cuadernos... Advertí —creo que siguiendo la mirada de mi madre— que también había papeles y cuadernos tirados por el piso, como si mi padre los hubiera arrojado al suelo en un acceso de furia. Instantes después estaba mirándonos, sobresaltado, y al final dijo con una voz que me sacudió por dentro:

—¡No podemos hacerlo! ¡Jamás podremos volver! ¡No podemos hacerlo! Me pides demasiado, Diana. ¡Demasiado!

Mi madre le dijo algo en voz baja, sin duda reconviniéndole para que recobrara la compostura. Mi padre se calmó un poco y, dejando a un lado la figura de mi madre, fijó sus ojos en mí por vez primera. Pero, casi instantáneamente, su cara volvió a contraerse con desesperación, y, volviéndose a mi madre y sacudiendo la cabeza con impotencia, repitió:

—No podemos hacerlo, Diana. Será nuestra ruina. He estudiado todas las posibilidades. Jamás volveremos a Inglaterra. No podemos reunir lo suficiente. Sin la compañía, estamos perdidos.

Luego volvió a perder el control, y cuando mi madre empezaba a decir algo —con su voz queda, furiosa—, mi padre se puso a gritar, no exactamente a ella sino a las paredes del estudio:

—¡No lo haré, Diana! Dios, ¿por quién me tomas? Está fuera de mi alcance, ¿lo entiendes? ¡Fuera de mi alcance! ¡No puedo hacerlo!

Probablemente, en este punto mi madre cerró la puerta de golpe y me cogió de la mano y me alejó del estudio. Y ya no recuerdo más. No puedo estar seguro, como es lógico, de los exactos sentimientos —y menos aún de las palabras— que mi padre llegó a expresar aquel día. Pero así es como —retrospectivamente— he llegado a dar forma a este recuerdo.

En su día no fue sino una experiencia desconcertante para mí, y aunque probablemente consideré interesante el hecho de que mi padre pudiera, al igual que yo, tener momentos en que lloraba y gritaba, no me pregunté demasiado a qué pudo deberse todo aquello. Por otra parte, cuando volví a ver a mi padre, vi que de nuevo era el de siempre, y mi madre nunca hizo mención del incidente. Si mi padre, años después, no me hubiera hablado de él de aquella forma extraña ante el quiosco de la música, seguramente yo nunca habría llegado a rescatarlo del fondo de mi mente.

Pero, como digo, aparte de estos nimios y curiosos episodios, poco hubo digno de recordarse en aquel otoño y en el anodino invierno siguiente. Durante gran parte de aquel período me sentí bastante apático, y experimenté un gran regocijo cuando una tarde Mei Li, casi de pasada, me comunicó la nueva de que Akira había vuelto de Japón, y de que en aquel mismo momento estaban bajando su equipaje en el camino de entrada de su casa.

Akira —supe con enorme alegría— había vuelto a Shanghai no sólo de visita, sino de manera estable en el horizonte de un futuro inmediato, y con planes de volver a su antiguo colegio de North Szechwan Road cuando empezara el trimestre de verano. No puedo recordar si ambos celebramos su regreso de algún modo especial. Tengo la impresión de que nos limitamos a reanudar nuestra amistad donde la habíamos dejado el otoño anterior, sin grandes alharacas. Yo sentía una gran curiosidad por las experiencias de Akira en Japón, pero él me persuadió de que sería pueril —algo indigno de nosotros— hablar de tales temas, y decidimos seguir con nuestras viejas rutinas como si nada las hubiera interrumpido nunca. Imagino que, lógicamente, no todo le había ido bien en Japón, pero no empecé a vislumbrar ni la mitad de sus problemas hasta el cálido día de primavera en que se desgarró la manga del kimono.

Cuando jugábamos afuera, Akira solía vestirse más o menos como yo: camisa, pantalón corto y, en días de mucho calor, sombrero para el sol. Pero aquella mañana estábamos subiendo y bajando del montículo de la trasera de nuestro jardín, y Akira llevaba puesto su kimono; uno normal y corriente, de los que solía ponerse cuando jugaba en los alrededores de su casa. Subíamos y bajábamos el montículo escenificando una de nuestras tramas cuando súbitamente se detuvo cerca de la cima y se sentó frunciendo el ceño. Pensé que se había hecho daño, pero, cuando llegué hasta él, vi que se estaba examinando un desgarrón en la manga del kimono. Lo hacía con una expresión de honda inquietud, y creo que le dije algo como:

—¿Qué pasa? Te lo coserá en un periquete la criada.

No respondió (parecía haber olvidado por completo que estaba a su lado), y caí en la cuenta de que se había instalado en su ánimo una profunda

pesadumbre. Siguió examinando detenidamente la rotura unos segundos más, y luego bajó el brazo y fijó la mirada vacía en el retazo de tierra sobre el que estaba sentado como si acabara de ocurrirle una gran tragedia.

—Es la tercera vez —dijo entre dientes, en voz baja. La tercera vez esta semana que hago una cosa mala.

Luego, al ver que le miraba con desconcierto, añadió:

—La tercera cosa mala. Ahora mamá y papá me harán volver a Japón.

Yo no entendía, como es lógico, cómo un pequeño desgarrón en un viejo kimono podía acarrear tal consecuencia, pero me sentía tan alarmado ante la perspectiva de su marcha que me senté a su lado y le insté a explicarme a qué se refería. Pero poco más pude sonsacarle aquella mañana —se ponía más y más taciturno y cerrado en sí mismo por momentos—, y creo recordar que nos separamos no demasiado amigablemente. En el curso de las semanas siguientes, sin embargo, fui descubriendo a qué había obedecido su extraño proceder.

Desde su primer día en Japón, Akira se había sentido terriblemente desgraciado. Aunque nunca lo admitió explícitamente, yo llegué a la conclusión de que su calidad de «extranjero» lo había ido condenando a un ostracismo inclemente: sus modales, sus actitudes, su forma de hablar y un centenar de cosas más habían llegado a *marcarlo* como diferente, y el hostigamiento resultante no sólo provenía de sus compañeros de clase, sino también de sus profesores, e incluso —como dejó entrever en más de una ocasión— de los parientes en cuya casa se alojaba. Finalmente, ante la hondura de su desdicha, sus padres se habían visto obligados a hacerle volver a casa a mediados del trimestre.

El pensamiento de que podía ser enviado de nuevo a Japón atormentada a mi amigo. Lo cierto era que sus padres echaban de menos enormemente su patria, y a menudo hablaban del retorno a Japón de toda la familia. Su hermana mayor, Etsuko, no era del todo reacia a vivir en su país, y Akira había caído en la cuenta de que se hallaba solo en su deseo de permanecer en Shanghai; de que sólo su fuerte oposición a tal retorno impedía a sus padres hacer las maletas y partir para Nagasaki. No estaba seguro, por tanto, de cuánto tiempo más seguiría prevaleciendo su postura frente a la de sus padres y hermana. Las cosas se hallaban, pues, en la balanza, y cualquier

traspíe que él cometiera —cualquier pequeña fechoría, cualquier fallo en los estudios— podía inclinar ésta en su contra. De ahí su temor a que un pequeño desgarrón en la manga del kimono pudiera acarrearle el más grave de los desenlaces.

Como cabía esperar, el kimono roto no provocó en sus padres la ira tan temida por Akira, y nada memorable se derivó del incidente. Pero en el curso de los meses que siguieron a su vuelta, siempre hubo algún pequeño percance que sumía a mi amigo en el foso de la preocupación y el desaliento. El más importante de ellos, supongo, fue el concerniente a Ling Tien y a nuestro «robo», el «delito de mi pasado» que tanto despertaría la curiosidad de Sarah durante nuestro viaje en autobús aquella tarde.

Ling Tien había estado con la familia de Akira desde que vivían en Shanghai. Entre mis recuerdos más tempranos de cuando pasaba a la casa de al lado para jugar están los del viejo sirviente moviéndose pesadamente por la casa con la escoba en la mano. Parecía muy viejo, y siempre llevaba —incluso en verano— una gruesa bata, gorro y coleta. A diferencia de los otros chinos de la servidumbre de la vecindad, rara vez sonreía a los niños, aunque tampoco nos reprendía ni chillaba, y si no hubiera sido por la actitud de Akira para con él difícilmente le habría yo tenido tanto miedo. En efecto, recuerdo que al principio me sentía más intrigado que otra cosa por la inquietud que se apoderaba de Akira cuando el sirviente se hallaba cerca de nosotros. Si, por ejemplo, Ling Tien pasaba por el pasillo, mi amigo interrumpía lo que estábamos haciendo y se ponía de pie, todo erguido y rígido, en una parte del recinto donde el viejo criado no pudiera vernos, y no se movía hasta que el peligro cesaba. En los primeros tiempos de nuestra amistad, aún no me había contaminado de su temor, y daba por sentado que éste obedecía a algo muy concreto que en algún momento había habido entre ellos. Como digo, me sentía más intrigado que otra cosa, pero siempre que le pedía a Akira que me explicara su comportamiento, él simplemente me ignoraba. Con el tiempo llegué a captar cuán profundamente cohibido se sentía por su incapacidad para controlar el miedo que Ling Tien le infundía,

y aprendí a no decir nada cuando nuestros juegos se veían interrumpidos por su presencia.

Pero a medida que crecíamos empecé a sentir la necesidad de que mi amigo justificara tal temor. Cuando teníamos siete u ocho años, la visión de Ling Tien ya no le hacía quedarse sobrecogido e inmóvil; en lugar de ello, interrumpía lo que estuviéramos haciendo y me miraba con una extraña sonrisa. Luego, acercando sus labios a mi oído, me recitaba en un curioso tono monocorde —no muy diferente al cántico que a veces oíamos a los monjes en el mercado de Boone Road— las más terroríficas revelaciones relativas a su sirviente.

Así, llegó a mi conocimiento la pasión que Ling Tien sentía por las manos. Akira, en cierta ocasión, al mirar al fondo del pasillo hacia la habitación del criado —una de las raras veces en que el viejo había dejado su puerta entreabierta—, vio, amontonadas en el suelo, unas manos de hombres, mujeres, niños y monos. En otra ocasión, de noche, muy tarde, Akira había visto a su sirviente entrar en la casa con un cesto lleno de pequeños brazos de monos. Teníamos que mantenernos siempre en guardia, me advirtió Akira. A la menor oportunidad, Ling Tien no dudaría en cortarnos las manos.

Cuando, tras aleccionarme en tal sentido varias veces, le pregunté por qué Ling Tien sentía tanto interés por las manos, Akira me miró con fijeza y me preguntó si podía confiarme el más oscuro de los secretos de su familia. Cuando le aseguré que sí, se quedó unos instantes pensativo y al cabo dijo:

—¡Entonces te lo contaré, camarada! ¡Algo terrible! Por qué Ling Tien corta manos. Voy a contártelo.

Ling Tien, al parecer, había descubierto un método para convertir aquellas manos cortadas en arañas. En su cuarto tenía numerosos cuencos llenos de diversos líquidos en los que metía durante varios meses las manos que había ido almacenando. Poco a poco, los dedos empezaban a moverse por sí mismos —ligeros respingos al principio, luego como retorcimientos—, y finalmente les crecían oscuros pelos, y Ling Tien los sacaba entonces de los líquidos y los iba dejando aquí y allá, como si fueran arañas, por todo el barrio. Akira a menudo oía cómo el viejo criado salía sigilosamente de la casa en la madrugada para hacerlo. En cierta ocasión llegó incluso a ver en

el jardín, moviéndose entre la maleza, una especie de «mutante» que Ling Tien había sacado prematuramente de su líquido y que aún no parecía enteramente una araña, y que podía identificarse claramente como una mano cortada.

Aunque ni siquiera a aquella edad creía yo tales historias a pies juntillas, ciertamente me inquietaban, y durante un tiempo la mera visión de Ling Tien bastaba para despertar en mí imprecisos terrores. Y lo cierto es que ni siquiera cuando crecimos logramos liberarnos por completo del horror que nos infundía el viejo criado. Era algo que siempre había herido el orgullo de Akira, y cuando tuvimos ocho años creí ver que nacía en él una necesidad constante de enfrentarse a sus viejos miedos. A menudo recuerdo cómo mi amigo me arrastraba hasta determinado punto de la casa desde donde podíamos espiar a Ling Tien mientras barría el sendero o realizaba cualquier otro trabajo. A mí no me importaban mucho estas sesiones de espionaje, pero lo que llegué a temer fueron las ocasiones en que Akira me retaba con persistencia a que me acercara a la habitación del criado.

Hasta el momento nos habíamos mantenido siempre lejos de ella, sobre todo porque Akira sostenía que las emanaciones de los líquidos de los cuencos podían hipnotizarnos y arrastrarnos hasta el interior del cuarto. Pero ahora la idea de acercarse a aquel cuarto se había convertido en una auténtica obsesión en Akira. Podíamos estar teniendo una conversación sobre algo absolutamente ajeno a ello, por ejemplo, y de súbito aparecía en su semblante aquella extraña sonrisa y se ponía a susurrar:

—¿Tienes miedo? Christopher, ¿tienes miedo?

Entonces me obligaba a seguirle por la casa, a través de aquellas habitaciones singularmente amuebladas, hasta el arco de pesadas vigas donde comenzaba el territorio del criado. Al pasar por debajo del arco, nos encontrábamos en un sombrío pasillo de piso de desnuda tarima encerada, al fondo del cual, de frente, estaba el cuarto de Ling Tien.

Al principio sólo me pedía que me quedara de pie bajo el arco, mirando cómo él se aventuraba paso a paso a lo largo del pasillo, hasta quizás medio camino de aquella habitación ominosa. Aún puedo ver a mi amigo, con la figura rechoncha rígida por la tensión, volviendo hacia mí la cara brillante por el sudor de cuando en cuando, deseoso de avanzar unos pasos más antes

de darse la vuelta y venir corriendo hacia el arco con una sonrisa de triunfo en el semblante. Luego vendrían sus pullas y bravuconerías, hasta que al fin logré hacer acopio de valor para igualar su hazaña. Durante bastante tiempo, como digo, aquellas pruebas de valor relacionadas con el cuarto de Ling Tien llegaron a obsesionar a Akira, y nos privaban de gran parte del placer de ir a jugar a su casa.

Habría de pasar más tiempo, sin embargo, hasta que uno de los dos osara llegar hasta la puerta misma del cuarto de Ling Tien, y aún más para traspasarla. Cuando por fin llegamos a entrar en aquel cuarto, ambos teníamos diez años, y —aunque, por supuesto, yo no lo sabía— iba a ser mi último año en Shanghai. Fue entonces cuando Akira y yo perpetramos el pequeño «robo», un acto impulsivo cuyas repercusiones, en nuestro exaltado entusiasmo, no llegamos a prever.

Sabíamos que, a principios de agosto, Ling Tien se iría a pasar seis días en su pueblo natal, cercano a Hangchow, y con frecuencia habíamos hablado de que cuando estuviera fuera tendríamos al fin la oportunidad de entrar en su cuarto. Y, en efecto, cuando me presenté en casa de Akira la primera tarde de la partida de Ling Tien, encontré a mi amigo ensimismado por completo en el asunto. Para entonces, debo decir, yo era en líneas generales una persona mucho más segura de mí misma que un año antes, y, si bien seguía sintiendo algo de mi viejo miedo a Ling Tien, no dejaba en absoluto que se me trasluciera. De hecho, creo que era yo quien se mostraba más tranquilo ante la perspectiva de entrar en aquel cuarto, algo que —estoy seguro— mi amigo no dejó pasar por alto y tomó como un ingrediente más del reto que enfrentaba.

Pero resultó que aquella tarde la madre de Akira estaba haciéndose un vestido, y, quién sabe por qué, no hacía más que ir de una habitación a otra. Akira, pues, afirmó que era demasiado arriesgado considerar siquiera la posibilidad de consumir nuestra aventura. Lo cual, ciertamente, no me desagradó, pero estoy seguro de que fue Akira quien más agradeció aquella excusa.

Al día siguiente, sin embargo, era sábado, y cuando hacia media mañana llegué a casa de Akira, sus padres habían salido. Akira no tenía *amah*, y cuando éramos pequeños habíamos discutido mucho sobre cuál de los dos era más afortunado, porque yo sí la tenía. El mantenía la teoría de que los niños japoneses no necesitaban *amah* porque eran «más valientes» que los niños occidentales. Una vez, en una de nuestras discusiones al respecto, le pregunté quién atendería a sus necesidades si su madre estaba fuera y él necesitaba, por ejemplo, un vaso de agua helada o si se cortaba con algo. Recuerdo que me contestó que las madres japonesas *jamás* salían de casa a menos que el niño se lo permitiera expresamente, lo cual me pareció difícil de creer, porque sabía con certeza que las señoras japonesas, de forma muy similar a las europeas, se reunían en sus círculos de Astor House o Marcell's Tea Room, en Szechwan Road. Pero cuando me dijo que si su madre estaba fuera quedaba en casa la criada para «atender a sus necesidades», y que él tenía las manos libres para hacer lo que le viniera en gana, sin restricción alguna, empecé a pensar que era yo quien se llevaba la peor parte al tener un *amah*. Curiosamente, seguí manteniendo mi opinión pese a que, en la práctica, las veces que jugábamos en su casa cuando su madre estaba fuera, siempre había algún criado encargado de vigilar todos y cada uno de nuestros movimientos. Ello implicaba —sobre todo cuando éramos más pequeños— la presencia constante de alguna figura adusta que, temerosa sin duda de las terribles consecuencias que podría acarrearle el que nos sucediera alguna desgracia, se mantenía siempre en una proximidad un tanto inhibidora cuando estábamos en lo mejor de nuestros juegos.

Sin embargo, en el verano al que ahora me refiero se nos permitía ya, como es lógico, una mayor libertad de movimientos sin supervisión de los criados. La mañana en que entramos en el cuarto de Ling Tien, habíamos estado jugando en una de las habitaciones con suelo de tatami del tercer piso, mientras una vieja criada —la única persona de la casa— cosía en el piso de abajo. Recuerdo que Akira, en un momento dado, interrumpió bruscamente lo que estábamos haciendo, se dirigió de puntillas hacia el balcón y se apoyó sobre la barandilla, inclinándose tanto sobre ella que temí que pudiera caer al vacío. Luego, cuando volvió hasta mí a la carrera, vi que

una extraña sonrisa se había instalado en su semblante. La criada, me comunicó en un susurro, se había quedado dormida.

—¡Ahora tenemos que entrar! ¿Tienes miedo, Christopher? ¿Tienes miedo?

Akira se había puesto de pronto tan tenso que por un momento todos los viejos temores relativos a Ling Tien se me agolparon en oleadas. Pero para entonces estaba ya fuera de nuestro alcance la posibilidad de echarnos atrás, y nos encaminamos tan en silencio como pudimos hacia los dominios del criado, hasta que nos vimos una vez más, de pie, codo con codo, en aquel sombrío pasillo de tarima desnuda.

Lo que recuerdo es que recorrimos el pasillo a grandes pasos y sin demasiada indecisión, y que al fin llegamos a unos cuatro o cinco metros de la puerta del cuarto del criado. Algo nos hizo detenernos, entonces, y por espacio de unos segundos ninguno de los dos pareció capaz de continuar; si en ese momento Akira se hubiera dado la vuelta para echar a correr, estoy seguro de que le habría imitado de inmediato. Pero mi amigo, al parecer, se las ingenió para hacer acopio de una determinación suplementaria, y, tendiéndome la mano, dijo:

—¡Vamos, camarada! ¡Entremos juntos!

Enlazamos los brazos y dimos los pasos últimos. Luego Akira empujó la puerta y ambos echamos una mirada al interior.

Vimos un cuarto pequeño y con poco mobiliario, de suelo de tarima pulcra y lustrosa. La ventana tenía echada la persiana, pero la luz entraba radiante por los costados. En el aire había un leve aroma de incienso; una hornacina en la esquina opuesta, una cama estrecha y una espléndida cómoda, bellamente lacada, con elaborados tiradores en cada uno de los cajones.

Entramos, y durante unos instantes permanecemos quietos, casi sin resuello. Luego Akira dejó escapar un suspiro y se volvió hacia mí con una enorme sonrisa, visiblemente contento de haber vencido su antiguo miedo. Pero al instante siguiente su ánimo triunfal pareció verse rápidamente reemplazado por la preocupación de que la ausencia de cualesquiera elementos siniestros en el cuarto pudiera dejarle en ridículo a mis ojos.

Antes de que yo pudiera decir nada, señaló la elegante cómoda y susurró en tono de urgencia:

—¡Ahí! ¡Ahí dentro! ¡Con cuidado, con cuidado, camarada! ¡Las arañas! ¡Están ahí dentro!

Lo que decía resultaba poco convincente, y debió de darse cuenta de ello. Sin embargo, durante uno o dos segundos, pasó por mi cabeza la fantasía de que los pequeños cajones se abrían ante nuestros ojos cual extrañas criaturas —en fases diversas de su mutación de manos a arañas— y sacaban al exterior unos miembros vacilantes. Pero Akira apuntaba ya excitadamente con el dedo hacia una pequeña botella que había sobre una mesita contigua a la cama de Ling Tien.

—¡Loción! —susurró. ¡La loción mágica que utiliza! ¡Ahí la tienes!

Estuve tentado de ridiculizar aquel desesperado intento de preservar una fantasía que en realidad hacía tiempo habíamos superado, pero en aquel momento tuve otra súbita visión de los cajones abriéndose, y algún vestigio de mi viejo miedo me impidió decir nada. Además, me empezaba a inquietar una posibilidad más real: que nos descubriera allí dentro la sirvienta o cualquier otro adulto inesperado. No quería ni imaginar las desdichas que ello podría acarrear: los castigos, las largas discusiones entre nuestros respectivos padres. Ni osaba pensar en cómo podríamos empezar siquiera a explicar nuestro comportamiento.

Entonces, repentinamente, Akira avanzó unos pasos, cogió la botella y se la pegó contra el pecho.

—¡Vete! ¡Vete! —me susurró, y de pronto a ambos nos invadió el pánico. Riéndonos tontamente, sin embargo, salimos del cuarto precipitadamente y desanduvimos el pasillo.

Una vez en la seguridad del cuarto de arriba —la criada seguía dormida en el piso de abajo—, Akira reiteró su aseveración de que los cajones estaban llenos de manos cortadas. Ahora podía ver en él la grave preocupación que le causaba el que yo pudiera ridiculizar aquella fantasía tanto tiempo acariciada, y también yo sentí la necesidad de preservarla. No dije nada, por tanto, para echar por tierra lo que afirmaba, ni aventuré sugerencia alguna de que el cuarto de Ling Tien hubiera sido un absoluto fiasco o que nuestro valor hubiera sido puesto a prueba para nada.

Colocamos la botella en un plato, en pleno suelo, y nos sentamos a examinarla.

Akira quitó el tapón con sumo cuidado. La botella contenía un líquido claro con un vago aroma de anís. Ni siquiera hoy alcanzo a barruntar el uso que el viejo criado podía dar en su día a aquella loción; mi conjetura más plausible apunta a que se trataba de un medicamento que había comprado para combatir alguna dolencia crónica. En cualquier caso, su apariencia anodina sirvió a nuestro propósito. Metimos unas ramitas en el líquido, y al sacarlas las dejamos gotear sobre un papel. Akira advirtió que no teníamos que dejar que ni una sola gota tocara nuestras manos, puesto que de hacerlo a la mañana siguiente despertaríamos con arañas en los extremos de los brazos. Ninguno de los dos lo creíamos realmente, pero, como digo, era importante para los sentimientos de Akira que ambos fingiéramos creerlo, y, así, seguimos con nuestra operación con infinita cautela.

Al cabo Akira volvió a poner el tapón en la botella, la metió en la caja donde solíamos guardar las cosas especiales, y dijo que quería realizar unos cuantos experimentos más con la loción antes de devolverla al cuarto de Ling Tien. Con una cosa y otra, al separarnos aquella mañana nos sentíamos contentos de nosotros mismos.

Pero cuando Akira llegó a mi casa la tarde siguiente, vi de inmediato que había surgido algún problema. Estaba muy preocupado, era incapaz de concentrarse en nada. Temiendo oír que sus padres hubieran llegado a enterarse de nuestra incursión del día anterior, eludí durante un tiempo preguntarle qué pasaba. A final, sin embargo, no pude aguantar más y le pedí que me lo contara todo, por horrible que fuera. Pero Akira negó que sus padres sospecharan algo, y volvió a sumirse en un ánimo sombrío. Sólo mucho después, tras instarle yo innúmeras veces, acabó cediendo y me contó lo que había sucedido.

Incapaz de contener su sentimiento de triunfo, Akira le había contado a su hermana Etsuko lo que habíamos hecho. Para su sorpresa, Etsuko había reaccionado con horror. Digo «para su sorpresa» porque Etsuko —que tenía cuatro años más que nosotros— nunca había compartido nuestra idea respecto de la naturaleza siniestra de Ling Tien. Pero ahora, al escuchar la historia de Akira, Etsuko había mirado a su hermano con fiereza, como si

esperara verlo retorcerse y morir ante sus propios ojos. Luego le había dicho a Akira que habíamos sido muy afortunados al poder escapar de aquel cuarto; que ella personalmente había tenido noticia de criados que trabajaron en la casa y que osaron hacer lo que habíamos hecho nosotros y que habían desaparecido para siempre (sus restos aparecieron semanas después en un callejón, más allá de los límites de la Colonia). Akira le había contestado a su hermana que le contaba aquello sólo para asustarle, y que no le creía ni una palabra. Pero de todas formas quedó un tanto quebrantado, y también a mí me recorrió un escalofrío al oír tal «confirmación» —de la autoridad, nada menos, de Etsuko— de nuestros viejos miedos relativos a Ling Tien.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de lo que le preocupaba tanto a Akira: alguien debía volver a poner la botella en el cuarto de Ling Tien antes de que el viejo criado regresara al cabo de tres días. Pero el caso es que nuestra bravata del día anterior se había «desinflado» por completo, y la perspectiva de volver a entrar en aquel cuarto era algo que ahora se nos antojaba más allá de nuestro alcance.

Incapaces de centrarnos en nuestros juegos habituales, decidimos ir paseando hasta nuestro lugar especial junto al canal. En el camino charlamos de nuestro problema desde todos los ángulos posibles. ¿Qué sucedería si no devolvíamos la botella? Tal vez la loción fuera de gran valor y llamaran a la policía para que investigara su desaparición. O tal vez Ling Tien no dijera a nadie que le faltaba, y decidiera hacer caer sobre nosotros una terrible venganza. Recuerdo que nos sentíamos bastante confusos respecto de hasta qué punto deseábamos mantener nuestra fantasía sobre Ling Tien, y, por otra parte, hasta qué punto debíamos emplear la lógica para evitar meternos en graves problemas. Recuerdo, por ejemplo, que en un momento dado pensamos en la posibilidad de que la loción fuera un medicamento que Ling Tien había adquirido después de meses de ahorro, y de que sin él pudiera ponerse terriblemente enfermo. Pero luego, segundos después, sin abandonar por completo esta última teoría, considerábamos otras hipótesis que daban por sentado que la loción era lo que siempre habíamos pensado que era.

Nuestro «lugar especial» junto al canal, situado a un cuarto de hora de camino desde nuestras casas, se hallaba detrás de unos almacenes pertenecientes a la Jardine Matheson Company. Nunca estábamos seguros de si invadíamos sin autorización una propiedad ajena; para entrar en ella teníamos que pasar por una verja que siempre estaba abierta y cruzar un patio de hormigón donde había unos obreros chinos que nos miraban con recelo pero jamás nos lo impedían. Luego girábamos por un cobertizo de embarcaciones destartado y nos adentrábamos un trecho en un espigón. Finalmente bajábamos hacia el retazo de tierra dura y oscura de la orilla del canal. Era un espacio en el que apenas cabíamos los dos sentados codo con codo frente al agua, pero aun en los días más calurosos disfrutábamos de la sombra de los almacenes, situados a nuestra espalda, y cada vez que un barco o junco pasaba por el canal, las aguas rompían suavemente a nuestros pies. En la orilla opuesta había otros almacenes, pero recuerdo que, casi enfrente de nosotros, un hueco entre dos de ellos nos permitía ver una carretera flanqueada de árboles. Akira y yo íbamos con frecuencia a aquel lugar, aunque nos cuidábamos muy bien de no contárselo a nuestros padres, por miedo a que nos prohibieran jugar en el borde del agua.

Aquella tarde, cuando nos sentamos, tratamos de olvidar durante un rato nuestras preocupaciones. Recuerdo que Akira empezó a preguntarme — como solía hacer cuando veníamos a nuestro «lugar especial» — si en caso de emergencia yo sería capaz de nadar hasta uno u otro barco de los que veíamos surcar las aguas a cierta distancia. Pero al poco no pudo aguantar más, y de pronto, para mi sorpresa, se echó a llorar.

Yo había visto llorar a mi amigo muy raras veces. De hecho, es el único recuerdo que hoy conservo de Akira llorando. Ni cuando le cayó encima de la pierna un gran trozo de argamasa —la vez en que estábamos jugando detrás de la American Mission—, pese a ponerse cadavéricamente blanco, le vi llorar. Pero aquella tarde, en el canal, Akira había llegado al límite de sus fuerzas.

Recuerdo que tenía en las manos un palo húmedo y pelado, y que, mientras lloraba, lo iba rompiendo en trocitos que lanzaba al agua. Yo quería con todas mis fuerzas consolarle, pero al ver que no se me ocurría nada que decirle, recuerdo que me levanté y fui a buscar más trozos de

madera para que pudiera seguir partiéndolos y tirándolos al agua, como si se tratara de algún remedio ineludible para su congoja. Luego ya no hubo más madera que romper, y Akira sofocó su llanto.

—Cuando mis padres se enteren —dijo, al cabo—, se van a enfadar mucho. Y no me dejarán quedarme. Y todos nos iremos a Japón.

Yo seguía sin saber qué decir. Instantes después, mientras miraba fijamente a un barco que pasaba, Akira dijo en un susurro:

—No quiero vivir en Japón por nada del mundo.

Y, como siempre hacía yo cuando él decía esto, respondí como en un eco:

—Yo no quiero ir a Inglaterra por nada del mundo.

Así, nos quedamos callados unos minutos más. Pero a medida que seguíamos con la mirada fija en el agua, la única y obvia línea de acción capaz de eludir todas aquellas eventuales y horribles consecuencias se fue haciendo en mí más y más clara y rotunda, y al final me limité a plantearle que todo lo que teníamos que hacer era devolver la botella a tiempo, con lo que todo volvería a seguir su curso y no tendríamos ningún problema.

Akira no pareció oírme, así que se lo repetí. El siguió haciendo caso omiso de lo que le decía, y fue entonces cuando caí en la cuenta de cuánto había crecido su miedo a Ling Tien desde nuestra aventura del día anterior. Comprendí que ahora era tan grande como cuando éramos pequeños, con la salvedad de que Akira era incapaz de admitirlo. Capté su dificultad, y traté denodadamente de pensar en una solución. Y, por fin, dije con voz calma:

—Akira. Vamos a volverlo a hacer juntos. Como la vez pasada. Volveremos a cogernos del brazo, entraremos y dejaremos la botella donde la encontramos. Si lo hacemos así, juntos, estaremos a salvo, no podrá pasarnos nada malo. Nada en absoluto. Y nadie se enterará nunca de lo que hemos hecho.

Akira pensó en ello. Luego se volvió y me miró, y pude ver en su cara una gratitud honda y solemne.

—Mañana. Mañana por la tarde. A las tres —dijo. Mamá saldrá al parque. Si la criada vuelve a dormirse, será nuestra oportunidad.

Le aseguré que la criada se dormiría de nuevo, y le repetí que si entrábamos en el cuarto juntos nada teníamos que temer.

—¡Lo haremos juntos, camarada! —dijo con una súbita sonrisa, mientras se ponía en pie.

En el camino de vuelta ultimamos nuestros planes. Prometí que al día siguiente llegaría a casa de Akira mucho antes de que su madre saliera, y que, en cuanto lo hiciera, subiríamos las escaleras y esperaríamos allí, juntos, con la botella preparada, a que la criada se quedara dormida. El ánimo de Akira había mejorado bastante, pero recuerdo que aquella tarde, cuando nos despedimos, mi amigo se volvió hacia mí con una despreocupación muy poco convincente y me exhortó a que no llegara tarde al día siguiente.

El día siguiente fue igualmente caluroso y húmedo. A lo largo de los años he vuelto muchas veces sobre mis recuerdos de aquel día, tratando de ordenar los distintos detalles de un modo coherente. No puedo recordar gran cosa sobre la primera parte de aquella mañana. Conservo una imagen de cómo le dije adiós a mi padre al verle salir para el trabajo. Yo estaba ya afuera, merodeando por el camino de carruajes a la espera de que saliera de casa. Al final lo vi salir, con traje y sombrero blancos, maletín y bastón. Entrecerró los ojos y miró hacia la verja principal. Luego, mientras esperaba a que se acercara a mí por el camino, mi madre apareció en el umbral de la casa, a su espalda, y le dijo algo. Mi padre retrocedió unos pasos, intercambió unas palabras con ella, sonrió, la besó levemente en la mejilla y empezó a descender a grandes zancadas hacia donde yo estaba esperando. Es todo lo que recuerdo de su partida de aquel día. No me acuerdo de si nos dimos o no la mano, o si me dio unas palmaditas en el hombro, o si se volvió en la verja para dirigirme un último adiós. Mi memoria global es que nada hubo en su forma de salir para el trabajo aquella mañana que la diferenciara de las demás mañanas de otros días.

Lo que recuerdo del resto de la mañana son mis juegos con los soldaditos de plomo sobre la alfombra de mi dormitorio, y que la mente se me iba constantemente hacia la desalentadora tarea que a Akira y a mí nos aguardaba aquella tarde. Recuerdo que mi madre salió de casa en un momento dado de la mañana, y que almorcé en la cocina con Mei Li.

Después de comer, para matar el tiempo hasta las tres, di un corto paseo por la carretera hasta donde se alzaban los dos grandes robles, algo apartados de la carretera pero situados justo enfrente del muro del jardín más próximo.

Quizás fue porque estuviera ya haciendo acopio de valor para la tarea que me aguardaba, pero el caso es que aquel día logré subir hasta una nueva cota de uno de los robles. Encaramado triunfalmente en sus ramas, me encontré disfrutando de una nueva vista por encima de los setos de los terrenos de todas las casas colindantes. Recuerdo que me quedé sentado allí durante un rato, con el viento en la cara, cada vez más inquieto por la aventura que me esperaba. Aprensivo como estaba, me vino a la cabeza que, dado que el miedo de Akira al cuarto de Ling Tien era sin duda mayor que el mío, esta vez sería yo quien habría de hacer de «líder». Reparé en la responsabilidad que ello entrañaba, y resolví mostrarme lo más seguro de mí mismo que pudiera cuando me presentara en su casa. Pero, mientras seguía allí sentado en el árbol, se me fueron ocurriendo una serie de contratiempos capaces de malograr nuestros planes: la criada no llegaría a dormirse, podía haber decidido —precisamente aquel día— limpiar el pasillo que llevaba al cuarto del criado; o incluso la madre de Akira podía haber cambiado de opinión y no salir aquella tarde. Y, por supuesto, estaban los viejos y menos racionales temores que, por mucho que lo intentara, no lograba alejar de mi cabeza.

Finalmente, me bajé del árbol, deseoso de volver a casa y comprobar la hora. Al entrar por la verja, vi dos automóviles en el camino de entrada. Ello despertó mi curiosidad, como es lógico, pero me hallaba ya lo bastante preocupado como para prestar demasiada atención a aquel detalle. Luego, al cruzar el vestíbulo, eché una mirada a través de las puertas abiertas del salón y vi a tres hombres de pie, con los sombreros en la mano, hablando con mi madre. No había nada de extraño en ello —era perfectamente posible que hubieran venido a hablar con ella de la campaña—, pero algo en el ambiente hizo que me detuviera allí unos instantes. Al hacerlo, las voces se interrumpieron y vi cómo sus caras se volvían hacia mí. Reconocí a uno de los hombres, el señor Simpson, colega de mi padre en Morganbrook and Byatt; los otros eran dos desconocidos. Luego mi madre entró también en campo al inclinarse hacia adelante para fijar la vista en mí.

Supongo que entonces debí de sentir que algo fuera de lo normal estaba sucediendo. En cualquier caso, al instante siguiente me sorprendí corriendo en dirección a la cocina.

Apenas entré en ella cuando oí pasos, y al volverme vi a mi madre. A menudo he tratado de recordar su cara en aquel instante —la expresión exacta en su semblante—, pero sin éxito. Acaso el instinto me dictó que no la mirara. Lo que recuerdo, sin embargo, es su presencia misma —que se me antojó grande e imponente, como si de súbito me hubiera vuelto muy niño—, y la textura del vestido de verano claro que llevaba. Y que, en voz baja y perfectamente serena, me dijo:

—Christopher, los caballeros que vienen con el señor Simpson son policías. Debo terminar de hablar con ellos. Luego quiero hablar contigo. ¿Te importa esperarme en la biblioteca?

Estaba a punto de protestar, pero mi madre fijó sus ojos en mí de un modo que me hizo callarme.

—En la biblioteca, entonces —dijo, volviéndose. Iré en cuanto termine con estos caballeros.

—¿Le ha pasado algo a papá? —pregunté.

Mi madre me encaró de nuevo.

—Tu padre no ha llegado a la oficina esta mañana. Pero estoy segura de que habrá alguna razón que pueda explicarlo. Espérame en la biblioteca. No tardaré.

Salí de la cocina tras ella y fui a la biblioteca. Me senté en mi mesa de los deberes y esperé. No pensaba en mi padre, sino en Akira y en cómo yo iba a llegar tarde a nuestra cita. Me pregunté si él tendría valor para devolver solo la botella. Incluso en tal caso, estaría furioso conmigo. En aquel momento sentía tanta urgencia en relación con la situación de Akira, que incluso llegué a pensar en desobedecer a mi madre e ir de todas formas a su casa. Entretanto, la conversación en el salón parecía demorarse interminablemente. En la biblioteca había un reloj de pared y me quedé mirando las agujas. En un momento dado, salí al vestíbulo, con la esperanza de captar la atención de mi madre y pedirle permiso para marcharme, pero vi que las puertas del salón estaban cerradas. Luego, mientras deambulaba de un lado para otro del vestíbulo, de nuevo pensando en escabullirme,

apareció Mei Li y me señaló con aire grave la biblioteca. En cuanto entré en ella mi *amah* cerró la puerta, y oí cómo se ponía a pasearse ante ella. Volví a sentarme y seguí mirando el reloj. Cuando las agujas dejaron atrás las tres y media, me puse taciturno, sentí una gran furia contra mi madre y Mei Li.

Por fin oí que acompañaban a los hombres a la puerta.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano, señora Banks —le oí decir a uno de ellos. Esperemos que no haya pasado nada, y confiemos en Dios.

No oí la respuesta de mi madre.

Tan pronto como los hombres se hubieron ido, salí corriendo de la biblioteca para pedirle permiso a mi madre para ir a casa de Akira. Pero mi madre hizo caso omiso de lo que le pedía, lo cual me enfureció sobremanera.

—Vamos a la biblioteca —dijo.

Pese a mi frustración, hice lo que me decía, y fue allí en la biblioteca donde, después de hacer que me sentara, se agachó frente a mí y me dijo, con voz muy calma, que no se sabía nada de mi padre desde la mañana. La policía, alertada por la compañía, llevaba a cabo la investigación, hasta el momento sin éxito.

—Pero puede que vuelva para la cena —dijo con una sonrisa.

—Por supuesto que sí —dije, deseando que mi voz pudiera expresar todo mi fastidio ante aquel gran alboroto. Luego me bajé de la silla y volví a pedirle permiso para ir a casa de Akira. Pero esta vez lo hice con menos vehemencia, porque al mirar el reloj caí en la cuenta de que de nada serviría ir a aquellas horas. Su madre habría vuelto ya, y pronto empezarían a servir la cena. Sentí un hondo rencor contra mi madre, que me había retenido para decirme simplemente lo que más o menos ya me había hecho saber en la cocina una hora y media antes. Cuando por fin me dijo que me podía ir, subí a mi habitación, dispuse los soldaditos sobre la alfombra e hice cuanto pude para no pensar en Akira ni en sus sentimientos hacia mí en aquel momento. Pero seguía acordándome de todo lo que habíamos dicho en la orilla del canal, y la mirada de gratitud que él me había dedicado. Yo —como el propio Akira— no tenía el menor deseo de que mi amigo regresara a su país.

Mi malhumor duró hasta bien entrada la noche, pero, como es lógico, los adultos de la casa lo tomaron como una reacción normal ante la situación creada por la desaparición de mi padre. A lo largo de la tarde, mi madre me había estado diciendo: «No seamos pesimistas. Seguro que hay una explicación normal y corriente». Y Mei Li se mostró inusitadamente amable cuando me ayudó en la bañera. Pero recuerdo también que, a medida que caía la noche, mi madre empezó a tener varios de esos momentos «distantes» que tan bien llegaría a conocerle en las semanas que siguieron. De hecho, creo que fue aquella misma noche, mientras estaba yo en la cama aún preocupado por qué decirle a Akira cuando volviera a verlo al día siguiente, cuando mi madre, mirando con expresión vacía hacia el fondo del cuarto, dijo en un susurro:

—Pase lo que pase, puedes estar orgulloso de él, Puffin. Podrás enorgullecerte siempre de lo que ha hecho.

No recuerdo gran cosa de los días inmediatamente posteriores a la desaparición de mi padre; pero sí que me sentía tan preocupado por Akira —pensando en qué le diría la próxima vez que lo viera— que no lograba fijar la atención en nada. Sin embargo, me sorprendía continuamente posponiendo el ir a la casa de al lado, e incluso contemplando la posibilidad de no tener que volver a encararme con él nunca, pues sus padres, enfurecidos por nuestra fechoría, bien podían estar haciendo las maletas para volver a Japón en aquel mismo momento. Durante aquellos días, cualquier sonido fuerte en el exterior me hacía correr al piso de arriba y precipitarme hacia la ventana, desde donde escrutaba la casa de mi amigo en busca de maletas amontonadas en el patio.

Luego, una mañana nublada, transcurridos tres o cuatro días, estaba jugando solo en el círculo de césped de enfrente de casa cuando me llegaron unos sonidos procedentes del otro lado de la valla. Caí en la cuenta enseguida de que Akira estaba montando en la bicicleta de su hermana por el camino de carruajes de su jardín; le había observado muchas veces tratando de montar en aquella bicicleta —demasiado grande para él—, y reconocí los chirriantes ruidos de las ruedas mientras intentaba por todos los medios mantener el equilibrio. En un momento dado oí un gran golpe y un grito, y supe que Akira había sufrido una caída. Se me ocurrió la posibilidad de que me hubiera visto jugar desde la ventana de arriba de su casa y hubiera salido con la bicicleta para atraer mi atención ex profeso. Tras varios minutos de vacilación —durante los cuales Akira continuó cayéndose hacia los costados—, salí a grandes zancadas por la verja, di la vuelta a la esquina y miré en su jardín.

Akira estaba, en efecto, montado en la bicicleta de Etsuko, absorto en sus tentativas de ejecutar ciertas maniobras circenses que requerían quitar las manos del manillar justo cuando la máquina estaba dando un brusco giro. Parecía demasiado ensimismado para darse cuenta de mi presencia, y ni cuando me acerqué a él dio muestra alguna de haberme visto. Finalmente le dije:

—Lo siento: el otro día no pude venir.

Akira me dirigió una mirada hosca y acto seguido volvió a sus maniobras. Estaba a punto de explicarle por qué le había fallado cuando caí en la cuenta de que no podía añadir nada. Me quedé allí de pie, mirándole, unos minutos más. Luego di unos pasos hacia él y le dije en voz muy baja:

—¿Qué pasó? ¿La devolviste?

Mi amigo me dedicó una mirada que rechazaba la intimidad sugerida por mi tono y dio un brusco giro en la bicicleta. Sentí que las lágrimas asomaban a mis ojos, pero recordando a tiempo nuestra vieja disputa sobre quiénes lloraban antes, los japoneses o los ingleses, logré contener el llanto. Pensé de nuevo en contarle lo de la desaparición de mi padre, que de pronto me pareció una razón enormemente sustancial no sólo para haberle dejado a él en la estacada sino para que también yo debiera sentir una gran compasión por mí mismo. Imaginé el impacto y la pena que transformarían el semblante de Akira al oírme las palabras siguientes: «No pude venir el otro día porque..., ¡porque han *secuestrado* a mi padre!», pero —quién sabe por qué— no pude decírlas. Creo que lo que hice, en lugar de ello, fue darme la vuelta y volver a casa a la carrera.

En los días siguientes no vi a Akira. Luego, una tarde, se presentó en nuestra puerta trasera y le preguntó por mí a Mei Li como de costumbre. Yo estaba haciendo algo en ese momento, pero lo dejé instantáneamente y salí en busca de mi amigo. Akira me saludó sonriente, y mientras me conducía hacia su jardín me dio unas afectuosas palmaditas en el hombro. Yo, como es lógico, estaba ansioso por saber qué había resultado del asunto de Ling Tien, pero como me sentía aún más deseoso de no reabrir las heridas, reprimí las ganas de preguntárselo.

Fuimos a la parte trasera de su jardín, a los tupidos arbustos que llamábamos nuestra «jungla», y pronto nos metimos de lleno en una de nuestras tramas. Creo recordar que «poníamos en escena» algún pasaje de *Ivanhoe* —obra que a la sazón yo estaba leyendo—, o alguna aventura de samurais del Japón de Akira. En cualquiera de los casos, al cabo como de una hora, mi amigo se detuvo de pronto y, mirándome de un modo extraño, me dijo:

—Si quieres, jugamos a un juego nuevo.

—¿A un juego nuevo?

—Un juego nuevo. Que trata de tu padre. Si te apetece.

Me quedé desconcertado, y no recuerdo lo que dije. Él se acercó unos pasos a través del alto césped, y vi que me miraba casi con ternura.

—Sí —dijo. Si quieres, jugamos a detectives. Buscamos a tu padre. Rescatamos a tu padre.

Entonces caí en la cuenta de que sin lugar a dudas era la nueva de la desaparición de mi padre —que evidentemente había empezado a circular por el vecindario— lo que había traído a Akira hasta mi puerta trasera. Comprendí también que la propuesta que acababa de hacerme era su modo de mostrarme su preocupación y su deseo de ayudarme, y sentí que el afecto por mi amigo me anegaba por entero. Pero al final me limité a decir en tono despreocupado:

—De acuerdo. Podemos jugar a eso, si te apetece.

Y así es como empezó lo que en mi memoria se me antoja todo un siglo —cuando en realidad no pudo durar más de un par de meses, o menos— en el curso del cual, día tras día, jugamos a los detectives y urdimos variantes sin cuento sobre el tema del rescate de mi padre.

Entretanto, la investigación real de la desaparición de mi padre seguía su curso. Lo sabía por las visitas que recibíamos de los hombres que aquel día habían hablado en tono solemne con mi madre con los sombreros pegados al pecho; por el callado intercambio de palabras entre mi madre y Mei Li cuando mi madre volvía a casa, hermética, al final de la tarde; y sobre todo por la conversación que tuve con ella al pie de las escaleras.

No recuerdo exactamente lo que habíamos estado haciendo cada uno de nosotros antes de aquel momento. Yo empezaba a subir apresuradamente las

escaleras, para buscar algo en el cuarto de los juegos, cuando vi que mi madre aparecía en el descansillo superior y se disponía a bajar hacia el vestíbulo. Debía de estar a punto de salir, porque llevaba su vestido especial beige, el que despedía un peculiar olor como a hojas enmohecidas. Supongo que debí de percibir algo en su actitud, porque me quedé quieto donde estaba —en el tercer o cuarto escalón— y la esperé. Pero resultó que simplemente me rodeó el hombro con un brazo y bajamos juntos los escasos escalones. Luego me soltó y se dirigió hacia el colgador de sombreros del fondo del vestíbulo. Y fue entonces cuando me dijo:

—Sé lo duros que han sido para ti estos últimos días, Puffin. Debe de haber sido como si el mundo entero se te viniera abajo. Bien, para mí también ha sido difícil. Pero has de hacer como yo. Has de seguir rezándole a Dios y conservar la esperanza. Espero que no olvides tus rezos, Puffin. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo —respondí, un tanto bruscamente.

—Es un hecho triste —continuó— el que en una ciudad como ésta, de cuando en cuando, secuestren a alguien. Lo cierto es que sucede bastante a menudo, y muchas veces, casi me atrevería a decir que *la mayoría* de las veces, los secuestrados vuelven a casa sanos y salvos. Así que tenemos que ser pacientes. ¿Me estás escuchando, Puffin?

—Por supuesto que te estoy escuchando.

Le había dado la espalda y me balanceaba sobre los postes del pasamanos.

—Lo que debemos de valorar —añadió mi madre al cabo de unos segundos— es que los mejores detectives de la ciudad están trabajando en el caso. He hablado con ellos y son optimistas: creen que lo resolverán pronto.

—Pero ¿cuánto van a tardar? —le pregunté con hosquedad.

—Hemos de tener esperanza. Debemos confiar en los detectives. Puede que les lleve algún tiempo, pero debemos tener paciencia. Al final seguro que las cosas salen como esperamos, y que todo volverá a ser como antes. Tenemos que seguir rezándole a Dios y conservar siempre la esperanza. ¿Qué estás haciendo, Puffin? ¿Me estás escuchando?

No le contesté inmediatamente, porque estaba intentando comprobar cuántos escalones podía subir mientras seguía aferrado a los postes del pasamanos. Y al cabo pregunté:

—Pero ¿y si esos detectives están demasiado ocupados con los demás casos que tienen que resolver? ¿Asesinatos y robos y demás? No pueden dedicarse de lleno a todo.

Oí que mi madre se acercaba hacia mí unos pasos, y cuando la volví a oír hablar se había instalado en su voz un tono pausado, sumamente cuidadoso.

—Puffin, no existe la menor posibilidad de que los detectives estén «demasiado ocupados». *Todo el mundo* en Shanghai, la gente más importante de esta comunidad, está extremadamente inquieta por tu padre, y le interesa mucho que el asunto se resuelva. Me refiero a caballeros como el señor Forester. Y el señor Carmichael. Incluso el propio cónsul general. Sé que consideran un asunto personal que papá vuelva a casa sano y salvo cuanto antes. Así que, ya lo ves, Puffin: no existe la menor posibilidad de que los detectives no hagan cuanto esté en su mano. Y eso es lo que están haciendo ahora, en este mismo momento. ¿Te das cuenta, Puffin, de que es el inspector Kung en persona quien se halla a cargo de la investigación? Sí, lo que oyes: el inspector Kung. ¿Comprendes por qué no hemos de perder ni un ápice de esperanza?

Esta charla produjo en mí, sin duda, cierto impacto, porque recuerdo que el asunto no me preocupó en exceso durante los días que siguieron. Incluso por la noche, cuando mi inquietud tendía a volver, solía dormirme pensando que los detectives de Shanghai se movían por la ciudad cerrando más y más el cerco en torno a los secuestradores. A veces, acostado en la oscuridad, me sorprendía elaborando complicadas tramas antes de dormirme, tramas que al día siguiente nos brindarían a Akira y a mí material nuevo para nuestros juegos.

No quiero decir que durante este período Akira y yo no jugáramos a cosas por completo ajenas al secuestro de mi padre; en ocasiones nos sumíamos durante horas en alguna de nuestras fantasías de siempre. Pero siempre que mi amigo percibía mi preocupación, o que mi corazón no estaba enteramente en lo que estábamos haciendo, solía decirme:

—Camarada: juguemos al rescate de tu padre.

Nuestras tramas relativas a mi padre experimentaban, como digo, múltiples variantes, pero muy pronto concebimos las líneas maestras de un guión básico y recurrente. Mi padre estaba secuestrado en una casa situada fuera de los límites de la Colonia. Sus secuestradores pertenecían a una banda que pretendía conseguir un cuantioso rescate. Numerosos detalles menores evolucionaron con rapidez hasta convertirse en ingredientes fijos de la trama. Dábamos por descontado siempre, por ejemplo, que pese a hallarse rodeada de los horrores del barrio chino, la casa en la que retenían a mi padre era limpia y confortable. Aún puedo recordar, de hecho, cómo tal convención concreta llegó a adquirir carta de naturaleza. Fue quizás la primera o segunda vez que jugábamos al rescate de mi padre, y Akira y yo nos turnábamos para interpretar el papel del legendario inspector Kung, cuyos bellos rasgos y sombrero elegantemente ajado conocíamos bien por las fotografías de los periódicos. Nos hallábamos engolfados en el entusiasmo de nuestras fantasías cuando de pronto, en el punto en que mi padre aparecía por primera vez en nuestro enredo, Akira me hizo un gesto indicándome que era yo quien debía «hacer» de mi padre, y dijo:

—Estás atado en una silla.

Estábamos muy metidos en la trama, pero de pronto me detuve.

—No —dije. Mi padre no está atado en una silla. ¿Cómo va a estar atado todo el tiempo?

Akira, a quien disgustaba sobremanera que le contradijeran cuando desarrollaba una línea narrativa, repitió con impaciencia que mi padre estaba atado en una silla y que yo debía remedar tal situación al pie de un árbol. Y entonces le grité:

—¡No! —Y me fui, indignado.

No llegué a marcharme, claro está, del jardín de Akira. Recuerdo que me quedé de pie en la linde de la pradera de césped —donde acababa nuestra jungla—, contemplando con la mirada en blanco cómo un lagarto trepaba por el tronco de un olmo. Al rato oí los pasos de Akira a mi espalda y me preparé para una discusión en toda regla. Pero, para mi sorpresa, cuando me volví hacia él, vi que mi amigo me miraba con expresión conciliadora. Se acercó aún más y me dijo con voz suave:

—Tienes razón. Tu padre no está atado. Está cómodo. La casa de los secuestradores es confortable. Muy confortable.

A partir de entonces, Akira siempre puso extremo cuidado en que mi padre conservara tanto la comodidad como la dignidad en todas las variantes de la trama. Los secuestradores siempre se dirigían a él como si fueran sus sirvientes, y le llevaban comida, bebida y periódicos en cuanto él se lo exigía. En consecuencia, el carácter de los secuestradores se dulcificó un tanto; resultó que no eran unos malvados, después de todo, sino simples padres con familias hambrientas. Lamentaban de veras tener que llegar a tales acciones drásticas —le explicaban a mi padre—, pero no podían soportar ver cómo sus hijos se morían de hambre. Lo que hacían estaba mal, lo sabían, pero ¿qué otra cosa podían hacer? Habían elegido al señor Banks precisamente porque su piedad para con la difícil condición de los chinos más pobres era públicamente conocida, y porque probablemente entendería las razones del grave trance al que le estaban sometiendo. Al oír tales explicaciones, mi padre —cuyo papel siempre interpretaba yo— suspiraba, comprensivo, pero luego les decía que, por duras que fueran las penurias de la vida, el crimen nunca podía justificarse. Además, inevitablemente, el inspector Kung irrumpiría tarde o temprano en la casa para detenerles y liberarle, e irían a la cárcel, y puede que incluso fueran ejecutados. ¿En qué situación dejaría eso a sus familias? Los secuestradores —interpretados por Akira— respondían que cuando la policía descubriera su escondite, se entregarían sin oponer resistencia, y le desearían al señor Banks todo lo mejor del mundo al reunirse con su familia. Pero hasta entonces se veían obligados a hacer todo lo posible para que su plan funcionase. Entonces ellos le preguntaban a mi padre qué quería para cenar, y yo pedía en su nombre una gran comida con sus platos preferidos —entre los que siempre incluía ternera asada, chirivías con mantequilla y abadejo cocido. Como digo, era Akira —más que yo mismo— quien insistía en los aspectos relativos a la comodidad y el lujo culinario, y era asimismo él quien añadía muchos de los pequeños —aunque importantes— detalles: la habitación de mi padre disfrutaba de una bonita vista del río por encima de los tejados; la cama la habían robado los secuestradores en el Palace Hotel, y era por tanto la más sofisticada y cómoda de las camas. Luego Akira y yo

interpretábamos el papel de los detectives —aunque a veces hacíamos de nosotros mismos—, hasta que finalmente, al término de las persecuciones, peleas a puñetazos y refriegas con armas de fuego por los laberínticos callejones de los barrios chinos, y fueran cuales fueren las variantes y urdimbres de la historia, el caso siempre concluía con una espléndida ceremonia en Jessfield Park, en la que Akira y yo, uno tras otro, subíamos a un escenario levantado al efecto, donde mi madre, mi padre, Akira, el inspector Kung y yo saludábamos a un vasto y enfervorizado auditorio. Era, como digo, el guión básico de nuestra trama, y supongo —dicho sea de paso— que habría de ser más o menos el que yo interpretaría una y otra vez durante mis primeros días de llovizna en Inglaterra, cuando llenaba mis horas vacías vagando entre los helechos de las cercanías de la casita de campo de mi tía, susurrando para mis adentros las frases que le correspondían a Akira.

No fue quizás hasta después de un mes de la desaparición de mi padre cuando finalmente me sentí con la fuerza necesaria para preguntarle a Akira qué había sucedido con la botella de Ling Tien. Nos habíamos tomado un rato libre entre los juegos y estábamos sentados a la sombra del arce de la cima del montículo, bebiendo el agua helada que Mei Li nos había traído en dos tazones de té. Para mi alivio, Akira no mostraba ya el menor vestigio de resentimiento.

—La devolvió Etsuko —dijo.

Su hermana, al principio, había sido de lo más solícita al respecto. Pero luego, siempre que quería obligar a Akira a hacer cualquier cosa, le amenazaba con contarles a sus padres su secreto. A Akira, sin embargo, no le preocupaba demasiado el chantaje de su hermana.

—Ella también entró en el cuarto. Es tan mala como yo. No dirá nada.

—Así que no hubo problemas... —dije.

—No hubo problemas, camarada.

—Así que no tendrás que irte a vivir a Japón.

—No, no. —Se volvió hacia mí y sonrió. Me quedo en Shanghai para siempre. Luego me dirigió una mirada solemne, y preguntó—: Si no

encuentran a tu padre, ¿tendrás que irte a Inglaterra?

Aquella alarmante idea —no sabría decir por qué— jamás me había rondado la cabeza. Pensé en ello y dije:

—No. Aunque no encuentren a mi padre, nos quedaremos aquí para siempre. Mi madre no querrá volver nunca a Inglaterra. Además, Mei Li se negaría a ir con nosotros. Es china.

Por espacio de un instante, Akira siguió pensando en el asunto, mientras miraba fijamente los cubitos de hielo que flotaban en su taza. Luego alzó la mirada y me sonrió de oreja a oreja.

—¡Viejo camarada! —dijo. Viviremos aquí juntos, siempre.

—Eso es —dije. Viviremos en Shanghai toda la vida.

—¡Viejo camarada! ¡Toda la vida!

En las semanas que siguieron a la desaparición de mi padre aconteció otro pequeño incidente al que hoy he llegado a conceder gran importancia. Aunque no siempre pensé así; de hecho, lo había olvidado casi por completo cuando unos años atrás, de forma absolutamente fortuita, sucedió algo que me hizo no sólo recordarlo, sino también valorar las profundas repercusiones de lo que había presenciado aquel día.

Fue durante el período inmediatamente posterior al caso Mannering, cuando inicié una investigación de las circunstancias de los años que pasé en Shanghai. Creo que ya he mencionado antes tal pesquisa, gran parte de la cual la llevé a cabo en el Museo Británico. Supongo que se trató, al menos en parte, del intento del yo adulto de desentrañar la naturaleza de aquellas fuerzas que de niño no tuve la oportunidad de comprender. También abrigaba la intención de preparar el terreno para el día en que comenzara en serio mi investigación del caso de mis padres (caso que, pese a los continuados esfuerzos de la policía de Shanghai, ha permanecido sin resolver hasta nuestros días). He de decir, de hecho, que sigo pensando en embarcarme en tal investigación en un futuro no lejano. Me habría embarcado ya —estoy seguro— de no ser por las incesantes demandas de tiempo a que me he visto sometido en estos años.

En cualquier caso, como digo, hace unos años pasé muchas horas en el Museo Británico reuniendo material para la historia del tráfico de opio en China, los negocios de Morganbrook and Byatt y la compleja situación política de Shanghai en aquella época. En varias ocasiones, llegué incluso a escribir cartas a China en demanda de información a la que no tenía acceso en Londres. Fue así como recibí un día un desvaído y amarillento recorte del *North China Daily*, fechado tres años después de mi partida de Shanghai. Mi corresponsal me enviaba un artículo sobre los cambios en las normas comerciales de los puertos sujetos a concesión —algo que, en efecto, yo había solicitado—, pero fue la fotografía que aparecía en el reverso del suelto periodístico lo que captó inmediatamente mi atención.

Guardé aquella vieja fotografía del periódico en el cajón de mi escritorio, dentro de una caja de cigarros de metal, y de cuando en cuando la sacaba y me quedaba mirándola con fijeza. Aparecen en ella tres hombres en una frondosa avenida, de pie frente a un espléndido automóvil. Los tres son chinos. Los dos de los extremos llevan trajes occidentales y cuello duro, y sombrero de hongo y bastón. El hombre rechoncho del centro viste un traje tradicional chino: ropón oscuro y gorro, y lleva coleta. Como en la mayoría de las fotografías de periódico de aquel tiempo, el grupo está posando con cierto ademán teatral, y las tijeras de mi corresponsal han cortado del lado izquierdo quizás una cuarta parte de la instantánea. Sin embargo, en cuanto la miré por vez primera, la estampa —más precisamente, la figura central del ropón oscuro chino— constituyó para mí una fuente de excepcional interés.

En la caja de cigarros del cajón de mi escritorio conservé también, junto a esta fotografía, la carta que recibí del mismo corresponsal como un mes después, en respuesta a los nuevos interrogantes que le había planteado. En ella me informaba de que el hombre rechoncho del ropón y el gorro es Wang Ku, un caudillo que en la época de la fotografía poseía mucho poder en la provincia de Hunan, hasta el punto de contar con un variopinto ejército de casi trescientos hombres. Como la mayoría de los personajes de su clase, había perdido mucho poder desde el ascenso de Chiang Kai-shek, pero se rumoreaba que seguía vivo y bien, y que languidecía en un razonable confort en algún lugar de Nanking. En relación con mi pregunta

específica, mi corresponsal declaraba que le había sido imposible constatar si Wang Ku mantuvo o no relaciones con Morganbrook and Byatt. En su opinión, no obstante, «no existe razón alguna para suponer que en algún momento no hubiera tenido negocios con la mencionada compañía». En aquellos días, señalaba mi corresponsal, todo cargamento de opio —o de cualquier mercancía apetecible— transportado por el Yangtze a través de la provincia de Hunan, habría sido objeto del acoso de los bandidos y piratas que ejercían el terror en la región. Sólo los caudillos por cuyos territorios eran transportados los cargamentos podrían ofrecer algún tipo de protección efectiva, y una compañía como Morganbrook and Byatt, casi con toda seguridad, habría intentado de algún modo granjearse la amistad de estos caudillos. En la época de mi niñez en Shanghai, Wang Ku, dado el poder que entonces poseía, sin duda era considerado un aliado particularmente deseable. La carta de mi corresponsal terminaba pidiéndome disculpas por no poder proporcionarme detalles más concretos.

Como ya he dicho, no solicité esta información de mi corresponsal hasta unas cinco o seis semanas después de descubrir la fotografía del periódico. La razón de esta tardanza fue que —para mi fastidio—, aunque tenía la certeza de que había visto al hombre rechoncho en algún momento de mi pasado, durante largo tiempo no pude recordar ni el más mínimo detalle del contexto en que había tenido lugar tal circunstancia. El hombre, sin duda, se hallaba asociado a alguna escena embarazosa o desagradable de mi pasado, pero, al margen de ello, mi memoria se negaba a brindarme más datos. Luego, una mañana, de forma harto inesperada, caminaba yo por Kensington High Street en busca de un taxi cuando de súbito recordé el episodio.

Cuando por primera vez el hombre rechoncho llegó a nuestra casa, no le presté mucha atención. Después de todo, sólo habían transcurrido dos o tres semanas desde la desaparición de mi padre, y habían entrado y salido de la casa numerosos extraños: policías, hombres del consulado británico, empleados de Morganbrook and Byatt, damas que al entrar en el vestíbulo y ver a mi madre extendían los brazos con un grito de angustia. A éstas,

puedo recordar, mi madre siempre les respondía con una sonrisa serena y, acercándose a una de ellas, por ejemplo, evitaba deliberadamente su abrazo, y con el mayor de los aplomos le decía algo como: «Agnes, qué alegría». Acto seguido le cogía de las manos —quizás aún torpemente tendidas en el aire en ademán de abrazar a la señora de la casa— y la conducía hacia el salón.

En cualquier caso, como digo, la llegada del chino rechoncho aquel día no despertó en mí un especial interés. Recuerdo que miré desde la ventana del cuarto de juegos y le vi descender de su automóvil. Su apariencia, en aquella ocasión, era —creo— muy similar a la de la fotografía del periódico: ropón oscuro, gorro, coleta. Reparé en que el coche era grande y reluciente, y que le acompañaban dos hombres además del chófer, pero ni siquiera esto constituía nada memorable: en los días que siguieron a la desaparición de mi padre, habían visitado la casa numerosos personajes importantes. Me sorprendió vagamente, sin embargo, el modo en que tío Philip, que llevaba en la casa una buena hora, se apresuró a salir a recibirle. Intercambiaron saludos sobremanera efusivos —como si fueran amigos íntimos—, y luego tío Philip hizo pasar al hombre rechoncho al interior de nuestra casa.

No recuerdo lo que estuve haciendo durante el rato que siguió. No salí de la casa —aunque no a causa del hombre rechoncho, que, como he dicho, no me interesaba gran cosa. De hecho, cuando empecé a oír la conmoción de abajo, recuerdo que me sorprendió que el visitante aún no se hubiera marchado. Corrí hacia la ventana del cuarto de juegos y vi que su automóvil seguía en el camino de carruajes, y que los tres sirvientes que se habían quedado esperando —y que también habían oído el alboroto— se apeaban precipitadamente del coche con expresión de alarma. Entonces vi al chino rechoncho saliendo tranquilamente de la casa en dirección al coche, mientras les hacía señas a sus hombres para que no se preocuparan. El chófer le abrió la portezuela y, cuando el hombre rechoncho se disponía a montarse, apareció mi madre en la puerta principal. En realidad había sido su voz lo que antes me había hecho correr hacia la ventana. Yo había estado tratando de convencerme a mí mismo de que era la misma voz que utilizaba cuando estaba furiosa conmigo o con los criados, pero cuando su figura

apareció abajo, en la entrada, y sus palabras se hicieron claramente audibles, dejé de engañarme. Algo había en ella fuera de control, algo que yo jamás le había visto antes, y que sin embargo registré inmediatamente como algo que me vería obligado a aceptar en adelante como secuela de la desaparición de mi padre.

Estaba gritándole al hombre rechoncho de tal modo que tío Philip tuvo que intervenir para contenerla. Le decía a gritos al hombre rechoncho que era un traidor a su propia raza, que era un agente del demonio, que no necesitábamos ayuda de esa clase, y que si alguna vez se le ocurría volver a nuestra casa, «le escupiría como al sucio animal que era».

El hombre rechoncho se lo tomó con mucha calma. Hizo señas a sus hombres para que montaran en el coche, y luego, mientras el chófer daba vueltas a la manivela, sonrió a mi madre desde la ventanilla en actitud casi aprobadora, como si mi madre le estuviera dirigiendo el más gentil de los adioses. Cuando el automóvil se hubo ido, tío Philip trató de persuadir a mi madre para que volviera a entrar en casa.

Una vez en el vestíbulo, mi madre se quedó callada. Y oí que tío Philip decía:

—Pero hemos de intentar cualquier posible vía, ¿es que no lo entiendes?

Los pasos de tío Philip siguieron a los de mi madre, y se adentraron en el salón. La puerta se cerró y ya no pude oír más.

El ver a mi madre comportarse de ese modo, como es lógico, me perturbó sobremanera. Pero si gritarle a aquel visitante le había supuesto a ella cierta liberación tras todas aquellas semanas de estricta contención de sus sentimientos, yo también experimenté algo parecido. El haber presenciado su estallido me permitió, al cabo de dos o tres semanas, acabar reconociendo la naturaleza trascendental de lo que nos estaba sucediendo, y ello supuso para mí una enorme sensación de alivio.

Habré de admitir, por cierto, que no puedo afirmar con absoluta certeza que el chino rechoncho que vi aquel día en mi casa fuera el mismo hombre de la fotografía del periódico —el chino ahora identificado como el caudillo Wang Ku. Todo lo que puedo decir es que a partir del momento en que fijé los ojos por vez primera en tal fotografía, aquella cara —era la cara, y no el ropón ni el gorro ni la coleta, que por supuesto podían haber pertenecido a

cualquier caballero chino— quedó inequívocamente en mí cómo la de alguien que yo había visto en los días inmediatamente posteriores a la desaparición de mi padre. Y cuanto más le doy vueltas en la cabeza a aquel incidente concreto, más me convengo de que el hombre de la fotografía era el mismo que visitó nuestra casa aquel día. Creo que tal descubrimiento es de capital importancia, y que bien podría contribuir a arrojar alguna luz sobre el paradero actual de mis progenitores, y que incluso podría resultar vital en la investigación en la que en breve, como he dicho, pretendo embarcarme.

Hay un aspecto más en el incidente que acabo de relatar que estoy dudando si mencionar aquí, ya que no tengo la seguridad de que pueda tener alguna relación con el asunto. Tiene que ver con la actuación de tío Philip aquel día, cuando trató de contener a mi madre frente a la puerta principal de nuestra casa, y también con algo en su voz cuando, al entrar en el vestíbulo, dijo: «Pero hemos de intentar cualquier posible vía, ¿es que no lo entiendes?». No hubo nada concreto que pueda ahora reseñar, pero los niños son a veces hartos receptivos a ese tipo de detalles casi imperceptibles. Lo que capté, de todos modos, fue que en tío Philip hubo algo inequívocamente extraño aquel día. No sé exactamente por qué, pero tuve la impresión de que en aquella ocasión tío Philip no estaba «de nuestro lado»; de que la intimidad de que hizo gala con el chino rechoncho era aún mayor que la que tenía con nosotros; e incluso —aunque es probable que fuera sólo mi fantasía de chiquillo— de que él y el chino intercambiaron miradas mientras el vehículo se alejaba por el camino de carruajes. No puedo aportar nada «consistente» capaz de apuntalar tales impresiones, y es muy posible que no haga sino proyectar hacia el pasado ciertas cosas a la luz de lo que finalmente sucedió con tío Philip.

Incluso hoy me duele recordar el modo en que concluyó mi relación con él. Como probablemente he aclarado ya, con los años había llegado a ser una figura idolatrada, hasta el punto de que recuerdo que, en los primeros días que siguieron a la desaparición de mi padre, consideré la idea de que no tenía que preocuparme demasiado por la situación, ya que tío Philip siempre podría ocupar su lugar. He de admitir, con todo, que fue una idea que al cabo resultó curiosamente poco convincente, pero lo cierto es que tío

Philip fue una persona muy especial para mí, y no es por tanto extraño que aquel día bajara yo la guardia y le siguiera.

Digo «bajar la guardia» porque durante algún tiempo antes de aquel día final, yo había estado vigilando a mi madre con inquietud creciente. Incluso cuando pedía que la dejaran sola, yo seguía controlando atentamente la habitación en la que entraba, y las puertas y ventanas por las que podrían entrar otros secuestradores. Por la noche, en la cama, me quedaba despierto, atento a sus movimientos por la casa, y siempre tenía a mano mi arma: un palo con punta afilada que Akira me había regalado.

Sin embargo, cuando pienso detenidamente en ello, tengo la sensación de que, en el fondo, en aquella fase del asunto seguía sin creer realmente que mis miedos pudieran hacerse realidad. Incluso el hecho de que considerara aquel palo puntiagudo un arma lo bastante disuasoria frente a unos eventuales secuestradores —y que a veces me quedara dormido imaginando que entablaba fieros combates con docenas de intrusos que subían por las escaleras y a quienes iba abatiendo uno a uno con mi palo punzante—, prueba quizás el nivel irreal en que a la sazón seguían operando mis miedos.

A pesar de ello, no hay duda de la inquietud que sentía por la seguridad de mi madre, y de mi perplejidad ante el hecho de que los demás adultos no hubieran tomado medida alguna para protegerla. En aquellos días no me gustaba en absoluto perder de vista a mi madre, y, como digo, jamás habría bajado la guardia aquel día si se hubiera tratado de alguien que no fuera tío Philip.

Era una mañana soleada y ventosa. Recuerdo que estaba en la ventana del cuarto de juegos contemplando cómo se agitaban las hojas en el jardín delantero, sobre el camino de carruajes. Tío Philip estaba abajo con mi madre desde poco después del desayuno, y yo me había relajado un poco, en la creencia de que con tío Philip a su lado nada podía sucederle.

Hacia media mañana oí que tío Philip me llamaba. Salí al rellano y, asomado a la barandilla, vi que mi madre y él estaban de pie en el vestíbulo, con la mirada alzada, mirándome. Por primera vez en varias semanas

percibí algo jubiloso en ellos, como si acabaran de celebrar una broma divertida. La puerta principal estaba entornada y un largo haz de luz caía sesgadamente sobre el vestíbulo. Y tío Philip dijo:

—Mira, Puffin. Siempre has dicho que querías un acordeón. Bien, voy a comprarte uno. Ayer vi un modelo francés excelente en un escaparate de Hankow Road. El de la tienda no tiene ni idea de su valor. Te propongo que vayamos y lo veamos. Si te gusta, es tuyo. ¿Qué te parece la idea?

Bajé las escaleras como un rayo. Salvé de un salto los cuatro últimos escalones y me puse a dar vueltas alrededor de ellos agitando los brazos en el aire como un ave de rapiña. Al verme, mi madre se echó a reír. Me puse muy contento, porque no la había visto reír en varias semanas. De hecho, es posible que esa misma atmósfera distendida —esa sensación de que las cosas quizás empezaban a volver a su cauce— jugase un papel crucial en el hecho de que «bajase la guardia» aquella mañana. Cuando le pregunté a tío Philip cuándo íbamos a ir a la tienda, se encogió de hombros y dijo:

—¿Por qué no ahora mismo? Si dejamos pasar el tiempo, alguien podría verlo y comprarlo. Puede que incluso lo estén comprando en este mismo momento ¡Mientras estamos aquí hablando!

Eché a correr hacia la puerta y mi madre rió de nuevo. Luego me dijo que tenía que ponerme unos zapatos de calle y una chaqueta. Recuerdo que pensé en protestar, pero decidí no hacerlo por miedo a que cambiasen de opinión no sólo en lo referente al acordeón, sino también de ánimo, y dieran por terminado el momento gozoso que estábamos viviendo.

Me despedí de mi madre con la mano, despreocupadamente, mientras bajaba con tío Philip por el jardín delantero hacia la verja. A medio camino, cuando me precipitaba ya hacia el carruaje, tío Philip me agarró del hombro y dijo:

—¡Espera! ¡Dile adiós a tu madre!

Lo había hecho hacía unos instantes, pero en aquel momento no me extrañó, y, volviéndome como me había indicado, agité la mano en el aire en dirección a mi madre, cuya figura permanecía elegantemente erguida ante la puerta principal.

Durante gran parte del trayecto, el carruaje siguió la ruta que mi madre y yo solíamos tomar para ir al centro. Tío Philip estuvo callado casi todo el

tiempo, lo cual me extrañó un poco, pero nunca había estado solo con él en un carruaje y supuse que era eso lo que hacía normalmente. Cuando le señalaba algo al pasar, él me respondía en tono alegre, pero al momento siguiente volvía a mirar fija y silenciosamente hacia la calle. Dejamos los arbolados bulevares y nos adentramos en las estrechas calles atestadas, y el conductor empezó a chillar a los *rickshaws* y a los peatones que nos entorpecían el paso. Pasamos frente a la pequeña tienda de curiosidades de Nanking Road, y recuerdo que estiré el cuello para ver el escaparate de la tienda de juguetes de la esquina de Kwangse Road. Me preparaba ya para el olor a podrido del mercado de verduras al que nos íbamos acercando cuando tío Philip, de pronto, dio un brusco golpe con el bastón para que el conductor parase el carruaje.

—Desde aquí iremos a pie —me dijo. Conozco un buen atajo. No habrá tanto ruido.

Era perfectamente lógico. Sabía por experiencia que las pequeñas calles laterales de Nanking Road podían tener tal aglomeración de viandantes que coches y carruajes no podían circular durante un rato (a veces incluso durante diez minutos). Así, le dejé que me ayudara a apearme sin discutir su sugerencia. Pero fue entonces, recuerdo, cuando tuve el primer presentimiento de que algo no iba bien. Quizás fue algo en el tacto de tío Philip al tenderme la mano para ayudarme, o quizás algo en su actitud. Pero entonces me sonrió e hizo un comentario que no alcancé a oír a causa del ruido de la calle. Señaló un callejón cercano, y yo me mantuve pegado a su espalda mientras nos abríamos paso a través del bullicioso gentío. Pasamos del sol a la sombra, y en determinado instante, en medio de la gente que avanzaba a empujones, se detuvo, se volvió hacia mí, me puso una mano en el hombro y dijo:

—Christopher, ¿sabes dónde estamos? ¿Lo adivinas?

Miré a mi alrededor. Luego, apuntando hacia un arco de piedra bajo el que la multitud se agolpaba ante los puestos de verduras, respondí:

—Sí. Por allí se va a Kiukiang Road.

—Ah. Así que sabes exactamente dónde estamos... —Soltó una extraña risa. Sabes moverte perfectamente por estos barrios.

Asentí con la cabeza y esperé, y entonces empezó a ascenderme desde la boca del estómago la sensación de que estaba a punto de suceder algo pavoroso. Quizás tío Philip iba a decirme algo más —quizás lo había planeado todo de forma completamente diferente—, pero en aquel momento, mientras estábamos allí parados recibiendo empujones por todos lados, creo que vio en mi cara que el juego había terminado. Una terrible confusión nubló sus rasgos, y al cabo, de forma casi inaudible por el fragor reinante, dijo:

—Buen chico.

Volvió a cogerme del hombro y dejó que su mirada vagara de un lado a otro. Luego pareció llegar a una decisión que yo ya había previsto.

—¡Buen chico! —dijo, ahora en voz más alta y trémula por la emoción. E, instantes después, añadió—: No quería hacerte daño. ¿Lo entiendes? No quería hacerte daño.

Dicho lo cual, se dio la vuelta y desapareció entre la multitud. Hice un desanimado intento de seguirle, y al cabo vi cómo su chaqueta blanca se alejaba con rapidez a través del gentío. Segundos después había pasado bajo el arco y desaparecido de mi vista.

Durante los minutos que siguieron seguí allí de pie, en medio del hervidero humano, tratando de no buscar la lógica de lo que acababa de ocurrir. Luego, de súbito, eché a andar en dirección al punto de cual habíamos partido, a la calle donde habíamos dejado el carruaje. Abandonando todo sentido del decoro, me abrí paso como pude entre la multitud, unas veces con violentos empujones y otras deslizándome por pequeñas brechas entre la gente, de forma que ésta reía o lanzaba airados gritos a mi espalda. Llegué a la calle que buscaba y, como es lógico, vi que el carruaje se había ido. Por espacio de unos confusos segundos me quedé quieto en medio de la calle, tratando de hacerme un mapa mental de cómo volver a casa. Y empecé a correr tan rápido como me lo permitieron las piernas.

Corrí Kiukiang Road abajo, crucé el desigual empedrado de Yunnan Road, me abrí paso a empellones a través de Nanking Road. Cuando por fin llegué a Bubbling Well Road, había perdido el resuello casi por completo,

pero me animó el hecho de que ahora sólo me quedaba por recorrer esa larga calle recta y relativamente despejada.

Quizás porque era consciente de la naturaleza enormemente privada de mis miedos —o quizás ya se estaba operando en mi interior un profundo cambio de actitud—, ni por un momento se me ocurrió pedir ayuda a ninguno de los adultos con quienes me cruzaba, o tratar de parar algún carruaje o automóvil. Enfilé a la carrera aquella larga vía pública, y aunque pronto empecé a jadear patéticamente, aunque sabía que mi atropellada carrera habría de parecerle atroz a cualquiera que me viera, aunque el calor y el agotamiento me hacían aminorar el paso hasta reducirlo a un simple caminar cansino, creo que no me detuve en ningún momento. Por fin dejé atrás la residencia del cónsul norteamericano, y luego la mansión de los Robertson. Dejé Bubbling Well Road y entré en nuestra calle, y tras torcer una curva final enfilé el trecho que me separaba de la verja.

En cuanto entré por ella supe —pese a no detectar signos externos que pudieran sugerirlo— que era demasiado tarde, que todo se había consumado hacía tiempo. La puerta principal estaba cerrada con llave. Corrí a la puerta de atrás y la encontré abierta, y atravesé la casa gritando (extrañamente no llamaba a mi madre, sino a Mei Li, tal vez porque ni siquiera entonces quería reconocer lo que hubiera supuesto en mí gritar llamando a mi madre).

La casa parecía vacía. Al poco, estaba yo de pie en el vestíbulo, desconcertado, cuando oí una especie de risita. Venía de la biblioteca. Me di la vuelta y fui hacia ella y, a través de la puerta entreabierta, vi a Mei Li sentada en mi mesa de trabajo. Estaba muy erguida, y al verme aparecer en el umbral me miró y soltó otra especie de risita, como si celebrara un chiste en *petit comité* y tratara de reprimir la risa. Caí en la cuenta de que Mei Li estaba llorando, y supe —lo había sabido durante toda mi agotadora carrera hasta la casa— que mi madre ya no estaba. Y una fría furia se agolpó en mi interior contra Mei Li, que pese al miedo y el respeto que me había inspirado a lo largo de los años, no era —me daba cuenta ahora— sino una impostora: alguien totalmente incapaz de controlar aquel mundo desconcertante que se estaba manifestando a mi alrededor; una pequeña y patética mujer cuya entidad a mis ojos se había levantado enteramente sobre

falsos atributos, un ser que nada contaba cuando las grandes fuerzas entraban en conflicto y batallaban. Me quedé en el umbral y la miré fijamente con el mayor de los desdenes.

Es tarde —ha pasado más de una hora desde que he escrito esa última frase—, y sin embargo aquí estoy, inmóvil ante mi escritorio. Supongo que he estado dándole vueltas a estos recuerdos, algunos de los cuales llevaban muchos años sin aflorar a mi conciencia. Pero también he estado mirando hacia adelante, hacia el día en que finalmente retorne a Shanghai; hacia todo lo que Akira y yo haremos juntos entonces. La ciudad habrá experimentado muchos cambios, por supuesto. Pero sé que Akira arderá en deseos de llevarme de un sitio a otro de la urbe, haciendo alarde de su gran conocimiento de sus más íntimos rincones. Sabrá los mejores sitios para almorzar, para beber, para pasear; los mejores establecimientos adonde ir después de un duro día de trabajo, para sentarnos y charlar hasta altas horas de la noche, contándonos mutuamente todo lo que nos ha pasado desde la última vez que nos vimos.

Pero ahora debo dormir. Tengo mucho que hacer mañana por la mañana, y debo recuperar el tiempo perdido esta tarde recorriendo Londres con Sarah en el piso de arriba de ese autobús.

Tercera parte

Londres, 12 de abril de 1937

Ayer, cuando la jovencita Jennifer volvió de su salida de compras con la señorita Givens, ya no había apenas luz en mi estudio. Esta casa alta y estrecha, comprada con la herencia que recibí a la muerte de mi tía, da a una plaza que, si bien moderadamente famosa, recibe menos sol que las de los alrededores. Estuve mirando a Jennifer desde la ventana del estudio: abajo en la plaza, iban y venían con las bolsas de las compras y las dejaban contra las rejas de la verja, mientras la señorita Givens buscaba en el bolso para pagar el taxi. Cuando por fin entraron, oí cómo discutían, y aunque las saludé con un grito desde el descansillo, decidí no bajar a verlas. Su discusión parecía trivial —algo acerca de lo que habían comprado o dejado de comprar—, pero en aquel momento yo seguía entusiasmado por la carta que había recibido aquella mañana, y por las conclusiones a las que había llegado al leerla, y no quería arruinar mi ánimo de triunfo.

Cuando por fin bajé, hacía rato que habían dejado la disputa, y encontré a Jennifer yendo de un lado a otro de la sala con una venda en los ojos y los brazos extendidos hacia el frente.

—Hola, Jenny —dije, como si no hubiera notado en ella nada fuera de lo corriente. ¿Has comprado todo lo que necesitas para el trimestre que viene?

Se acercaba peligrosamente a la vitrina, pero resistí la tentación de advertirle que no siguiera adelante. Se detuvo justo a tiempo, palpó el mueble y soltó una risita.

—¡Oh, tío Christopher! ¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Decirte qué?

—Que iba a darme contra la vitrina. ¡Me he quedado ciega! ¿Es que no lo ves? ¡Estoy ciega! ¡Mira!

—Ah, sí. Ya veo.

La dejé andando a tientas entre el mobiliario y fui a la cocina, donde la señorita Givens vaciaba una bolsa encima de la mesa. Me saludó cortésmente, pero cerciorándose de que me percataba de que dirigía su mirada hacia los restos de mi almuerzo, que seguían tal como los había dejado al otro extremo de la mesa. Desde la marcha de Polly, la criada, la semana anterior, la señorita Givens no había hecho el menor caso a mis reiteradas sugerencias de que tuviera la amabilidad de ocuparse temporalmente de las tareas de la casa.

—Señorita Givens —dije—, hay algo lo que debo hablarle. —Luego, mirando por encima del hombro y bajando la voz, añadí—: Algo de la mayor importancia para Jenny.

—Claro, claro, señor Banks.

—De hecho, señorita Givens, me pregunto si le importaría que fuéramos al invernadero. Como digo, es un asunto de suma importancia.

Pero justo en ese momento llegó un fuerte ruido de la sala. La señorita Givens, rozándome al pasar, gritó desde la puerta:

—¡Déjalo ya, Jennifer! ¡Te he dicho lo que iba a pasar!

—Pero es que estoy ciega —le oí decir a Jenny. No he podido evitarlo.

La señorita Givens, recordando que le estaba hablando, pareció atrapada entre dos impulsos. Pero al final volvió sobre sus pasos y me dijo en voz baja:

—Disculpe, señor Banks. ¿Qué me estaba diciendo?

—Verá, señorita Givens, creo que podremos hablar más libremente esta noche, cuando Jenny se haya ido a la cama.

—Muy bien, señor Banks. Volveré y le veré entonces.

Si la señorita Givens tenía algún barrunto de lo que quería hablarle, no dio muestras de ello en aquel momento. Me dirigió una de sus herméticas sonrisas y pasó a la sala a ocuparse de Jenny.

Han pasado ya casi tres años desde que por primera vez tuve noticia de la existencia de Jennifer. Había sido invitado a una cena por mi viejo compañero de colegio James Osbourne, a quien no veía desde hacía tiempo.

A la sazón seguía viviendo en Gloucester Road, y aquella noche, en su casa, conocí a la joven que habría de convertirse en su esposa. Entre los invitados a aquella cena estaba lady Beaton, viuda del célebre filántropo. Tal vez porque los invitados eran para mí unos perfectos extraños —se pasaron gran parte de la noche contando chistes sobre gente que yo no conocía en absoluto—, di en charlar largo rato con lady Beaton, hasta el punto de que hubo momentos en que temí coartar su libertad para conversar con otra gente. En cualquier caso, fue justo después de que sirvieran la sopa cuando la dama empezó a hablarme sobre un triste caso del que había tenido conocimiento en su calidad de tesorera de una institución benéfica relacionada con los huérfanos. Dos años antes, una pareja se había ahogado en un accidente marítimo en Cornwall, y su única hija, que ahora tenía diez años, vivía en Canadá con una abuela. Ésta era ya muy anciana, y su salud harto precaria, y raras veces salía o recibía invitados.

—Cuando estuve en Toronto el mes pasado —me contó lady Beaton—, decidí visitarlas yo misma. La pobre criatura está desconsolada: echa enormemente de menos Inglaterra. En cuanto a su abuela, apenas puede cuidarse de sí misma, así que para qué hablar de ocuparse de una jovencita...

—¿Va a poder ayudarla la institución a la que usted pertenece?

—Haré lo que esté en mi mano por ella. Pero tenemos tantos casos, ¿comprende? Y, en rigor, el suyo no es un caso prioritario. Al fin y al cabo, tiene un techo bajo el que guarecerse, y sus padres le han dejado medios de subsistencia suficientes. Lo importante en este tipo de trabajo es no implicarse demasiado personalmente. Pero, después de haberla conocido, no he podido evitar hacerlo. Es una niña rebosante de vida. Mucho más de lo habitual, a pesar de ser tan infeliz en estos momentos.

Puede que me contara algunas cosas más acerca de Jennifer en el curso de la cena. Recuerdo que la escuché cortésmente, aunque sin hablar demasiado. Fue sólo mucho después, en el vestíbulo, mientras los invitados se despedían y Osbourne nos rogaba a todos que nos quedáramos un rato más, cuando me decidí a llevar aparte a lady Beaton.

—Espero que no juzgue inapropiado lo que voy a decirle —dije—, pero esa niña de la que me ha hablado antes, Jennifer... Me gustaría hacer algo

por ella. De hecho, lady Beaton, incluso estaría dispuesto a tomarla bajo mi cuidado.

Quizás no debería reprocharle el hecho de que su primera reacción fuera retroceder con una expresión de recelo en el semblante. (Al menos eso es lo que me pareció que hizo). Pero al final dijo:

—Eso le honra, señor Banks. Si procede, me pondré en contacto con usted para tratar el asunto.

—Hablo en serio, lady Beaton. Recientemente he recibido una herencia, de forma que estoy en situación de proveer a sus necesidades.

—Estoy seguro de ello, señor Banks. Bien, hablaremos de ello más adelante.

Dando por terminada la conversación, se volvió hacia otros invitados y participó de buena gana en el bullicio de las despedidas.

Pero lady Beaton, en efecto, se puso en contacto conmigo menos de una semana después. Posiblemente hizo indagaciones sobre mi persona, o quizás se limitó a pensar detenidamente en el asunto. En cualquier caso, su actitud había cambiado por completo. Tanto cuando almorzamos juntos en el Café Royal como en las posteriores reuniones que tuvimos, no pudo ser más cálida conmigo, y Jennifer llegó a mi nueva casa justo cuatro meses después de la cena en el apartamento de Osbourne.

Venía acompañada de una niñera canadiense, la señorita Hunter, que regresó a su país una semana más tarde, después de besarla alegremente en la mejilla y de recordarle que escribiera a su abuela. Jennifer consideró con sumo cuidado su elección entre los tres dormitorios que le propuse, y se decidió por el más pequeño, porque, según explicó, la repisa de madera que iba de lado a lado de la pared le venía de perlas para su «colección». Ésta —no tardaría en saber— constaba de una serie de conchas, hojas, frutos secos, guijarros y algunas cosas más de este orden cuidadosamente seleccionadas que había ido reuniendo a lo largo de los años. Colocó su «colección» con sumo esmero sobre la repisa, y un buen día me llamó para que le echase una ojeada.

—A cada una le he puesto un nombre —me explicó. Me doy perfecta cuenta de que es una cosa tonta, pero les tengo tanto cariño... Un día, tío Christopher, cuando no esté tan ocupada, te contaré la historia de cada una

de ellas. Por favor, dile a Polly que tenga mucho, mucho cuidado cuando limpie la repisa.

Lady Beaton vino a ayudarme a entrevistar a las candidatas a niñera de Jennifer, pero fue la propia Jenny, escuchando a escondidas desde la habitación contigua, quien influyó decisivamente en la elección. En cuanto se marchaba la candidata, se presentaba ante nosotros a dictar su veredicto, condenatorio la mayoría de los casos. «Un completo horror», dijo de una mujer. «Es una tontería lo de que el último niño se le muriera de una neumonía. Está claro que lo envenenó ella misma». De otra dijo: «No nos conviene en absoluto. Demasiado nerviosa».

Durante la entrevista, la señorita Givens me pareció anodina y fría, pero por alguna razón que se me escapa se ganó la inmediata aprobación de Jennifer, y, la verdad sea dicha, en los dos años y medio que lleva con nosotros ha respondido con creces a la fe que Jenny depositó en ella.

Casi todo el mundo a quien presentaba a Jenny solía comentar lo dueña de sí misma que se mostraba la niña pese a haber vivido la tragedia de la muerte de sus padres. Poseía, ciertamente, una actitud enormemente serena ante la vida, y en especial la facultad de minimizar reveses que a otras niñas de su edad les habrían hecho deshacerse en llanto. Buen ejemplo de ello fue su reacción ante lo que sucedió con su baúl.

Durante las semanas que siguieron a su llegada mencionó repetidamente el baúl que habría que llevarle en barco desde Canadá. Recuerdo, por ejemplo, que una vez me describió con cierto detalle un tiovivo de madera que alguien le había hecho y que llegaría en el baúl. En otra ocasión, cuando le alabé un vestido que ella y la señorita Givens habían comprado en Selfridge's, me miró solemnemente y dijo:

—Y tengo una cinta para el pelo que le va *a la perfección*. Viene en mi baúl.

Pero un día recibí una carta de la compañía naviera en la que me pedían disculpas por la pérdida del baúl de Jenny en alta mar, y me ofrecían una indemnización. Cuando se lo conté, Jenny se limitó a quedarse con la mirada fija en ninguna parte. Luego soltó una breve risa y dijo:

—Bien, en tal caso, la señorita Givens y yo tendremos que salir a hacer *montones y montones* de compras.

Cuando al cabo de dos o tres días seguía sin mostrar signo alguno de pesar por su pérdida, creí conveniente tener una pequeña charla con ella, y una mañana, después del desayuno, al verla yendo de un sitio para otro del jardín, salí a reunirme con ella.

Era una mañana fresca y soleada. Mi jardín no es grande, ni siquiera según criterios urbanos —un rectángulo de verde, visible para varios de nuestros vecinos—, pero está bien cuidado y tiene, pese a todo, un aire de santuario. Cuando puse el pie en el césped, Jennifer estaba dando vueltas por el jardín con un caballo de juguete en la mano, «paseándolo» ensoñadoramente por encima de setos y arbustos. Recuerdo que pensé que el caballo podía deteriorarse con el rocío, y estuve a punto de decírselo. Pero cuando me acerqué a ella me limité a decir:

—Qué mala suerte con lo de tus cosas. Te lo has tomado maravillosamente, pero ha debido de ser un duro golpe para ti.

—Oh... —Siguió paseando el caballo despreocupadamente. *Ha sido* un fastidio. Pero podré comprar otras cosas con el dinero de la indemnización. La señorita Givens dijo que podíamos ir de compras el martes.

—Ya, pero aun así. Creo que eres terriblemente valiente. Pero no es necesario que hagas como que no te importa, ya sabes a lo me refiero. Si quieres bajar un poco la guardia, pues lo haces y ya está. No voy a decírselo a nadie y estoy seguro de que la señorita Givens tampoco.

—Muy bien. Pero no estoy disgustada. Al fin y al cabo, no eran más que *cosas*. Cuando has perdido a tu madre y a tu padre, no puedes preocuparte demasiado por las *cosas*, ¿no te parece?

Soltó su risita característica.

Fue una de las pocas veces que le oí mencionar a sus padres. Me reí también, y dije:

—No, supongo que no.

Y eché a andar hacia la casa. Pero al poco me volví hacia ella de nuevo, y dije:

—¿Sabes, Jennifer? No estoy seguro de que sea cierto lo que dices. Puedes decírselo a la gente, y te creerán. Pero, ya ves, yo sé que no es verdad. Cuando vine de Shanghai, las cosas que traía en *mi* baúl eran muy importantes para mí. Y siguen siéndolo.

—¿Me las vas a enseñar?

—¿Enseñártelas? Bueno, la mayoría de ellas no significarán nada para ti.

—Pero me encantan las cosas chinas. Me gustaría verlas.

—La mayoría ni siquiera son propiamente chinas —dije. Bien, lo que estoy tratando de decirte es que, para mí, mi baúl era muy especial. Si lo hubiera perdido me habría llevado un gran disgusto.

Jenny se encogió de hombros y se pegó el caballo a la mejilla.

—Estuve disgustada. Pero ya no lo estoy. En la vida hay que mirar hacia adelante.

—Sí. Quien te haya dicho eso tenía toda la razón, en cierto modo. De acuerdo, como quieras. Olvida tu baúl, de momento. Pero recuerda... —
Callé: había perdido el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué?

—Oh, nada. Acuérdate de que si quieres contarme algo, o algo te preocupa..., siempre estaré aquí.

—De acuerdo —dijo alegremente.

Mientras volvía hacia la casa miré hacia atrás y vi que seguía dando vueltas por el jardín, haciendo que su caballito describiera ensoñadores arcos en el aire.

Estas promesas a Jennifer no se las hacía a la ligera. En aquel momento tenía la intención cabal de cumplirlas, y mi cariño por Jenny no hizo más que acrecentarse en los días que siguieron. Y sin embargo aquí estoy hoy, planeando dejarla; por cuánto tiempo, aún no lo sé. Es posible, claro está, que no esté haciendo sino exagerar su dependencia de mí. Si todo va bien, además, podría estar de vuelta en Londres antes de las próximas vacaciones escolares, y ella apenas notaría mi ausencia. Y, sin embargo, me veo obligado a admitir —tal como tuve que admitírselo a la señorita Givens cuando me lo preguntó sin rodeos anoche— que tal vez haya de permanecer fuera mucho más tiempo. Es esta misma indeterminación temporal lo que traiciona mis prioridades, y no me cabe ninguna duda de que Jennifer sacará

muy pronto sus propias conclusiones. Sea cual sea la dosis de valentía que ponga en el asunto, sé que tomará mi decisión como una especie de traición.

No es fácil explicar cómo las cosas han llegado a este punto. Lo que puedo decir es que todo empezó unos cuantos años atrás —mucho antes de la llegada de Jennifer—, en forma de una vaga sensación que de vez en cuando me embargaba; la sensación de que alguien (no sabría decir quién) desaprobaba lo que yo hacía, y que sólo a duras penas conseguía ocultarlo. Curiosamente, tales momentos solían sobrevenirme en compañía de quienes yo más podía esperar que aprobaran mis logros profesionales. Cuando hablaba con algún estadista en una cena, por ejemplo, o con un inspector de policía, o incluso con un cliente, me sentía súbitamente sorprendido por la frialdad de un apretón de manos, por un comentario cortante en medio de las cortesías, por una educada distancia cuando yo quizás esperaba una gratitud efusiva. Al principio, cuando me ocurrían estas cosas, buscaba en mi memoria alguna ofensa que acaso inadvertidamente había yo causado a esa persona concreta; pero luego me veía obligado a concluir que tales reacciones tenían que ver con algún aspecto más general de la percepción de la gente respecto de mi persona.

Dado el carácter «nebuloso» de lo que estoy hablando, no es fácil recordar ejemplos que puedan ilustrarlo claramente. Pero supongo que como botón de muestra serviría la extraña conversación que el otoño pasado tuve con el inspector de policía de Exeter en aquel sombrío sendero de las afueras del pueblo de Coring, en Somerset.

Era uno de los crímenes más descorazonadores que he investigado en mi vida. No llegué al pueblo hasta cuatro días después de que los cuerpos de los niños fueran descubiertos en el sendero, y la lluvia constante había convertido en una corriente embarrada la zanja donde yacían, por lo que no resultaba en absoluto fácil la detección de pruebas. No obstante, para cuando oí los pasos del inspector a mi espalda, me había hecho ya una clara idea de lo que había sucedido.

—Un caso inquietante por demás —le dije cuando lo vi a mi lado.

—Me ha producido náuseas, señor Banks —dijo el inspector. Auténticas náuseas.

Yo estaba agachado examinando el seto, pero me puse de pie y nos quedamos frente a frente bajo la tenaz llovizna. Luego, el inspector dijo:

—¿Sabe, señor? En este momento desearía con toda el alma haber sido carpintero. Es lo que mi padre quería que fuera. Se lo digo de verdad, señor. Hoy, después de esto, es lo que me gustaría ser.

—Estoy de acuerdo: es horrible. Pero no debemos dejarlo así. Hemos de hacer que prevalezca la justicia.

Sacudió la cabeza con tristeza. Y luego dijo:

—He venido para preguntarle, señor, si se ha hecho ya una idea del caso. Porque verá... —Alzó la mirada hacia las goteantes copas de los árboles, y prosiguió con esfuerzo—: Verá: mis investigaciones me llevan a una conclusión cierta. Una conclusión que en cierto modo me resisto a admitir.

Lo miré con gravedad y asentí con la cabeza.

—Me temo que su conclusión es la correcta —dije en tono solemne. Hace cuatro días nos pareció el crimen más horrible que uno pueda imaginar. Pero ahora tenemos la impresión de que la verdad es aún más pavorosa.

—¿Cómo es posible, señor? —Se había puesto muy pálido—. ¿Cómo puede ser posible algo como esto? Ni siquiera después de tantos años puedo comprender tal...

Se quedó callado, y se apartó unos pasos.

—Por desgracia, no veo otra posibilidad —dije en voz baja. Es horrible. Es como si estuviéramos mirando a lo más hondo de las tinieblas.

—Algún loco que pasara por aquí... Algo así podría haberlo aceptado. Pero esto... Me resisto a creerlo.

—Me temo que ha de hacerlo —dije. Debemos aceptarlo. Porque es eso lo que sucedió.

—¿Está seguro de ello, señor?

—Estoy seguro.

Miraba a través de los campos hacia la hilera de casitas a lo lejos.

—Entiendo perfectamente —dije— que en ocasiones como ésta uno se sienta desalentado por completo. Pero, si me permite decirlo, está bien que no siguiera el consejo de su padre. Porque hombres de su valía, inspector, se

dan raras veces. Y aquellos de nosotros cuyo deber es combatir el mal, somos... ¿Cómo podría decirlo? Somos como el cordel que mantiene juntas las tablillas de una persiana de madera. Si no logramos mantener el tipo, todo se viene abajo. Es muy importante, inspector, que usted continúe con su trabajo.

Permaneció callado unos segundos. Luego, cuando volvió a hablar, me quedé desconcertado ante la dureza de su voz.

—No soy más que una persona insignificante, señor. Así que seguiré aquí y haré lo que pueda. Me quedaré aquí y haré lo que esté en mi mano para combatir a la serpiente. Pero es una bestia con muchas cabezas. Si le cortas una, le crecen tres más. Así es como yo lo veo, señor. Todo está peor. Es cada día peor. Lo que ha sucedido aquí, esos pobres niños... —Se volvió hacia mí y pude ver la furia en su semblante. Soy un hombre insignificante. Si fuese más importante —y aquí, no me cabe la menor duda, me miró a los ojos acusadoramente—, si fuese un hombre de más talla, le aseguro, señor, que no lo dudaría un instante. Iría a por su corazón.

—¿Su corazón?

—El corazón de la serpiente. Iría directamente a por él. ¿Por qué perder un tiempo precioso combatiendo sus muchas cabezas? Iría hoy mismo al punto donde la serpiente tiene el corazón y le daría muerte de una vez por todas. Antes..., antes de que...

Pareció quedarse sin palabras y se quedó allí quieto, mirándome con ira. No recuerdo exactamente lo que le respondí. Probablemente murmuré algo como:

—Sería algo muy loable de su parte.

Y me alejé de él.

Luego está el incidente del verano pasado, cuando visité la Royal Geographical Society para oír la conferencia de H. L. Mortimer. Era un atardecer muy cálido. El auditorio de alrededor de un centenar de personas estaba integrado por personajes de todos los campos y disciplinas. Especialmente invitados. Reconocí, entre otros, a un lord liberal y a un famoso historiador de Oxford. El profesor Mortimer habló poco más de una

hora, mientras la sala se caldeaba más y más e iba cargándose el ambiente. La conferencia, titulada «¿Supone el nazismo una amenaza para el cristianismo?», era en realidad una vehemente exposición de la teoría de que el sufragio universal había debilitado gravemente el papel de Gran Bretaña en la escena internacional. Cuando, finalizada la disertación, se pasó al turno de preguntas, se inició en la sala un fuerte debate no ya sobre las ideas del profesor Mortimer, sino sobre la entrada de las tropas alemanas en Renania. Se oyeron apasionadas voces tanto aprobadoras como condenatorias de la acción alemana, pero aquella noche yo me sentía exhausto después de semanas de intenso trabajo y no me esforcé demasiado por seguir la controversia.

Al término de la conferencia fuimos invitados a pasar a una sala contigua, donde se nos ofreció un pequeño refrigerio. El recinto no era lo bastante grande, y cuando yo entré —y no fui ciertamente de los últimos en hacerlo— los asistentes se hallaban incómodamente apiñados unos contra otros. Conservo de aquella velada la imagen de unas mujeres grandes, con delantal, que se abrían paso ferozmente entre la gente con bandejas de jerez, y de unos profesores con aspecto de pájaros que charlaban en parejas, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás para mantener una distancia de interlocución civilizada. Me resultaba imposible permanecer más tiempo en aquel medio humano, así que me abrí paso hacia la salida cuando sentí una palmadita en el hombro. Me volví y me vi frente a un sonriente Canon Moorly, un clérigo que me había sido de inestimable ayuda en un caso reciente, y no me cupo más remedio que detenerme a saludarle.

—Qué velada más fascinante —dijo. Me ha dado mucho que pensar.

—Sí, muy interesante.

—Pero debo decir, señor Banks, que cuando le he visto entre el auditorio he esperado con impaciencia que tomara usted la palabra.

—Me temo que esta noche estoy muy cansado. Además, prácticamente todo el mundo parecía saber mucho más que yo sobre el asunto que se estaba debatiendo.

—Oh, tonterías, tonterías... —Se echó a reír y me dio unos golpecitos en el pecho. Luego se inclinó hacia mí (quizás alguien situado a su espalda le había empujado) y su cara quedó a apenas unos centímetros de la mía, y

dijo—: Para ser completamente sincero, me ha sorprendido un poco que no se sintiera impelido a intervenir. Toda esa palabrería sobre la crisis en Europa. Dice usted que estaba cansado; tal vez estaba siendo cortés. En fin, me ha sorprendido que no aprovechara usted la oportunidad.

—¿Aprovechar la oportunidad?

—Lo que quiero decir, permíteme, es que es completamente natural para algunos de estos caballeros considerar a Europa el centro de la vorágine actual. Pero usted, señor Banks... *Usted*, por supuesto, sabe la verdad. Usted sabe que el verdadero núcleo de nuestra presente crisis está en otro lugar harto distante.

Le miré detenidamente, y al cabo dije:

—Lo siento, señor, pero no estoy muy seguro de adonde quiere usted llegar.

—Oh, vamos... —dijo, sonriéndome con complicidad. Precisamente usted...

—Créame, señor: no tengo la menor idea de por qué debería yo poseer un especial conocimiento sobre estos temas. Ciertamente he investigado muchos crímenes a lo largo de los años, y quizás he llegado a hacerme una idea general de cómo se manifiestan ciertas formas del mal. Pero en lo relativo a cómo podría mantenerse el equilibrio de poderes, a cómo podríamos contener el violento conflicto de las distintas aspiraciones en Europa, y a temas similares..., me temo que carezco de una teoría que pueda considerarse tal.

—¿No tiene una teoría? Tal vez no. —Canon Moorly me seguía sonriendo. Pero tiene, digamos, una relación especial con lo que es en verdad la fuente de todas nuestras inquietudes actuales. ¡Oh, vamos, mi querido amigo! ¡Sabe perfectamente a qué me estoy refiriendo! Sabe mejor que nadie que el ojo del huracán no se halla en absoluto en Europa, sino en Extremo Oriente. En Shanghai, para ser exactos.

—Shanghai —dije sin convicción. Sí, supongo... Supongo que existen ciertos problemas en esa ciudad.

—Verdaderos problemas. Y se ha permitido que lo que un día fue un problema local haya crecido hasta encontrarse. Con los años ha propagado su

veneno por el mundo e infectado nuestra civilización. Pero no tengo que recordarle esto *precisamente* a usted.

—Creo que comprenderá, señor —dije, ya sin tratar de ocultar mi irritación—, que a lo largo de los años he trabajado duro para detener la propagación del crimen y el mal allí donde hayan podido manifestarse. Pero, por supuesto, sólo he sido capaz de hacerlo dentro de mi limitada esfera personal. En cuanto a lo que ocurre en esos remotos lugares, le aseguro, señor, que difícilmente puede usted esperar de mí que...

—¡Oh, vamos! ¿De veras?

Puede que hubiera acabado perdiendo la paciencia, pero en ese preciso instante otro clérigo se acercó a nosotros abriéndose paso entre la maraña humana con intención de saludar a Canon Moorly. Éste hizo las presentaciones, pero yo me apresuré a aprovechar la ocasión para escabullirme.

Hubo otros muchos incidentes similares que, si bien no tan abiertamente manifiestos, al cabo de cierto tiempo llegaron a empujarme decididamente en una dirección determinada. Y luego está, por supuesto, el encuentro con Sarah Hemmings en la boda de los Draycoat.

Ya ha pasado más de un año. Estaba sentado cerca del fondo de la iglesia — no se esperaba a la novia hasta unos minutos más tarde— cuando al otro lado de la nave vi entrar a Sarah acompañada de sir Cecil Medhurst. Ciertamente sir Cecil no parecía apreciablemente más viejo que la última vez que lo había visto en el banquete ofrecido en su honor por la Fundación Meredith. Pero las numerosas crónicas que hablaban de su extraordinario rejuvenecimiento a raíz de su matrimonio con Sarah se me antojaron una crasa exageración. Parecía bastante feliz, con todo, al ir saludando jovialmente a la gente que conocía.

No hablé con Sarah hasta el final de la ceremonia. Me paseaba por los jardines de la iglesia entre grupos de invitados que charlaban animadamente, y me había detenido para admirar un bello arriate cuando de pronto apareció a mi lado.

—Oye, Christopher —dijo—, eres prácticamente el único de los aquí presentes que no me ha felicitado por mi sombrero. Me lo ha hecho Celia Matheson.

—Es magnífico. Realmente impresionante. ¿Cómo estás?

Era la primera vez que hablábamos en bastante tiempo, y creo que charlamos cortésmente durante un rato mientras paseábamos despacio bordeando los numerosos grupos de invitados. Luego, cuando volvimos a quedarnos parados, le pregunté:

—¿Y sir Cecil está bien? Parece estar en forma.

—Oh, está estupendamente bien. Christopher, dime la verdad: ¿la gente se quedó horrorizaba cuando me casé con él?

—¿Horrorizada? Oh, no, no. ¿Por qué habría de horrorizarse?

—Me refiero a..., bueno, a que es mucho más viejo que yo. A nadie se le ocurriría decírnoslo a *nosotros*, lo sé. Pero tú puedes decírmelo. A la gente le horrorizó, ¿no es cierto?

—A la gente, que yo sepa, le encantó. Le sorprendió bastante, eso sí. Fue tan repentino. Pero no, creo que a todo el mundo le encantó esa boda.

—Está bien. Ello prueba lo que me temía. Que no vieron en mí más que a una «doncella» de cierta edad. Por eso no se quedaron horrorizados. Unos cuantos años antes les habría puesto los pelos de punta.

—De veras, yo...

Sarah se echó a reír ante mi incomodidad, y me tocó el brazo.

—Eres tan encantador, Christopher. No te preocupes. No te preocupes en absoluto. —Luego añadió—: Puedes venir a visitarnos, ya lo sabes. Cecil se acuerda perfectamente de cuando te conoció en aquel banquete. Le encantaría volver a verte.

—A mí también me encantaría volver a verle.

—Oh, pero ahora puede que sea demasiado tarde... Nos vamos de viaje, ¿sabes? Partimos para Extremo Oriente dentro de ocho días.

—¿Sí? ¿Y vais a estar mucho tiempo fuera?

—Puede que meses. Incluso años. Pero tienes que venir a vernos cuando volvamos.

Me temo que ante tal noticia me faltaron un poco las palabras. Pero justo en aquel momento los novios aparecieron caminando sobre el césped, y Sarah dijo:

—¿No hacen una espléndida pareja? Están tan hechos el uno para el otro... —Se quedó mirándoles ensoñadoramente unos instantes, y luego dijo—: Acabo de preguntarles qué esperaban del futuro. Y Alison me ha dicho que lo único que quieren es una pequeña casa de campo en Dorset, de la que no tendrán ninguna necesidad de salir en muchos años. Hasta que críen a su prole, sus cabellos empiecen a ponerse grises y tengan la cara llena de arrugas. ¿No te parece maravilloso? También yo se lo deseo. Y es tan maravillosa la forma en que llegaron a conocerse, absolutamente por azar...

Siguió mirándoles como hipnotizada. Al final salió de su trance, y creo que pasamos unos cuantos minutos intercambiando nuevas de amigos

comunes. Luego se nos acercaron otros invitados, y al cabo de un rato me separé de ellos.

Habría de encontrarme con Sarah una vez más, horas más tarde, en el hotel campestre con vistas a los South Downs donde tuvo lugar el banquete. Se acercaba el final de la tarde, y el sol estaba bajo en el cielo. Para entonces se había consumido ya una gran cantidad de alcohol, y recuerdo que me paseaba yo por el hotel entre grupos de invitados despeinados, diseminados por sofás, apoyados precariamente contra huecos y hornacinas, hasta que al salir a una terraza azotada por el viento vi a Sarah apoyada contra la balaustrada contemplando los jardines. Me encaminaba hacia ella cuando oí una voz a mi espalda, y vi que un hombre robusto y rubicundo corría por la terraza en dirección a mí. Me cogió del brazo y se quedó allí quieto, recuperando el resuello, mirándome a la cara con expresión grave. Y luego dijo:

—Verá: le he estado mirando. He visto lo que ha pasado, y también he estado observando lo que esa gente estaba haciendo. Es lamentable, y, como hermano del novio, quiero pedirle disculpas también a usted. Esos brutos borrachos; no sé quiénes son. Lo siento, amigo; debe de haber sido terriblemente molesto para usted.

—Oh, no se preocupe, por favor —dije riendo. No estoy ofendido en absoluto. Han bebido un poco y se están divirtiendo.

—Ha sido un comportamiento bárbaro. Usted es un invitado, como ellos, y si no pueden comportarse civilizadamente tendrán que irse.

—Creo que usted se lo ha tomado demasiado a pecho. No han querido ser ofensivos. En cualquier caso, yo no me he ofendido. Hay que saber soportar una pequeña broma de vez en cuando.

—Pero llevan haciéndolas toda la tarde. Les he estado viendo antes, incluso en la iglesia. Y ésta es la boda de mi hermano. No voy a tolerar comportamientos de ese tipo. Es más, voy a cortar por lo sano ahora mismo. Venga conmigo, amigo. Veremos si le siguen pareciendo tan graciosos.

—No, espere. No lo entiende. La broma me ha divertido tanto como a ellos.

—¡Pero no voy a tolerarlo! Hoy día se dan demasiadas cosas de este tipo. Y cada día se van más de rositas, pero hoy no va a ser así. No en la

boda de mi hermano. Venga, venga conmigo.

Me tiraba del brazo, y vi que el sudor le perlaba la cara. No estoy seguro de lo que habría hecho yo a continuación, pero justo en aquel momento se acercó Sarah con un cóctel en la mano y le dijo al hombre rubicundo:

—Oh, Roderick, te lo estás tomando muy mal. Esa gente es amiga de Christopher. Además, Christopher es la persona a la que menos se necesita proteger.

El hombre rubicundo nos miró primero a uno y luego a otra. Y luego le preguntó a Sarah:

—¿Estás segura? Porque esa gente lleva todo el santo día con esas bromas. Cada vez que este hombre se acerca a ellos...

—Te preocupas demasiado, Roderick. Son amigos de Christopher. Pero si le molestaran lo más mínimo te enterarías enseguida, no lo dudes. Christopher es más que capaz de ponerles en su sitio sin ayuda de nadie. De hecho, los tendría ya acobardados, o comiendo en su mano, en un abrir y cerrar de ojos. Así que puedes irte, Roderick. Y sigue divirtiéndote.

El hombre rubicundo me miró con un nuevo respeto, y luego, en su confusión, me tendió la mano.

—Soy el hermano de Jamie —dijo, cuando se la acepté. Encantado de conocerle. Si puedo hacer algo por usted, no dude en buscarme. Siento que haya habido un malentendido. Bien, disfrute de la fiesta.

Lo vimos alejarse hacia la casa. Y Sarah dijo:

—Ven, Christopher. ¿Por qué no vienes y charlas un rato conmigo?

Tomó un sorbo del vaso y empezó a andar despacio. La seguí a través de la terraza hasta llegar a la balaustrada, y nos pusimos a mirar hacia los jardines.

—Gracias por echarme una mano —dije después de un momento.

—Oh, es parte del servicio. ¿Qué has estado haciendo toda la tarde, Christopher?

—No gran cosa. En realidad he estado pensando. En aquella noche de hace unos años. En aquel banquete en honor de sir Cecil. Me estaba preguntando si cuando lo conociste aquella noche te hiciste alguna idea de lo que acabarías...

—Oh, Christopher —me interrumpió, y caí en la cuenta de que estaba bastante ebria. Te lo diré; a ti puedo contártelo. Cuando le conocí aquella noche, sir Cecil me pareció encantador. Pero, la verdad, no pensé en nada parecido. Oh, sí, a ti voy a contártelo. Eres un amigo tan querido. En aquella cena los invitados hablaron largo y tendido de Mussolini, y alguno de aquellos caballeros dijo que la cosa no iba en broma, que podría estallar otra guerra, e incluso peor que la anterior. Y fue cuando alguien sacó a colación a sir Cecil y dijo que, en tiempos como los actuales, necesitábamos más que nunca a gente como él. Y que no debería haberse retirado: que aún le quedaba cuerda para rato. Y uno de los comensales añadió que era el hombre adecuado para asumir esa gran misión, y otro apostilló que no, que no era justo, que era demasiado viejo para hacerlo, que apenas le quedaban ya colegas y que ni siquiera tenía una esposa. Y entonces fue cuando me vino a la cabeza. Pensé: Bien, hasta los hombres como él, con todos sus logros, necesitan alguien a su lado, alguien que dé sentido a las cosas. Alguien capaz de ayudarle, al final de su carrera, a hacer acopio de fuerzas para intentar el último gran impulso útil.

Se quedó callada unos instantes, así que dije:

—Y al parecer sir Cecil acabó viendo el asunto de la misma forma.

—Puedo ser persuasiva cuando me lo propongo, Christopher. Además, Cecil dice que se enamoró de mí la primera vez que me vio, en aquel banquete.

—Qué maravilla.

Abajo, en el césped, a cierta distancia, unos cuantos invitados jugueteaban junto al estanque. Vi que un hombre, con el cuello de la camisa fuera, arremetía contra unos patos. Al rato dije:

—Acerca de lo del impulso final de sir Cecil, de coronar su vida con un gran broche útil. ¿Qué es lo que tienes en mente que pueda hacer exactamente? ¿Por eso os vais fuera unos meses?

Sarah inspiró profundamente, y su mirada se volvió fija y grave.

—Seguro que sabes la respuesta, Christopher.

—Si la supiera...

—Oh, por el amor de Dios. Nos vamos a Shanghai.

Es difícil de describir lo que sentí al oírle decir esto. Es posible que hubiera en ello un elemento de sorpresa, pero, más que cualquier otra cosa, recuerdo que experimenté una suerte de hondo alivio; la extraña sensación de que desde la primera vez que la había visto en el Charington Club — tantos años atrás— una parte de mí hubiera estado esperando este momento; de que, en cierto modo, toda mi amistad con Sarah se había ido moviendo a lo largo de los años hasta este preciso instante. Y tal instante, al fin, había llegado. En las breves palabras que nos dijimos luego hubo un timbre extrañamente familiar, como si las hubiéramos ensayado en alguna parte muchas veces.

—Cecil conoce bien esa ciudad —me estaba diciendo. Siente que podría contribuir a poner las cosas en orden en la zona, y cree que debemos ir. Así que nos vamos. La semana que viene. Tenemos prácticamente hechas las maletas.

—Pues, en fin, le deseo a sir Cecil..., os deseo *a los dos* lo mejor... Que podáis llevar a cabo vuestra misión en Shanghai. ¿Estás impaciente por ponerte manos a la obra? Tengo la sensación de que lo deseas mucho.

—Claro que lo deseo. Por supuesto que estoy deseando hacerlo. Llevo esperando muchos años algo parecido a esto, y estoy tan harta de Londres... y de todo esto. —Hizo un gesto con la mano hacia el hotel. Me iba haciendo más y más vieja y no veía el día en que la oportunidad pudiera presentármese. Pero he nos aquí a punto de irnos a Shanghai... Dime, Christopher, ¿qué te pasa?

—Supongo que podrá sonarte quizás poco convincente —dije—, pero lo diré de todas formas. ¿Sabes?, siempre he tenido intención de volver a Shanghai algún día. Me refiero a..., bueno, a resolver los problemas de la zona, como tú dices. Siempre he tenido esa idea en la cabeza.

Por espacio de un instante, Sarah siguió mirando la caída de la tarde. Luego se volvió y me sonrió. Y pensé que su sonrisa estaba llena de tristeza, y que había en ella un punto de reconvención hacia mí. Alargó la mano y me tocó suavemente la mejilla, luego se volvió para seguir contemplando el crepúsculo inminente.

—Quizás Cecil logre arreglar las cosas rápidamente en Shanghai —dijo luego. Quizás no. En cualquier caso, puede que tengamos que quedarnos

mucho tiempo. Así que si lo que acabas de decirme es cierto, Christopher, es bastante posible que te veamos allí algún día. ¿No crees?

—Sí —dije. Seguro que sí.

No volvería a ver a Sarah Hemmings antes de su partida. Si había tenido todo el derecho del mundo a reprenderme por haber ido retrasando mi propio viaje a lo largo de los años, ¿cuánto mayor será su decepción si tampoco ahora me decido a dar el paso? Porque es evidente que, sean cuales fueren los progresos que haya logrado sir Cecil en Shanghai en los meses transcurridos, la solución aún tardará en llegar. Las tensiones siguen acumulándose en todo el planeta; la gente informada compara nuestra civilización a un almiar al que se están arrojando teas encendidas. Entretanto, aquí sigo, languideciendo en Londres. Pero con la llegada ayer de esta carta bien puede decirse que las últimas piezas del rompecabezas acaban de ensamblarse. Sin duda ha llegado la hora de que vaya a Shanghai yo mismo, de que por fin, después de tantos años, vaya a esa ciudad de mi infancia a «matar a la serpiente», en palabras de aquel honrado inspector del sudoeste de Inglaterra.

Pero habrá de tener un coste. Esta mañana temprano, al igual que ayer, Jennifer ha salido a comprar el puñado de cosas que —según ella— le son imprescindibles para el trimestre que viene en el colegio. Cuando se ha marchado parecía entusiasmada y feliz; aún no sabe nada de mis planes, o de las cosas que la señorita Givens y yo hablamos anoche.

Le pedí a la señorita Givens que pasara a la sala, donde tuve que repetirle tres veces que se sentara antes de que la buena mujer se aviniera a hacerlo. Tal vez intuyera de algún modo lo que le quería decir, y sintiera que sentarse allí conmigo pudiera suponer algún grado de connivencia con mis planes. Le expuse la cuestión lo mejor que pude; traté de hacerle entender la importancia crucial de lo que le explicaba: se trataba de algo en lo que llevaba implicado muchos, muchos años. Ella me escuchó impasiblemente, y luego, cuando callé unos instantes, me planteó la pregunta lisa y llanamente: ¿Cuánto tiempo iba a estar fuera? Creo que entonces me pasé un buen rato hablando, tratando de explicarle la

imposibilidad de fijar una fecha en un caso como aquél. Y creo que fue ella la que acabó interrumpiéndome para plantearme otras preguntas; después de ello, dedicamos varios minutos a las diversas implicaciones prácticas de mi partida. No fue sino después de haber discutido estos detalles con cierto detenimiento, y de que ella se hubiera levantado ya para retirarse, cuando le dije:

—Señorita Givens, soy plenamente consciente de que, a corto plazo, y pese a los mejores esfuerzos de la niña, mi ausencia causará a Jennifer todo tipo de dificultades. Pero me pregunto si ha considerado usted que, a medio plazo, tengo casi la certeza de que conviene a los intereses tanto de Jennifer como míos el que yo me ciña al plan que acabo de esbozarle. Porque, ¿cómo iba Jenny a amar y respetar a su tutor sabiendo que éste ha abdicado de su deber más solemne cuando la llamada le ha llegado finalmente? Sea lo que sea lo que ella pueda desear ahora, no hay duda de que, cuando dejara de ser una niña, llegaría a despreciarme. Y ¿qué bien podría hacernos esto a ambos?

La señorita Givens se quedó mirándome fijamente, y luego dijo:

—No le falta razón, señor Banks. —E instantes después añadió—: Pero va a echarle mucho de menos, señor Banks.

—Sí, sí. Seguro que sí. Pero ¿no se da cuenta, señorita Givens...? —Aquí puede que alzara un poco la voz. ¿No se da cuenta de lo apremiantemente urgentes que ahora se han vuelto para mí las cosas? ¿De la creciente agitación que sacude hoy el planeta? Es necesario que vaya.

—Por supuesto, señor Banks.

—Lo siento. Lo siento de verdad. Esta noche estoy un tanto exaltado. Entre una cosa y otra, ha sido un día lleno de tensiones.

—¿Quiere que se lo diga yo? —preguntó la señorita Givens.

Pensé en ello unos instantes, y luego negué con la cabeza.

—No, hablaré yo con ella. Se lo contaré cuando llegue el momento. Le agradecería que no le dijera nada hasta que yo haya hablado con ella.

Anoche me dije que hablaría con Jenny hoy, pero lo he pensado mejor y creo que sería un tanto prematuro hacerlo; podría, además —y de forma absolutamente innecesaria— ensombrecer su excelente estado de ánimo en relación con el trimestre escolar que le espera. Teniendo en cuenta la

situación, será mejor dejar el asunto de momento, y así podré ir a verla al colegio en cuanto termine los preparativos de mi marcha. Jennifer es una niña de temple notable, y no hay razón para suponer que vaya a venirse abajo sólo por mi partida.

No puedo evitar, sin embargo, recordar aquel día de invierno de hace dos años en que fui a verla por primera vez al St Margaret's. Había estado dirigiendo una investigación no lejos de allí, y dado que era la primera época de sus estudios en tal centro, decidí pasar a comprobar cómo iban las cosas.

El colegio es una gran casa solariega rodeada de varias hectáreas de terreno. Detrás de la casa, las praderas de césped descienden hacia un lago. Quizás por eso mismo, en cada una de las cuatro ocasiones en que he visitado el colegio el paraje aparecía envuelto en neblina. Los gansos se mueven con libertad, mientras huraños jardineros cuidan de los terrenos pantanosos. Se trata, en conjunto, de una atmósfera hartamente austera, aunque las profesoras, según he podido apreciar, exhiben un natural más cálido. Aquel día en particular, recuerdo que una tal señorita Nutting —una mujer cincuentona— me guió por los heladores pasillos y, en un momento dado, se detuvo junto a un hueco en el muro y, bajando la voz, me dijo:

—En términos generales, señor Banks, la niña se está acoplando todo lo bien que cabía esperar. Después de todo, es lógico que encuentre ciertas dificultades al principio, mientras las demás niñas la sigan viendo como una recién llegada. Una o dos del grupo pueden incluso ser un poco crueles con ella. Pero el próximo trimestre todo habrá quedado atrás, estoy segura.

Jennifer me esperaba en una gran sala con paneles de roble en cuya chimenea ardía sin fuego un enorme tronco. La profesora nos dejó solos, y Jennifer, junto a la repisa de la chimenea, me dedicó una sonrisa tímida.

—No parece que el ambiente esté muy caldeado —dije, frotándome las manos y dirigiéndome hacia el fuego.

—Oh, pues deberías ver el frío que hace en los dormitorios. ¡Hay carámbanos en las sábanas!

Soltó su risita característica.

Me senté en una silla, cerca de la chimenea, pero ella siguió de pie. Yo había estado temiendo que se sintiera un tanto incómoda al verme en un

medio tan distinto, pero pronto empezó a hablar libremente acerca del badmington, de las chicas que le gustaban, de la comida, que definió como «estofado, estofado, estofado...».

—A veces es duro... —empecé a decir al cabo de un momento—... ser nueva. Espero que..., que las otras chicas no la tengan tomada contigo o algo por el estilo...

—Oh, no —dijo. Bueno, a veces se meten un poco conmigo, pero no lo hacen con malicia. Son todas muy simpáticas.

Llevábamos hablando unos veinte minutos cuando me levanté y le tendí la caja de cartón que llevaba en el maletín.

—Oh, ¿qué es? —exclamó con entusiasmo.

—Jenny, no es... No es propiamente un regalo.

Captó la advertencia en mi voz, y miró la caja que sostenía en las manos con una súbita cautela.

—Entonces, ¿qué es? —me preguntó.

—Ábrelo. Descúbrelo tú misma.

Contemplé cómo quitaba la tapa de la caja —aproximadamente del tamaño de una de zapatos— y miraba en su interior. Su expresión cautelosa no había cambiado un ápice. Luego metió la mano y tocó lo que había dentro.

—Me temo —dije en tono suave— que es todo lo que he podido recuperar. De tu baúl. He descubierto que no se perdió en el mar, sino que fue robado con otros cuatro en un almacén de Londres. He hecho lo que he podido, pero me temo que los ladrones destruyeron todo lo que no era fácil de vender. No he podido localizar los vestidos y demás... Sólo estas pequeñas cosas.

Había sacado una pulsera y la estaba examinando con detenimiento, como tratando de descubrir algún deterioro en ella. La dejó en la caja y sacó un par de diminutas campanillas de plata, que examinó con idéntico cuidado. Luego volvió a poner la tapa en la caja y me miró.

—Ha sido un bonito detalle de tu parte, tío Christopher —dijo en voz baja. Con lo ocupado que debes de estar.

—No me ha costado nada. Lo que siento es no haber podido recuperar más cosas.

—Has sido muy amable, tío Christopher.

—Bien, será mejor que vuelvas a tu clase de geografía. No he venido en un momento muy apropiado.

Jennifer no se movió; continuó allí de pie, en silencio, mirando la caja que tenía en las manos. Y al cabo dijo:

—Cuando estás en el colegio, a veces olvidas. Sólo a veces. Cuentas los días que faltan para las vacaciones, como las demás compañeras, y piensas que también tú volverás a ver a tu padre y a tu madre.

Incluso en aquellas circunstancias me sorprendió oír la mención de sus padres. Esperé a que dijera algo más, pero no lo hizo; se limitó a mirarme como si acabara de formularme una pregunta. Al final fui yo quien dije:

—A veces es muy difícil, lo sé. Es como si todo tu mundo se derrumbara a tu alrededor. Pero te diré una cosa, Jenny. Estás llevando a cabo maravillosamente la tarea de ir poniendo de nuevo las piezas en su sitio. Créeme, es cierto. Sé que jamás podrá ser lo mismo, pero sé también que está en tu mano seguir en la brecha y llegar a forjarte un futuro feliz. Y yo siempre estaré aquí para ayudarte. Quiero que lo sepas.

—Gracias —dijo. Y gracias también por esto.

Si la memoria no me engaña, fue así como terminó nuestro encuentro de aquel día. Dejamos atrás el calor razonablemente fuerte de la chimenea, cruzamos la sala llena de corrientes y salimos al pasillo, donde me quedé mirando cómo se alejaba hacia su clase de geografía.

Aquella tarde de invierno de hace dos años yo no tenía la menor idea de que mis palabras no habrían de poder corresponderse con la realidad. Cuando vuelva a visitar St Margaret's para decirle adiós, puede que volvamos a vernos en aquella sala llena de corrientes, junto a la misma chimenea. Si es así, las cosas serán mucho más duras para mí, porque es harto improbable que Jennifer no recuerde con nitidez nuestro último encuentro en aquel lugar. Pero es una chica inteligente, y, sean cuales sean sus emociones inmediatas, creo que será capaz de entender lo que tengo que decirle. Incluso puede que capte, con más celeridad que su niñera anoche, que cuando se haga más mayor —cuando el caso que me ocupa se haya convertido en un recuerdo triunfante— se sentirá realmente feliz de que yo haya sido capaz hoy de responder al reto de mis responsabilidades.

Cuarta parte

Cathay Hotel, Shanghai, 20 de septiembre de 1937

Quienes visitan los países árabes reparan a menudo en el modo en que los nativos de esas tierras sitúan su rostro a una distancia desconcertantemente cercana al de su interlocutor. No es, desde luego, más que una costumbre local que difiere de las nuestras, y cualquier visitante de mente abierta no tardará en aprender a pasar por alto este detalle. Supongo que yo debería tratar de considerar con el mismo espíritu tolerante algo que, a lo largo de las tres semanas que llevo en Shanghai, me ha supuesto una fuente de irritación incesante: el modo en que la gente decide en todo momento taparle a uno la vista de lo que tiene delante. No llegan a transcurrir ni unos segundos desde que entras en un recinto o te apeas de un coche cuando alguien se sitúa sonriente en tu línea de visión, impidiéndote el más mínimo examen del entorno en que te encuentras. Con frecuencia, quien lo hace es precisamente tu anfitrión o guía en ese instante, pero si llegara a transcurrir un tiempo a continuación, jamás dejaría de haber algún transeúnte deseoso de aprovechar cualquier descuido en tal sentido. Según he podido comprobar, todos los grupos nacionales que integran la comunidad en esta urbe —ingleses, chinos, franceses, norteamericanos, japoneses, rusos— se aplican a tal práctica con igual celo, y la ineludible conclusión a que he llegado es que la costumbre en cuestión se ha convertido en algo exclusivo de la Colonia Internacional de Shanghai, una suerte de hábito capaz de salvar toda barrera de raza y clase.

Me llevó unos cuantos días percatarme de tal excentricidad local, y de constatar que era precisamente eso lo que se hallaba en la raíz de la desorientación que casi llegó a abrumarme en los primeros días de mi llegada. Ahora, aunque sigue molestándome de cuando en cuando, ha dejado de suponerme una preocupación insoportable. Además, he

descubierto otra práctica complementaria de Shanghai capaz de hacerte la vida un poco más fácil: al parecer es perfectamente permisible el empleo de codazos de increíble contundencia para abrirse paso entre la gente. Aunque aún no he tenido el valor suficiente para hacer uso de esta «licencia» ciudadana, sí he tenido la oportunidad de presenciar con mis propios ojos numerosos ejemplos de ella: refinadas damas que, en determinados actos sociales, propinan a diestro y siniestro los más fuertes empujones sin levantar a su alrededor ni un murmullo de protesta.

Cuando, en mi segunda noche en la ciudad, entré en la sala de baile del ático del Palace Hotel, aún no me había sido dado «padecer» ninguno de estos dos singulares hábitos, y, consecuentemente, pasé gran parte de la velada mortificado por lo que a primera vista tomé por la desmesurada «aglomeración» humana de la Colonia Internacional. Al salir del ascensor, apenas había llegado a vislumbrar la lujosa alfombra —flanqueada por una hilera de porteros chinos— que conducía a la sala de baile, cuando uno de mis anfitriones de la velada, el señor MacDonald, del consulado británico, se plantó frente a mí con su corpulenta anatomía. A medida que avanzábamos hacia la puerta del salón, me percaté del modo ciertamente encantador con que cada portero de la fila, al vernos pasar, nos dedicaba una reverencia y alzaba ambas manos cubiertas con guantes blancos en ademán de bienvenida. Pero apenas dejamos atrás al tercer portero —eran probablemente seis o siete—, hasta esta visión quedó obstruida por mi segundo anfitrión, un tal señor Grayson, concejal del Ayuntamiento, que tras avanzar unos pasos se puso a mi lado para seguir con lo que me había estado diciendo durante nuestra subida en ascensor. Y nada más entrar en la sala —en la que, según mis dos anfitriones, habría de presenciar el más refinado espectáculo de «la ciudad» y conocer a la élite de Shanghai— me vi inmerso en una multitud a la deriva. Los altos techos, con sus alambicadas arañas, me llevaron a presumir la vastedad del recinto, aunque tendrían que pasar unos minutos para que me fuera posible comprobarlo con la vista. Mientras seguía a mis anfitriones a través de la apretada concurrencia, vi los grandes ventanales de uno de los lados, a través de los cuales, en aquel preciso instante, entraban las últimas luces de la tarde. Vislumbré también, al fondo, un escenario, sobre el que se paseaban,

charlando, varios músicos en esmoquin blanco. Parecían, como todo el mundo en la sala, esperar algo —quizás sencillamente que se hiciera de noche—, y se percibía en el ambiente una especie de agitación general: los invitados se empujaban entre sí y rondaban en torno como sin objeto.

Casi perdí de vista a mis anfitriones, pero al rato vi que MacDonald me hacía señas, y pronto me encontré sentado en una pequeña mesa con mantel blanco almidonado en la que mis anfitriones habían conseguido acomodarse. Desde la posición estratégica de aquella mesa baja pude ver que habían dejado libre un gran espacio de pista —presumiblemente para el espectáculo—, y que casi todos los presentes se habían apretado unos contra otros hasta formar una relativamente estrecha franja humana junto a los ventanales. La mesa que ocupábamos formaba parte de una larga hilera de ellas, pero cuando traté de ver hasta dónde llegaba tal hilera me volvió a tapar la vista un grupo de invitados. En las mesas contiguas a la nuestra no había nadie, probablemente porque la densa concurrencia impedía que alguien pudiera sentarse. Así, nuestra mesa pronto se convirtió en una especie de diminuto barco asediado por oleadas de la alta sociedad de Shanghai por los cuatro costados. Mi llegada, además, no había pasado inadvertida: oía susurros a derecha e izquierda que ponían al corriente de la nueva a quienes aún no se habían enterado, y las miradas apuntaban más y más en dirección a nuestra mesa.

Pese a ello, recuerdo que, mientras el alboroto reinante no acabó por impedirlo por completo, mis anfitriones y yo seguimos con la conversación que habíamos iniciado en el coche que nos había traído al Palace Hotel. Y recuerdo que, en un momento dado, le dije a MacDonald:

—Aprecio enormemente su sugerencia, señor. Pero la verdad es que prefiero seguir solo las líneas de investigación que he iniciado. Acostumbro a trabajar de ese modo.

—Como usted guste, amigo mío —dijo MacDonald. Lo decía por si le venía bien mi ofrecimiento. Algunos de los tipos de los que hablo conocen al dedillo la ciudad. Y los «buenos» de ellos son tan buenos como los mejores que usted pueda encontrar en Scotland Yard. Pensé que quizás podrían ahorrarle a usted, a todos nosotros, un tiempo precioso.

—Pero recordará, señor MacDonald, que, como le he dicho antes, sólo me decidí a dejar Inglaterra cuando tuve una clara visión de este caso. Dicho de otro modo: mi venida a Shanghai no es un punto de partida, sino la culminación de muchos años de trabajo.

—En otras palabras —terció de pronto el señor Grayson—, ha venido a dar carpetazo al asunto de una vez por todas. ¡Qué maravilla! ¡Es fantástico!

MacDonald le dirigió al funcionario municipal una mirada desdeñosa, y continuó como si éste no hubiera dicho nada:

—No pretendo arrojar la más leve duda sobre sus aptitudes, amigo mío. Su trayectoria profesional habla por sí sola. Me limitaba a sugerirle un poco de apoyo en términos de personal. Estrictamente bajo su mando, por supuesto. Ya sabe, sólo para agilizar las cosas. Como prácticamente acaba de llegar, podría no resultarle tan patente la situación de urgencia en la que nos encontramos. Aquí las cosas parecen bastante relajadas, lo sé. Pero me temo que no nos queda mucho tiempo.

—Me hago cargo perfectamente de esa urgencia, señor MacDonald. Pero sólo puedo repetirle que me asisten todas las razones para pensar que las cosas llegarán a una conclusión satisfactoria en un tiempo relativamente corto. Siempre, claro está, que se me permita proseguir mi investigación sin trabas.

—¡Me parece fantástico! —volvió a exclamar el señor Grayson, concitando una segunda mirada fría del señor MacDonald.

Durante gran parte del tiempo que había estado en su compañía aquel día, me había ido sintiendo más y más impaciente en relación con MacDonald, que simulaba no ser sino un mero funcionario consular encargado de asuntos de protocolo. No era sólo su desmesurada curiosidad respecto de mis planes —o su insistencia en endilgarme a unos «ayudantes»— lo que lo delataba; era el aire de refinada doblez que dejaban traslucir sus modales lánguidos y distinguidos lo que lo señalaba de inmediato como un miembro del Servicio de Inteligencia de cierto rango. A aquellas alturas de la velada yo debía de sentirme ya un tanto cansado de seguirle la corriente en su farsa, porque le formulé mi petición como si su

verdadera condición de espía se hubiera dado por sentada hacía rato entre nosotros.

—Ya que abordamos el tema de los «ayudantes», señor MacDonald —le dije—, hay, de hecho, una cosa que quizás pueda usted hacer por mí y que me ayudaría enormemente.

—Adelante, amigo mío.

—Como ya he mencionado antes, siento un especial interés por lo que, según creo, la policía denomina aquí «los asesinatos de la Serpiente Amarilla».

—¿Oh, sí?

Vi que en la cara de MacDonald caía como un manto de reserva. El señor Grayson, por su parte, al parecer ignorante de a qué me estaba refiriendo, nos miró primero a uno y luego a otro.

—De hecho —proseguí, mirando detenidamente a MacDonald—, fue después de reunir suficientes pruebas sobre los asesinatos de la llamada Serpiente Amarilla cuando finalmente me decidí a venir a Shanghai.

—Entiendo. Así que está interesado en el asunto de la Serpiente Amarilla... —MacDonald echó una ojeada despreocupada a derecha e izquierda de la sala. Un feo asunto. Pero en absoluto importante, diría yo, en un fresco de mayor calado.

—Todo lo contrario. En mi opinión, es un asunto de gran importancia.

—Disculpen —se las arregló para terciar de nuevo el señor Grayson—, pero ¿qué es eso de los asesinatos de la Serpiente Amarilla? Nunca he oído hablar de ellos.

—Es como la gente llama a esas represalias comunistas —dijo MacDonald. Las perpetradas por los rojos contra los parientes del correligionario que les está delatando. —Luego se volvió hacia mí, y me dijo—: Es algo que sucede de vez en cuando. Los rojos son salvajes en ese aspecto. Pero es un asunto entre chinos. Chiang Kai-shek controla a los rojos y planea seguir haciéndolo, estén o no los japoneses. Y nosotros tratamos de mantenernos «por encima» del asunto, ya me entiende. Me sorprende que le interese tanto todo esto, amigo mío.

—Pero esa serie concreta de represalias —dije—, esos asesinatos de la Serpiente Amarilla... Llevan cometiéndose mucho tiempo. Periódicamente

desde hace cuatro años. Trece personas asesinadas.

—Seguro que usted conoce mejor que yo los detalles, amigo mío. Pero, según tengo entendido, la razón de que tales asesinatos se prolonguen en el tiempo es que los rojos no saben quién es el traidor. Empezaron asesinando a gente equivocada. Ya ve, la visión bolchevique de la justicia: un poco por aproximación. Cada vez que cambian de opinión acerca de quién de ellos puede ser esa Serpiente Amarilla, matan a otra familia entera.

—Resultaría de gran ayuda, señor MacDonald, el que yo pudiera hablar con ese confidente. El hombre a quien se conoce como la Serpiente Amarilla.

MacDonald se encogió de hombros.

—Es una cuestión entre chinos, amigo mío. Ninguno de nosotros sabe siquiera quién es esa dichosa Serpiente Amarilla. A mi juicio, el gobierno chino haría bien revelando su identidad antes de que siga muriendo más gente inocente. Pero, sinceramente, amigo mío, la cosa es entre chinos. Y será mejor que siga así.

—Es importante que pueda hablar con ese confidente.

—Bien, teniendo en cuenta su firme determinación, hablaré con ciertas personas. Pero no puedo prometerle gran cosa. Ese tipo parece de mucha utilidad para el gobierno. Los hombres de Chiang Kai-shek lo tienen oculto y bien oculto, me imagino.

Para entonces me había dado cuenta de que la gente nos presionaba por todos lados, deseosa no sólo de verme en carne y hueso, sino de alcanzar a oír algo de nuestra conversación. En tales circunstancias, difícilmente podía esperar que MacDonald hablara abiertamente, y juzgué conveniente dar por zanjado el asunto de momento. De hecho, en aquel instante sentí un fuerte impulso de levantarme y salir a respirar un poco de aire puro, pero antes de que pudiera moverme el señor Grayson se había inclinado hacia mí con una jovial sonrisa para decirme:

—Señor Banks, admito que no sea quizás el momento, pero querría que me concediera unos minutos. Verá, señor, he sido encargado de la grata tarea de organizar la ceremonia. Me refiero a la ceremonia de bienvenida.

—Señor Grayson, no querría parecerle ingrato, pero como el señor MacDonald acaba de decir, no tenemos mucho tiempo. Y creo que he sido

acogido con tanta generosa hospitalidad que...

—No, no, señor... —Grayson rió con nerviosismo. Me refiero a *la* ceremonia de bienvenida. Es decir, la dedicada a la vuelta de sus padres después de tantos años de cautiverio.

Esto, lo admito, me cogió totalmente por sorpresa y durante unos segundos me quedé mirándole con fijeza. El dejó escapar otra risa nerviosa y dijo:

—Claro que eso es adelantarse un poco a los acontecimientos, lo reconozco. Primero tiene usted que hacer su trabajo. Y, por supuesto, no quiero tentar a la suerte. De todas formas, tenemos la *obligación* de preparar las cosas. En cuanto anuncie usted la resolución del caso, todo el mundo pondrá los ojos en nosotros, los del Ayuntamiento, para que organicemos algo digno de tal acontecimiento. Querrán algo muy especial, y lo querrán de inmediato. Pero, como comprenderá, señor, la organización de un acto de este tipo no será nada sencilla. De modo que me pregunto si podría proponer a su consideración algunas opciones básicas. Mi primera pregunta, señor, antes de nada, es si le parecería bien el marco del Jessfield Park. Se necesitará, como es lógico, un gran espacio abierto...

Mientras Grayson hablaba, yo había ido siendo más y más consciente del sonido lejano —de más allá de la algarabía de los presentes— de unos estallidos. Pero ahora las palabras de Grayson se vieron interrumpidas por un sonoro estruendo que sacudió con fuerza la sala. Alcé la vista, alarmado, y vi que la gente a mi alrededor sonreía, e incluso reía a carcajadas, con los cócteles en la mano. Segundos después, detecté un movimiento del grueso de los asistentes hacia los ventanales, similar al que se habría producido, por ejemplo, si en el exterior se hubiera reanudado un partido de *cricket*. Decidí aprovechar la oportunidad para abandonar la mesa, y, levantándome, me uní a la multitud. Había demasiada gente delante de mí para poder ver algo, y cuando traté de abrimme paso a través de ella caí en la cuenta de que una dama de cabellos grises que había a mi lado me estaba hablando:

—Señor Banks —me decía—, ¿tiene alguna idea de cuán aliviados nos sentimos todos ahora que finalmente está usted entre nosotros? No queríamos que se nos notara, por supuesto, pero estábamos empezando a estar extremadamente preocupados por..., en fin... —Hizo un gesto hacia

el sonido de los estallidos. Mi marido insiste en que los japoneses jamás se atreverán a atacar la Colonia Internacional. Pero, en fin, ya sabe, lo repite como unas veinte veces al día, y eso es muy poco tranquilizador. Le aseguro, señor Banks, que cuando nos enteramos de su inminente llegada todos sentimos que era la primera buena noticia que oíamos en meses. Mi marido incluso dejó de repetir ese pequeño mantra sobre los japoneses; ya hace unos cuantos días que no lo entona. ¡Dios sea alabado!

Otro gran estruendo había sacudido la sala y dado lugar a unos cuantos vítores irónicos. Entonces reparé en que, un poco más adelante, alguien había abierto unas puertaventanas y la gente salía precipitadamente a los balcones.

—No se preocupe, señor Banks —dijo un joven a mi lado, cogiéndome del codo. No hay ningún peligro de que nos caiga encima un proyectil. Los dos bandos ponen *sumo* cuidado en que eso no ocurra después del Lunes Sangriento.

—Pero ¿de dónde vienen esos cañonazos? —le pregunté.

—Oh, del barco de guerra japonés anclado en el puerto. Los proyectiles pasan por encima de nosotros y caen al otro lado del arroyo. Cuando anochece, es todo un espectáculo. Como una lluvia de estrellas fugaces.

—¿Y qué pasaría si uno de los cañonazos se quedara corto?

No sólo el joven con el que estaba hablando, sino varios invitados más, rieron —bastante ruidosamente, en mi opinión— ante la idea. Luego, otra voz dijo:

—Confiemos en que los japoneses no yerren nunca el tiro. Porque si se descuidan podrían hacer que alguno de los pepinazos cayera detrás de sus propias líneas.

—¿Puedo ofrecérselos, señor Banks?

Alguien me estaba tendiendo unos prismáticos. Cuando los cogí, fue como si acabara de hacer una señal. La gente se apartó hacia ambos lados, y me encontré prácticamente impelido hacia la puertaventana abierta.

Salí a un pequeño balcón. Sentí una brisa cálida, y vi que el cielo tenía una tonalidad rosa oscura. Estaba mirando desde una altura considerable, y podía ver el canal tras la hilera de edificios que teníamos delante. Más allá del agua se veía un amasijo de casuchas y de escombros desde el que se

alzaba una columna de humo gris que se recortaba contra el cielo de la tarde.

Me pegué los gemelos a los ojos, pero las lentes estaban desenfocadas y no pude ver nada. Hice girar la rueda de ajuste, y al poco me vi contemplando las aguas del canal, en el que —para mi sorpresa— vi que varias embarcaciones seguían con sus actividades habituales dentro del radio de las hostilidades. Me fijé especialmente en una de ellas —una especie de barcaza con un solo remero—, tan cargada de fardos y cajas de embalaje que parecía imposible que pudiera pasar bajo el puente de escasa altura que le esperaba a cierta distancia. La vi aproximarse a él a buena marcha, y tuve la certeza de que, como mínimo, una o dos cajas del montón chocarían por fuerza contra el puente y caerían al agua. Durante los instantes siguientes, seguí mirándola a través de los prismáticos y olvidé por completo la refriega. Observé atentamente al barquero, que, al igual que yo mismo, se hallaba absorto por completo por la suerte que iba a correr su cargamento y hacía caso omiso del enfrentamiento armado que tenía lugar a unos cincuenta metros. Luego, la barcaza desapareció bajo el puente, y cuando la vi emerger airoosamente al otro lado, con la carga intacta, bajé los prismáticos y lancé un suspiro.

Advertí que un gran grupo de invitados se había congregado a mi espalda mientras observaba el discurrir de la barcaza. Le tendí los prismáticos a alguien que estaba a mi lado y dije, sin dirigirme a nadie en particular:

—Así que así es la guerra... Muy interesante. ¿Cree que habrá muchos heridos?

Ello dio lugar a numerosos comentarios. Una voz dijo: —Ha habido muchos muertos en Chapei. Pero los japoneses lo conquistarán en unos cuantos días y todo volverá a la normalidad.

—Yo no estaría tan seguro —dijo otra voz. El Kuomintang nos ha sorprendido a todos hasta ahora, y apuesto a que seguirá haciéndolo en el futuro. Apuesto a que aguantan todavía una buena temporada.

Entonces todo el mundo a mi alrededor se puso a discutir acaloradamente sobre la cuestión: unos cuantos días, unas cuantas semanas, ¿qué más daba? Los chinos tendrían que rendirse tarde o temprano. ¿Por

qué no lo hacían, pues, inmediatamente? A lo que varias voces objetaron que las cosas no eran en absoluto tan sencillas ni tajantes. Las cosas estaban cambiando día a día, y existían muchos factores contrapuestos.

—Y, además —dijo alguien por encima de las demás voces—, ¿no está ya aquí el señor Banks?

La pregunta, obviamente retórica, quedó extrañamente suspendida en el aire, dando lugar a un silencio general y a que todos los ojos se fijaran de nuevo en mi persona. De hecho me dio la impresión de que no sólo el grupo inmediatamente próximo al balcón sino la sala de baile entera guardaba silencio a la espera de mi respuesta. Pensé que aquél era un momento tan bueno como el que más para hacer una declaración —algo que tal vez se esperaba de mí desde mi entrada en la sala— y, aclarándome la garganta, dije con voz sonora:

—Damas y caballeros: me hago perfecto cargo de que la situación se ha vuelto harto mortificante, y en un momento tal, no quiero alimentar falsas expectativas. Pero permítanme que les diga que no me verían aquí, ahora, si no fuera optimista respecto a mis posibilidades de llevar este caso a un feliz desenlace en un futuro inmediato. De hecho, damas y caballeros, diría que me siento *más* que optimista en tal sentido. Les ruego, por tanto, que tengan paciencia y me concedan aproximadamente una semana. Después, en fin, veremos lo que hemos logrado.

En cuanto hube pronunciado estas palabras, la orquesta de jazz acometió de súbito una melodía. No sé si se debió a una mera coincidencia, pero el efecto, en todo caso, no hizo sino rematar bellamente mi discurso. Sentí que los ojos se apartaban poco a poco de mí y vi que alguna gente empezaba a dejar el balcón para volver al interior. También yo volví a la sala, y cuando trataba de encontrar el camino hacia mi mesa —durante un instante fugaz me sentí desorientado— caí en la cuenta de que un grupo de bailarinas había ocupado el centro de la pista.

Eran como una veintena, muchas de ellas «eurasiáticas», ligeras de ropa y con un atuendo, a juego, con el dibujo de una aves. Mientras las bailarinas realizaban su número en la pista, la sala pareció perder todo interés en la batalla que se desarrollaba al otro lado del agua, aunque el ruido seguía siendo claramente audible al fondo de la alegre música orquestal. Era como

si para aquella gente hubiera terminado un entretenimiento y acabara de empezar otro. Sentí, y no por primera vez desde mi llegada a Shanghai, que todos ellos me inspiraban una honda repugnancia. No era sólo el hecho de que hubieran fracasado tan estrepitosamente a lo largo de los años en la tarea de ponerse a la altura del reto que les planteaba el caso, ni de que hubieran permitido que las cosas llegaran al lamentable estado presente, con las enormes repercusiones que ello implicaba. Lo que me había escandalizado calladamente desde mi llegada era la negativa de todos los habitantes de la ciudad a admitir su crasa culpabilidad. Durante los quince días que llevaba en la urbe, en cualquier tipo de relación que hubiera tenido que mantener con sus habitantes, de alto o bajo rango, no había presenciado —ni una sola vez— nada que pudiera interpretarse como sincera vergüenza. En otras palabras: aquí, en el centro de la vorágine que amenaza con «engullir» a todo el mundo civilizado, se da una patética conspiración de la negación; una negación de responsabilidad que se ha encerrado en sí misma y se ha agriado y ha acabado por manifestarse como esa suerte de actitud defensiva y pomposa que tan a menudo he encontrado en ellos desde mi llegada. Y helos aquí ahora, la llamada élite de Shanghai, tratando con supino desprecio el sufrimiento de sus vecinos chinos del otro lado del canal.

Avanzaba a lo largo de la hilera de espaldas que se había formado para presenciar el espectáculo, haciendo grandes esfuerzos para reprimir mi sensación de asco, cuando caí en la cuenta de que alguien me tiraba del brazo, y al volverme vi a Sarah.

—Christopher —dijo. Me he pasado la noche intentando hablar contigo. ¿Es que no tienes un minuto para decir hola a tu vieja amiga de Londres? Mira, allí está Cecil. Te está saludando con la mano.

Me costó unos segundos divisar a sir Cecil en medio de la gente. Estaba solo, sentado en una mesa del fondo de la sala, y, en efecto, me estaba saludando. Le devolví el saludo y volví a mirar a Sarah.

Era la primera vez que nos veíamos desde mi llegada. La impresión que tuve de ella aquella noche fue la de que parecía estar perfectamente; el sol de Shanghai había acabado con su palidez de siempre, y ella había ganado con el cambio. Además, mientras intercambiábamos las primeras palabras

amistosas, se mostró alegre y segura de sí misma. Es ahora, después de los acontecimientos de ayer noche, cuando me sorprende pensando de nuevo en aquel primer encuentro, e intento averiguar cómo pude llegar a engañarme tanto. Quizás no es más que mi visión retrospectiva lo que me hace recordar algo tan sobremanera deliberado en su sonrisa, en especial cuando mencionaba a sir Cecil. Y aunque nos dijimos poco más que los cumplidos de rigor, después de lo de anoche ha continuado volviendo a mi mente todo el día una frase que pronunció en aquella velada y que incluso entonces me resultó desconcertante.

Le había estado preguntando cómo habían pasado sir Cecil y ella el año que llevaban en Shanghai y ella me había explicado que, a pesar de que sir Cecil no había logrado el avance decisivo que ambicionaba, había hecho bastantes cosas que le habían granjeado la gratitud de la comunidad. Fue entonces cuando le dije, sin ninguna finalidad concreta:

—Supongo, entonces, que no tenéis planes inmediatos de dejar Shanghai.

Al oírme, Sarah se había echado a reír; luego, después de dirigir otra mirada hacia el rincón donde se sentaba sir Cecil, dijo:

—No, de momento estamos bastante asentados. El Metropole es muy cómodo. No creo que vayamos a irnos a ninguna parte precipitadamente. A menos, claro, que alguien venga a rescatarnos...

Lo había dicho todo —incluido este último comentario referido a un eventual rescate— como bromeando, y aunque yo no sabía exactamente a qué se podía estar refiriendo, dejé escapar una risa para solidarizarme con la suya. Si mal no recuerdo, hasta entonces habíamos estado hablando de amigos comunes de Inglaterra, y en aquel momento se acercó el señor Grayson y puso fin a aquélla —según todo parecía indicar— poco complicada charla.

Y sólo ahora, como digo —después de lo de anoche—, me sorprende rastreando los diversos encuentros que he ido teniendo con Sarah a lo largo de estas tres semanas, y vuelvo una y otra vez a su último comentario, que había añadido, a modo de idea de último momento, a su alegre y despreocupada respuesta a mi pregunta.

Ayer me pasé la mayor parte de la tarde dentro del oscuro y chirriante cobertizo donde fueron hallados los tres cuerpos. La policía respetó mi deseo de llevar a cabo la investigación sin que nadie me importunara, y me hallaba tan absorto que perdí todo sentido del tiempo y apenas me di cuenta de que el sol se estaba poniendo. Para cuando crucé el Bund y eché a andar Nanking Road abajo, se habían encendido ya las brillantes luces comerciales y las aceras estaban llenas de las multitudes de la tarde. Tras la larga y desalentadora jornada, sentía necesidad de «desconectar» un poco y fui caminando hasta la esquina de Nanking con Kiangse Road, donde había un pequeño club al que alguien me había llevado en los primeros días de mi llegada. No hay nada especial en el local: es un sótano tranquilo donde la mayoría de las noches un pianista francés brinda en solitario melancólicas interpretaciones de Bizet o Gershwin. Pero satisface mis necesidades del momento, y he vuelto varias veces en estas últimas semanas. Anoche, me pasé quizás una hora en una mesa de un rincón, degustando un poco de cocina francesa y tomando notas sobre lo que había descubierto en el cobertizo, mientras las parejas de baile de «alquiler» se bamboleaban al ritmo de la música con sus clientes.

Había subido la escalera y me encontraba ya en la calle con intención de volver al hotel cuando entablé conversación con el portero ruso. Es una especie de conde, y habla un inglés excelente, aprendido —me explica— de su institutriz antes de la revolución. He dado en la costumbre de intercambiar unas palabras con él siempre que vengo al club, y estaba haciéndolo anoche cuando —no recuerdo muy bien de qué estábamos hablando— salió a colación que sir Cecil y lady Medhurst habían pasado por el club aquella misma tarde, unas horas antes.

—Supongo —comenté— que se habrán ido por ahí a pasar la velada fuera.

El conde, al oírme, se quedó unos instantes pensativo, y luego dijo:

—A la Lucky Chance House. Sí, creo que sir Cecil dijo que tenían pensado ir allí.

Yo no conocía ese establecimiento, pero el conde —sin necesidad de que yo se lo pidiera— procedió a darme todo tipo de indicaciones, y como el local en cuestión no estaba lejos me encaminé hacia él.

Aunque sus indicaciones eran claras y precisas, sigo sin moverme con soltura por las calles laterales de Nanking Road, y, de un modo u otro, acabé perdiéndome. Pero no era algo que me importara demasiado. El ambiente en esa parte de la ciudad, incluso a esas horas, no resulta intimidatorio, y aunque fui abordado por algún que otro mendigo y colisionó conmigo un marinero borracho, pronto me vi inmerso en el flujo humano del anochecer con un talante no muy distinto a la apacibilidad. Tras el deprimente trabajo en el cobertizo, era un alivio encontrarse en medio de aquellos buscadores de placer de toda raza y condición; recibir los aromas de la comida y el incienso al pasar por los sucesivos umbrales brillantemente iluminados.

También anoche, como he venido haciendo más y más últimamente, miré a mi alrededor, escrutando las caras de la multitud con la esperanza de reconocer en alguna de ellas a Akira. Porque lo cierto es que tengo casi la certeza de que llegué a ver a mi viejo amigo en la segunda o tercera noche de mi llegada a la ciudad. Fue la noche en que el señor Keswick, de la Jardine Matheson Company, y otros destacados ciudadanos decidieron hacerme disfrutar la «vida nocturna» de la ciudad. Yo aún estaba en ese estadio de ofuscación del recién llegado, y el recorrido turístico por los locales de baile y los clubs nocturnos me estaba resultando un tanto aburrido. Estábamos en la zona de diversión de la Concesión Francesa —caigo ahora en la cuenta de que a mis anfitriones les regocijaba escandalizarme mostrándome algunos de los establecimientos más escabrosos—, y al salir de uno de los clubs vi la cara de Akira en medio de la riada humana.

Iba en un grupo de varones japoneses bien trajeados y con aspecto de haber salido a disfrutar de los alicientes nocturnos de la ciudad. Vislumbrado tan fugazmente —eran siluetas recortadas contra una hilera de faroles que colgaban de un umbral—, no podría asegurar que fuera Akira. Quizás por ello —o quién sabe si por cualquier otra razón— no hice nada para atraer la atención de mi amigo de la infancia. Puede que resulte difícil de entender, pero lo cierto es que fue tal y como acabo de contar. Supongo que di por sentado que habría muchas más oportunidades para el esperado encuentro; tal vez razoné que verse de aquel modo, por azar, ambos integrados en sendos grupos de amigos, no era lo más apropiado —ni incluso digno— para el encuentro que yo llevaba anhelando desde tanto tiempo atrás. En todo caso, había dejado pasar la ocasión, y me había limitado a seguir al señor Keswick y a los demás hacia la limusina que nos esperaba.

Durante las pasadas semanas, sin embargo, he tenido motivos sobrados para lamentar mi pasividad de aquella noche. Porque por mucho que hasta en los momentos de mayor actividad, mientras me ocupaba de mis asuntos, haya persistido en buscar entre la multitud, en calles y en vestíbulos de hotel, no he vuelto a verlo en ninguna parte. Soy consciente de que podría iniciar gestiones encaminadas a localizarle, pero lo cierto —no cabe la menor duda— es que ahora lo prioritario es el caso. Shanghai, además, no es una ciudad tan grande; tarde o temprano acabaremos encontrándonos.

Pero volvamos a los sucesos de ayer noche. Las indicaciones del portero ruso me llevaron, finalmente, a una especie de plaza donde confluía una serie de pequeñas calles y el gentío era mucho más denso que en otros puntos de la zona. Había gentes intentando vender sus mercancías; otras tratando de conseguir limosnas; y otras aquí y allá, en un sitio y en otro, simplemente de pie, charlando y observando. Un solitario *rickshaw* que se había abierto paso entre la multitud se había quedado atascado en medio de ella, y al pasar yo el conductor discutía furiosamente con un viandante. Divisé la Lucky Chance House en la esquina del fondo, y minutos después era conducido por unas estrechas escaleras cubiertas de una especie de felpa escarlata.

Primero entré en una estancia del tamaño de una habitación de hotel, donde diez o doce chinos se agolpaban en torno a una mesa de juego. Cuando pregunté si sir Cecil se hallaba en el edificio, dos de los empleados intercambiaron unas rápidas palabras, y uno de ellos me hizo una seña para que lo siguiese.

Subimos otro tramo de escaleras, recorrimos un pasillo poco iluminado y entramos en un recinto lleno de humo en el que un grupo de franceses jugaban a las cartas. Cuando negué con la cabeza, el hombre que me acompañaba se encogió de hombros y volvió a hacerme una seña para que lo siguiera. El edificio en cuestión era una casa de juego de cierta envergadura, que constaba de numerosas salas pequeñas en las que constantemente se jugaba a uno u otro juego. Pero me empezaba a exasperar el modo en que mi guía asentía con complicidad cada vez que le mencionaba los nombres de Sarah o de sir Cecil, para acto seguido introducirme en una nueva salita llena de humo donde era recibido por las fatigadas miradas de otros desconocidos. En cualquier caso, cuanto más veía el lugar más improbable me parecía que sir Cecil pudiera haber llevado a Sarah a un garito de aquel tipo, y me encontraba a punto ya de desistir cuando al entrar en la última salita vi a sir Cecil sentado en una mesa, con la mirada fija en la rueda de una ruleta.

Había unas veinte personas, la mayoría hombres. La sala no estaba tan cargada de humo como las otras, pero era más calurosa. Sir Cecil se hallaba absolutamente absorto en el juego, y sólo me dedicó el más fugaz de los saludos antes de volver a fijar la mirada en la ruleta.

En el perímetro de la sala, pegados a las paredes, había unos cuantos sillones desvencijados cubiertos por una tela rojiza. En uno de ellos, un viejo chino —vestido a la manera occidental y empapado de sudor— roncaba. El otro único sillón ocupado estaba en el rincón oscuro de la salita, el más alejado de la ruleta, y en él vi a Sarah con la cabeza apoyada en una mano abierta, y los ojos medio cerrados.

Cuando me senté a su lado dio un respingo.

—¡Oh, Christopher! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estaba echando una ojeada. Perdona. No quería sobresaltarte.

—¿Echando una ojeada? ¿En este sitio? No me lo creo. Nos has estado siguiendo.

Hablábamos en voz baja para no distraer a los jugadores de la mesa de la ruleta. Desde algún lugar del edificio me llegó un débil sonido de trompeta.

—Tengo que confesar —dije— que me he enterado por casualidad de que habíais venido aquí. Y como tenía que pasar por aquí cerca...

—Oh, Christopher..., te sentías solo.

—No demasiado. Pero he tenido un día horrible, y me apetecía relajarme un poco, eso es todo. Aunque debo admitir que me lo habría pensado dos veces si hubiera sabido que estabas en un sitio como éste.

—No seas cruel. A Cecil y a mí nos gustan los bajos fondos. Nos divierten. Son una parte muy importante de lo que realmente es Shanghai. Ahora cuéntame lo de tu día horrible. Pareces decaído. No ha habido ningún avance importante en tu caso, ¿me equivoco?

—No, no lo ha habido. Pero no estoy decaído. Las cosas empiezan a tomar forma.

Cuando le empecé a explicar que me había pasado más de dos horas con manos y rodillas en el piso de una embarcación podrida donde se habían encontrado tres cuerpos en avanzado estado de descomposición, hizo una mueca de disgusto y me indicó que me callara.

—Es todo tan espantoso. Alguien ha dicho hoy en el club de tenis que los cuerpos tenían cortados los brazos y las piernas. ¿Es cierto?

—Me temo que sí.

Hizo otra mueca.

—Es demasiado horroroso para expresarlo con palabras. Pero eran obreros chinos, ¿no es eso? No creo que puedan tener mucho que ver con..., con tus padres.

—La verdad es que creo que este crimen tiene mucho que ver con el caso de mis padres.

—¿De veras? En el club de tenis dicen que esos asesinatos tienen que ver con lo de la Rata Amarilla. Dicen que las víctimas eran los seres queridos de la Rata Amarilla.

—La Serpiente Amarilla.

—¿Cómo?

—El confidente comunista. La *Serpiente Amarilla*.

—Oh, sí. Bueno, en cualquier caso... Es tan espantoso. ¿Qué diablos están haciendo los chinos echándose mutuamente a la garganta en un momento como éste? Lo lógico sería que los rojos y el gobierno formaran un frente unido contra los japoneses; al menos durante un tiempo.

—Supongo que el odio entre comunistas y nacionalistas es demasiado profundo.

—Eso es lo que dice Cecil. Oh, mírale... ¿Cómo podrá jugar de esa guisa?

Seguí su mirada y vi que sir Cecil —de espaldas a nosotros— se había caído hacia un lado, de forma que la mayor parte de su peso se hallaba como desplomado sobre la mesa. Daba la impresión de que de un momento a otro iba a perder el equilibrio y se iba a caer fuera de la silla.

Sarah me miró, un tanto incómoda. Luego se levantó, fue hasta su marido, le puso una mano sobre el hombro y le habló suavemente al oído. Sir Cecil despertó y miró a su alrededor. Puede que en este punto yo apartase la mirada durante unos cuantos segundos, porque no sé exactamente lo que sucedió a continuación. Vi que Sarah se echaba hacia atrás, como si hubiera recibido un golpe, y durante un instante fugaz pareció que iba a perder el equilibrio, pero en el último momento logró volver a erguirse. Miré la espalda de sir Cecil, y vi que también se había erguido, y que volvía a concentrarse en la ruleta. No sabría decir si realmente había sido él quien había hecho que su mujer perdiera pie y retrocediera un par de pasos.

Sarah vio que la miraba y, sonriendo, volvió hasta el sillón y se sentó a mi lado.

—Está cansado —dijo. Tiene tanta energía. Pero a su edad debería descansar más.

—¿Soléis venir mucho a este sitio?

Sarah asintió con la cabeza.

—Y a unos cuantos más por el estilo. A Cecil no le gustan esos grandes locales llenos de luces. No cree que sea posible ganar en ellos.

—¿Siempre vas con él en sus noches de juego?

—Alguien tiene que cuidarle. No es un hombre joven, como puede verse. Oh, pero no me importa. Es emocionante. Y esto es lo que es Shanghai realmente.

Se oyó como un gran suspiro colectivo en la mesa de la ruleta, y los jugadores se pusieron a hablar entre ellos. Vi cómo sir Cecil trataba de levantarse, y sólo entonces me di cuenta de lo borracho que estaba. Cayó hacia atrás en la silla, pero en un segundo intento se las arregló para levantarse y se acercó a nosotros con paso vacilante. Me puse en pie, con intención de darle la mano, pero él posó una de las suyas en mi hombro — más por no perder el equilibrio que por cualquier otra cosa— y dijo:

—Mi querido muchacho, mi querido muchacho... Encantado de volver a verle.

—¿Ha tenido algo de suerte en la ruleta, señor?

—¿Suerte? Oh, no, no... Esta noche ha sido horrible. Toda la semana ha sido horrible. Mala, muy mala, muy mala... Pero nunca se sabe. Volveré a recuperarme, ja, ja... Resurgiré de las cenizas.

Sarah también se había levantado, y alargaba una mano para auxiliarle, pero él la rechazó sin siquiera mirarla. Luego me dijo:

—¿Qué? ¿Le apetece un cóctel? Hay un bar abajo.

—Muy amable de su parte, señor. Pero la verdad es que debería irme al hotel. Mañana me espera otro día duro.

—Me complace saber que trabaja duro. Claro que también yo vine a esta ciudad con idea de arreglar un poco las cosas. Pero ya ve. —Inclinó su cara hacia la mía, hasta dejarla a apenas unos centímetros. Todo es demasiado complicado para mí, muchacho. Demasiado complicado.

—Cecil, cariño, vayámonos a casa.

—¿A casa? ¿A ese cuchitril de hotel le llamas «casa»? Tienes una ventaja sobre mí, querida, siendo lo vagabunda que eres: te da igual un sitio que otro.

—Vámonos, cariño. Estoy cansada.

—Estás cansada... Mi pequeña vagabunda está cansada. Banks, ¿tiene un coche ahí fuera?

—Me temo que no, señor. Pero si quiere trataré de encontrar uno.

—¿Un taxi? ¿Se cree que está en Piccadilly? ¿Piensa que va a encontrar un taxi ahí fuera? Lo más probable es que le corten el cuello estos chinos.

—Cecil, cariño, siéntate aquí hasta que Christopher vaya a buscar a Boris —dijo Sarah. Y, dirigiéndose a mí, añadió—: Nuestro chófer debe de estar por ahí, no muy lejos. ¿Te importaría ir a buscarle? El pobre Cecil no está en la mejor de las condiciones esta noche.

Intenté por todos los medios parecer de buen talante, y salí del edificio reteniendo mentalmente el modo de volver a aquella sala. El parque, afuera, estaba tan concurrido como de costumbre, pero un poco más allá pude ver una calle en la que los *rickshaws* y los automóviles esperaban en hileras. Me abrí paso hasta ella, y al rato de ir de coche en coche mencionando el nombre de sir Cecil a chóferes de nacionalidades diversas, obtuve una respuesta.

Cuando volví a la casa de juegos, Sarah y sir Cecil esperaban ya afuera. Sarah trataba de apuntalar a su marido con ambas manos, pero la figura alta y doblada de él parecía amenazar con derribar la de ella. Al llegar yo apresuradamente, oí que sir Cecil le estaba diciendo:

—Eres tú quien no les gustas, querida. Cuando yo frecuentaba este local solo, siempre me trataron a cuerpo de rey. Oh, sí, a cuerpo de rey. No les gustan las mujeres como tú. Las únicas que les gustan son las damas de verdad y las putas. Y tú no perteneces a ninguna de las dos categorías. Así que ya ves, no les gustas lo más mínimo. Jamás tuve el menor problema aquí hasta que te empeñaste en seguirme a todas partes.

—Vamos, cariño. Ahí está Christopher. Muy bien, Christopher. Mira, cariño, ha ido a buscar a Boris y ya han vuelto.

El lugar no distaba mucho del Metropole, pero el coche apenas podía avanzar a través del denso amasijo de peatones y *rickshaws*. Durante el trayecto, Sarah siguió sujetando por el brazo y el hombro a su marido, mientras éste se deslizaba hasta el sueño y salía de él de forma intermitente. Siempre que se despertaba, trataba de liberarse de la solicitud de su esposa, pero ella se echaba a reír y seguía sujetándolo con firmeza en el interior del tambaleante habitáculo.

Me llegó el turno de ayudarle cuando hubo que sortear las puertas giratorias del Metropole, y luego en el ascensor, mientras Sarah

intercambiaba alegres saludos con el personal del vestíbulo. Una vez en la *suite* de los Medhurst, pude al fin dejar a sir Cecil acomodado en un sillón.

Pensé que se quedaría dormido al instante, pero de pronto pareció despertarse por completo y empezó a hacerme preguntas sin pies ni cabeza. Luego, cuando Sarah salió del cuarto de baño con una pequeña toalla y se puso a limpiarle la frente, sir Cecil me dijo:

—Banks, muchacho, puede usted hablarme con franqueza. Ahí tiene usted a esta mujer. Como ve, es mucho más joven que yo. Aunque tampoco es una niña, no crea, ja, ja... Pero, bueno, sigue siendo un montón de años más joven que yo. Dígame con franqueza, muchacho, ¿cree usted que, en un sitio como el que acabamos de dejar, donde usted nos ha encontrado esta noche..., en un sitio como ése, cree usted que cualquiera que no nos conociera, al vernos juntos a mi mujer y a mí...? ¡Bueno, hablemos sin rodeos! Le pregunto si cree usted que la gente toma a mi mujer por una puta.

La expresión de Sarah, según creí ver, no cambió en absoluto, aunque en sus cuidados se instaló una especie de urgencia, como si confiara en que lo que estaba haciendo pudiera lograr un cambio de talante en su marido. Sir Cecil movió la cabeza, irritado, como zafándose del acoso de una mosca, y dijo:

—Vamos, muchacho. Puede hablarme con toda franqueza.

—Vaya, vaya, cariño... —dijo Sarah con voz suave—. Estás poniéndote desagradable.

—Le diré un secreto, muchacho —dijo. Le diré un secreto. Casi me agrada. Me gusta que la gente confunda a mi mujer con una puta. Por eso me gusta frecuentar sitios como el de esta noche. Se volvió a su mujer: ¡Apártate! ¡Déjame en paz! —dijo, y empujó a Sarah hacia un lado. Luego prosiguió—: Otra razón por la que voy a esos garitos, como sin duda ya habrá usted adivinado, es que debo un poco de dinero... Una pequeña deuda, ya me entiende. Nada que no pueda recuperar, por supuesto.

—Cariño, Christopher ha sido muy amable con nosotros. No debes aburrirle.

—¿Qué es lo que está diciendo esta puta? ¿Oye lo que está diciendo, muchacho? Bien, pues no le haga caso. No la escuche. No hay que escuchar

a las mujerzuelas, ésa es mi opinión. Porque acaban descarriándote. Sobre todo en tiempos de guerra y de conflictos. Jamás escuche a una mujerzuela en tiempos de guerra.

Logró ponerse en pie sin ayuda, y durante unos segundos se quedó allí, en medio de la *suite*, tambaleándose delante de nosotros, con el cuello de la camisa suelto, en punta. Luego se metió en el dormitorio y cerró la puerta.

Sarah me dirigió una sonrisa y entró tras él. Si no hubiera sido por esa sonrisa —o, más precisamente, por algo como un ruego que creí percibir detrás de ella—, me habría retirado en ese mismo instante. Así pues, me quedé en la habitación, examinando distraídamente un cuenco chino sobre su base que había cerca de la puerta. Durante un rato pude oír a sir Cecil gritándole algo a Sarah, y luego la *suite* quedó en silencio.

Transcurridos quizás cinco minutos, Sarah apareció en la puerta del dormitorio y me miró como sorprendida de que aún siguiera allí.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté.

—Se ha dormido. Se pondrá bien. Siento mucho las molestias, Christopher. Sé que no era lo que esperabas cuando esta noche has ido a buscarnos. Te compensaremos de alguna manera. Te invitaremos a cenar a algún buen restaurante. Astor House sigue teniendo buena cocina.

Me estaba llevando hacia la puerta, pero al llegar me di la vuelta y dije:

—Este tipo de cosas... ¿suceden a menudo?

Sarah lanzó un suspiro.

—Con bastante frecuencia. Pero no debes pensar que me importa. Sólo que a veces me preocupo. Por su corazón, ya sabes. Por eso voy siempre con él últimamente.

—Lo cuidas muy bien.

—No debes sacar una conclusión errónea. Cecil es un hombre encantador. Tenemos que invitarte a cenar un día de éstos. Cuando no estés muy ocupado. Aunque supongo que estás muy ocupado siempre.

—¿Es así es como suele pasar las noches sir Cecil?

—La mayoría de ellas. Y a veces también los días.

—¿Hay algo que pueda hacer yo?

—¿Algo que puedas hacer tú? —Dejó escapar una pequeña risa. Mira, Christopher, yo estoy bien. De verdad, no debes sacar una impresión

equivocada de sir Cecil. Es un ser adorable... Y lo amo.

—Bien, entonces buenas noches.

Dio un paso hacia mí y alzó la mano en un gesto vago.

Me sorprendí cogiéndosela, pero, sin saber muy bien qué hacer a continuación, la besé en el dorso. Luego, murmurándole de nuevo las buenas noches, salí al pasillo.

—No tienes que preocuparte por mí, Christopher —me susurró desde la puerta. Estoy perfectamente.

Ésas fueron sus últimas palabras de ayer noche. Pero hoy son las palabras que había pronunciado tres semanas atrás, cuando volví a verla por primera vez en el salón de baile del Palace Hotel, las que vuelven una y otra vez a mi memoria con particular pertinencia: «No creo que vayamos a irnos a ninguna parte precipitadamente», había dicho. «A menos, claro, que alguien venga a rescatarnos...». ¿Qué es lo que había pretendido decirme con ello aquella noche? Como ya he dicho, su comentario me dejó desconcertado ya entonces, y sin duda la habría sondeado para que me explicara su sentido si Grayson, en aquel preciso instante, no hubiera surgido entre los invitados inopinadamente, buscándome.

Quinta parte

Cathay Hotel, Shanghai, 29 de septiembre de 1937

He llevado mal mi reunión de esta mañana con MacDonald en el consulado británico, y al recordarla esta noche siento una profunda frustración. El hecho es que él se había preparado para ella a conciencia, y yo no. Una y otra vez le he permitido que me llevara por falsos derroteros, y he desperdiciado mis energías discutiéndole cosas que él había decidido concederme de antemano. Había conseguido más de él hace cuatro semanas, en la velada de baile en el Palace Hotel, cuando le planteé por primera vez la idea de una entrevista con la Serpiente Amarilla. Aquella noche cogí desprevenido a MacDonald, y al menos le hice admitir de forma implícita su verdadero papel en Shanghai. Esta mañana, sin embargo, ni siquiera he conseguido que renunciara a su farsa de ser un mero funcionario encargado de asuntos de protocolo.

Supongo que aquella noche no hice sino subestimarle. Esta mañana pensaba que no tenía más que ir a verle y directamente reprenderle por su lentitud en concertarme la entrevista que le había pedido. Sólo ahora veo cómo me ha ido tendiendo celada tras celada, consciente de que, una vez que hubiera logrado irritarme, habría ganado la partida. Ha sido estúpido mostrar mi irritación del modo en que lo he hecho; pero los continuos días de intenso trabajo me han dejado casi exhausto. Y, por supuesto, ha estado el hecho de mi encuentro inesperado con Grayson, el concejal municipal, cuando me encaminaba hacia el despacho de MacDonald. De hecho creo que ha sido esto lo que más me ha desconcertado esta mañana, hasta el punto de que durante gran parte de mi discusión con MacDonald mi mente se hallaba realmente en otra parte.

Me habían hecho esperar varios minutos en la pequeña sala de la segunda planta del edificio del consulado. La secretaria, finalmente, salió

para informarme de que MacDonald me esperaba. Había cruzado ya el rellano revestido de mármol y me encontraba esperando ante la puerta del ascensor cuando de pronto vi a Grayson bajando a la carrera las escaleras y saludándome a grandes voces:

—¡Buenos días, señor Banks! Perdone, tal vez no sea el momento apropiado, pero...

—Buenos días, señor Grayson. En efecto, éste no es el mejor momento. Estoy a punto de subir para reunirme con nuestro amigo el señor MacDonald.

—Oh, bien. Entonces no le retendré. Sólo que estaba en el edificio y al oír que usted había venido... —dijo, y soltó una risa que resonó entre las paredes del rellano.

—Es magnífico verle de nuevo, señor Grayson. Pero es que ahora...

—No le robaré más que un segundo, señor. Si me permite..., en fin, quiero decir que ha sido usted poco menos que imposible de ver últimamente.

—Bien, señor Grayson, si el asunto puede solventarse en tan sólo unos segundos, como dice...

—Oh, sí, muy brevemente. Verá, señor: soy consciente de que tal vez pueda parecerle adelantarse un poco a los acontecimientos, pero en estos casos se requiere cierta planificación previa, si se quiere evitar que todo parezca un tanto improvisado en tan importante evento, si se desea que las cosas no parezcan un tanto chapuceras, o de aficionados.

—Señor Grayson...

—Oh, lo siento, lo siento... Sólo deseaba que pudiera dedicar usted unos segundos a ciertos detalles relativos a la recepción de bienvenida. Finalmente nos hemos decidido por el Jessfield Park. Levantaremos una carpa con un escenario dotado de un sistema de megafonía... Disculpe, ahora llego al punto. Señor Banks, me gustaría discutir con usted su papel en la ceremonia. Nuestro sentir es que ésta debería ser sencilla. Lo que yo tenía en mente era que quizás podría usted decir unas palabras sobre cómo se las ha arreglado para resolver el caso. Qué pistas cruciales le llevaron finalmente hasta sus padres, ese tipo de cosas... Sólo unas palabras. Los

asistentes se sentirán tan encantados... Y pensaba que luego, al final de su parlamento, tal vez ellos quieran aparecer en el escenario y...

—¿Ellos, señor Grayson?

—Sus padres, señor. Mi idea era que quizás a ellos no les importaría salir al escenario, saludar con la mano a la concurrencia, recibir los vítores y aplausos y finalmente retirarse. Pero, por supuesto, no es más que una idea. Estoy seguro de que usted podrá proponer otras excelentes sugerencias...

—No, no, señor Grayson. —De pronto sentí que me invadía un inmenso cansancio. Todo suena espléndido, espléndido. Ahora, si eso es todo, permítame que...

—Sólo una cosa más, señor. Un pequeño detalle; algo que, no obstante, supondría un toque enormemente efectivo si se lleva a cabo como es debido. Mi idea era que en el momento en que sus padres salieran a la plataforma, la banda de música se pondría a tocar algo como... «Tierra de esperanza y gloria». A algunos de mis colegas no les entusiasma mucho la idea, pero a mi juicio...

—Señor Grayson, su idea suena maravillosa. Es más, me siento extremadamente halagado por su total confianza en mi capacidad para resolver este caso. Pero ahora, por favor, si no le importa... Estoy haciendo esperar al señor MacDonald.

—Por supuesto. Bien, muchísimas gracias por dedicarme estos minutos...

Apreté el botón del ascensor, y mientras esperaba de pie ante la puerta Grayson siguió rondando por los alrededores. De hecho le había dado la espalda para entrar en el ascensor en cuanto descendiera, pero de pronto oí que me decía:

—La única cosa que falta y sobre la que me estaba preguntando, señor Banks... ¿Tiene usted alguna idea de dónde se alojarán sus padres el día de la ceremonia? Verá: tenemos que cerciorarnos de que podrán ser trasladados de su alojamiento al parque y viceversa con el mínimo acoso posible por parte de las multitudes.

No recuerdo lo que llegué a decirle a modo de respuesta. Quizás se abrieron las puertas del ascensor en aquel momento y tuve la oportunidad

de zafarme de él sin más que unas meras palabras superficiales. Pero habría de ser esta pregunta la que me volvería una y otra vez a la cabeza durante toda la reunión con MacDonald, y la que, como digo, probablemente más me impidió pensar con claridad sobre el asunto que estábamos tratando. Y esta noche, de nuevo, una vez que las exigencias de la jornada han quedado atrás, compruebo que es la pregunta que retorna de forma recurrente a mi cabeza.

No es que no haya pensado en absoluto en el asunto de dónde habrán de alojarse finalmente mis padres. Sólo que siempre se me ha antojado prematuro —e incluso, quizás, «tentar al destino»— considerar tales cuestiones mientras las grandes complejidades del caso aún están por desentrañar. Supongo que, en el curso de estas últimas semanas, la única ocasión en que he dedicado a esto alguna reflexión fue la noche en que me encontré con Anthony Morgan, mi antiguo compañero de colegio.

Fue no mucho después de mi llegada a Shanghai —mi tercera o cuarta noche. Sabía desde hacía cierto tiempo que Morgan vivía en la ciudad, pero como no habíamos sido especialmente amigos en St Dunstan —pese a haber estado siempre en la misma clase—, no había puesto demasiado empeño en volver a verlo. Pero a la mañana del tercer o cuarto día de mi llegada, como digo, Anthony Morgan me llamó por teléfono. Pude percatarme de que estaba bastante dolido por el hecho de que yo no hubiera hecho nada para vernos, y al final me sorprendí accediendo a quedar citados aquella misma noche en un hotel de la Concesión Francesa.

Cuando lo vi en el salón tenuemente iluminado del hotel hacía ya horas que había anochecido. No lo había visto desde los tiempos del colegio, y me impresionó lo ajado y corpulento que se había vuelto. Pero traté de que mi voz no dejara traslucir tal impresión primera mientras nos saludábamos efusivamente.

—Es curioso —dijo, dándome unas palmaditas en la espalda. Casi parece que fue ayer. Y sin embargo, en ciertos aspectos, es como si hubieran pasado siglos.

—Sí, es cierto.

—¿Sabes? —prosiguió. El otro día recibí una carta de Emeric the Dane. ¿Te acuerdas de Emeric the Dane? ¡Emeric the Dane! ¡No había sabido de él desde hacía años! Ahora vive en Viena, al parecer. El viejo Emeric. ¿Te acuerdas de él?

—Sí, por supuesto —dije, aunque no lograba hacerme más que una idea sumamente vaga de aquel antiguo compañero. El bueno de Emeric.

Durante la siguiente media hora Morgan siguió hablando sin apenas pausas. Había ido a vivir a Hong Kong nada más salir de Oxford, y tras conseguir un empleo en Jardine Matheson se había mudado a Shanghai, donde llevaba ya once años. En un momento dado interrumpió lo que me estaba contando para decir:

—No podrías creer la cantidad de problemas que he estado teniendo con los chóferes desde que empezó el conflicto armado. Al de siempre lo mataron el primer día en que los japoneses empezaron sus bombardeos. Encontré otro, y resultó ser una especie de bandido o algo parecido. Tenía que seguir cumpliendo con sus deberes con la banda, desaparecía cuando menos lo esperabas y jamás podías contar con él cuando necesitabas ir a alguna parte. Una vez me recogió en el American Club con la camisa toda manchada de sangre, aunque deduje enseguida que no era suya. Y ni una palabra para pedirme disculpas (algo muy chino). Fue la gota que colmó el vaso, y lo despedí. Tuve otros dos más que ni siquiera sabían conducir. Uno hasta atropelló a un conductor de *rickshaw*; hirió malamente al pobre diablo. El que tengo ahora no es mucho mejor, así que crucemos los dedos: a ver si es capaz de llevarnos hasta allí sanos y salvos.

No tenía la menor idea de a qué se estaba refiriendo con su último comentario, pues, que yo supiera, no habíamos convenido en ir juntos a ninguna parte. Pero en aquel momento no me apetecía sacarle de su error, y Morgan había pasado rápidamente a hablarme de las carencias de todo tipo del hotel. El salón donde estábamos sentados, por ejemplo, no siempre estaba tan pobremente iluminado; el conflicto armado había interrumpido el suministro de bombillas de la fábrica de Chapei; en otras partes del hotel, los invitados se veían obligados a moverse a oscuras. Luego me explicó que, como mínimo, tres miembros de la orquesta del fondo del salón no tocaban realmente sus instrumentos.

—Porque en realidad son mozos del hotel. Los músicos verdaderos o se han largado de Shanghai o han muerto en las refriegas. Pero los tipos hacen que tocan divinamente, ¿no te parece?

Vi que la simulación era, en realidad, extremadamente deficiente. Uno de los falsos músicos parecía totalmente aburrido con lo que estaba haciendo, y apenas se molestaba en mantener el arco pegado al violín; otro estaba de pie con el clarinete prácticamente olvidado en las manos, y con la boca abierta, admirado ante los músicos reales que tocaban a su lado. Felicité a Morgan por el profundo conocimiento de las cosas del hotel de que hacía gala, y entonces me contó que, de hecho, vivía en él desde hacía más de un mes, pues su apartamento de Hongkew se hallaba demasiado cerca de la zona del conflicto para «poder estar tranquilo». Cuando le susurré unas palabras solidarias por haber tenido que dejar su casa, su ánimo cambió de pronto, y por primera vez en toda la noche vi en él una melancolía que me hizo evocar al chico infeliz y solitario que había conocido en el colegio.

—No era lo que se dice un hogar, tampoco —dijo, mirando el fondo de su cóctel. Sólo yo y unos criados que vinieron y se fueron. Una porquería de sitio, en realidad. En cierto modo ha sido como una excusa; lo del conflicto, me refiero. Me dio una buena razón para marcharme. Era una mierda de apartamento. Todo el mobiliario era chino. No podía sentarme a gusto en ningún sitio. Tuve un pájaro cantor, pero se me murió. Aquí estoy mejor. Puedo tomarme las copas más rápidamente. —Miró el reloj, apuró el vaso y dijo—: Bien, será mejor no hacerles esperar. El coche está fuera.

Había algo en la actitud de Morgan —una especie de despreocupada urgencia— que me hizo difícil plantearle cualquier objeción al respecto. Además, eran mis primeros días en la ciudad, y lo normal era ser invitado a un acto tras otro por diferentes anfitriones. Así, seguí a Morgan al exterior del edificio, y en pocos minutos me vi sentado junto a él en la trasera de su coche, que arrancó y se adentró en las animadas calles nocturnas de la Concesión Francesa.

Casi inmediatamente, el chófer se las arregló para evitar por segundos a un tranvía que venía en dirección contraria. Pensé que ello daría lugar a una nueva disertación de Morgan sobre el problema de los chóferes, pero ahora

mi amigo se había sumido por completo en un ánimo introspectivo, y miraba fija y silenciosamente por la ventanilla las luces de neón y los grandes letreros chinos. Llegado un punto, cuando —en un intento de sonsacarle algo sobre el acto al que se suponía que nos dirigíamos— le pregunté «¿Crees que vamos ya un poco retrasados?», él miró el reloj y respondió distraídamente:

—Te han estado esperando mucho tiempo: no creo que les importe esperar unos minutos más. —Y a continuación añadió—: Esto tiene que resultarte tan extraño.

A partir de entonces, durante un rato, el coche avanzó en la noche y ambos hablamos muy poco. En un momento dado, enfilamos una calle lateral cuyas aceras se hallaban atestadas de figuras hechas un ovillo. A la luz de las farolas, las vi sentadas, en cuclillas, acurrucadas, dormidas, apretadas unas contra otras, de forma que apenas quedaba espacio en mitad de la calzada para que circularan los vehículos. Era gente de todas las edades —incluso bebés en brazos de sus madres—, con todas sus pertenencias esparcidas por el suelo: bultos harapientos, jaulas de pájaros, alguna que otra carretilla con las posesiones terrenales de su dueño. Yo me había acostumbrado ya a ver tales estampas, pero aquella noche lo miraba todo desde el coche lleno de consternación. Las caras eran en su mayoría chinas, pero al aproximarnos al otro extremo de la calle vi también grupos de niños europeos (que supuse rusos).

—Refugiados del norte del canal —dijo Morgan en tono anodino, y miró para otro lado. Pese a ser él mismo un «refugiado», no parecía sentir mucha empatía por los más desfavorecidos de sus semejantes. Incluso cuando me pareció que habíamos atropellado al pasar a una de las figuras yacentes, y miré hacia atrás con sobresalto, mi amigo se limitó a mascullar —: No te preocupes. No habrá sido más que un bulto abandonado en la calzada.

Luego, al cabo de unos minutos de silencio, su risa me hizo dar un respingo.

—Los tiempos del colegio... —dijo. Todo te vuelve a la memoria. No fueron tan malos, supongo.

Lo miré, y advertí que sus ojos se habían llenado de lágrimas. Luego dijo:

—¿Sabes?, deberíamos haber hecho una piña. Los dos desdichados solitarios. Eso es lo que tendríamos que haber hecho. Tú y yo. Deberíamos haber hecho un frente común. No sé por qué no lo hicimos. No nos habríamos sentido tan abandonados, tan fuera de las cosas.

Me volví hacia él, asombrado. Pero su cara, a la luz cambiante de la calle, me hizo ver que se hallaba en algún otro lugar, muy lejos.

Como ya he dicho, había llegado a recordar con cierta nitidez que Anthony Morgan no había sido sino un «pobre solitario» en el colegio. No es que hubiera sido especial víctima de los matones u objeto de las bromas del resto de sus compañeros. Más bien, según yo lo recuerdo, había sido el propio Morgan quien desde los primeros cursos había adoptado tal papel. Era él quien siempre prefería caminar a unos metros del grupo; quien, en los días luminosos del verano, se negaba a unirse a la diversión común; quien, en lugar de ello, prefería refugiarse en la soledad de una sala haciendo garabatos en el cuaderno. Lo recuerdo con nitidez. De hecho, en cuanto lo vi en el hotel aquella noche, a la mortecina luz del salón, lo que me vino instantáneamente a la cabeza fue una imagen de su taciturna y solitaria figura caminando detrás del resto de nosotros mientras cruzábamos el rectángulo entre el aula de arte y los claustros. Pero su afirmación de que también yo había sido un «pobre solitario», alguien con quien él hubiera podido hacer pareja solidaria, era tan asombrosa que me llevó unos minutos entender que no era más que un mero espejismo por su parte —con toda probabilidad, algo que había concebido muchos años atrás para hacer más soportables los recuerdos de unos años infelices. Pero es algo que no se me ocurrió en aquel momento, como ya he dicho, y al pensar ahora en ello veo que quizás me faltó un poco de sensibilidad en mi respuesta. Porque recuerdo haber dicho algo como lo siguiente:

—Debes de confundirme con otro, amigo mío. Yo siempre anduve metido en todos los fregados. Me atrevería a decir que estás pensando en Bigglesworth. En Adrián Bigglesworth. El sí era lo que podíamos llamar un solitario.

—¿Bigglesworth? —Morgan se quedó pensativo unos instantes, y luego negó con la cabeza. Recuerdo a ese tipo. ¿No era bajo y fuerte, con orejas de soplillo? El bueno de Bigglesworth. Vaya, vaya. Pero no, no pensaba en él.

—Bueno, pero en cualquier caso no era yo, amigo mío.

—Extraordinario.

Sacudió la cabeza de nuevo, y se volvió hacia su ventanilla.

También yo me volví hacia la mía, y durante los minutos siguientes miré las calles nocturnas. Volvíamos a atravesar una zona de diversión muy concurrida, y observé las caras de las gentes por si llegaba a divisar la de Akira. Luego llegamos a una zona residencial llena de árboles y setos, y poco después el chófer se detuvo en el interior de una gran casa.

Morgan se bajó apresuradamente del coche. Me apeé yo también —el chófer no hizo el menor ademán de ayudarnos—, y seguí a mi amigo por un sendero de grava que bordeaba un costado de la casa. Supongo que yo esperaba alguna especie de gran bienvenida, pero enseguida caí en la cuenta de que me había equivocado. La casa estaba casi toda a oscuras, y, aparte de nuestro coche, sólo había otro aparcado en la explanada delantera.

Morgan, que obviamente conocía bien la casa, me condujo hasta una puerta lateral flanqueada por altos arbustos. La abrió sin llamar y me invitó a entrar.

Pasamos a un espacioso vestíbulo iluminado con velas. Miré ante mí y pude distinguir varios pergaminos de aire mohoso, unos enormes jarrones de porcelana, una cómoda laqueada. El olor del aire —a incienso y a excremento animal— era extrañamente reconfortante.

No había ni rastro de criados o anfitriones. Mi amigo siguió de pie frente a mí, sin decir una palabra. Al poco se me ocurrió que esperaba que le hiciera algún comentario sobre el lugar adonde habíamos llegado, así que dije:

—Sé poco de arte chino. Pero hasta un profano como yo es capaz de darse cuenta de que estamos rodeados de algunas piezas bastante valiosas.

Morgan se quedó mirándome con asombro. Luego se encogió de hombros y dijo:

—Supongo que tienes razón. Bien, entremos.

Me guió por el interior de la casa. Durante un trecho anduvimos a oscuras; luego empecé a oír voces que hablaban en mandarín, y vi luz en una puerta tapada por una cortina de cordeles con cuentas. Pasamos a través de ella, dejamos atrás otro juego de cortinas y pasamos a una sala grande y cálida iluminada con velas y farolillos.

¿Qué recuerdo ahora del resto de aquella velada? Todo se ha hecho un poco vago en mi memoria, pero trataré de reconstruirla trozo a trozo lo mejor que pueda. Mi primer pensamiento al entrar en aquélla sala fue que habíamos interrumpido una especie de celebración familiar. Vi una mesa repleta de comida y, sentadas en torno a ella, a ocho o nueve personas. Todas chinas. Los más jóvenes —dos hombres veinteañeros— vestían traje occidental, pero los demás llevaban atuendo tradicional chino. Una anciana dama, sentada a un extremo de la mesa, comía ayudada por un sirviente. Un caballero de avanzada edad —de complexión sorprendentemente alta y ancha para un oriental—, a quien tomé enseguida por el cabeza de familia, se levantó en cuanto nos vio entrar, y el resto de los varones no tardó en seguir su ejemplo. Pero en este punto mi recuerdo de esta gente se hace un tanto desvaído, porque fue la sala misma la que empezó a llamarme rápida y poderosamente la atención.

El techo era alto y con vigas. Más allá de los comensales, al fondo, había una especie de galería, de cuya barandilla pendía un par de farolillos de papel. Era esa parte de la sala la que había atraído especialmente mi atención. Seguí con la mirada fija en ella y apenas escuché las palabras de bienvenida que nos dirigía nuestro anfitrión. Porque poco a poco iba cayendo en la cuenta de que la mitad trasera de la sala en la que en aquel momento me encontraba era, de hecho, el vestíbulo de nuestra vieja casa de Shanghai.

Como es lógico, había pasado por un proceso de grandes reestructuraciones a lo largo de los años. No pude, por ejemplo, explicarme cómo las zonas que acabábamos de atravesar Morgan y yo podían llegar a dar al vestíbulo de nuestra casa. Pero la galería del fondo correspondía claramente al balcón que hubo en lo alto de nuestra gran escalera curva.

Me adelanté unos pasos, y probablemente me quedé allí quieto durante un rato contemplando la galería, rastreando con la mirada el trazo que un

día había seguido nuestra escalera. Y al hacerlo sentí que afloraba a mi conciencia un viejo recuerdo: en cierto período de mi niñez tuve la costumbre de bajar a toda velocidad la larga escalera curva, y, al llegar casi al final, saltar desde los dos o tres escalones últimos —normalmente agitando los brazos en el aire— para ir a «aterrizar» en las honduras del diván situado más o menos enfrente. Mi padre, siempre que me veía hacerlo, se reía; pero mi madre y Mei Li lo desaprobaban. Hasta el punto de que mi madre —que jamás pudo explicarme exactamente por qué no estaba bien hacerlo— me amenazaba con quitar el diván de su sitio si persistía en esa práctica. Más tarde, cuando ya tuve ocho años, intenté repetir la hazaña después de meses sin hacerlo, y descubrí que el diván ya no podía recibir impunemente el impacto de mi peso. Un extremo del armazón se hundió por completo y acabé en el suelo, sumido en un absoluto desconcierto. Recuerdo que al instante siguiente, sin embargo, mi madre bajó corriendo las escaleras y llegó hasta el diván, y yo me preparaba para el más virulento de los rapapolvos cuando ella, con su figura erguida sobre mi cuerpo caído, rompió a reír a carcajadas.

—Mírate la cara, Puffin —exclamó. Si pudieras verte la cara...

Yo no me había hecho ningún daño, pero cuando vi que mi madre seguía riéndose —y quizás temeroso, pese a ello, de que pudiera acabar ganándome una regañina—, empecé a simular que me dolía terriblemente el tobillo. Mi madre, entonces, dejó de reírse y me asistió con la mayor de las solitudes. Recuerdo que me hizo andar una y otra vez, muy despacio, alrededor del vestíbulo, con un brazo sobre mi hombro, mientras me decía:

—Así, muy bien. Ya estás mejor, ¿no es cierto? Se te pasará andando. Muy bien. No es nada.

No me reprendió, pues, por mi travesura, y unos días después vi que el diván había sido reparado. Y aunque seguí saltando a menudo desde los dos o tres últimos escalones, ya nunca volví a intentar aterrizar sobre el diván.

Di unos cuantos pasos por la sala tratando de localizar el punto exacto donde el diván estuvo ubicado entonces, y al hacerlo caí en la cuenta de que apenas lograba evocar una imagen desvaída de cómo había sido aquel diván si bien podía recordar vívidamente el tacto sedoso de su tapicería.

Al final tomé conciencia de la presencia de los demás en la sala, y del hecho de que todos me miraban sonriendo amablemente. Morgan y el viejo chino habían estado hablando entre ellos en voz baja. Al ver que me volvía, Morgan dio un paso hacia adelante, se aclaró la garganta y empezó a hacer las presentaciones.

Era evidente su amistad con la familia; fue diciendo todos los nombres sin ninguna vacilación, y al hacerlo, cada miembro me dirigía una pequeña inclinación de cabeza y una sonrisa, con las manos levemente juntas. Sólo la anciana dama del extremo de la mesa, a quien Morgan presentó con extrema deferencia, siguió mirándome impasible. La familia se apellidaba Lin —no recuerdo ninguno de sus nombres de pila—, y fue el propio señor Lin, el anciano cabeza de familia de anchos hombros, quien en adelante tomó las riendas de la situación.

—Espero, buen señor —dijo en un inglés teñido de un ligerísimo acento—, que el volver a este lugar despierte en usted un cálido sentimiento.

—En efecto, me lo despierta. —Solté una pequeña risa. Sí. Y al mismo tiempo es un tanto extraño.

—Es natural que así sea —dijo el señor Lin. Ahora, por favor, póngase cómodo. El señor Morgan me dice que usted ya ha cenado. Pero, como ve, hemos preparado cena para usted. No sabíamos si le gustaba la comida china. Así que hemos tomado «prestado» al cocinero de nuestro vecino inglés.

—Pero puede que el señor Banks no tenga hambre.

Había hablado uno de los hombres jóvenes con traje occidental. Luego, volviéndose hacia mí, añadió:

—Mi abuelo es un anticuado. Se ofende mucho si un invitado no acepta hasta el último detalle de su hospitalidad. —El hombre joven sonrió abiertamente al hombre anciano. Por favor, no permita que lo intimide, señor Banks.

—Mi nieto cree que soy un chino anticuado —dijo el señor Lin, acercándose hacia mí y sin dejar de sonreír en ningún momento. Pero la verdad es que he nacido y me he criado en Shanghai, aquí, en la Colonia Internacional. Mis padres se vieron obligados a huir de las fuerzas de la Emperatriz Viuda, y se refugiaron aquí, en la ciudad de los forasteros. Y he

llegado a ser un habitante de Shanghai de pies a cabeza. Mi nieto no tiene la menor idea de cómo es la vida en la China de verdad. ¡Me considera a mí anticuado! No le haga ningún caso, señor mío. En esta casa no hay por qué preocuparse por el protocolo. Si no le apetece comer, no coma. Definitivamente no voy a intimidarle.

—Pero son todos ustedes tan amables... —dije, quizás un tanto distraídamente, porque lo cierto es que seguía tratando de hacerme una idea de cómo había sido transformado el edificio.

Entonces, repentinamente, la anciana dama dijo algo en mandarín. El hombre joven que se había dirigido a mí hacía escasos minutos dijo:

—Mi abuela dice que pensaba que nunca vendría. Ha sido una espera tan larga. Pero ahora ya le ha visto, y se siente muy feliz de tenerle aquí.

Antes incluso de que hubiera terminado de traducir lo que había dicho la anciana, ésta volvió a hablar. Esta vez, cuando hubo terminado, el hombre joven se quedó callado unos instantes. Miró a su abuelo como en busca de consejo, y al cabo pareció haber tomado una decisión.

—Debe usted disculpar a la abuela —dijo. A veces es un poquito excéntrica.

La anciana dama china, acaso entendiendo lo que su nieto había dicho en inglés, hizo un gesto impaciente para que me tradujeran lo que había dicho antes. El hombre joven, finalmente, suspiró y dijo:

—Mi abuela dice que, hasta que ha venido usted esta noche, le guardaba a usted rencor. Es decir, estaba furiosa porque usted pensaba quitarnos nuestra casa.

Miré al hombre joven, completamente perplejo, pero la anciana había vuelto a hablar.

—Dice que durante mucho tiempo —tradujo el nieto— confió en que usted se mantuviera lejos. Porque ella creía que ahora esta casa pertenecía a nuestra familia. Pero esta noche, al verle en persona, al ver la emoción en sus ojos, es capaz de comprender. Ahora siente en su corazón que el acuerdo es correcto.

—¿El acuerdo? Pero qué...

Dejé que las palabras murieran en mis labios. Porque, pese a mi perplejidad, mientras el hombre joven había estado traduciendo las palabras

de su abuela, yo había empezado a detectar cierto vago recuerdo relativo a un acuerdo que tenía que ver con la vieja casa y mi eventual regreso a ella. Pero, como digo, mi memoria al respecto era hartó nebulosa, e intuí que iniciar una discusión sobre el particular no haría sino causarme un terrible embarazo. De todos modos, el señor Lin tomó en aquel momento la palabra:

—Me temo que todos estamos siendo enormemente desconsiderados con el señor Banks. Henos aquí, haciéndole hablar, cuando lo que en realidad anhela es recorrer y mirar su casa una vez más. —Entonces, volviéndose a mí con una amable sonrisa, dijo—: Venga conmigo, señor mío. Ya tendrá tiempo luego de charlar con los demás. Venga por aquí y le enseñaré la casa.

Durante los minutos que siguieron fui en pos del señor Lin por todo el edificio. Pese a su edad, mi anfitrión no parecía padecer ningún achaque; aunque despacio, movía su corpulencia con regularidad tenaz, sin apenas detenerse para recuperar el resuello. Seguí su ropón oscuro y sus susurrantes zapatillas, y subimos y bajamos estrechas escaleras, y recorrimos pasillos iluminados apenas por un simple farolillo. Me guió por partes desnudas y llenas de telarañas, pasamos junto a ordenados montones de cajones de vino de arroz. En otras partes, la casa se convertía en suntuosa; había bellas mamparas y tapices de pared y juegos de porcelanas dentro de hornacinas. De vez en cuando el anciano abría una puerta y se apartaba para dejarme pasar. Entré en varios tipos de habitaciones, pero — durante un largo rato, al menos— no logré ver nada que me resultara familiar.

Finalmente entré por una puerta y sentí que algo tiraba con fuerza de mi memoria. Me llevó varios segundos, pero por fin, con una oleada de emoción, reconocí nuestra vieja «biblioteca». Había sido drásticamente remozada: el techo era mucho más alto, una de las paredes había sido tirada para conseguir que el recinto tuviera forma de L. Y donde un día hubo unas puertas dobles que daban al comedor había ahora un tabique contra el que se apilaban más montones de cajas de vino de arroz. Pero era, indiscutiblemente, la misma sala donde de niño casi siempre hacía mis deberes escolares.

Me adentré más en la biblioteca, mirándolo todo a mi alrededor. Al poco advertí que el señor Lin me estaba mirando, y le dirigí una sonrisa tímida. Y él dijo:

—Sin duda han cambiado muchas cosas. Por favor, acepte mis disculpas. Pero debe entender que, en dieciocho años, que es el tiempo que llevamos viviendo aquí, se han hecho inevitables algunas transformaciones para hacer frente a las nuevas necesidades de mi familia y mis negocios. Y me doy cuenta también de que los anteriores moradores, y los que les precedieron, realizaron asimismo importantes remodelaciones. Qué lástima, mi buen señor. Pero supongo que muy pocos pudieron prever que un día usted y sus padres...

Dejó la frase en suspenso, quizás porque pensó que no le estaba escuchando, quizás porque, como la mayoría de los chinos, se sentía incómodo al pedir disculpas. Seguí mirando a mi alrededor un largo rato, y al final le pregunté:

—¿Así que esta casa ya no pertenece a Morganbrook and Byatt?

Pareció quedarse perplejo, y se echó a reír.

—Señor, yo soy el propietario de esta casa.

Vi que le había insultado, y dije apresuradamente:

—Sí, por supuesto. Le ruego me perdone.

—No se preocupe, mi buen señor... —La sonrisa cordial había vuelto a sus labios. No era una pregunta fuera de lugar. Después de todo, cuando usted y sus amados padres vivían aquí, tal era sin duda la situación. Pero creo que ésta ha cambiado hace mucho tiempo. Mi buen señor, si usted llegara a hacerse idea de lo mucho que Shanghai ha cambiado desde entonces... Todo, absolutamente todo ha ido cambiando una y otra vez. Todo esto —dijo con un suspiro, señalando con un gesto lo que había a nuestro alrededor— no son sino cambios mínimos comparados con los experimentados por Shanghai. Hay partes de esta ciudad que en un tiempo conocí tan bien..., lugares que solía recorrer todos los días y a los que si se me ocurriera ir hoy no sabría qué camino tomar para orientarme. Cambios, continuos cambios. Y ahora los japoneses; también ellos quieren hacer sus propios cambios. Puede que aún nos esperen terribles cambios que quizás acaben por superarnos. Pero uno no debe ser pesimista...

Por espacio de un instante, ambos permanecemos allí de pie, en silencio, mirando a nuestro alrededor. Luego él dijo con voz calma:

—Mi familia, por supuesto, se pondrá triste al dejar esta casa. Mi padre murió aquí. Aquí han nacido dos nietos. Pero cuando mi esposa ha hablado antes (y debe usted disculpar su franqueza, señor Banks), lo ha hecho en nombre de todos. Consideraremos un gran honor y un privilegio devolverle esta casa a usted y a sus padres. Ahora, mi buen señor, si le parece, continuemos.

Creo que poco después subimos una escalera enmoquetada —que ciertamente no existía en mi infancia— y llegamos a un dormitorio lujosamente restaurado. Había ricas telas y farolillos que proyectaban un resplandor rojizo.

—La habitación de mi esposa —dijo el señor Lin.

Pude ver que era una especie de santuario, un íntimo y acogedor *boudoir* donde la anciana dama probablemente se pasaba la mayor parte del día. A la cálida luz del farolillo, vi una mesita de juego sobre la que se veían cartas dispuestas como en diferentes partidas no finalizadas, un escritorio con una columna de diminutos cajones con borlas doradas en uno de sus costados, una gran cama con dosel de varios velos. En otros puntos de la alcoba vi otros ricos ornamentos y varios objetos de entretenimiento cuya exacta finalidad no sabría precisar.

—A la señora debe de gustarle mucho esta habitación —dije luego. Veo que aquí tiene su mundo.

—Es ideal para ella. Pero no debe usted preocuparse por su bienestar, mi buen señor. Le encontraremos otra habitación que le llegará a gustar tanto como ésta.

Sus palabras estaban destinadas a tranquilizarme, pero percibí en su voz una especie de fragilidad nueva. Se adentró unos pasos más en el dormitorio de su esposa, y fue hasta el tocador, donde se quedó como absorto en la contemplación de un pequeño objeto (tal vez un broche). Al cabo de unos segundos, dijo con voz suave:

—Cuando era más joven era muy bella. La flor más hermosa, mi buen señor. No puede usted hacerse idea. A este respecto, en mi corazón, soy como un occidental. Nunca he querido otra esposa más que ésta. Una esposa es suficiente. Por supuesto he tomado otras; soy chino, después de todo, por mucho que haya vivido toda mi vida en la ciudad de los

extranjeros. Me vi obligado a tomar otras esposas. Pero ésta es la que de verdad me importa. Las otras ya han desaparecido, y ella ha permanecido. Echo de menos a las otras, pero en mi corazón estoy feliz de que a nuestra avanzada edad hayamos vuelto a quedarnos solos. —Durante unos instantes pareció olvidarse de mi presencia. Luego se volvió hacia mí y dijo—: Este dormitorio. Me pregunto qué uso irán a darle ustedes. Perdóneme: ha sido una impertinencia. Pero ¿piensa que la destinará a su propia buena esposa? Claro que soy consciente de que muchos extranjeros, por pudientes que sean, esposo y esposa comparten la misma alcoba. Me pregunto, por tanto, si la destinará usted a dormitorio de matrimonio. Mi curiosidad, me doy cuenta, es de lo más impertinente. Pero este cuarto es muy especial para mí. Y tengo la esperanza de que recibirá un uso idénticamente especial.

—Sí... —Miré de nuevo en torno, detenidamente. Y luego dije—: Quizás mi esposa no... Mi esposa..., verá usted, para serle franco... —Caí en la cuenta de que al pensar en una esposa me vino a la cabeza la imagen de Sarah. Tratando de ocultar mi embarazo, añadí con rapidez—: Lo que quiero decirle, señor, es que aún no estoy casado. No tengo esposa. Pero creo que este cuarto le vendrá a las mil maravillas a mi madre.

—Oh, sí. Después de todos los infortunios que ha tenido que padecer, este dormitorio será ideal para ella. ¿Y su padre? Me pregunto si la compartirá con él a la manera occidental. Por favor, perdóneme de nuevo esta crasa intromisión.

—No es ninguna intromisión, señor Lin. Después de todo, al dejarme entrar aquí ha sido usted quien me ha permitido en gran medida compartir su intimidad. Tiene usted todo el derecho a hacerme esas preguntas. Sólo que todo está siendo tan repentino... que aún no he tenido tiempo de hacer planes al respecto.

Guardé silencio y volví a estudiar la habitación. Luego, al cabo de un momento, dije:

—Señor Lin, me temo que lo que voy a decirle pueda disgustarle. Pero ha sido usted más franco y generoso de lo que yo jamás hubiera osado esperar, y siento que merece una sinceridad recíproca. Usted mismo ha mencionado hace un momento cuán inevitable es que una casa experimente cambios con el cambio de sus moradores. Bien, señor, por queridas que

estas habitaciones sean para usted y su familia, me temo que una vez que mi familia vuelva a vivir en esta casa, procederemos a llevar a cabo los cambios que estimemos oportunos. También este dormitorio, me temo, habrá de cambiar hasta quedar irreconocible.

El señor Lin cerró los ojos, y se hizo un pesado silencio. Me pregunté si se pondría furioso, y por espacio de un segundo lamenté haber sido tan sincero. Pero luego, cuando volvió a abrir los ojos, me estaba mirando con expresión amable.

—Por supuesto —dijo. Es completamente natural. Querrá restaurar la casa para dejarla como era cuando vivió en ella de niño. Es completamente natural. Mi buen señor, lo entiendo perfectamente.

Pensé en ello un instante, y dije:

—Bien, en realidad, señor Lin, quizás no logremos dejarla exactamente como era entonces. Para empezar, como yo la recuerdo, había muchas cosas de las que no estábamos muy contentos. Mi madre, por ejemplo, nunca tuvo su propio estudio. Con todo el trabajo que le daba la campaña, el pequeño escritorio que tenía en su dormitorio nunca fue lo más adecuado. Mi padre también quería un pequeño taller para sus trabajos de carpintería. Lo que quiero decir es que no es necesario volver hacia atrás las manecillas del reloj por el mero placer de hacerlo.

—Lo que dice es muy sensato, señor Banks. Y aunque aún no haya tomado usted una esposa, quizás pronto llegue el día en que deba considerar la necesidad de una esposa y unos hijos.

—Es muy posible, señor. Desgraciadamente, en el momento actual, el asunto de una esposa, en mi caso, pese a las costumbres occidentales...

De pronto me sentí muy confuso y callé. Pero el anciano, sabiamente, asintió con la cabeza y dijo:

—Por supuesto, en materias del corazón las cosas nunca son sencillas. —Luego me preguntó—: ¿Desea usted tener hijos, buen señor? Me pregunto cuántos le gustaría tener.

—De hecho, tengo ya uno. Una jovencita. Aunque en realidad no es mi hija biológica. Era huérfana y ahora está a mi cuidado. Y la cuido y educo como a una hija.

No había pensado en Jennifer durante un tiempo, y al mencionarla en aquel momento, tan inesperadamente, hizo que un sentimiento muy intenso me anegara por completo. Las imágenes de Jenny pasaron una tras otra por mi cabeza. Pensé en ella en el colegio, y me pregunté cómo estaría, qué habría estado haciendo aquel día preciso.

Tal vez aparté la cara para ocultar mis emociones. En todo caso, cuando volví a mirarle, el señor Lin asentía de nuevo con la cabeza.

—Nosotros los chinos estamos habituados a ese tipo de arreglos familiares —dijo. La sangre es importante, pero también lo es el hogar. Mi padre tomó a su cuidado a una chiquilla huérfana, que creció con nosotros como si fuera nuestra hermana. Yo la consideraba como tal, aunque siempre supe cuáles eran sus orígenes. Cuando murió, en la epidemia de cólera que se declaró cuando yo aún era un hombre joven, sentí el mismo dolor que cuando murieron mis hermanas biológicas.

—Si me permite decirlo, señor Lin, es un gran placer hablar con usted. Es raro encontrar a alguien tan inmediatamente comprensivo.

Me dirigió una pequeña inclinación de cabeza y juntó ante sí las yemas de los dedos.

—Cuando uno ha vivido tanto como yo, y ha pasado por las agitaciones de estos años, conoce muchas alegrías y tristezas. Espero que su hija adoptiva sea feliz aquí. Me pregunto cuál de las habitaciones le asignará usted. ¡Pero, desde luego, permíteme! Como ya me ha dicho, hará los cambios pertinentes.

—De hecho, uno de los cuartos que hemos visto antes sería ideal para Jennifer. El de la pequeña repisa de madera que va de un lado a otro de la pared.

—¿Le gustan ese tipo de repisas?

—Sí. Para poner sus cosas. Y también hay otra persona a quien alojaré en esta casa. Supongo que oficialmente era una especie de sirviente, pero en nuestra familia siempre fue mucho más que eso. Su nombre es Mei Li.

—¿Era acaso su *amah*, buen señor?

Asentí con la cabeza.

—Ahora será mucho más vieja, y estoy seguro de que sabrá apreciar el descanso en su vejez. Los niños pueden ser muy agotadores y exigentes.

Siempre tuve la intención de que, cuando llegara a ser anciana, siguiera viviendo en esta casa con nosotros.

—Es muy delicado de su parte. Uno está tan acostumbrado a oír que las familias extranjeras despiden al *amah* en cuanto los niños que están a su cargo crecen... Esas mujeres, a menudo, acaban sus días pidiendo por las calles.

Solté una risita.

—Eso difícilmente podría pasarle a Mei Li. De hecho, la sola idea es completamente absurda. En cualquier caso, como digo, vivirá aquí con nosotros. En cuanto la tarea que he de cumplir sea llevada a buen término, dedicaré mi afán a buscarla. No creo que sea muy difícil dar con ella.

—Y dígame, buen señor, ¿le dará usted una habitación en las dependencias de la servidumbre o vivirá con la familia?

—Vivirá con la familia, por supuesto. Mis padres quizás no lo verían con demasiado buenos ojos, pero, en fin, ahora soy yo el cabeza de familia.

El señor Lin sonrió.

—De acuerdo con sus costumbres, será como usted dice. Entre nosotros los chinos, felizmente para mí, a los viejos se les permite seguir dirigiendo la casa hasta bien entrados sus años decrepitos.

El anciano rió entre dientes y se volvió hacia la puerta. Estaba a punto de seguirle, pero en ese preciso instante —de forma harto inesperada y muy vividamente— sentí que volvía a mí otro recuerdo. He pensado en ello desde entonces, y no tengo la menor idea de por qué fue ese recuerdo y no otro. Tenía seis o siete años, y mi madre y yo estábamos haciendo una carrera por una pradera de césped. No sé dónde era exactamente; supongo que estábamos en alguno de los parques de la ciudad —quizás el Jessfield—, porque me acuerdo de que a un costado de donde corríamos había un valla enrejada, cubierta de flores y plantas trepadoras. Era un día caluroso, pero no especialmente soleado. Yo había retado impulsivamente a mi madre a una carrera hasta algún punto no demasiado alejado, con intención de mostrarle mis progresos como velocista. Había dado por supuesto que la ganaría fácilmente, y que luego ella expresaría, en su forma de siempre, su regocijada sorpresa ante las últimas manifestaciones de mi destreza progresiva. Pero —para mi contrariedad— ella se había mantenido a mi

ritmo durante todo el trayecto, sin dejar de reír, mientras yo forzaba el paso a toda potencia. No recuerdo con certeza quién resultó «ganador», pero todavía recuerdo mi furia contra ella y mi sensación de haber sido objeto de una gran injusticia. Y tal fue el incidente que me vino a la cabeza aquella noche, en la acogedora y recoleta atmósfera del dormitorio de la señora Lin. O más bien un fragmento de él: el recuerdo de haber corrido contra el viento con toda mi fuerza; de mi madre, corriendo al lado; del crujiente rozar de su falda; de mi frustración creciente...

—Señor —le dije a mi anfitrión. Me pregunto si puedo pedirle algo. Dice que ha vivido siempre en la Colonia. Me pregunto si en aquel tiempo llegó usted a conocer a mi madre.

—Jamás tuve la fortuna de conocerla personalmente —dijo el señor Lin. Pero, claro, supe de ella, y de su gran campaña. La admiraba mucho. Como toda la gente decente. Estoy seguro de que es una dama espléndida. Y he oído, además, que es muy bella.

—Supongo que sí, que lo es. Uno nunca piensa si su madre es o no bella.

—Oh, he oído decir que es la inglesa más bella de Shanghai.

—Supongo que sí, que es cierto. Pero ahora debe de haber envejecido, por supuesto.

—Ciertos tipos de belleza nunca se marchitan. Mi esposa —señaló el dormitorio con un gesto— sigue siendo para mí tan bella como el día en que me casé con ella.

De pronto, cuando dijo esto, tuve la sensación de estar entrometiéndome, y esta vez fui yo quien inicié el ademán primero de marcharme.

No recuerdo mucho más de mi visita a la casa de los Lin aquella noche. Puede que estuviéramos otra hora charlando y comiendo alrededor de la mesa, con toda la familia. En cualquier caso, sé que me despedí de los Lin en los mejores términos. Fue durante el trayecto de vuelta, sin embargo, cuando Morgan y yo tuvimos una disputa.

Fue culpa mía, probablemente. Estaba cansado y algo alterado. Llevábamos un buen rato en el coche, en medio de la noche, en silencio, y mi mente quizás había empezado a darle vueltas a la inmensa tarea que me esperaba. Porque recuerdo que le dije a Morgan, sin venir demasiado a cuento:

—Mira, llevas aquí ya varios años. Dime, ¿has llegado a conocer al inspector Kung?

—¿El inspector Kung? ¿Un policía o algo parecido?

—Cuando viví aquí de niño, el inspector Kung era una especie de leyenda. De hecho, fue el funcionario policial originalmente encargado del caso de mis padres.

Para mi sorpresa, oí que Morgan, a mi lado, soltaba una risotada. Y luego dijo:

—¿Kung? ¿Kung *el Viejo*? Sí, por supuesto, era inspector de policía. Bien, entonces no es extraño que no se llegara a nada en aquel caso.

Su tono me dejó desconcertado, y le dije fríamente:

—En aquel tiempo, el inspector Kung era el más venerado detective de Shanghai, si no de toda China.

—Bien, pues sigue teniendo cierta fama, te lo aseguro. Kung *el Viejo*... Es increíble.

—Me alegra saber que sigue en la ciudad. ¿Tienes alguna idea de dónde puedo encontrarlo?

—Lo mejor que puedes hacer es darte una vuelta por Frenchtown cualquier día después del anochecer. Te topará con él tarde o temprano. Normalmente te lo encuentras tirado en la acera, entre otros bultos humanos. O, si le han dejado entrar en algún bar de mala muerte, en un rincón oscuro, roncando.

—¿Intentas decirme que el inspector Kung se ha vuelto un borracho?

—Bebida. Opio. Lo normal en los chinos. Pero él es todo un personaje. Cuenta historias de sus días de gloria y la gente le da unas monedas.

—Creo que estás hablándome de otro hombre, amigo mío.

—No lo creo, muchacho. Kung *el Viejo*. ¿Así que fue realmente policía? Yo siempre pensé que era otra invención suya. La mayoría de sus historias son absurdas. ¿Qué te pasa, amigo mío?

—Lo malo de ti, Morgan, es que no haces más que confundir las cosas. Primero me mezclas a mí con Bigglesworth. Ahora confundes al inspector Kung con no sé qué pobre vagabundo. El vivir aquí te ha ablandado la cabeza, querido.

—Escucha un momento y cierra el pico. Lo que te estoy diciendo puede decírtelo cualquiera a quien te molestes en preguntárselo. Y me ha ofendido tu comentario. No tengo la cabeza nada blanda.

Para cuando me dejó en el Cathay, debíamos de haber vuelto a unos términos ligeramente más civilizados, pero al despedirnos ambos estuvimos fríos. No he vuelto a ver a Morgan desde entonces. En cuanto al inspector Kung, a partir de aquella noche me propuse buscarlo sin dilación alguna, pero por una u otra razón —quizás temía que Morgan pudiera haber dado en el clavo— no lo he considerado una de mis prioridades; al menos hasta ayer, cuando examinando los archivos de la policía di con el nombre del inspector de la forma más dramática.

Esta mañana, al mencionar de pasada el nombre de Kung a MacDonald, su reacción no ha sido muy distinta de la de Morgan la otra noche, y sospecho que ha sido otra de las razones de mi impaciencia al encararnos en su pequeño despacho mal ventilado y con vistas a los terrenos del consulado. De todas formas, sé que con un poco más de esfuerzo por mi parte habría sacado bastante más en limpio de esta entrevista. Mi error crucial de esta mañana ha sido permitirle que me incitara a perder los nervios. En un momento dado, me temo, he llegado prácticamente a hablarle a gritos.

—¡Señor MacDonald, sencillamente no basta con dejar las cosas al albur de lo que usted insiste en llamar mis «poderes»! ¡No tengo tales poderes! Soy un simple mortal, y no puedo alcanzar mis metas si no se me facilita una asistencia básica que me permita llevar a cabo mi trabajo. No le he pedido gran cosa, señor. ¡Casi nada, para ser exactos! Y lo que le he pedido se lo he expuesto con claridad. Deseo hablar con ese confidente comunista. Sólo necesito hablar con él; me bastará con una breve entrevista. Le hice esta petición en los términos más claros. No logro entender por qué no se han realizado ya las gestiones oportunas. ¿Qué es lo que pasa, señor? ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que se lo está impidiendo?

—Escuche un momento, amigo mío. Éste no es un asunto de mi competencia. Si lo desea, haré que el propio inspector jefe de la policía vaya a verle a su hotel. Pero tiene que tener en cuenta que, aun así, no puedo asegurarle que logre usted lo que desea. No son ellos los que tienen a la Serpiente Amarilla.

—Soy cabalmente consciente de que es el gobierno chino quien tiene bajo su protección a la Serpiente Amarilla. Por eso acudo a usted y no a la policía. Me doy perfecta cuenta de que la policía poco tiene que ver con cuestiones de tal envergadura.

—Veré lo que puedo hacer, amigo mío. Pero debe entender que ésta es la Colonia Británica. No podemos ir dando órdenes a las autoridades chinas. Pero hablaré con alguien en el departamento apropiado. No apueste, sin embargo, por una rápida respuesta. Chiang Kai-shek ha tenido confidentes antes, pero jamás ninguno con tan extenso conocimiento de las redes rojas. Chiang perdería un buen puñado de batallas contra los japoneses antes de permitir que le suceda algo a la Serpiente Amarilla. En lo que a Chiang respecta, ¿sabe?, el enemigo no son los japoneses sino los comunistas.

Dejé escapar un ruidoso suspiro.

—Señor MacDonald, no me importa Chiang Kai-shek ni cuáles puedan ser sus prioridades. Tengo un caso que resolver y me gustaría que usted hiciera todo lo que estuviera en su mano para conseguirme una entrevista con ese confidente. Se lo estoy pidiendo a usted personalmente, y si mis esfuerzos en tal sentido no llegan a nada porque lo que le solicito no se me concede..., no dudaré en hacer público que a quien acudí fue a usted.

—Un momento, un momento, amigo. ¡Por favor! ¡No hay necesidad de llevar las cosas a tal punto! ¡Ninguna necesidad en absoluto! Aquí todos somos amigos. Todos le deseamos los mejores éxitos. Todos, le doy mi palabra. Mire, le he dicho que haré lo que esté en mi mano. Hablaré con una gente, ya sabe, gente que está en esa *línea* de trabajo. Les hablaré, le diré lo intensos que son sus sentimientos al respecto. Pero tiene que entender que con los chinos no puede hacerse más que eso. —Se inclinó hacia mí sobre la mesa y dijo en tono confidencial—: ¿Sabe? Podría intentarlo con los franceses. Tienen montones de pequeños «entendimientos» con Chiang. Ya

me entiende: del tipo *off-the-record*. Del tipo de cosas que nosotros no podemos «tocar». No lo dude: tiene a los franceses.

En la sugerencia de MacDonald podía haber algo ciertamente útil. Quizás podría conseguir alguna ayuda efectiva de las autoridades francesas. Pero, con franqueza, desde que he salido del despacho de MacDonald esta mañana no he reflexionado mucho sobre tal alternativa. Para mí no hay duda de que MacDonald, por razones que hoy por hoy permanecen poco claras, acude al recurso de las evasivas, y de que en cuanto se percate de la importancia crucial de concederme lo que le pido, hará todo lo que esté en su mano para facilitármelo. Infelizmente, es probable que al llevar yo la entrevista de esta mañana de forma tan incompetente, tenga que volver a enfrentarme con él en breve. No es una perspectiva que me entusiasme especialmente, pero al menos la próxima vez mi enfoque del asunto será completamente diferente, y no le resultará tan fácil mandarme a la calle con las manos vacías.

Sexta parte

Cathay Hotel, Shanghai, 20 de octubre de 1937

Sabía que estábamos en algún lugar de la Concesión Francesa, no lejos del puerto, pero por lo demás me hallaba desorientado por completo. El chófer llevaba ya un rato enfilando diminutos callejones por los que difícilmente podían circular los coches, tocando el claxon repetidas veces para hacer que los peatones se apartaran de nuestro camino, y yo empezaba a sentirme ridículo, como si hubiera metido un caballo en una vivienda. Pero finalmente el coche se detuvo, y el chófer, tras abrirme la puerta, me indicó la entrada del Inn of Morning Happiness.

Fui conducido al interior por un chino delgado al que le faltaba un ojo. Lo que hoy me viene a la cabeza es una impresión global de techos bajos, madera oscura y húmeda y el habitual olor a sumidero. Pero el local parecía bastante limpio; en un momento dado hubimos de orillar a tres mujeres viejas que, arrodilladas en el suelo, fregaban con diligencia las tablas del piso de tarima. Hacia el fondo del local llegamos a un pasillo con una larga hilera de puertas. Me recordaron a unas caballerizas, o incluso a una cárcel, pero en aquellos cubículos —no tardé en saber— se alojaban los huéspedes del hostel. El chino tuerto llamó a una de las puertas, que se abrió antes de que nos llegara del interior respuesta alguna.

Entré en un espacio pequeño y estrecho. No había ventanas, pero los tabiques de separación de ambos costados no llegaban hasta el techo; los últimos treinta centímetros eran de malla metálica, con lo que el aire y la luz podían circular mínimamente. Pese a ello, el ambiente del cubículo era viciado y oscuro, e incluso cuando el sol de la tarde lucía con fuerza en el exterior, lo único que lograba era que la malla arrojara caprichosas sombras sobre el suelo. La figura que yacía en la cama parecía estar dormida, pero luego, cuando me hube situado en el angosto espacio entre la cama y la

pared, vi que movía las piernas. El chino de un solo ojo masculló algo y desapareció, cerrando la puerta a su espalda.

El antiguo inspector Kung estaba prácticamente en los huesos. Tenía la piel de la cara y el cuello reseca y llena de manchas; la boca blandamente abierta; de la tosca manta sobresalía una pierna desnuda que parecía un palo, aunque en la parte del torso entrevi una camiseta de una sorprendente blancura. Al principio no hizo el menor ademán de incorporarse, y al parecer se limitó a constatar mi presencia. Y sin embargo no daba la impresión de hallarse bajo los efectos del opio o el alcohol. Finalmente, cuando le dije quién era y cuál era mi propósito al venir a verle, pareció volverse más coherente y empezó a dar señales de cortesía.

—Lo siento, señor... —Su inglés, cuando pudo articularlo, le brotó con fluidez. No tengo té. Empezó a farfullar algo en mandarín, moviendo las piernas de un lado para otro bajo las mantas. Luego pareció volver a acordarse de sí mismo, y dijo—: Por favor, discúlpeme. No estoy bien. Pero mi salud pronto volverá a ser buena.

—Eso espero, sinceramente —dije. Después de todo, usted fue uno de los mejores detectives al servicio del SMP.

—¿De veras? Qué amable de su parte decirme eso, señor. Sí, quizás fui un buen policía en un tiempo. Con un súbito esfuerzo, se incorporó sobre la cama y depositó con cautela un pie desnudo en el suelo. Tal vez por recato, tal vez por el frío, se mantuvo la manta arrollada al vientre. Pero al final —prosiguió— esta ciudad acaba derrotándose. Todo el mundo traiciona al amigo. Confías en alguien, y resulta que está en la nómina de un *gangster*. Los gobernantes son también *gangsters*. ¿Cómo puede un policía hacer su trabajo en un sitio como éste? Puedo ofrecerle un cigarrillo. ¿Le apetece fumar un cigarrillo?

—No, gracias. Señor, déjeme que le diga sólo esto. Cuando era niño, seguía sus hazañas con gran admiración.

—¿Cuando era usted niño?

—Sí, señor. El chico que vivía en la casa de al lado y yo... —solté una risita— solíamos jugar a que éramos usted. Usted era..., usted era nuestro héroe.

—¿Sí? —El viejo sacudió la cabeza, y sonrió. ¿Es eso cierto? Bien, entonces lamento mucho más no poder ofrecerle nada de nada. No tengo té. Y no quiere un cigarrillo...

—En realidad, señor, usted puede ofrecerme algo mucho más importante. He venido a verle hoy porque creo que podrá usted proporcionarme una pista vital para mi investigación. En la primavera de 1915 hubo un caso que usted investigó: un tiroteo en un restaurante, el Wu Cheng Lou, de Foochow Road. Hubo tres muertos y varios heridos. Usted detuvo a los dos autores. En los archivos de la policía, el incidente se ha llamado «el tiroteo de Wu Cheng Lou». Fue hace muchos años, me hago cargo, pero, inspector Kung, me pregunto si sería capaz de recordar el caso.

Desde dos o tres cuartos más allá, a nuestra espalda, nos llegó un ruidoso acceso de tos. El inspector Kung se quedó pensativo unos instantes, y al cabo dijo:

—Recuerdo muy bien el caso de Wu Cheng Lou. Fue uno de mis momentos profesionales más satisfactorios. A veces pienso en ese caso, incluso en estos días..., tumbado en esta cama.

—Entonces quizás recuerde haber interrogado a un sospechoso a quien luego usted mismo exculpó de toda implicación en el asunto. Según los archivos policiales, el hombre se llamaba Chiang Wei. Usted lo interrogaba en relación con el caso Wu Cheng Lou, pero el tipo acabó haciendo unas confesiones sin conexión alguna con el caso por el que había sido detenido.

Aunque su cuerpo era un ajado saco de huesos, los ojos del viejo detective se hallaban ahora llenos de vida.

—Correcto —dijo. El no tenía nada que ver con el tiroteo. Pero tenía miedo y empezó a «largar». Lo confesó todo. Confesó, recuerdo, haber pertenecido a una banda de secuestradores unos años atrás.

—¡Excelente, señor! Así es como figura en los archivos policiales. Bien, inspector Kung, lo que voy a preguntarle es muy importante. Aquel hombre le dio unas direcciones. Direcciones de casas de la banda utilizadas para retener a los cautivos.

El inspector Kung había estado observando cómo las moscas zumbaban en torno a la malla metálica cercana al techo, pero ahora sus ojos descendieron despacio hasta donde yo estaba de pie, junto a la cama.

—Así es —dijo con voz suave. Pero, señor Banks, registramos concienzudamente todas esas casas... Los secuestros de los que el detenido hablaba habían tenido lugar hacía muchos años. Y no encontramos nada sospechoso en los registros.

—Lo sé, inspector Kung. Usted habría hecho todo lo que estaba en su mano del modo más minucioso posible, no hay duda. Pero, claro, en ese momento lo que estaba investigando era el tiroteo. Lo más natural del mundo habría sido no desperdiciar sus energías en un caso, digamos, secundario. Lo que le estoy queriendo decir es que si algunas personas poderosas hubieran tratado por todos los medios de impedir que usted rastreara una de esas casas, es muy probable que usted no se hubiera empeñado en hacerlo.

El viejo detective volvió a abstraerse en sus hondas reflexiones. Y finalmente dijo:

—Había una casa... Ahora lo recuerdo. Mis hombres me traían informes. Del resto de las casas, siete en total, recibí los informes en mi despacho. Recuerdo que me preocupó en su día que de la octava no obtuve informe alguno. Mis hombres se toparon con ciertos obstáculos. Sí, recuerdo que me pregunté por ello varias veces. El olfato del detective. Usted, señor, sabe a lo que me refiero.

—Y esa casa que faltaba... No llegó a ver jamás informe alguno sobre ella.

—Correcto, señor. Pero, como usted dice, no era un asunto prioritario. Comprenderá que el caso en candelero era el tiroteo en el Wu Cheng Lou. Había hecho mucho daño. La captura de los asesinos nos llevó semanas.

—Creo que incluso fracasaron en ello dos de sus mejores colegas.

El inspector Kung sonrió.

—Como le he dicho, atravesaba uno de los momentos más satisfactorios de mi carrera. Me encargué del caso cuando ya otros habían fracasado. La ciudad no hablaba de otra cosa. Al cabo de unos días conseguí capturar a los asesinos.

—Leí los informes. Fue admirable.

Pero ahora el viejo detective me miraba fijamente. Y luego dijo despacio:

—Aquella casa... La casa que mis hombres dejaron de registrar. Aquella casa. ¿No estará intentando decirme que...?

—Sí. Creo que es allí donde mis padres permanecen encerrados.

—Ya entiendo...

Se quedó en silencio, como digiriendo la anonadante idea.

—No fue una cuestión de negligencia por su parte —dije. Permítame que se lo diga de nuevo: he leído con gran admiración los informes policiales. Sus hombres no llegaron a registrar la casa porque su labor fue obstruida por personas situadas en lo alto de la jerarquía de la policía. Hay gente que hoy sabemos que estaban a sueldo de las organizaciones criminales.

Volvieron a oírse los accesos de tos. El inspector Kung permaneció en silencio unos minutos más, y luego volvió a mirarme y dijo, muy despacio:

—Ha venido a preguntarme. Ha venido a preguntarme si podría ayudarle a encontrar esa casa.

—Por desgracia, los archivos son un auténtico caos. Es una vergüenza cómo han estado llevando las cosas en esta ciudad. Los papeles han sido archivados en lugares equivocados, o se han perdido definitivamente. Al final, he decidido que lo mejor era venir a verle. A preguntarle, por improbable que pueda parecer, si seguía recordando. Algo, cualquier cosa, sobre aquella casa.

—Aquella casa. Deje que intente recordar. —El viejo cerró los ojos, y trató de concentrarse. Pero al cabo de unos minutos sacudió la cabeza. El tiroteo de Wu Cheng Lou... Han pasado más de veinte años. Lo siento. No logro recordar nada sobre aquella casa.

—Por favor, intente recordar algo, señor. ¿No recuerda siquiera en qué distrito estaba? ¿Si, por ejemplo, estaba dentro de la Colonia Internacional?

Se quedó pensativo unos instantes, y luego volvió a negar con la cabeza.

—Fue hace mucho, mucho tiempo. Y mi cabeza ya no trabaja como es debido. A veces no recuerdo nada, ni siquiera lo del día anterior. Pero seguiré intentándolo. Quizás mañana, o pasado mañana, me despierte y recuerde algo. Lo siento tanto, señor Banks. Pero ya ve: ahora mismo no puedo. No recuerdo nada.

Cuando llegué a la Colonia Internacional casi había anochecido. Creo que me pasé una hora en mi cuarto, revisando una vez más mis notas, tratando de dejar atrás la decepción de mi entrevista con el viejo detective. No bajé a cenar hasta después de las ocho, y me senté en un rincón del espléndido comedor, en la mesa de costumbre. Recuerdo que aquella noche no tenía mucho apetito, y estaba a punto de dejar inacabado el plato principal para volver a trabajar en mi cuarto, cuando el camarero me trajo la nota de Sarah.

La tengo aquí delante. No son más que unas palabras garabateadas en papel sin rayar, con la parte de arriba arrancada. Dudo que haya dedicado demasiada atención a la redacción propiamente dicha: dice simplemente que me reúna con ella de inmediato en el medio rellano entre el tercero y cuarto piso del hotel. Estudiándola de nuevo en este mismo instante, su relación con el pequeño incidente de una semana atrás en casa de Tony Keswick no puede resultarme más evidente. Es decir: Sarah, probablemente, no habría escrito jamás esta nota si lo que ocurrió entonces entre nosotros no hubiera acontecido en absoluto. Aunque, extrañamente, cuando el camarero me entregó la nota, pasé por alto tal asociación, y me quedé allí sentado unos segundos, completamente perplejo: ¿por qué habría de querer verme Sarah de modo tan intempestivo?

He de decir aquí que la había vuelto a ver tres veces desde la noche del Lucky Chance House. En dos de tales ocasiones, nos habíamos visto sólo fugazmente, y en presencia de amigos comunes, por lo que apenas habíamos podido decirnos nada. La tercera vez —una cena en casa del señor Keswick, presidente de Jardine Matheson— supongo que debió de ser muy similar a las anteriores: un lugar muy concurrido, intercambio de unas palabras..., etcétera. Pero ahora, contemplado retrospectivamente, nuestro encuentro bien podría considerarse de importancia: una especie de momento decisivo.

Aquella noche yo había llegado un poco tarde, y cuando fui conducido al vasto invernadero del señor Keswick, más de sesenta invitados se acomodaban ya en sus asientos de las diversas mesas situadas entre el

follaje y los emparrados. Divisé a Sarah al fondo del recinto —sir Cecil no estaba presente—, pero vi que también ella buscaba su asiento, y no hice el menor ademán de aproximarme a ella.

Al parecer, en los actos de este tipo de Shanghai existe la costumbre de que los invitados, una vez se han servido los postres —e incluso antes de que hayan dado cumplida cuenta de ellos—, abandonan sus asientos originales y comienzan a mezclarse libremente. Yo tenía en mente, pues, aprovechar tal particularidad festiva para, en cuanto llegara el momento, desplazarme hasta donde estaba Sarah y charlar con ella. Sin embargo, llegado el momento de los postres, me fue imposible librarme de la dama que se sentaba a mi lado, que porfiaba en explicarme con todo detalle la situación política en Indochina. Luego, en cuanto logré zafarme de ella, nuestro anfitrión se levantó y anunció que había llegado el momento de «los turnos». Acto seguido procedió a presentar a la primera intérprete: una esbelta dama que, surgida de una mesa a mi espalda, avanzó hacia el frente y se puso a recitar un poema humorístico (evidentemente compuesto por ella misma).

A continuación le llegó el turno a un hombre que cantó sin acompañamiento ciertos versos de Gilbert *and* Sullivan, y conjeturé que la mayoría de quienes me rodeaban no hacían sino esperar su turno para mostrar sus destrezas artísticas. Los invitados iban ocupando uno tras otro el lugar destinado a los «artistas», a veces formando dúos o tríos; hubo madrigales y tradicionales composiciones cómicas. La tónica era invariablemente frívola, y en ocasiones hasta subida de tono.

Luego, un hombre grande y rubicundo —director, según supe después, de una sucursal del Hong Kong and Shanghai Bank— se abrió paso hasta el improvisado escenario con una especie de túnica sobre el esmoquin y empezó a leer de un pergamino un monólogo satírico sobre los diversos aspectos de la vida de Shanghai. Casi todas las referencias —a individuos, a la condición de los cuartos de baño de determinados clubs conocidos, a incidentes ocurridos en recientes carreras a campo traviesa— eran para mí absolutamente desconocidas, pero pronto suscitaron una risa general en todos los rincones del invernadero. En este punto miré a mi alrededor en busca de Sarah, y al final la vi sentada en una esquina, entre un grupo de

damas, riendo tan de buena gana como cualquiera de ellas. La mujer que había a su lado, que claramente había bebido mucho, rugía con un abandono casi indecente.

La actuación del hombre de la cara roja duraba ya unos cinco minutos —durante los cuales el nivel de hilaridad no hizo sino crecer paulatinamente— cuando acometió una particularmente efectiva retahila de tres o cuatro versos, que levantó en los asistentes una estentórea risotada prácticamente paroxística. Fue entonces cuando volví a mirar en dirección a Sarah. Al principio la escena se asemejaba mucho a la que instantes antes ya había presenciado: Sarah reía, sin poder contenerse, en medio de sus compañeras. Si seguí mirándola unos segundos más fue sencillamente porque me sorprendía sobremanera el hecho de que, llevando en la ciudad apenas un año, su grado de intimidad con la sociedad de Shanghai hubiera llegado al punto de que aquellas bromas oscuras fueran capaces de reducirla a tal estado de regocijo. Y fue entonces, mientras la miraba y reflexionaba sobre ello, cuando de súbito caí en la cuenta de que no se reía en absoluto; de que no eran lágrimas de risa —como yo había supuesto— las que se estaba enjugando, sino lágrimas verdaderas, porque estaba llorando. Seguí observándola unos instantes, incapaz de dar crédito a lo que estaba viendo. Luego, mientras seguía el fragor de las risotadas, me levanté discretamente y avancé hacia el grueso de los invitados. Tras abrirme paso como pude entre los racimos humanos, me encontraba al fin a su espalda, y ya no hubo duda alguna: en medio de todo aquel regocijo desbordado, Sarah lloraba de forma incontrolable.

Me había acercado por detrás, de modo que al ofrecerle mi pañuelo ella, sobresaltada, dio un respingo. Luego alzó los ojos hacia mí y se quedó mirándome fijamente —por espacio quizás de cuatro o cinco segundos— con una mirada inquisitiva en la que la gratitud se hallaba mezclada con algo como un interrogante. Incliné la cabeza para ver mejor su expresión, pero me cogió el pañuelo y volvió la cara hacia el rapsoda de la cara roja. Y cuando el siguiente estallido de hilaridad llenó el recinto, Sarah, con impresionante fuerza de voluntad, lanzó también su carcajada mientras se apretaba el pañuelo contra los ojos.

Consciente de que podía atraer hacia ella una atención indeseada, desanduve el camino y regresé a mi asiento, y a partir de entonces no volví a acercarme a ella aquella noche salvo en los momentos finales, cuando en el vestíbulo nos deseamos formalmente las buenas noches en medio de las decenas de invitados que se estaban despidiendo.

Pero supongo que en el curso de los días siguientes tuve la vaga expectativa de que pudiera llegarme algo de ella en relación con lo que había pasado en la fiesta. De lo ensimismado que estaba yo aquel día en mi investigación da la medida el hecho de que, cuando me entregaron la nota en el comedor del Cathay Hotel, no la relacioné inmediatamente con el incidente de la fiesta, y empecé a subir la gran escalera preguntándome por qué querría verme con tanta urgencia. Lo que Sarah había descrito como «medio rellano» entre dos plantas era en realidad un espacio bastante amplio, decorado con sillones, alguna que otra mesa y palmas en macetas. Un lugar —sobre todo por la mañana, con los ventanales abiertos y los ventiladores girando en el techo— sumamente agradable para que cualquier huésped del hotel pudiera leer el periódico y tomar un buen café. Por la noche, sin embargo, la atmósfera cambia y se instala en él como un aire de abandono —tal vez debido a las restricciones energéticas—, y no recibe otra luz que la de las escaleras y la que pueda filtrarse del Bund a través de las ventanas. En aquella noche concreta, el lugar estaba desierto si se exceptuaba a Sarah, cuya silueta se recortaba contra las enormes hojas de los ventanales. Miraba a la calle. Cuando me acercaba hacia ella tropecé contra una silla, y el ruido hizo que Sarah volviera la cabeza.

—Creía que iba a haber luna —dijo. Pero no la hay. Esta noche ni siquiera están disparando esos proyectiles.

—Sí. Las noches pasadas ha habido calma.

—Cecil dice que los soldados de ambos bandos están ya exhaustos.

—Me atrevería a jurarlo.

—Ven, Christopher, acércate. No te preocupes, no voy a hacerte nada. Pero tenemos que hablar en voz más baja.

Me acerqué hasta quedar a su lado. Ahora podía ver el Bund, abajo, y la línea de luces que jalonaba el paseo marítimo.

—Lo he arreglado todo —dijo con voz calma. No ha sido fácil, pero ya está hecho.

—¿Qué es lo que has hecho exactamente?

—Todo. Papeles, barcos, todo. No puedo aguantar más aquí. Lo he intentado con todas mis fuerzas y estoy muy cansada. Me voy.

—Entiendo. ¿Y Cecil? ¿Sabe lo que vas a hacer?

—No le cogerá totalmente por sorpresa. Pero supongo que se quedará de piedra, de todos modos. ¿Y tú, Christopher, te «quedas de piedra»?

—No, no mucho. Por lo que he podido observar, no me resulta extraño que pudiera estar gestándose algo parecido. Pero antes de dar un paso tan drástico, ¿estás segura de que no hay...?

—Oh, ya he pensado todo lo que puede pensarse a este respecto... Y no hay solución. Aunque Cecil estuviera dispuesto a volver a Inglaterra mañana mismo. Además, ha perdido tanto, tanto dinero en el juego. Está decidido a no marcharse hasta que recupere hasta el último penique.

—Veo que tu viaje a Shanghai ha defraudado bastante tus esperanzas. Lo siento.

—No es sólo el viaje a Shanghai. —Lanzó una carcajada y luego se quedó callada. Segundos después dijo—: He intentado amar a Cecil. Lo he intentado con toda el alma. No es un mal hombre. Probablemente tú pienses que lo es..., de la manera en que lo has visto aquí. Pero no ha sido así siempre. Y me he dado cuenta de que lo que le pasa tiene mucho que ver conmigo. Lo que necesitaba en esta fase de su vida era un buen descanso. Pero aparecí yo, y él sintió que debía seguir un poquito más. Fue culpa mía. Cuando vinimos aquí, al principio, lo intentó. Lo intentó con todas sus fuerzas. Pero todo le superaba, y creo que eso es lo que ha ocurrido, que eso es lo que lo ha hundido. Quizá, cuando me vaya, sea capaz de recobrar la calma.

—Pero ¿adónde vas a ir tú? ¿Vuelves a Inglaterra?

—Ahora no tengo suficiente dinero para volver a Inglaterra. Voy a Macao. Luego ya veré lo que hago. Puede suceder cualquier cosa. El caso es que por eso quería hablarte. Christopher, tengo que confesártelo: estoy muy asustada. No quiero irme por ahí sola. Me he preguntado si te vendrías conmigo.

—¿Te refieres a ir contigo a Macao? ¿Irme contigo mañana?

—Sí. Venirte conmigo a Macao mañana. Luego podríamos decidir adonde ir después. Si quisieras, podríamos quedarnos por el mar de la China Meridional durante un tiempo. O podríamos ir a Suramérica. Fugarnos como ladrones en la noche. ¿No te parecería divertido?

Supongo que me sorprendió oírle decir lo que me dijo, pero lo que ahora recuerdo más nítidamente, sepultando todo lo demás, es una casi tangible sensación de alivio. Ciertamente, durante uno o dos segundos había experimentado esa especie de vértigo de quien sale de pronto a la luz y al aire fresco después de haber estado encerrado largo tiempo en una cámara oscura. Era como si la sugerencia que acababa de hacerme —que, por lo que cabía suponer, la dictaba un repentino impulso— entrañara una enorme autoridad, algo que suponía para mí una suerte de bendición que yo jamás habría osado ambicionar.

Pero supongo que, apenas pasó por mí tal sentimiento, otra parte de mí se puso de inmediato en guardia ante la posibilidad de que no fuera más que una prueba que ella hubiera ideado para mí. Porque recuerdo que, cuando al cabo respondí, fue para decir:

—Existe una dificultad: mi trabajo aquí. Tendría que terminar lo que he venido a hacer. Después de todo, el mundo entero está al borde de la catástrofe. ¿Qué pensaría la gente de mí si los abandonara a todos en esta fase del proceso? Y, ya en ello, ¿qué pensarías *tú* de mí?

—Oh, Christopher, los dos somos iguales, pensamos que no somos capaces. Tenemos que dejar de pensar así. De lo contrario, no habrá nada para ninguno de los dos, sólo más de lo mismo que hemos estado teniendo todos estos años. Más soledad, más días sin nada en nuestras vidas más que ese «no se qué» que nos está constantemente diciendo que no hemos hecho lo bastante. Tenemos que dejar todo eso atrás. Deja tu trabajo, Christopher. Ya te has pasado gran parte de tu vida dedicado a esas cosas. Vayámonos mañana. No perdamos un solo día más. Vayámonos antes de que sea demasiado tarde para los dos.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Demasiado tarde para... Oh, no lo sé. Lo que sé es que he desperdiciado todos estos años buscando algo, una especie de trofeo que

sólo conseguiría si hacía mucho, mucho..., lo bastante para merecerlo. Pero ya no quiero más de eso. Ahora quiero algo diferente, algo cálido y acogedor, algo a lo que pueda acudir, independientemente de lo que haga, independientemente de en quién me haya convertido. Algo que esté *ahí*, siempre, como el cielo de mañana. Eso es lo que ahora quiero, y lo que creo que deberías querer tú también. Pero muy pronto va a ser muy tarde. Nos haremos demasiado conformistas para poder cambiar. Si no aprovechamos la ocasión ahora, puede que nunca se nos vuelva a presentar otra. Christopher, ¿qué es lo que le estás haciendo a esa pobre planta?

Me di cuenta, ciertamente, de que distraídamente había estado arrancando hojas a la palma que teníamos más cerca y dejándolas en el suelo enmoquetado.

—Lo siento... —Solté una risita. Qué destructivo. Luego dije—: Pero aunque tengas razón..., en todo lo que estás diciendo, me refiero, aunque tengas razón, no es nada fácil para mí. Porque, verás, está Jennifer...

Al decir esto, me asaltó una vívida imagen de la última vez que Jenny y yo habíamos estado hablando, la vez en que nos habíamos dicho adiós en la acogedora salita de la trasera del colegio, mientras el suave sol de la tarde primaveral inglesa bañaba las paredes de paneles de roble. De pronto recordé de nuevo su cara cuando por primera vez entendió cabalmente lo que le estaba diciendo; el reflexivo asentimiento de cabeza que me dirigió cuando pensó que mi explicación había acabado, y las inesperadas palabras que le brotaron al final.

—¿Ves? Está Jennifer —repetí, consciente de que corría el riesgo de caer en un sueño de vigilia. Estará esperándome.

—Pero es que ya he pensado en eso. He pensado detenidamente en todo eso. Sé que podemos ser amigas. Más que amigas. Los tres podríamos ser..., bueno, una pequeña familia. Como cualquier otra. He pensado en ello, Christopher, y podría ser maravilloso para los tres. Podríamos enviar a buscarla, tan pronto como hayamos hecho un plan. Podríamos incluso volver a Europa, a Italia, por ejemplo. Y ella podría reunirse allí con nosotros. Sé que podría ser una madre para ella, Christopher. Estoy segura de que podría.

Seguí pensando en silencio en lo que me decía, y después dije:

—Muy bien.

—¿Qué quieres decir con «muy bien»?

—Quiero decir que sí. Iré contigo. Haremos lo que dices. Sí, puede que tengas razón. Jennifer, nosotros, todo... Podría salir bien.

En cuanto lo dije sentí que un enorme peso dejaba de gravitar sobre mi persona, hasta el punto de que tal vez dejé escapar un sonoro suspiro. Sarah, entretanto, se había acercado a mí unos centímetros, y por espacio de un segundo se quedó mirando mi cara con fijeza. Incluso creí que iba a besarme, pero pareció detenerse en el último momento, y, en lugar de besarme, dijo:

—Escúchame, entonces. Escucha atentamente, porque debemos hacerlo bien. No hagas más que una maleta. Y no mandes ningún baúl. Habrá algún dinero esperándonos en Macao, así que podremos comprar allí lo que necesitemos. Enviaré a alguien a que te recoja, un chófer. Mañana por la tarde, a las tres y media. Me ocuparé de que sea alguien de confianza, pero de cualquier forma no le digas nada que no tengas que decirle. Te llevará a donde yo te estaré esperando. Christopher, es como si algo muy pesado te hubiera golpeado en la cabeza. No vas a fallarme, ¿verdad?

—No, no. Estaré preparado. Mañana, a las tres y media en punto. No te preocupes. Yo... te seguiré a cualquier parte, a cualquier lugar donde quieras ir de este planeta.

Quizás fue simplemente un impulso; quizás fue la memoria de cómo nos habíamos separado la noche en que llevamos a casa a sir Cecil después del garito. En cualquier caso, me incliné de pronto hacia adelante, le cogí una mano entre las mías, y se la besé. Después de eso, creo que levanté la mirada, sin soltar su mano, sin saber qué hacer a continuación. Es muy posible incluso que dejara escapar una risita torpe. Al final, ella se soltó la mano con suavidad y me tocó la mejilla.

—Gracias, Christopher —dijo en voz muy baja. Gracias por estar de acuerdo. De pronto todo parece tan diferente. Pero ahora será mejor que te vayas, antes de que alguien pueda vernos. Vete, vete ya.

Aquella noche me acosté un tanto preocupado, pero a la mañana siguiente, al despertar, me sentí lleno de una serenidad apacible. Era como si me hubiera liberado de un gran peso, y mientras me vestía volví a pensar en mi nueva situación, y me di cuenta de que estaba siendo presa de una gran excitación.

Gran parte de aquella mañana ha quedado sumida en una especie de neblina. Lo que recuerdo es que me vi imbuido por la idea de que, en el tiempo que me quedaba, debía dejar saldadas las tareas que me había fijado para los días siguientes; que no hacerlo sería una inconsciencia por mi parte. La obvia falta de lógica de esta actitud no parecía preocuparme, y, después del desayuno, retomé mi trabajo con renovada urgencia. Subí y bajé escaleras, e insté a los chóferes a que circularan con rapidez entre las atestadas calles urbanas. Y aunque hoy no tenga ya mucho sentido para mí, debo decir que me sentí orgulloso de ser capaz de sentarme a almorzar, poco después de las dos de la tarde, habiendo más o menos ultimado todas las gestiones que me había fijado para aquella última mañana.

Y al mismo tiempo, sin embargo, cuando vuelvo a pensar en aquel día, tengo la abrumadora impresión de que me sentía extrañamente desapegado de todas las actividades que realizaba. Mientras me apresuraba por la Colonia Internacional, hablando con muchos de los más prominentes ciudadanos de la ciudad, había una parte de mí que casi se reía de la gravedad con que trataban de dar respuesta a mis preguntas, de lo patético de sus intentos de brindarme ayuda. Porque lo cierto es que, cuanto más tiempo llevaba en Shanghai, más había llegado a despreciar a los llamados líderes de la comunidad. Mis investigaciones me habían revelado casi diariamente nuevas pruebas de su negligencia, su corrupción, e incluso

cosas peores a lo largo de los años. Y, sin embargo, desde mi llegada, no había percibido ni una sola muestra en ellos de sincera vergüenza, ni un mero reconocimiento de que, de no ser por sus mentiras y evasivas, su miopía, y a menudo su decidida falta de honradez, la situación jamás habría llegado al nivel actual de crisis general. En un momento dado, aquella mañana, me encontré en el Shanghai Club manteniendo una reunión con tres eminentes miembros de la élite de la ciudad. Y, enfrentado de nuevo a su pomposidad huera, su continuada negación de la propia culpabilidad por aquel estado de cosas, sentí una profunda euforia ante la perspectiva de liberar mi vida de una vez por todas de tales personajes. Ciertamente, en aquellos momentos, sentía la total certeza de haber tomado la decisión correcta; de que la presunción, compartida por prácticamente todo el mundo en la ciudad, de que de algún modo me cabía a mí exclusivamente la responsabilidad de resolver aquella crisis, no sólo era infundada, sino que era merecedora del mayor de los desprecios. Imaginé el asombro que pronto se dibujaría en aquellas caras al tener noticia de mi partida —el escándalo y el pánico que de inmediato cundiría—, y he de admitir que tales pensamientos despertaron en mí una íntima complacencia.

Luego, mientras almorzaba, me sorprendí pensando en mi última entrevista con Jennifer aquella soleada tarde en el colegio: los dos solos en la salita del monitor de disciplina, sentados torpemente en sendos sillones, mientras el sol dibujaba caprichosas formas en los paneles de roble y yo contemplaba el césped que descendía hacia el lago a través de la ventana situada a su espalda. Había escuchado en silencio mis explicaciones: de la mejor forma que pude traté de hacerle entender la necesidad de mi partida, la abrumadora importancia de la tarea que me esperaba en Shanghai. Dejé de hablar varias veces, a la espera de sus preguntas, o de algún comentario, al menos. Pero en cada una de estas pausas, ella se había limitado a asentir con la cabeza gravemente, y a esperar a que siguiera. Al final, cuando me di cuenta de que empezaba a repetirme, había interrumpido mi parlamento y le había dicho:

—Y bien, Jenny, ¿qué tienes que decirme?

No sé lo que yo esperaba. Pero, después de mirarme unos segundos más con una expresión exenta de toda ira, ella me había respondido:

—Tío Christopher, me doy cuenta de que no soy muy buena en nada. Pero es porque aún soy demasiado joven. En cuanto sea más mayor, y quizás no falte mucho para eso, podré ayudarte. Seré capaz de ayudarte, te lo prometo. Así que, mientras estés fuera, ¿me harás el favor de acordarte? ¿De acordarte de que estoy aquí, en Inglaterra, y de que te ayudaré cuando vuelvas?

No era en absoluto lo que yo esperaba, y aunque desde que estoy aquí a menudo he vuelto a pensar en sus palabras, sigo sin estar muy seguro de lo que quería transmitirme. ¿Quería sugerirme que, pese a todo lo que le había estado explicando, yo no iba a ser capaz de cumplir la misión que me esperaba en Shanghai? ¿Que tendría que regresar a Inglaterra y seguir y seguir con tal tarea durante muchos años más? Aunque también es muy posible que no fueran más que las palabras de una niña confusa, que tratara por todos los medios de no mostrar su disgusto, y en tal caso carecería de sentido someterlas a un examen riguroso. Sea como fuere, aquel día, mientras comía en el jardín de invierno del hotel, me vi de nuevo cavilando sobre mi última entrevista con Jennifer.

Fue cuando estaba terminando mi café cuando se acercó el conserje para decirme que alguien me llamaba con urgencia por teléfono. Me guió hasta una cabina del rellano, nada más salir del comedor, y tras cierta confusión con la operadora me llegó una voz que me resultaba vagamente familiar:

—¿Señor Banks? ¿Señor Banks? Señor Banks, por fin lo he recordado.

Me quedé en silencio, temiendo que si decía algo, cualquier cosa, pondría en peligro nuestros planes. Pero la voz insistió:

—¿Señor Banks? ¿Me está oyendo? He recordado algo importante. Sobre la casa que no pudimos registrar.

Caí en la cuenta de que era el inspector Kung; su voz, aunque ronca, sonaba asombrosamente rejuvenecida.

—Inspector, discúlpeme. Me ha cogido por sorpresa. Por favor, dígame lo que ha logrado recordar.

—Señor Banks: a veces, ¿sabe?, cuando me fumo una pipa, consigo recordar. Me pasan ante los ojos cosas que he olvidado hace mucho tiempo. Así que me dije: bien, sólo por última vez, voy a fumarme una pipa. Y

recordé algo que nos contó el detenido. La casa que no pudimos registrar está justo enfrente de la casa de un hombre llamado Yeh Chen.

—¿Yeh Chen? ¿Quién es?

—No lo sé. Hay gente, sobre todo la más pobre, que no suele usar los nombres de las calles. Utilizan sitios de referencia. *La casa que no pudimos registrar está enfrente de la casa de Yeh Chen.*

—Yeh Chen... ¿Está seguro de que el nombre es ése?

—Sí, estoy seguro. Me vino a la cabeza claramente.

—¿Es un nombre corriente? ¿Cuántas personas en Shanghai pueden llamarse de ese modo?

—Por suerte hay otro detalle que nos facilitó el detenido. Que Yeh Chen es ciego. «La casa que buscan está justo enfrente de la casa de Yeh Chen el ciego». Por supuesto, puede haberse mudado, o puede que haya muerto. Pero si es capaz de averiguar dónde vivía ese hombre en aquel tiempo...

—Claro, claro, inspector. Santo Dios, es una información inmensamente útil.

—Me alegro. Pensé que se lo parecería.

—Inspector, nunca podré agradecerérselo lo bastante.

Me había dado cuenta de la hora que era, y cuando colgué el teléfono no volví al comedor y subí a mi cuarto a hacer la maleta.

Recuerdo que me invadió una extraña sensación de irrealidad cuando me puse a pensar en las cosas que debía llevarme. En un momento dado, me senté en la cama y me quedé mirando fijamente el cielo a través de la ventana. Se me antojaba de lo más curioso el hecho de que, sólo un día antes, aquella información que acababa de recibir habría pasado a ser algo absolutamente central en mi vida. Pero heme allí, considerándola con naturalidad, tomándola ya como algo del pasado, algo que no necesitaba recordar si no me apetecía.

Debí de terminar de hacer la maleta mucho antes de lo previsto, porque cuando llamaron a mi puerta a las tres y media en punto yo ya llevaba un buen rato sentado en el sillón, esperando. Abrí y vi a un joven chino —no debía de tener ni veinte años— vestido tradicionalmente, con el sombrero en la mano.

—Soy su chófer, señor —dijo con voz suave. Si tiene maleta, se la llevaré yo.

Cuando el joven puso en marcha el coche y nos alejamos del Cathay Hotel, me quedé mirando el afanoso gentío de Nanking Road a la luz del sol de la tarde, y sentí que estaba viéndolo desde una enorme distancia. Me acomodé en mi asiento, contento de dejarlo todo en manos de mi chófer, que pese a su juventud parecía seguro de sí mismo y competente. Estuve tentado de preguntarle qué relación tenía con Sarah, pero recordé su advertencia de que debía ser cauto y hablar sólo lo estrictamente necesario. Así pues, permanecí callado, y pronto me vi pensando en Macao y en ciertas fotografías de la isla que había visto muchos años atrás en el Museo Británico.

Luego, después de unos diez minutos de trayecto, me eché repentinamente hacia adelante y le pregunté al joven que iba al volante:

—Perdona, la posibilidad es remota, pero ¿por casualidad conoces a un hombre llamado Yeh Chen?

El joven no apartó la vista del tráfico, y a punto estaba de repetirle la pregunta cuando le oí decir:

—Yeh Chen. ¿El actor ciego?

—Sí. Bueno, sé que es ciego, pero no sabía que fuera actor.

—No es famoso. Yeh Chen. Era actor hace años, cuando yo era pequeño.

—¿Quieres decir que le conoces?

—No le conozco. Pero sé quién es. ¿Le interesa Yeh Chen, señor?

—No, no. No especialmente. Sólo que me lo ha mencionado alguien. No tiene demasiada importancia.

No volví a decir nada durante el resto del viaje. Recorrimos una enrevesada serie de callejas, y cuando detuvo el coche en una tranquila calle humilde yo había perdido casi por completo el sentido de dónde podríamos hallarnos.

El joven me abrió la puerta y me entregó la maleta.

—Esa tienda —dijo, señalándola. Donde aquel fonógrafo.

En la acera de enfrente había una pequeña tienda, y, en efecto, su mugriento escaparate exhibía un viejo fonógrafo. Pude ver también un

letrero en inglés que rezaba: «Discos de gramófono. Partituras de piano. Manuscritos».

Miré a un lado y a otro de la calle, y vi que, aparte de dos conductores de *rickshaw* —en cuclillas junto a sus vehículos y bromeando entre ellos—, el joven chófer y yo éramos los únicos humanos que había en ella. Cogí la maleta, y me disponía ya a cruzar la calle cuando algo me hizo decirle al joven:

—Me pregunto si te importaría esperarme un poco.

El joven pareció quedarse perplejo.

—Lady Medhurst sólo dijo que le trajera hasta aquí.

—Sí, sí. Pero te lo pido *yo* ahora, ¿comprendes? Me gustaría que me esperases aquí un poco, por si necesito que me echés una mano en algo más. Claro que posiblemente no lo necesite. Pero, ya sabes, sólo por si acaso. Toma. —Me metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y saqué unos billetes. Toma, para compensarte por las molestias.

La cara del joven enrojeció de ira, y se apartó con un respingo de los billetes como si le estuviera ofreciendo algo absolutamente repugnante. Montó en el coche con cara hosca y cerró la puerta de golpe.

Vi que había cometido un error —ignoraba de qué tipo—, pero en aquel momento no podía molestarme en lamentarlo. Además, pese a su cólera, el joven no había puesto el motor en marcha. Me metí el dinero en el bolsillo, cogí la maleta del suelo y crucé la calle.

El interior de la tienda estaba atestado de objetos. Entraba el sol de la tarde, pero por alguna razón sólo iluminaba unos cuantos retazos polvorientos. A un lado había un piano vertical con las teclas descoloridas, y varios discos de gramófono sin funda en el atril. No sólo tenían polvo, sino incluso telarañas. En otro lado pude ver unas piezas de grueso terciopelo —parecían recortes de telones de teatro— clavadas en las paredes y varias fotografías de cantantes y bailarines de ópera. Quizás había esperado ver a Sarah allí de pie, esperándome, pero la única persona que había en la tienda era un europeo larguirucho, con oscura barba puntiaguda, sentado detrás del mostrador.

—Buenas tardes —dijo con acento alemán, alzando la vista de un libro de contabilidad que tenía abierto ante él. Luego, mirándome de arriba abajo,

detenidamente, me preguntó—: ¿Es usted inglés?

—Sí, en efecto. Buenas tardes.

—Tenemos algunos discos de Inglaterra. Por ejemplo, uno de Mimi Johnson cantando «Sólo tengo ojos para ti». ¿Le interesaría?

Algo en su modo cauteloso de hablar sugería que se trataba de las primeras frases de un código acordado. Pero aunque busqué en mi memoria en busca de alguna contraseña o frase que Sarah hubiera podido darme, no logré recordar ninguna. Al cabo dije:

—Aquí en Shanghai no tengo gramófono. Pero me gusta mucho Mimi Johnson. De hecho, asistí a un recital suyo en Londres hace unos años.

—¿De veras? Mimi Johnson. Sí.

Tuve la nítida impresión de que mi respuesta equivocada lo había desconcertado un tanto. Así que dije:

—Mire, mi nombre es Banks. Christopher Banks.

—Banks. Señor Banks. —El hombre dijo mi apellido en tono neutro, y añadió—: Si le gusta Mimi Johnson, y la canción «Sólo tengo ojos para ti», se la pondré con mucho gusto. Un momento.

Se agachó bajo el mostrador, y tuve ocasión de mirar la calle a través del escaparate. Los dos conductores de *rickshaw* seguían charlando y riendo, y me tranquilizó ver que el joven seguía en el coche. Entonces, cuando ya me estaba preguntando si no habría habido algún gran malentendido, llenó el recinto la cálida y lánguida música de una orquesta de jazz. Mimi Johnson empezó a cantar, y recordé cómo su canción había hecho furor en los clubs de Londres hacía años.

Al poco caí en la cuenta de que el alemán larguirucho me indicaba un punto en la pared del fondo, cubierta de pesadas y oscuras colgaduras. Hasta entonces no había reparado en la puerta que había en ella, y cuando me acerqué y empujé la tela vi que, en efecto, daba acceso a una habitación trasera.

Sarah estaba sentada en un baúl de madera, con una chaqueta ligera y un sombrero. Un cigarrillo se consumía en su boquilla, y el exiguo cuarto estaba lleno de un humo espeso. Había discos y partituras por todas partes, todo ello apilado en cajas de cartón y de embalaje. No había ventanas, pero sí una puerta ligeramente entornada que daba al exterior.

—Bien, aquí estoy —dije. Me he traído sólo una maleta, como me dijiste. Pero veo que tú traes tres.

—Esta bolsa es la de Ethelbert, mi osito de peluche. Lleva conmigo desde..., bueno, toda la vida. Tonto, ¿no?

—¿Tonto? No, en absoluto.

—Cuando Cecil y yo hicimos las maletas para venir a Shanghai, cometí el error de meter a Ethelbert con un montón de cosas más. Y cuando abrí la maleta donde lo había puesto, se le había desprendido un brazo. Lo encontré en un rincón, al fondo, dentro de una zapatilla. Así que esta vez, aunque compartida con unos cuantos chales, tiene una bolsa de viaje para él solo. Una cosa *tonta*.

—No, no. Lo entiendo perfectamente. Ethelbert, claro...

Dejó con cuidado la boquilla y se levantó. Y nos besamos. De forma idéntica, supongo, a como lo haría una pareja en el celuloide. Fue casi como siempre lo había imaginado, salvo que había algo extrañamente inelegante en nuestro abrazo, y traté más de una vez de componer mejor mi postura; pero tenía el pie derecho apretado contra una pesada caja y no podía lograr el giro necesario sin poner en grave riesgo mi equilibrio. Ella, luego, retrocedió un paso, con una honda inspiración, sin dejar en ningún momento de mirarme a la cara.

—¿Está todo preparado? —le pregunté.

No respondió de inmediato, y pensé que iba a volver a besarme. Pero al cabo se limitó a decir:

—Todo está perfectamente. Sólo tenemos que esperar unos minutos. Saldremos por ahí —señaló la puerta trasera—, bajaremos hasta el embarcadero y un sampán nos llevará hasta el vapor, que está a dos millas río abajo. Y rumbo a Macao.

—Y Cecil, ¿no tiene ni idea de esto?

—No le he visto en todo el día. Se fue a uno de sus pequeños *sitios* nada más desayunar, y espero que aún siga allí.

—Es una pena. La verdad es que alguien debería decírselo y ayudarle a serenarse.

—Bien, pero eso ya no es cosa nuestra.

—No, supongo que no. —Dejé escapar una débil risa. Supongo que ya nada es cosa nuestra salvo lo que hemos elegido hacer.

—Exacto. Christopher, ¿te pasa algo?

—No, no. Sólo trataba de... Sólo quería...

Avancé hacia ella, pensando iniciar otro abrazo, pero Sarah levantó una mano y dijo:

—Christopher, creo que deberías sentarte. No te preocupes: habrá tiempo para todo, para *todo*, más tarde.

—Sí, sí. Lo siento.

—Cuando estemos en Macao, tendremos tiempo para sentarnos a pensar en nuestro futuro. Para sentarnos a pensar en un buen lugar para vivir. Para nosotros y para Jennifer. Extenderemos todos nuestros mapas sobre la cama, miraremos el mar desde la ventana y discutiremos largo y tendido sobre ello. Oh, estoy segura de que discutiremos. Espero ya con impaciencia hasta nuestras discusiones. ¿Vas a sentarte? Ven, siéntate aquí.

—Verás... Si vamos a esperar aquí un rato, deja que vaya un momento a hacer algo...

—¿Hacer algo? ¿Qué, exactamente?

—Sólo... Sólo una cosa. Mira, no voy a tardar nada, sólo unos minutos. Es que tengo que preguntarle algo a alguien.

—¿A quién? Christopher, no creo que a estas alturas debamos hablar con nadie.

—No quiero decir eso exactamente. Me doy perfecta cuenta de que debemos ser muy precavidos. No, no, no te preocupes. Es a ese joven. Al que me has mandado, al que me ha traído hasta aquí. Tengo que preguntarle algo.

—Pero seguro que se ha ido.

—No, no se ha ido. Sigue ahí fuera. Vuelvo en un segundo.

Salí apresuradamente a través de los cortinajes, y cuando atravesé la tienda vi que el hombre larguirucho y barbado me miraba con asombro.

—¿Le ha gustado Mimi Johnson? —dijo.

—Sí, sí. Maravillosa. Tengo que salir un momento.

—Si me permite le aclararé que soy suizo, señor. No hay ninguna inminente hostilidad entre su país y el mío.

—Ah, sí. Estupendo. Volveré en un momento.

Corrí hacia la otra acera, en dirección al coche. El joven, que me había visto, bajó la ventanilla y sonrió cortésmente; no percibí rastro alguno de su reciente enfado. Me agaché hacia él, y le dije en voz baja:

—Escucha. El tal Yeh Chen. ¿Tienes alguna idea de dónde puedo encontrarle?

—¿Yeh Chen? Vive muy cerca de aquí.

—Yeh Chen. Me refiero al Yeh Chen ciego.

—Sí. Vive por allí —dijo, señalando un punto indeterminado.

—¿Su casa está por allí?

—Sí, señor.

—Mira, no parece que me entiendes. ¿Me estás diciendo que Yeh Chen, el Yeh Chen *ciego*, tiene la casa justo allí?

—Sí, señor. Puede ir andando, pero si quiere puedo llevarle en el coche.

—Escúchame, porque es muy importante: ¿sabes cuánto tiempo lleva Yeh Chen viviendo en esa casa?

El joven se quedó pensativo unos instantes, y luego dijo:

—Siempre ha vivido allí, señor. Cuando yo era niño, vivía allí.

—¿Estás seguro? Verás, esto es de suma importancia: ¿estás seguro de que se trata del Yeh Chen ciego, y de que lleva viviendo mucho tiempo en esa casa?

—Ya se lo he dicho, señor. Vivía allí cuando yo era muy pequeño. Creo que vive allí desde hace muchos, muchos años.

Me enderecé, inspiré profundamente y pensé en el cabal significado de lo que el joven acababa de decirme. Luego volví a inclinarme y le dije:

—Creo que deberías llevarme. En el coche. Tengo que hacer esto con mucho cuidado. Me gustaría que me llevaras, pero que pararas el coche un poco antes de llegar a su casa. Lo justo para poder ver bien *la casa de enfrente*. ¿Lo entiendes?

Subí al coche y el joven puso el motor en marcha. Hizo girar el vehículo en redondo y enfiló una estrecha calle lateral. Mientras realizábamos estas maniobras, se agolparon en mi mente, a un tiempo, multitud de pensamientos. Me pregunté si debía contarle al joven el sentido crucial de lo que estábamos haciendo, e incluso consideré la posibilidad de

preguntarle si llevaba una pistola en el coche (aunque decidí finalmente no hacerlo, porque tal pregunta sólo conseguiría infundirle pánico).

Doblamos una esquina y tomamos una calleja aún más estrecha que la anterior. Volvimos a torcer y, tras un breve trecho, nos detuvimos. Pensé que habíamos llegado, pero al punto caí en la cuenta de lo que nos había hecho pararnos. En el callejón que teníamos delante un tropel de chiquillos trataba de calmar a un búfalo de agua descontrolado. Debía de haber alguna pendencia entre los chiquillos, y uno de ellos le dio al búfalo un golpe en el morro con un palo. Sentí una súbita alarma, porque recordé que mi madre nunca dejó de prevenirme a lo largo de la infancia de que un búfalo de agua, encolerizado, era tan peligroso como un toro. El animal no hizo nada, sin embargo, y los chiquillos siguieron discutiendo. El joven tocó el claxon varias veces, sin éxito, y finalmente, con un suspiro, metió la marcha atrás y empezó a recular para desandar el camino por donde habíamos llegado.

Enfilamos otra calleja cercana, pero el cambio de dirección pareció desorientar al joven un tanto, porque después de unos cuantos giros detuvo el coche —pese a no haber ningún obstáculo a la vista— para volver a meter la marcha atrás. Unos segundos después salimos a una vía de tierra con surcos, más ancha, con destartaladas casuchas de madera a lo largo de uno de sus costados.

—Date prisa, por favor —dije. Apenas tengo tiempo.

En aquel preciso instante, un gran estruendo sacudió la tierra sobre la que circulábamos. El joven siguió conduciendo sin variar el ritmo, pero dirigió una mirada nerviosa hacia la lejanía.

—Combaten —dijo. Vuelven a empezar los cañonazos.

—Ha sonado increíblemente cerca —dije.

Durante los minutos que siguieron doblamos más esquinas estrechas y dejamos atrás más casuchas de madera, tocando el claxon para espantar a los chiquillos y a los perros. De pronto el coche volvió a pararse bruscamente, y el joven dejó escapar un bufido exasperado. Me incliné hacia un costado y vi que el camino se hallaba bloqueado por una barricada de sacos terreros y alambre de espino.

—Tenemos que volver —dijo. No se puede seguir.

—Pero debemos de estar ya muy cerca...

—Muy cerca, sí, pero el camino está bloqueado y hay que dar toda la vuelta. Paciencia, señor. Enseguida llegamos.

Pero la actitud del joven había cambiado. Su anterior seguridad se había esfumado, y de pronto me pareció ridículamente joven —¿tendría unos quince o dieciséis años?— para conducir un coche. Durante un rato transitamos por calles embarradas, malolientes, y por callejones donde temí que en cualquier momento pudiéramos caer en alguna alcantarilla abierta, pero el joven siempre conseguía mantener las ruedas a una prudente distancia de los bordes. Seguíamos oyendo a lo lejos el estruendo de los cañonazos, y veíamos cómo la gente corría hacia la seguridad de sus casas y refugios. Pero los chiquillos y los perros seguían en la calle —como sin dueño—, y corrían de un lado para otro ante nuestros ojos, ajenos a cualquier sentido del peligro. En un momento dado, mientras avanzábamos dando tumbos a través del patio de una pequeña fábrica, me incliné hacia el joven y le dije:

—Oye, ¿por qué no paras un momento y preguntas a alguien?

—Paciencia, señor.

—¿Paciencia? Pero si no tienes la menor idea de por dónde vamos...

—Enseguida llegamos, señor.

—Qué tontería. ¿Por qué insistes en esta farsa? Es típico de los chinos. Te pierdes, pero no quieres admitirlo. Llevamos en el coche..., bueno, una eternidad.

El joven no dijo nada y se adentró en un camino de barro que ascendía de forma abrupta entre montones de desechos fabriles. De pronto se oyó otro atronador estruendo en algún lugar alarmantemente cercano, y el joven aminoró la marcha, y avanzamos con insoportable lentitud.

—Señor, creo que vamos a dar la vuelta.

—¿Dar la vuelta? ¿Para volver adonde?

—La batalla está muy cerca. No estamos a salvo aquí.

—¿Qué quieres decir con que la batalla está muy cerca? —De súbito me asaltó la idea—: ¿Estamos cerca de Chapei, acaso?

—Señor: estamos en Chapei. Hace ya un rato.

—¿Qué? ¿Quieres decir que hemos salido de la Colonia Internacional?

—Ahora estamos en Chapei.

—Pero... ¡Santo Dios! ¿Estamos realmente fuera de la Colonia? ¿*En Chapei*? Mira, eres un loco, ¿lo sabías? ¡Un loco! Me dijiste que la casa estaba muy cerca. Y ahora nos hemos perdido. Es muy probable que estemos peligrosamente cerca de la zona de guerra. ¡*Y hemos salido de la Colonia Internacional*! Eres lo que yo llamo un loco genuino. ¿Te digo por qué? Voy a decírtelo. Pretendes saber más de lo que sabes y eres demasiado orgulloso para admitir tus deficiencias. Te ajustas perfectamente a mi definición de loco. ¡Un auténtico loco! ¿Me oyes? ¡Eres un loco redomado!

El joven detuvo el coche. Luego abrió su portezuela y, sin mirar hacia atrás, se alejó a pie.

Tardé unos segundos en calmarme y ponerme a calibrar la situación. Estaba a medio camino de una colina, y el coche se encontraba ahora en un espacio aislado, sobre una senda de tierra, rodeado de montones de residuos de la construcción, alambres retorcidos y lo que parecían restos destrozados de ruedas de bicicleta. Vi cómo la figura del joven subía por un sendero situado al borde de la colina.

Me bajé del coche y corrí tras él. Debió de oír que me acercaba, pero ni apretó el paso ni miró hacia atrás. Llegué hasta él y lo agarré por el hombro para que se parara.

—Mira, lo siento —dije, jadeando un poco. Te pido disculpas. No debería haber perdido los estribos. Te pido perdón. Lo digo en serio. No hay excusa que valga. Pero verás, es que no sabes lo que esto significa para mí. Ahora, por favor... —le hice una seña en dirección al coche—, continuemos.

El joven no me miraba.

—No se puede conducir —dijo.

—Pero escucha... Ya te he dicho que lo siento. Vamos, sé razonable.

—No se puede conducir más. Es muy peligroso. La batalla está muy cerca.

—Pero, verás... Es muy importante que vaya hasta esa casa. Terriblemente importante. Y ahora dime la verdad, por favor. ¿Te has perdido o sabes realmente dónde está esa casa?

—Lo sé. Sé dónde está esa casa. Pero ahora es muy peligroso. La batalla está muy cerca.

Entonces, como apoyando tal afirmación, unas súbitas ráfagas de ametralladora retumbaron a nuestro alrededor. Parecían razonablemente distantes, pero no era posible saber de qué dirección partían, y ambos miramos en torno sintiéndonos de pronto expuestos en medio de la colina.

—Te diré una cosa —dije, y saqué del bolsillo mi libreta de notas y un lápiz. Veo que no quieres seguir tomando parte en esto, y entiendo tu postura. Y te pido disculpas por mi rudeza de antes. Pero me gustaría que hicieras dos cosas más por mí antes de irte a casa. La primera, que me escribas aquí la dirección de la casa de Yeh Chen.

—No tiene dirección, señor. No la tiene.

—Bien, muy bien. Entonces dibújame un plano. Dibuja cómo se va. Lo que sea. Por favor, hazlo por mí. Luego me gustaría que me llevaras a la comisaría de policía más cercana. Es lo que debería haber hecho desde el principio, por supuesto. Voy a necesitar hombres preparados, armados. Por favor...

Le entregué la libreta y el lápiz. Había varias hojas con las notas que había ido tomando en el curso de la mañana. El joven fue pasándolas una a una hasta que llegó a una en blanco. Y entonces dijo:

—No escribo inglés, señor. No sé escribir en inglés.

—Entonces escríbelo en lo que sepas. Traza un plano. Lo que sea. Date prisa, por favor.

Pareció tomar conciencia de la importancia de lo que le pedía. Pensó detenidamente unos segundos y se puso a escribir con rapidez. Llenó una hoja y luego otra. Después de escribir cuatro o cinco hojas, metió el lápiz por el hueco del lomo de la libreta y me la tendió. Miré lo que había escrito, pero no entendí nada porque estaba en chino, y, con todo, dije:

—Muchas gracias. Te lo agradezco de todo corazón. Ahora, por favor, llévame a una comisaría. Y luego te vas a casa.

—La comisaría es por aquí, señor —dijo.

Echó a andar en la dirección que antes seguía, y luego, en la cima de la colina, señaló hacia el pie de la ladera, donde, quizás a unos doscientos metros, se divisaba el comienzo de una masa de edificios grises.

—La comisaria está allí, señor.

—¿Allí? ¿Qué edificio es?

—Aquél. El de la bandera.

—Ya lo veo. ¿Estás seguro de que es la comisaría de policía?

—Seguro, señor. Es la comisaría de policía.

Desde donde estábamos, parecía ciertamente una comisaría de policía. Caí en la cuenta, además, de que no tenía sentido tratar de llegar hasta ella en coche. Lo habíamos dejado al otro lado de la colina, y el sendero por el que habíamos subido no era lo bastante ancho para un vehículo. Conjeturé, también, que si pretendíamos ir en coche dando un rodeo a la colina podríamos perdernos. Así que me metí la libreta en el bolsillo y pensé en recompensar al joven con unos cuantos billetes, pero recordé a tiempo cuán ofendido se había sentido antes. Por tanto, me limité a decir:

—Muchas gracias. Me has sido de gran ayuda. Desde aquí me las arreglaré solo.

El joven me dedicó una rápida inclinación de cabeza —aún parecía enojado conmigo—, y, tras volverse, empezó a bajar por el sendero en dirección al coche.

La comisaría de policía parecía abandonada. Al bajar por la ladera alcancé a ver ventanas rotas y una de las puertas de la entrada colgando al aire fuera de sus goznes. Pero cuando me fui abriendo paso entre cristales rotos y entré en la zona de recepción del edificio, me vi de pronto frente a tres chinos, dos apuntándome con sus fusiles y el tercero blandiendo una pala jardinera. Uno de ellos, que vestía uniforme del ejército chino, me preguntó en un inglés titubeante qué quería. Cuando logré hacerle entender quién era y que quería hablar con quienquiera que estuviera al mando de la comisaría, los tres hombres se pusieron a discutir entre ellos. Al final, el de la pala desapareció a través de una puerta que daba a otro recinto, y sus compañeros se quedaron esperándole sin dejar de apuntarme con sus fusiles. Aproveché la oportunidad para echar una mirada a mi alrededor, y concluí que era poco probable que quedara algún policía en aquella comisaría. Aunque había aún algunos carteles y anuncios, el lugar parecía abandonado hacía tiempo. De una pared colgaban cables sueltos, y la parte posterior de la sala había sido destruida por el fuego.

Transcurridos quizás cinco minutos, volvió el hombre de la pala, y hubo nuevas deliberaciones en lo que imaginé el dialecto de Shanghai. Al cabo, el hombre del uniforme me indicó con un gesto que debía acompañar al de la pala jardinera.

Lo seguí, pues, y pasamos a otra sala que resultó asimismo custodiada por unos hombres armados que se hicieron a un lado para que pasáramos. Segundos después bajábamos por unas desvencijadas escaleras que conducían a los sótanos de la comisaría.

Mi recuerdo de cómo llegamos al *bunker* se hace ahora un poco impreciso. Antes quizás pasamos por otras dependencias; recuerdo que

recorrimos una especie de túnel, agachándonos para evitar las vigas, donde también había centinelas, y cada vez que nos topábamos con una de sus figuras negras me veía obligado a pegarme contra la áspera pared para poder pasar y seguir adelante.

Finalmente, el hombre de la pala me hizo pasar a un recinto sin ventanas, convertido en una especie de cuartel general improvisado. Dos bombillas desnudas que pendían de una viga central se bamboleaban una al lado de la otra. Las paredes eran de ladrillo visto, y en la situada a mi derecha habían practicado un agujero lo suficientemente grande como para que por su interior pudiera pasar una persona. En la esquina opuesta se veía una destartada radio de campaña, y en el centro del piso había una gran mesa de oficina (era evidente que había sido cortada por la mitad y vuelta a unir toscamente con cuerdas y clavos). Varias cajas de madera boca abajo constituían el mobiliario de asiento, y la única silla propiamente dicha se hallaba ocupada por un hombre inconsciente atado a ella de pies y manos. Vestía un uniforme de infante de marina japonés, y tenía un lado de la cara lleno de magulladuras.

Las otras dos únicas personas presentes en el *bunker* eran dos oficiales del ejército chino, ambos de pie e inclinados sobre unos mapas militares extendidos sobre la mesa. Al verme entrar alzaron la mirada, y uno de ellos se acercó a mí y me tendió la mano.

—Soy el teniente Chow. Y éste es el capitán Ma. Ambos nos sentimos muy honrados con su visita, señor Banks. ¿Viene usted a prestarnos apoyo moral?

—Bueno, la verdad, teniente, es que he venido con una petición concreta que hacerles. Sin embargo, confío en que una vez que mi tarea haya sido llevada a término la moral nos llegue a todos a raudales. A ustedes y a todo el mundo. Pero voy a necesitar un poco de ayuda, y ésa es la razón que me ha traído hasta ustedes.

El teniente le dijo algo al capitán, que —inferí— no entendía inglés. Luego los dos me miraron. De pronto, el japonés inconsciente de la silla vomitó, y el vómito le cayó por la pechera del uniforme. Todos nos volvimos para mirarle, y al poco el teniente dijo:

—Dice usted que necesita ayuda. ¿Qué tipo de ayuda exactamente, señor Banks?

—Tengo aquí algunas indicaciones para llegar a una determinada casa. Es absolutamente imprescindible que llegue a esa casa sin la menor tardanza. Las indicaciones están en chino y no las entiendo. Pero el caso es que, aunque pudiera leerlas, necesitaría un guía. Alguien que conociera bien la zona.

—Así que lo que desea es un guía.

—No sólo un guía, teniente. Necesitaré también cuatro o cinco hombres competentes. Más, si es posible. Han de estar bien adiestrados y poseer experiencia, pues la operación que debe realizarse es delicada.

El teniente soltó una risita; luego, volviendo a adoptar su anterior expresión solemne, dijo:

—Señor, en el momento presente no andamos holgados de ese tipo de hombres. Esta base es parte crucial de nuestro sistema defensivo. Y sin embargo ha podido ver por sí mismo lo precariamente que está defendida. De hecho, los hombres que ha visto al entrar están heridos, o enfermos, o son voluntarios sin experiencia. A todo hombre capaz de pelear lo hemos enviado al frente.

—Me hago cargo, teniente, de lo difícil de su situación. Pero debe entender que no es una indagación informal cualquiera la que me propongo hacer. Cuando digo que es imprescindible que llegue hasta esa casa... Bien, teniente, se lo contaré; no hay por qué mantenerlo en secreto. Usted y el capitán Ma van a ser los primeros en saberlo. La casa que deseo encontrar, que está muy cerca de esta comisaría, no es otra que la casa donde están retenidos mis padres. ¡Sí, teniente! Le estoy hablando, ¡nada menos!, de la resolución de este caso después de tantos años. Comprenderá ahora por qué creo que mi petición, pese al precario momento que ustedes atraviesan, está plenamente justificada.

La cara del teniente seguía como fijada en la mía. El capitán le preguntó algo en mandarín, pero el teniente no le respondió. Y acto seguido éste me dijo:

—Estamos esperando que unos hombres vuelvan de una misión. Salieron seis. No sé si regresarán todos. Tenía pensado enviarlos a otra

posición, pero ahora... Dada la situación, tomaré el asunto bajo mi responsabilidad personal. Esos hombres, vuelvan cuantos vuelvan, le acompañarán en su misión.

Suspiré con impaciencia.

—Le doy las gracias, teniente. Pero ¿cuánto podrían tardar en volver los hombres de que me habla? ¿No sería posible llevarme unos cuantos hombres de los que están ahí fuera? Sería muy poco tiempo. La casa está muy cerca. Y, además..., alguien me espera. —De pronto había recordado a Sarah, y una especie de pánico me recorrió de arriba abajo. Di un paso hacia el teniente, y dije—: De hecho, teniente, me pregunto si podría usar su teléfono. Tendría que hablar con ella.

—Me temo que aquí no hay ningún teléfono, señor Banks. Eso es una radio, y puede conectar tan sólo con nuestro cuartel general y con las otras posiciones.

—¡Bien, entonces es absolutamente imprescindible que resuelva este asunto sin dilación alguna! Verá, señor: ¡mientras usted y yo estamos hablando, hay una dama esperándome! Si me permite, ¿no podrían acompañarme tres o cuatro de los hombres que están ahí fuera defendiendo la base?

—Cálmese, por favor, señor Banks. Haremos todo lo posible por ayudarle. Pero, como le acabo de decir, los hombres de ahí fuera no están capacitados para esa misión. Sólo conseguirían ponerla en peligro. Comprendo que ha esperado muchos años para resolver este caso. Le aconsejaría que no actuase precipitadamente en este momento.

Había sensatez en sus palabras. Con un suspiro, me senté en una de las cajas de embalaje.

—Esos hombres no han de tardar mucho —dijo el teniente. Señor Banks, ¿podría ver esas indicaciones que tiene en la libreta?

Me sentía reacio a desprenderme de mi libreta (aunque fuera a tratarse apenas de unos segundos). Pero al final se la tendí, abierta por las hojas que el joven había escrito. El oficial estudió las indicaciones durante un momento, y luego me devolvió la libreta.

—Señor Banks, he de decirle... Esa casa... A esa casa no va a ser tan fácil llegar.

—Pero, según he sabido, señor, está muy cerca de aquí.

—Está muy cerca, es cierto. Sin embargo, no será fácil llegar a ella. La cuestión, señor Banks, es que en estos momentos puede estar ya tras las líneas japonesas.

—¿Las líneas japonesas? Bien, supongo que podría hablar con los japoneses. Yo no tengo ningún contencioso con ellos.

—Señor, si no le importa venir conmigo... Mientras esperamos a esos hombres, voy a mostrarle nuestra posición exacta.

Habló unos segundos con el capitán, muy rápidamente. Luego fue hasta un armario de objetos de limpieza que había en un rincón, abrió la puerta y entró. Tardé un instante en darme cuenta de que esperaba que le siguiera, pero cuando traté de entrar también en el cubículo casi me doy de bruces contra los talones de sus botas —que ahora veía justo enfrente de mi cara. Entonces, desde la negrura de arriba, me llegó su voz:

—Si no le importa seguirme, señor Banks. Hay cuarenta y ocho peldaños. Y será mejor que guarde como mínimo cinco entre usted y yo.

Sus botas desaparecieron en la oscuridad. Di un paso más en el interior del armario, extendí las manos y toqué unos peldaños metálicos que había a cierta altura del muro de ladrillo. En lo alto, en la oscuridad, vi un pequeño retazo de cielo abierto. Deduje que nos encontrábamos al pie de una chimenea, o de una torre de observación de la policía.

Durante los primeros peldaños, el ascenso se me hizo duro: no sólo estaba nervioso por la posibilidad de perder mi asidero en la oscuridad, sino que temía asimismo que el teniente pudiera perder pie y caerme encima con todo su peso. Pero finalmente el retazo de cielo se hizo más grande, y vi cómo la figura del teniente salía por el hueco iluminado, y al poco me uní a él.

Estábamos de pie sobre un elevado tejado plano rodeado de una vasta extensión de tejados densamente apiñados. En la lejanía, tal vez a setecientos u ochocientos metros hacia el este, vi una columna de humo alzándose en el cielo de la tarde.

—Es curioso —dije, mirando en torno. ¿Cómo podrá moverse la gente ahí abajo? Parece que no hay calles.

—Es exactamente lo que parece desde aquí arriba. Pero a lo mejor quiere echar una ojeada a través de esto.

Me estaba tendiendo unos prismáticos. Me los llevé a los ojos y tardé unos segundos en ajustar la visión, y me vi mirando una chimenea situada a unos metros de distancia. Al cabo logré enfocar la columna de humo, y oí la voz del teniente que decía a mi lado:

—Está mirando «la conejera», señor Banks. Una maraña de viviendas de obreros industriales. Estoy seguro de que durante todo el tiempo que vivió aquí de niño jamás estuvo ahí.

—¿La conejera? No, no creo haber estado nunca en ese lugar.

—Ciertamente no. Casi con toda certeza. Los extranjeros raramente visitan tales lugares, a menos que sean misioneros. O comunistas, quizás. Soy chino, pero tampoco a mí, como a muchos de mis iguales, me fue permitido nunca acercarme a esos lugares. No supe casi nada sobre la conejera hasta el año 32, la última vez que combatimos contra los japoneses. No podría usted creer que los seres humanos puedan vivir de ese modo. Es como un hormiguero. Son casas construidas para los más pobres. Casas con habitaciones mínimas, hilera tras hilera, trasera con trasera. Una conejera. Si uno se fija detenidamente, llega a ver los callejones. Angostos pasajes de la anchura justa para que la gente pueda entrar en su casa. Al fondo, no tienen ventanas. Las habitaciones traseras son de una negrura vacía, pared con pared con las traseras vecinas. Perdóneme, pero le estoy contando esto por una razón de peso, como verá enseguida. Las habitaciones las hicieron mínimas porque eran para los pobres. Hubo un tiempo en que las compartían siete u ocho personas. Luego, con el paso de los años, las familias se vieron forzadas a partirlas en dos para dividir el alquiler entre dos familias. Y si seguían sin poder pagarle al casero, las volvían a partir. Recuerdo haber visto habitaciones minúsculas divididas cuatro veces, y habitadas por otras tantas familias. Usted, señor Banks, jamás podría creer que los seres humanos pudieran vivir de ese modo...

—Parece increíble, sí, pero si usted lo ha visto con sus propios ojos...

—Cuando dejemos de pelear contra los japoneses, señor Banks, consideraré la posibilidad de prestar mis servicios a los comunistas. ¿Cree

que es peligroso que lo diga? Hay muchos oficiales que preferirían combatir del lado de los comunistas que del de Chiang Kai-shek.

Desplacé los prismáticos sobre la densa masa de míseros tejados. Vi que muchos de ellos tenían roturas importantes. Pude vislumbrar, asimismo, los mínimos callejones que el teniente había mencionado: angostos y alambicados pasajes que daban acceso a las viviendas.

—Y sin embargo no son chabolas —siguió la voz del teniente. Por endeble que sean las divisiones que los inquilinos levanten, la estructura principal, la conejera, es de ladrillo. Y ello resultó esencial en el 32, cuando atacaron los japoneses, y nos está resultando esencial también ahora.

—Me doy cuenta —dije. Un sólido laberinto de callejas defendidas por soldados. Una perspectiva nada halagüeña para los japoneses, por moderno que sea su armamento.

—Exacto. El armamento japonés, o la propia instrucción de su ejército, no cuentan casi nada aquí. La lucha se reduce a fusiles, bayonetas, cuchillos, pistolas, palas, cuchillas de carnicero. Las líneas japonesas, la semana pasada, han retrocedido un poco. ¿Ve aquel humo, señor Banks? Aquel punto era del enemigo hasta la semana pasada. Pero ahora los hemos hecho recular.

—¿Sigue habiendo civiles viviendo allí?

—Sí, por supuesto. Puede que no lo crea, pero incluso cerca del frente hay algunas casas aún ocupadas por sus moradores. Y eso dificulta enormemente las cosas para los japoneses. No pueden bombardear indiscriminadamente. Saben que las potencias occidentales se mantienen vigilantes, y temen que la inclemencia tenga un precio.

—¿Cuánto tiempo podrán resistir sus tropas?

—Quién sabe. Puede que Chiang Kai-shek nos mande refuerzos. O puede que los japoneses decidan renunciar y cambiar las posiciones, concentrarse en otra parte, como Nanking o Chunking. No está aún nada claro que incluso no salgamos victoriosos. Pero los combates recientes nos han causado muchas pérdidas. Si no le importa desplazar los prismáticos hacia la izquierda, señor Banks... Bien, ¿ve aquella carretera? ¿Sí? Pues aquella carretera se conoce popularmente como el Callejón del Cerdo. No tiene aspecto de ser gran cosa como carretera, pero ahora es muy importante

para el eventual desenlace. Como ve, es la carretera que bordea la conejera. De momento, nuestras tropas la han cortado y han conseguido detener a los japoneses. Si éstos fueran capaces de descender por ella, podrían invadir la conejera por un lado, y de nada valdría entonces que intentáramos resistir. Habríamos sido flanqueados. Usted pide un puñado de hombres para que lo acompañen a la casa donde están retenidos sus padres. Esos hombres, en caso de no ir con usted, serían enviados a defender la barricada de lo alto del Callejón del Cerdo. En los días pasados la batalla allí se ha vuelto desesperada. Entretanto, claro está, también tenemos que mantener nuestras posiciones al otro lado de la «conejera».

—Desde aquí, uno no diría que la batalla es tan encarnizada allá abajo.

—Cierto. Pero le puedo asegurar que, dentro de la conejera, las cosas están muy mal. Le digo esto, señor Banks, porque lo que usted pretende es entrar en ella.

Durante unos instantes, me quedé mirando en silencio a través de los prismáticos. Luego dije:

—Teniente, esa casa, la casa donde están mis padres, ¿podría verse desde aquí?

Su mano me tocó el hombro fugazmente, pero no aparté los ojos de los prismáticos.

—¿Puede ver, señor Banks, las ruinas de aquella torre de la izquierda? La que parece una de esas figuras de la Isla de Pascua. Sí, sí, aquélla. Si traza una línea desde esas ruinas hasta las ruinas de aquel gran edificio negro de la derecha, un viejo almacén textil, tendrá lo que esta mañana era la línea hasta la que nuestros hombres habían logrado hacer retroceder a los japoneses. La casa donde retienen a sus padres está más o menos a la altura de aquella alta chimenea de la izquierda. Si traza una línea, a esa misma altura, que cruce la conejera y acabe en un punto un poco hacia la izquierda de donde ahora estamos... Sí, sí...

—¿Se refiere a cerca de ese tejado, el de los aleros que suben hasta una especie de arco?

—Sí, eso es. Por supuesto, no puedo estar seguro al ciento por ciento. Pero, según las indicaciones que me ha mostrado antes, ésa es más o menos la situación de la casa.

Me quedé mirando aquel tejado a través de los prismáticos. Durante unos segundos largos no pude dejar de mirarlo fijamente, pese a ser consciente de que estaba haciéndole perder un tiempo precioso al teniente. Al poco fue el teniente quien dijo:

—Debe de ser extraño. Saber que es muy posible que esté mirando la casa donde están sus padres...

—Sí. Lo es. Es extraño.

—Claro que también es posible que no sea esa casa. Es una simple deducción mía. Pero tiene que estar muy cerca. Cerca de aquella alta chimenea que le he indicado. Los lugareños la llaman el Horno del Este. La chimenea que ve mucho más cerca de donde estamos, casi directamente en línea con la otra, pertenece al Horno del Oeste. Antes de las hostilidades, los vecinos solían quemar sus desechos en cualquiera de esos dos hornos. Le aconsejo, señor, que utilice esos hornos como referencia cuando esté dentro de la conejera. De lo contrario, siendo usted extranjero, le resultará difícil saber dónde se encuentra. Mire de nuevo, detenidamente, la chimenea más lejana. Y recuerde: la casa que está buscando se halla muy cerca de ella, en línea recta hacia el sur.

Por fin bajé los prismáticos.

—Teniente, ha sido usted enormemente amable. No sé cómo expresarle mi gratitud. De hecho, si no le causa embarazo, quizás me permita mencionar su nombre durante la ceremonia que tendrá lugar en Jessfield Park para celebrar la liberación de mis padres.

—La verdad es que mi ayuda no ha sido tan importante. Además, señor Banks, no debe presuponer que su misión está cumplida. Desde aquí no parece lejos. Pero en el interior de la conejera se están librando fuertes combates. Aunque no sea usted un combatiente, le será difícil moverse de casa en casa. Y, aparte de los dos hornos, quedan muy pocos puntos de referencia claros. Además, luego deberá sacar de allí sanos y salvos a sus padres. En otras palabras, aún tiene ante usted una tarea harto difícil. Pero ahora, señor Banks, sugiero que bajemos. Puede que esos hombres ya hayan regresado y estén ya a la espera de mis órdenes. En cuanto a usted, señor Banks, debe procurar volver antes del anochecer. Ya es lo suficientemente endiablado moverse por «la conejera» a la luz del día. Por la noche, sería

como deambular por la peor de las pesadillas. Si le sorprende la noche, le aconsejo que encuentre un lugar seguro y espere con los hombres hasta la mañana. Ayer mismo, dos de mis hombres estaban tan desorientados que se mataron el uno al otro en la oscuridad.

—Tomo cumplida cuenta de lo que me ha dicho, teniente. En fin, bajemos ya.

Abajo, el capitán Ma hablaba con un soldado de uniforme muy roto y maltrecho. No parecía estar herido, pero sí alterado y conmovido. El japonés de la silla estaba roncando, como en un sueño apacible, aunque advertí que había vuelto a vomitarse encima de la guerrera.

El teniente despachó rápidamente con el capitán, e interrogó al soldado del uniforme maltrecho. Luego se volvió hacia mí y dijo:

—Malas noticias. Los otros no han regresado. Dos han muerto con seguridad. El resto están atrapados, aunque existe la probabilidad de que aún logren escapar. Los japoneses han efectuado un avance, siquiera transitorio, y puede que la casa en la que están retenidos sus padres se encuentre ahora tras las líneas enemigas.

—A pesar de ello, teniente, debo seguir con mi plan, sin más dilaciones. Verá: si los hombres que me prometió no han regresado, quizás..., y me hago perfecto cargo de que es pedir demasiado, quizás podría tener la amabilidad de acompañarme usted mismo. Sinceramente, señor, no puedo pensar en otra persona más idónea para asistirme en este trance.

El teniente pensó en lo que acababa de decirle con expresión grave.

—Muy bien, señor Banks —dijo finalmente. Haré lo que me pide. Pero hemos de darnos prisa. No debería dejar este puesto por nada del mundo. Hacerlo durante un tiempo prolongado podría acarrear terribles consecuencias.

Dio unas rápidas explicaciones al capitán, abrió un cajón del escritorio y sacó una serie de cosas que fue metiéndose en los bolsillos y el cinturón.

—Es mejor que no lleve fusil, señor Banks. Pero ¿tiene usted una pistola? ¿No? Entonces coja ésta. Es alemana y muy fiable. Deberá llevarla

escondida, y si nos topamos con el enemigo no debe dudar en declarar su neutralidad inmediata y claramente. Ahora, si quiere usted seguirme.

Cogió un fusil que estaba apoyado contra el escritorio, fue hasta el agujero abierto en la pared de enfrente y se introdujo en él ágilmente. Yo deslicé la pistola bajo el cinturón, donde quedó semioculta por los faldones de la chaqueta, y me dirigí deprisa hacia el agujero.

Sólo la visión retrospectiva hace que la primera parte de nuestra incursión me parezca ahora relativamente fácil. Entonces, cuando caminaba dando traspies tras la figura del teniente —que avanzaba a grandes pasos— no me pareció en absoluto sencilla. Los pies empezaron enseguida a arderme por el roce con el terreno lleno de escombros, y los forzados movimientos que me vi obligado a hacer para sortear los agujeros de cada muro se me antojaron terriblemente incómodos.

La serie de agujeros —todos ellos similares al de la sala de mando del sótano— parecía interminable. Unos eran más pequeños, otros lo bastante grandes para que dos hombres pasaran a través de ellos al mismo tiempo; pero todos tenían los bordes desiguales, y era necesario dar un pequeño brinco para pasar a través de ellos. No tardé mucho en sentirme al borde de la extenuación; en cuanto pasaba a través de uno volvía a ver a unos metros la figura del teniente, que airosamente se metía en el siguiente.

No todos los muros seguían en pie; a veces nos abríamos paso entre los escombros de tres o cuatro casas destruidas antes de encontrarnos con el muro siguiente. Los tejados estaban casi todos destrozados —en ocasiones eran prácticamente inexistentes—, de forma que tuvimos luz casi constantemente, aunque de cuando en cuando las densas sombras hacían fácil el tropiezo. Más de una vez, hasta que me hube acostumbrado al terreno, mi pie resbaló dolorosamente entre dos losas melladas o se hundió hasta el tobillo en los desmenuzados escombros.

En tales circunstancias, pues, no era difícil olvidar que estábamos pasando a través de lo que sólo varias semanas atrás habían sido los hogares de centenares de personas. De hecho, a menudo tuve la impresión de que atravesábamos no una humilde barriada sino una vasta mansión en ruinas,

con innumerables habitaciones. Tanto era así que a veces me daba la impresión de que entre las ruinas, bajo nuestros pies, había preciadas reliquias, juguetes, sencillos pero muy amados objetos de la vida familiar, y me sentía anegado de una renovada furia contra aquellos que habían permitido que tal fatalidad hubiera caído sobre tanta gente inocente. Pensé de nuevo en aquellos personajes pomposos de la Colonia Internacional, en todos los fingimientos y mentiras que a lo largo de tantos años habían empleado para eludir sus responsabilidades, y al pensar en ello mi furia adquirió tal intensidad que me sentí tentado de llamar al teniente a gritos para hacerle partícipe de mi cólera.

En determinado instante, sin embargo, el teniente se detuvo por voluntad propia, y cuando llegué hasta él oí que me decía:

—Señor Banks, por favor, tome buena nota de esto. —Me señalaba, apuntando un poco hacia la izquierda, una construcción con aspecto de caldera que, aunque cubierta de polvo de derribo, había permanecido más o menos intacta. Es el Horno del Oeste. Si mira hacia arriba verá la más cercana de las dos altas chimeneas que hemos visto antes desde aquel tejado. El Horno del Este es muy similar a éste en apariencia, y será nuestro punto de referencia siguiente. Cuando lleguemos a él, sabremos que estamos muy cerca de la casa.

Examiné el horno con detenimiento. Una chimenea de gran grosor se asentaba sobre su estructura, y cuando di unos pasos hacia ésta y miré hacia arriba, vi cómo el enorme fuste se alzaba enhiesto hacia el cielo. Seguía contemplándola cuando oí que mi compañero me decía:

—Por favor, señor Banks. Debemos continuar. Es importante que hayamos terminado la misión antes de que el sol se ponga.

Fue minutos después de haber dejado atrás el Horno del Oeste cuando la actitud del teniente se hizo visiblemente más cauta. Su paso se volvió más lento, y a partir de entonces, al llegar a un agujero, miraba a través del hueco, con el fusil en ristre, y escuchaba atentamente antes de aventurarse a atravesarlo. Empecé a ver más y más montones de sacos terreros y rollos de alambre de espino muy cerca de los agujeros. Cuando oí las ráfagas de ametralladora me quedé petrificado, creyendo que nos hallábamos dentro de

un fuego cruzado, pero vi que el teniente seguía avanzando, y, con una honda inspiración, reanudé la marcha detrás de él.

Finalmente, tras pasar por un nuevo agujero, me vi en un espacio mucho más amplio. De hecho, en mi estado de agotamiento, tuve la fantasía de que había entrado en el recinto derruido por las bombas de alguno de aquellos grandes salones de baile a los que solían invitarme en la Colonia Internacional. Pero luego caí en la cuenta de que estábamos en un espacio ocupado un día por varias habitaciones; los tabiques habían desaparecido casi por completo, y la siguiente pared en pie se hallaba a unos veinticinco metros. En ella vi a siete u ocho soldados alineados de pie, cara al ladrillo, y al principio los tomé por prisioneros, pero enseguida me percaté de que tenían ante sí sendos pequeños agujeros por los que habían introducido el cañón de los fusiles. El teniente ya había cruzado los escombros, y hablaba con un hombre agachado ante una ametralladora montada sobre un trípode.

Ésta se hallaba situada frente al agujero más grande por el que tendríamos que pasar para continuar nuestro camino. Al acercarme, además, vi que el perímetro interno del agujero se hallaba todo orlado de alambre de espino, de forma que apenas quedaba el hueco necesario para el cañón de la ametralladora. Al principio pensé que el teniente le estaba pidiendo al hombre que despejara aquel obstáculo para que pudiéramos pasar, pero luego reparé en lo tensos que se habían puesto todos los presentes. Mientras el teniente le hablaba, el hombre de la ametralladora no quitó ni un instante la vista del interior del agujero. Los demás soldados, alineados a lo largo del muro, permanecían también inmóviles y alerta, con el alma en vilo por lo que pudiera suceder al otro lado del muro.

En cuanto vislumbré las ominosas implicaciones de lo que estaba viendo, sentí el impulso de retroceder y volver al espacio anterior a través del agujero a mi espalda, pero vi que el teniente venía hacia mí y se quedaba donde estábamos.

—Tenemos un problema —dijo. Hace unas horas, los japoneses han conseguido avanzar un poco. Hemos logrado hacerles retroceder, y la línea vuelve a ser la de esta mañana. Pero al parecer algunos soldados japoneses no han podido replegarse con los otros, y han quedado atrapados dentro de nuestras líneas. Están completamente aislados de los suyos, y por tanto son

extremadamente peligrosos. Mis hombres creen que en este momento están al otro lado del muro.

—¿No estará sugiriendo, teniente, que pospongamos la misión hasta que se solucione este asunto?

—Me temo que sí, que tendremos que esperar.

—Pero ¿cuánto tiempo?

—Es difícil de decir. Esos soldados se hallan atrapados, y al final acabarán presos o muertos. Pero mientras tanto están armados y son muy peligrosos.

—¿Quiere decir que quizás tengamos que esperar horas? ¿Días incluso?

—Es posible. En la situación actual, sería muy peligroso que usted y yo continuáramos nuestro camino.

—Teniente, me sorprende usted. Tenía la impresión de que, siendo como es un hombre educado, era perfectamente consciente de la urgencia de nuestra misión. Sin duda tendrá que haber alguna otra ruta que podamos tomar para sortear a esos soldados.

—Hay otras rutas. Pero el caso es que, aunque sigamos, estaremos expuestos a un peligro extremo. Por desgracia, señor, no veo otra alternativa que esperar. Es muy posible que la situación se resuelva pronto. Disculpe un momento.

Uno de los soldados del muro le hacía gestos urgentes para que se acercara, y el teniente echó a andar a través de los escombros en dirección a él. Pero en ese mismo instante el hombre de la ametralladora hizo fuego. Se oyó una ensordecedora ráfaga, y, cuando ésta cesó, un largo grito al otro lado del muro. El grito fue al principio un alarido, y luego fue amortiguándose hasta convertirse en una especie de plañido agudo y quejumbroso. Era un sonido sobrecogedor, y al oírlo me quedé petrificado. Sólo cuando el teniente llegó corriendo y me empujó y me obligó a agacharme tras unos montones de escombros, caí en la cuenta de que las balas estaban mordiendo el muro que había a mi espalda. Ahora los soldados alineados en el muro disparaban también, y el hombre de la ametralladora dejó escapar otra larga ráfaga. La rotundidad de su arma pareció silenciar a todas las demás, y luego, durante lo que se me antojó un tiempo enormemente largo, el único sonido audible fue el del hombre

herido del otro lado del muro. Sus agudos gemidos se prolongaron durante varios segundos, y al cabo el soldado empezó a chillar —una y otra y otra vez— algo en japonés. De cuando en cuando su voz se alzaba hasta convertirse en un desesperado y frenético alarido, que al poco volvía a ser un gemido lastimero. Su incorpórea voz resonó por todas las ruinas, pero los soldados chinos permanecieron absolutamente inmóviles, sin que su concentración flaqueara lo más mínimo por lo que pudieran ver al otro lado del muro a través de sus respectivos agujeros. De pronto, el hombre de la ametralladora se volvió y vomitó a un lado, en la tierra, para inmediatamente volver a su agujero de alambre de espino. Lo hizo de forma que no permitía adivinar si su repentina indisposición tenía que ver con los nervios o con los gemidos del hombre moribundo, o con alguna afección estomacal momentánea.

Al final, y aunque sus posturas apenas cambiaron, los soldados parecieron relajarse de forma perceptible. Oí que el teniente decía a mi espalda:

—¿Lo ve, señor Banks? ¿Ve como no es nada fácil seguir adelante?

Estábamos agachados, sobre las rodillas, y reparé en que mi ligero traje de franela estaba cubierto casi por completo de polvo y suciedad. Dediqué unos segundos a poner en orden mis pensamientos y dije:

—Me hago cargo de los riesgos. Pero de todos modos debemos continuar. Con toda esta batalla en curso, es particularmente necesario que mis padres no sigan en esa casa ni un instante más de lo estrictamente necesario. ¿Podría sugerirle que nos llevemos con nosotros a estos hombres? Así, si esos soldados japoneses nos atacan, seremos mucho más fuertes.

—Como oficial al mando aquí, no puedo aprobar tal idea, señor Banks. Si esos hombres dejan su posición, el cuartel general se hará absolutamente vulnerable. Además, pondría a mis hombres en un riesgo de muerte innecesario.

Exasperado, dejé escapar un suspiro.

—Debo decir, teniente, que sus hombres han hecho un trabajo un tanto «chapucero» al permitir que esos japoneses se hayan adentrado en sus

líneas. Si sus hombres hubieran cumplido con su deber como es debido, estoy seguro de que esto jamás habría sucedido.

—Mis hombres han peleado con admirable valentía, señor Banks. No tienen ninguna culpa de que su misión se halle momentáneamente suspendida.

—¿Qué quiere decir con eso, teniente? ¿Qué está usted insinuando?

—Por favor, cálmese, señor Banks. Lo único que estoy queriendo dejar claro es que mis hombres no tienen la menor culpa de...

—Entonces, ¿de quién es la culpa, señor? ¡Ya caigo en lo que insinúa! ¡Oh, sí! Sé que lleva ya cierto tiempo pensándolo. Me preguntaba cuándo se decidiría a decírmelo.

—Señor, no tengo la menor idea de lo que...

—¡Sé perfectamente lo que ha estado pensando todo este tiempo, teniente! Lo veía en sus ojos. Usted cree que todo esto es culpa mía. Todo, absolutamente todo, todo este terrible sufrimiento. Toda esta destrucción. Lo veía en su cara cuando nos abríamos paso entre ella hace un momento. Pero es que usted no sabe nada, prácticamente nada, señor, de lo que concierne a este asunto. Puede que usted sepa un par de cosas sobre cómo se lleva una guerra, pero déjeme decirle que la resolución de un caso tan complejo como éste es algo diametralmente diferente. Es obvio que no tiene la menor idea de lo que está en juego. ¡Estas cosas llevan tiempo, señor! Un caso como éste, señor, requiere la mayor de las delicadezas. Supongo que usted imagina que puede abordarse con fusiles y bayonetas, ¿me equivoco? Ha llevado mucho tiempo, lo admito, pero ello está en la propia naturaleza del caso que nos ocupa. En fin, no sé por qué me molestó en explicarle todo esto. ¿Cómo iba a entenderlo usted, un simple soldado?

—No hay ninguna razón para que nos peleemos, señor Banks. Deseo sinceramente que tenga usted éxito en su empresa. Lo único que le decía era que posiblemente...

—Cada vez me interesa menos su idea de lo que es o no posible, teniente. Si me permite decirlo, es usted un pobre ejemplo del ejército chino. ¿Debo entender que se está usted echando atrás en lo que me había prometido? ¿Que no tiene intención de acompañarme más allá de este punto? Sí, eso es lo que creo. Tendré que llevar a cabo esta difícil tarea a

solas. ¡Muy bien, pues así lo haré! ¡Haré esa incursión en la casa absolutamente solo!

—Creo, señor, que debe usted calmarse antes de seguir diciendo cosas que...

—¡Y una cosa más, señor! Puede tener la seguridad de que en absoluto mencionaré su nombre en la celebración del Jessfield Park. Y si lo hago, no será precisamente de un modo elogioso.

—Señor Banks, por favor, escúcheme. Si está usted decidido a seguir, pese al peligro, no le detendré. Pero no hay ninguna duda de que continuará mucho más seguro solo. Si va conmigo, correrá el riesgo de que le disparen. Usted, además, es un hombre blanco, y vestido de civil. Si se comporta usted con sumo cuidado, y declara claramente quién es antes de que estalle cualquier escaramuza, es posible que salga indemne del trance que le espera. Por supuesto, le reitero mi recomendación de que espere a que la situación se resuelva. Y le aseguro que, teniendo como tengo también yo padres ancianos, entiendo perfectamente su sentimiento de urgencia.

Me puse en pie y me sacudí cuanto pude el polvo de la ropa.

—Muy bien. Me voy —dije fríamente.

—En tal caso, señor Banks, por favor llévese esto. —Me tendía una pequeña linterna. Mi consejo, como he dicho antes, es que se detenga y espere hasta la mañana siguiente si no ha logrado llegar a su destino antes del anochecer. Pero, por su actitud, veo que se sentirá inclinado a continuar. En tal caso, necesitará una linterna. Las pilas no son nuevas. Así que no la utilice salvo en caso absolutamente necesario.

Me metí la linterna en el bolsillo de la chaqueta y le di las gracias un tanto a regañadientes, aunque lamentando ya mi anterior salida de tono. El soldado moribundo había dejado de tratar de hablar, y gritaba de nuevo. Yo había echado ya a andar hacia el lugar de donde procedían sus lamentos cuando el teniente dijo:

—No puede ir en esa dirección, señor Banks. Tendrá que ir hacia el norte durante un rato, y luego tratar de orientarse para volver a la dirección correcta. Venga por aquí, señor.

Durante unos minutos me guió en una dirección perpendicular a la que habíamos estado siguiendo. Al final llegamos a otro muro en el que había

otro agujero.

—Debe seguir por aquí medio kilómetro como mínimo, y luego torcer de nuevo hacia el este. Puede que se encuentre con soldados de cualquiera de los bandos. Recuerde lo que le acabo de decir. Mantenga oculto el revólver y no olvide declarar su neutralidad de inmediato. Si se topa con algún civil, pídale que le dirija hacia el Horno del Este. Le deseo mucha suerte, señor, y siento no poder seguir ayudándole.

Después de seguir en dirección norte varios minutos, reparé en que las casas no estaban tan en ruinas. Ello, no obstante, no hizo mi avance más fácil; al estar los tejados menos dañados, la luz era mucho más exigua —había decidido no utilizar la linterna hasta la caída de la noche—, y en ocasiones tuve que avanzar a tientas a lo largo de algún muro hasta llegar a un claro. Sin embargo, vi que había —ignoro la razón— más cristales rotos en torno, y grandes trechos inundados de agua estancada. A menudo oía grupos de ratas deslizándose veloces por el suelo, y una vez pisé un perro muerto. Pero no me llegó ningún sonido de combates.

Fue más o menos a esta altura del trayecto cuando me sorprendí pensando una y otra vez en Jennifer: la veía sentada en la habitación del monitor de disciplina aquella soleada tarde en que nos despedimos, y recordaba especialmente su cara al formular —de forma grave y solemne— aquella singular promesa de «ayudarme» cuando fuera más mayor. En una ocasión, mientras avanzaba a tientas, me vino a la cabeza la absurda imagen de la pobre criatura yendo en pos de mí a través de aquel terreno fantasmal, decidida a cumplir su promesa, y de súbito sentí una oleada de emoción que me movió casi hasta las lágrimas.

Llegué a un agujero en un muro a través del cual no pude atisbar sino una negrura de boca de lobo, y del que provenía un vomitivo hedor de excrementos. Supe que para seguir mi camino debía pasar al otro lado, pero la sola idea me resultaba insoportable y seguí caminando. Este contratiempo lo pagué caro, porque no volví a encontrar otro agujero durante bastante tiempo, y a partir de ese momento tuve la impresión de apartarme más y más de mi camino.

Cuando se hizo noche cerrada y tuve que utilizar la linterna, fui topándome con más y más vestigios de viviendas habitadas. A menudo tropezaba con una cómoda o un relicario apenas dañados, o incluso con habitaciones cuyo mobiliario permanecía casi indemne, y que daban la impresión de que sus moradores acababan de salir para su jornada diaria. Pero luego, casi contiguas a ellas, me encontraba con otras piezas absolutamente destruidas o inundadas.

Había, también, más y más perros callejeros, animales escuálidos que —temía— tal vez pudieran atacarme, pero que invariablemente reculaban y desaparecían en cuanto dirigía hacia ellos el haz de luz de la linterna. Una vez me encontré con tres de estos animales que desgarraban salvajemente algo, y saqué el revólver, convencido de que vendrían a por mí; pero incluso ellos me vieron pasar sin amago agresivo alguno, como si hubieran llegado a respetar las carnicerías que el hombre era capaz de provocar.

No me sorprendí, pues, demasiado, cuando me encontré con la primera familia. La descubrió la luz de la linterna, acurrucada en un rincón oscuro: varios niños, tres mujeres y un anciano. Alrededor de ellos se veían los bultos y utensilios de su vida cotidiana. Me miraban fijamente, llenos de espanto, esgrimiendo improvisadas armas, que bajaron levemente al oír mis palabras tranquilizadoras. Traté de preguntarles si me encontraba cerca del Horno del Este, pero sólo alcanzaron a devolverme miradas aturcidas. Me topé con tres o cuatro familias más en las casas vecinas —cada vez podía utilizar más puertas en lugar de huecos en los muros—, pero tampoco encontré en ellas mayor respuesta.

Al cabo llegué a un espacio más amplio, al fondo del cual divisé el fulgor rojizo de un farolillo. Había un gran grupo de personas de pie en medio de las sombras, en su mayoría, mujeres y niños, y también algunos hombres ancianos. Había empezado a pronunciar mis habituales palabras tranquilizadoras cuando percibí algo extraño en el ambiente, y, al tiempo que callaba, me llevé la mano al interior de la chaqueta en busca del revólver.

Las caras se volvieron hacia mí al resplandor del farolillo, pero inmediatamente después las miradas se dirigieron hacia el fondo del recinto, donde como una docena de niños se apiñaban en torno a algo que había en

el suelo. Algunos de ellos pinchaban con palos el bulto —fuera éste lo que fuera—, y entonces vi que muchos de los adultos blandían afiladas palas, pequeñas hachas y otras armas improvisadas. Era como si hubiera interrumpido alguna suerte de oscuro ritual, y mi primer impulso fue pasar de largo. Quizás fue porque oí un ruido, o quizás fue un sexto sentido, pero me sorprendí yendo revolver en mano hacia el corro de chiquillos. Éstos parecían reacios a dejarme ver lo que había en el suelo, pero, poco a poco, sus sombras fueron apartándose. Entonces, a la débil luz rojiza, vislumbré la figura de un soldado japonés que yacía quieto sobre un costado. Tenía las manos atadas a la espalda. También tenía atados los pies, y sus ojos estaban cerrados, y entreví una húmeda franja oscura que se le deslizaba por el uniforme desde la axila más alejada del suelo. Tenía la cara y el pelo cubiertos de polvo, y manchados de sangre. Y, pese a todo, reconocí al instante a Akira.

Los niños empezaban a agruparse de nuevo a nuestro alrededor, y uno de ellos hostigó con la punta de un palo el cuerpo de Akira. Les ordené que se apartaran de él, esgrimiendo mi revólver, y los niños acabaron retrocediendo un poco sin dejar de observarme con cautela.

Los ojos de Akira siguieron cerrados mientras examinaba su estado detenidamente. Su uniforme se hallaba desgarrado por la espalda, hasta el punto de dejarle al descubierto la piel desnuda, lo que parecía indicar que había sido arrastrado por tierra. La herida cercana a la axila se la había causado probablemente la metralla. En la parte posterior de la cabeza tenía un corte y un abultado hematoma. Pero estaba tan cubierto de suciedad, y la luz era tan pobre, que resultaba difícil calibrar la gravedad de sus heridas. Cuando enfoqué hacia él la luz de la linterna, pesadas sombras cayeron a su alrededor envolviéndole y haciendo aún más difícil el examen de su estado.

Luego, cuando lo hube examinado unos instantes, Akira abrió los ojos.
—¡Akira! —dije, acercando mi cara a la suya. Soy yo. Christopher.

Caí en la cuenta de que, con la luz detrás de mi cabeza, él no podía ver más que una amenazante silueta. Pronuncié de nuevo su nombre, esta vez proyectando sobre mi cara la luz de la linterna. Es muy probable que esto

sólo sirviera para hacer que mi semblante se le antojara una aparición pavorosa, porque Akira hizo una mueca y me escupió con desprecio. No tuvo la fuerza necesaria para que la saliva alcanzara el blanco pretendido, y ésta le cayó en su propia mejilla.

—¡Akira! ¡Soy yo! ¡Qué suerte haberte encontrado! Ahora podré ayudarte.

Me miró y dijo:

—Déjame morir.

—No vas a morir, viejo amigo. Has perdido algo de sangre, y lo has pasado mal últimamente. Pero voy a conseguirte ayuda, y te pondrás bien, ya lo verás.

—Cerdo... Cerdo...

—¿Qué?

—Tú. Cerdo.

Volvió a escupirme, y de nuevo la saliva salió de su boca sin fuerza alguna.

—Akira. Sigues sin darte cuenta de quién soy, no hay duda.

—Déjame morir. Morir como un soldado.

—Akira, soy yo. Christopher.

—No te conozco. Cerdo.

—Escucha: déjame que te desate. Te sentirás mucho mejor. Y recobrarás el sentido.

Miré por encima del hombro, pensando en pedir algo con que cortar sus ligaduras, y vi que los presentes se habían congregado apretadamente a mi espalda —muchos de ellos seguían blandiendo sus improvisadas armas— como si estuvieran posando para una siniestra fotografía. Desconcertado —me había olvidado de ellos momentáneamente—, eché mano al revólver. Pero, justo en aquel instante, Akira dijo con una nueva energía:

—Si cortas este cordel, te mataré. Quedas advertido, inglés.

—¿Pero qué diablos dices? Escucha, cabeza de chorlito: soy yo, tu amigo. Voy a ayudarte.

—Cerdo. Si cortas el cordel, te mato.

—Mira, esta gente de aquí te matará mucho antes de que tú puedas matarme a mí. De todos modos, pronto se te infectarán las heridas. Tienes

que dejarme que te ayude.

De pronto, dos de las mujeres chinas empezaron a gritar. Una parecía dirigirse a mí, y la otra gritaba hacia las personas de atrás del grupo. Durante un instante reinó la confusión; al cabo, un chico de unos diez años surgió de entre la masa humana con una hoz en la mano. Cuando entró en el campo de luz, vi un jirón de piel —quizás restos de un roedor— colgando de la punta de la hoja. Pensé que el chico mantenía la hoz cuidadosamente en alto para que lo que me estaba tendiendo no cayera al suelo, pero la mujer que me había gritado cogió la hoz por el mango y el colgajo cayó al suelo.

—Escuchadme —dije, poniéndome de pie y gritando hacia el apiñado grupo. Estáis cometiendo un error. Éste es un buen hombre. Es mi amigo. *Amigo*.

La mujer volvió a gritar, haciéndome una seña para que me apartara hacia un lado.

—Pero este hombre no es vuestro enemigo —continué. Es un amigo. Va a ayudarme. *Va a ayudarme a resolver el caso*.

Alcé el revólver y la mujer retrocedió. Entretanto, todo el mundo hablaba a un tiempo, y un niño se echó a llorar. Entonces hicieron pasar a primer plano a un hombre anciano conducido de la mano por una jovencita.

—Hablo inglés —dijo.

—Bien, gracias a Dios —dije. Tenga la amabilidad de decirle a su gente que este hombre es mi amigo. Y que va a ayudarme.

—Él, soldado japonés. Mató a Tía Yun.

—Estoy seguro de que no es así. De que no fue él personalmente.

—Mató y robó.

—Pero no él. Este hombre es Akira. ¿Alguien lo vio, alguien vio matar o robar a este hombre *concreto*? Pregunte, pregúnteles a todos.

El anciano se mostraba reacio a hacerlo, pero por fin se volvió y susurró algo en su idioma. Ello suscitó otra discusión, y al poco empezó a circular de mano en mano una afilada pala, que finalmente fue asida por una de las mujeres de la primera fila.

—¿Y bien? —le pregunté al anciano. ¿No tengo razón? Nadie vio a Akira hacer nada malo personalmente.

El anciano sacudió la cabeza, tal vez en señal de desacuerdo o tal vez para indicar que no había entendido. A mi espalda, Akira emitió un sonido y me volví hacia él.

—¿Lo ves? Es una suerte que haya pasado por aquí. Te han confundido con algún otro soldado, y quieren matarte. Por el amor de Dios, ¿sigues sin saber quién soy? ¡Akira!, ¡soy yo! ¡Soy Christopher!

Aparté los ojos del grupo y, volviéndome por completo hacia Akira, me enfoqué de lleno la cara con la luz de la linterna. Entonces, cuando la apagué, vi por primera vez en su semblante un barrunto de reconocimiento.

—Christopher —dijo, como intentando recordar. Christopher...

—Sí, soy yo. De verdad. Ha pasado tanto tiempo. Y al parecer he llegado justo a tiempo.

—Christopher. Amigo mío.

Levantándome, me encaré con el grupo y le hice un gesto a un chiquillo que blandía un cuchillo de cocina para que se acercase. Cuando le cogí el cuchillo de la mano, la mujer de la hoz avanzó hacia mí amenazadoramente, pero alcé el revólver y le grité que no siguiera acercándose. Luego, arrodillándome de nuevo junto a Akira, empecé a cortar sus ligaduras. Akira, antes, había dicho «cordel», y yo lo había atribuido a su inglés limitado, pero comprobé que se trataba realmente de un viejo cabo de cordel, que corté con suma facilidad con el cuchillo.

—Diles —le dije al anciano, mientras las manos de Akira quedaban libres—, diles a todos que es mi amigo. Y que vamos a resolver el caso juntos. Diles que han cometido un gran error. ¡Vamos, dígaselo!

Mientras dedicaba mi atención a cortar las ligaduras de los pies de Akira, oí cómo el anciano les susurraba algo a sus convecinos, y acto seguido volvió a entablarse un debate comunal. Akira, finalmente, se incorporó con cautela, y me miró.

—Mi amigo Christopher... —dijo. Sí, somos amigos.

Me percaté de que el grupo se adelantaba hacia nosotros, y me puse en pie como un resorte. Tal vez, inquieto por mi amigo, les grité en un tono innecesariamente fuerte:

—¡Que nadie se acerque un paso más! Porque dispararé. ¡Les juro que lo haré! —Luego, volviéndome al anciano, grité—: ¡Dígales que no se

acerquen! ¡Dígales que no se muevan si es que saben lo que les conviene!

No sé lo que el anciano pudo traducirles. En cualquier caso, el efecto de mis gritos en el apiñado grupo, cuya agresividad —caía en la cuenta ahora— había juzgado erróneamente mucho más enconada, fue de absoluta confusión. La mitad de ellos parecían creer que les ordenaba ir a situarse en la pared de la izquierda, y la otra mitad que se sentaran en el suelo. Todos se hallaban visiblemente alarmados ante mi ademán amenazante, y en su ansiedad por someterse a mis deseos tropezaban unos con otros mientras lanzaban gritos de pánico.

Akira, percatándose de que debía aprovechar la oportunidad, hizo un intento de ponerse en pie. Lo alcé por los hombros, y durante un instante estuvimos bamboleándonos en un precario equilibrio. Me vi obligado a encajarme el revólver en el cinturón para liberarme la otra mano, y ambos intentamos avanzar unos pasos codo con codo. Un olor pútrido emanaba de su herida, pero aparté el pensamiento de mi mente y grité por encima del hombro sin importarme cuántos de los presentes podrían entenderme.

—¡Lo veréis muy pronto! ¡Veréis como os habíais equivocado!

—Christopher —me susurró Akira al oído. Amigo mío. Christopher...

—Mira —le dije en voz muy baja—, tenemos que librarnos de esta gente. ¿Ves aquella puerta de aquel rincón? ¿Crees que podrás llegar hasta ella?

Akira, apoyando en mi hombro todo su peso, miró hacia la penumbra del rincón.

—Está bien. Vamos.

No parecía tener lesionadas las piernas, y echamos a andar sin grandes dificultades. Pero después de unos seis o siete pasos tropezó, y, en nuestros esfuerzos por evitar venarnos abajo uno encima de otro, hubo unos segundos en que debió de parecer que nos estábamos peleando. Pero logramos recuperar el equilibrio y seguimos caminando. De pronto, un niño pequeño se adelantó corriendo hacia nosotros y nos arrojó un puñado de barro, pero los demás tiraron de él enseguida y lo hicieron retroceder hasta el grupo. Así, Akira y yo llegamos a la puerta —un mero hueco en el muro—, y pasamos tambaleantes a la casa colindante.

Una vez hubimos pasado otros muros y visto que no había indicio alguno de que nos siguieran, sentí por vez primera una suerte de euforia por verme al fin junto a mi viejo amigo. Mientras avanzábamos uno al lado del otro con paso vacilante, solté unas cuantas carcajadas; Akira, segundos después, rió también, y los años, de pronto, parecieron disolverse entre ambos hasta desaparecer.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Akira? Ha sido tanto, tanto tiempo...

Mi amigo se movía a mi lado, doliente, pero hizo acopio de fuerzas para decir:

—Sí, mucho, mucho tiempo...

—¿Sabes?, he vuelto. A mi vieja casa. Supongo que la tuya seguirá estando justo al lado.

—Sí, justo al lado.

—Oh, ¿has estado en la tuya tú también? Pero, claro, tú has estado aquí todo el tiempo. A ti no tiene que parecerte nada extraordinario.

—Sí —volvió a decir con cierto esfuerzo. Mucho tiempo. Justo al lado.

Hice que hiciéramos un alto, y le ayudé a sentarse sobre los restos de un muro. Luego, quitándole con cuidado la guerrera desgarrada del uniforme, volví a examinar sus heridas con la linterna y la lupa. Seguía sin saber calibrar bien su gravedad; temía que la herida cercana a la axila hubiera podido gangrenarse, pero se me ocurrió que el olor fétido podía deberse a alguna suciedad del uniforme, a algo del suelo sobre lo que pudiera haber estado tendido en algún momento. Por otra parte, advertí que estaba inquietantemente caliente, y empapado de sudor de pies a cabeza.

Me quité la chaqueta y desgarré el forro en varias tiras, para hacer vendas. Luego saqué un pañuelo y me esforcé cuanto pude por limpiarle la

herida. Aunque intentaba quitarle el pus con la mayor de las delicadezas, sus inspiraciones bruscas me indicaron que le estaba causando un dolor intenso.

—Lo siento, Akira. Intentaré ser menos torpe.

—Torpe... —dijo, como deteniéndose en el sentido del vocablo. Luego soltó una repentina risa y dijo—: Me ayudas. Gracias.

—Claro que estoy ayudándote. Y muy pronto te curarán como es debido. Te pondrás bien enseguida. Pero antes de eso tendrás que ayudarme. Hay una tarea urgente que debemos llevar a cabo, y tú entenderás mejor que nadie el por qué de tal urgencia. Verás, Akira, al fin sé dónde están. Sé cuál es la casa donde tienen secuestrados a mis padres. Estamos muy cerca de ella en este mismo instante. ¿Sabes?, viejo amigo, hasta ahora he estado planeando ir a esa casa solo. Lo habría hecho, pero lo cierto es que habría corrido un tremendo riesgo. Sólo Dios sabe cuántos secuestradores puede haber en ella. Al principio creí que iba a conseguir la ayuda de un puñado de soldados chinos, pero ha resultado imposible. Incluso he estado pensando en pedir ayuda a los japoneses. Pero ahora, los dos juntos, vamos a hacerlo. Conseguiremos hacerlo.

Mientras hablaba, había estado tratando de improvisar un vendaje de torso y cuello, de forma que ejerciera la necesaria presión sobre la herida. Akira me miraba atentamente, y cuando dejé de hablar, sonrió y dijo:

—Sí. Te ayudaré. Tú me estás ayudando. Perfecto.

—Pero he de confesarte, Akira, que estoy bastante perdido. Iba bastante bien hasta poco antes de encontrarte. Pero ahora no sé exactamente qué dirección tomar. Tenemos que encontrar un sitio llamado Horno del Este. Una enorme construcción con una alta chimenea. Me pregunto, viejo amigo, si tienes alguna idea de dónde está ese horno.

Akira me miraba, respirando agitadamente. Cuando lo vi en tal estado recordé de pronto aquellos días en que solíamos sentarnos juntos en lo alto del montículo de mi jardín, recuperando el resuello. A punto estaba de decírselo cuando oí que me decía:

—Lo sé. Conozco ese lugar.

—¿Sabes llegar al Horno del Este? ¿Desde aquí?

Asintió con la cabeza.

—He luchado aquí. Muchas semanas. Todo esto lo conozco como... — esbozó una súbita sonrisa—... como mi pueblo natal.

Sonreí también, pero el final de la frase me dejó intrigado.

—¿A qué pueblo natal te refieres? —le pregunté.

—A mi pueblo natal. Donde nací.

—¿Quieres decir la Colonia?

Akira se quedó callado unos instantes y luego dijo:

—Ya. Sí. La Colonia. La Colonia Internacional. Mi pueblo natal.

—Sí —dije. Supongo que también es el mío.

Nos echamos a reír a un tiempo, y durante unos segundos seguimos riéndonos juntos, de forma quizás un tanto incontrolada. Cuando por fin nos calmamos, dije:

—Te diré algo extraño, Akira. A ti puedo decírtelo. En todos los años que he vivido en Inglaterra, jamás me he sentido de verdad en casa. La Colonia Internacional. Ése será siempre mi hogar.

—Pero la Colonia Internacional... —Akira sacudió la cabeza. Es muy... frágil. Mañana, en cualquier momento... Hizo un gesto en el aire con la mano.

—Sé a lo que te refieres —dije. Cuando éramos niños nos parecía tan sólida... Pero es cierto lo que acabas de decir. Es nuestro pueblo natal. El único que hemos tenido.

Empecé a ponerle de nuevo el uniforme, con un cuidado sumo para no hacerle un daño innecesario.

—¿Así estás mejor, Akira? Siento no poder hacer nada más por ti en este momento. Haré que te vea un médico cuanto antes. Pero ahora tenemos una tarea importante que hacer. Dime por dónde tenemos que ir.

Nuestro avance era lento. Me resultaba difícil mantener la linterna recta, enfocada hacia adelante, y a menudo, para gran quebranto de Akira, tropezábamos en la oscuridad. En aquel trecho de nuestro trayecto, mi amigo estuvo a punto de perder la conciencia más de una vez, y su peso sobre mis hombros se me antojaba inmenso. También yo tenía alguna herida: la suela del zapato derecho se me había abierto por completo, y unos profundos cortes en el pie me producían un fuerte dolor a cada paso. A veces estábamos tan exhaustos que no podíamos avanzar más de una

docena de pasos sin pararnos. Pero en tales ocasiones decidíamos no sentarnos, y seguíamos de pie, tambaleantes, casi sin resuello, cambiando el acoplamiento de nuestros respectivos pesos a fin de aliviar un dolor a costa de otro. La fetidez de su herida se hacía más y más intensa, y el constante ruido de las ratas corriendo a nuestro alrededor se nos iba haciendo insoportable, pero en aquella etapa del trayecto no oímos ningún ruido de combates.

Hice cuanto pude para que mantuviéramos alto el ánimo, y siempre que el aliento me lo permitía hacía comentarios desenfadados. Lo cierto, sin embargo, es que mis sentimientos respecto a aquel reencuentro, en aquel trance, eran de una complejidad extraña. Sentía, claro está, una inmensa gratitud por el hecho de que el destino nos hubiera reunido justo a tiempo para acometer «la gran empresa». Pero al mismo tiempo, una parte de mí se entristecía ante el hecho de que nuestro reencuentro —que llevaba tanto tiempo anhelando— hubiera tenido lugar en tan sombrías circunstancias. Nada tenía que ver, ciertamente, con las escenas que siempre había imaginado: los dos sentados en algún confortable salón de hotel, o en el mirador de la casa de Akira, contemplando un apacible jardín y charlando y recordando durante incontables horas.

Akira, entretanto, pese a todas sus dificultades, seguía conservando el sentido de la orientación. A menudo hacía que siguiéramos alguna ruta que —me daba la impresión— acabaría en algún callejón sin salida, pero al cabo siempre aparecía ante nosotros un hueco o una puerta. De cuando en cuando tropezábamos con algunos civiles; algunos no eran sino meras presencias percibidas en la oscuridad; otros, congregados en torno al resplandor de un farolillo, se quedaban mirando a Akira con tal hostilidad que parecía que fueran a arremeter contra nosotros. Pero la mayoría de las veces pudimos pasar sin que nos importunaran, y en una ocasión conseguí persuadir a una anciana para que nos diera agua potable a cambio del último billete que me quedaba.

Luego el terreno cambió de forma drástica. Ya no había habitaciones humanas, y la única gente con la que nos encontrábamos eran individuos aislados que mascullaban para sus adentros o sollozaban a solas con expresión de abandono en la mirada. No se veían ya puertas propiamente

dichas, sino sólo agujeros en el muro similares a aquéllos por los que el teniente y yo habíamos pasado al comienzo de nuestra marcha. Cada uno de ellos nos suponía una nueva y gran dificultad, ya que a Akira le resultaba imposible pasar a través de los huecos —por mucho que yo le ayudara para que lo hiciera despacio— sin infligirse a sí mismo terribles dolores.

Habíamos dejado de hablar hacía tiempo —nos limitábamos a emitir gruñidos a cada paso— cuando de pronto Akira me hizo una seña para que nos detuviéramos, y levantó la cabeza. Entonces, lo oí también yo: alguien impartía órdenes a voz en cuello. No era fácil calcular a qué distancia se encontraba (quizás dos o tres casas más allá).

—¿Japoneses? —pregunté en un susurro.

Akira siguió escuchando, y luego negó con la cabeza.

—El Kuomintang. Christopher, ahora estamos muy cerca de..., de...

—¿Del frente?

—Sí, del frente. Estamos muy cerca del frente. Christopher, es muy peligroso.

—¿Es absolutamente necesario cruzar esta zona para llegar a la casa?

—Sí, absolutamente necesario.

Se oyó una súbita ráfaga de fusilería, y al poco, desde más lejos, el tableteo de una ametralladora. Instintivamente nos asimos más el uno al otro, pero Akira se zafó de mi abrazo y se sentó en unos escombros.

—Christopher —dijo en voz baja. Vamos a descansar.

—Pero tenemos que llegar a la casa...

—Ahora vamos a descansar. Es demasiado peligroso entrar en una zona de combate en la oscuridad. Nos matarán. Debemos esperar a la mañana.

Comprendí que tenía razón, y, en cualquier caso, estábamos demasiado exhaustos para poder llegar mucho más lejos. Me senté a su lado y apagué la linterna.

Seguimos sentados en la oscuridad durante un rato —sólo nuestra respiración quebraba el silencio oscuro— y al cabo, repentinamente, comenzaron de nuevo los disparos, y por espacio de un minuto o dos el fuego se hizo encarnizado. Terminó tan bruscamente como había empezado, y, tras otro momento de quietud, un extraño sonido se fue haciendo audible al otro lado de los muros. Era un sonido tenue, largo, como la llamada de un

animal en la espesura, pero acabó en una suerte de alarido. Luego nos llegaron los chillidos, los sollozos, y, finalmente, el hombre herido empezó a articular a gritos frases enteras. Eran sonidos asombrosamente idénticos a los que yo le había oído horas antes al japonés moribundo, y en mi estado de agotamiento supuse que se trataba del mismo hombre, y a punto estuve de comentarle a Akira los angustiosos instantes por los que estaba pasando aquel pobre desdichado cuando caí en la cuenta de que los gritos eran en mandarín, no en japonés. La conciencia de que se trataba de dos hombres distintos casi me heló la sangre en las venas. Tan idénticos eran sus gemidos lastimeros —y el modo en que sus gritos daban paso a desesperadas súplicas, que al poco se volvían gritos—, que empecé a vislumbrar que aquél tendría que ser sin duda el tránsito que cada uno de nosotros habríamos de cumplir camino de la muerte, y que aquellos terribles sonidos eran tan universales como el llanto de los recién nacidos.

Al rato tomé conciencia del hecho de que si los disparos llegaban al recinto abierto en que nos encontrábamos, nos alcanzarían sin remedio. Pensé en sugerirle a Akira que nos desplazáramos a algún lugar más protegido, pero se había dormido. Encendí la linterna y enfoqué con cautela a nuestro alrededor.

Incluso en comparación con lo que había visto hasta entonces, la destrucción en torno se me antojó desoladora. Había impactos de proyectiles por todas partes, destrozos de granadas, ladrillos y maderas hechos pedazos. En medio del recinto, a unos siete u ocho metros de nosotros, había un búfalo de agua muerto echado sobre un costado, cubierto de polvo y escombros, con un cuerno apuntando hacia lo alto. Fui proyectando el haz de luz de un lado a otro hasta detectar todos los posibles puntos por los que los combatientes podrían entrar en el recinto. Y, al final de mi inspección, reparé en algo que me pareció aún más importante: al fondo, más allá del búfalo, descubrí un hueco en el muro, un pequeño cubículo de ladrillo que tal vez había servido un día de cocina o chimenea y que me pareció el lugar más seguro para que Akira y yo pasáramos la noche. Sacudí a mi amigo para despertarlo, me pasé alrededor del cuello uno de sus brazos y nos pusimos trabajosamente en pie.

Cuando llegamos al cubículo de ladrillo, aparté algunos escombros y desechos y despejé un espacio de tablas lisas donde poder echarnos. Extendí mi chaqueta para Akira, y le ayudé a tenderse con cuidado sobre el costado ileso. Luego me acosté a su lado y aguardé a que me venciera el sueño.

Pero el agotamiento extremo, los tenaces gritos del soldado moribundo, el temor a ser cogidos entre dos fuegos y mis pensamientos sobre la tarea crucial que nos esperaba me impidieron conciliar el sueño. Akira —advertí— también permanecía despierto, y cuando al poco oí que se incorporaba le pregunté:

—¿Cómo está tu herida?

—¿Mi herida? No te preocupes. No te preocupes.

—Déjame verla otra vez...

—No, no. No te preocupes. Pero gracias. Eres un buen amigo.

Aunque estábamos apenas a unos centímetros, no podíamos vernos. Después de una larga pausa, le oí decir:

—Christopher, tienes que aprender a hablar japonés.

—Sí, es cierto.

—No, quiero decir ahora. Aprender a hablar algo de japonés ahora mismo.

—Bueno, con sinceridad, querido amigo, éste no es precisamente el momento más...

—No. Debes hacerlo. Si algún soldado japonés nos descubre mientras estoy durmiendo, debes decirle que somos amigos. Debes decírselo o nos disparará en la oscuridad.

—Sí, entiendo lo que me dices.

—Así que empieza a aprender. Por si me duermo. O por si me muero.

—Escucha: no quiero que digas tonterías. Te pondrás como una rosa enseguida.

Se hizo otro silencio, y de los lejanos años de la infancia me llegó el recuerdo de que Akira no entendía mis expresiones coloquiales, así que dije, muy lentamente:

—Vas a estar totalmente curado muy pronto. ¿Me entiendes, Akira? Me ocuparé de ello yo mismo. Vas a ponerte bien.

—Eres muy amable —dijo él. Pero es mejor ser precavidos. Debes aprender a decir unas cuantas cosas. En japonés. Por si llegan soldados japoneses. Te enseñaré unas palabras. Y las recordarás.

Empezó a decir algo en japonés, pero era una frase muy larga y le hice callar, y le dije:

—No, no, imposible. Jamás podré aprenderme todo eso. Algo más corto. Sólo para dejar bien claro que no somos enemigos.

Pensó durante un instante, y pronunció una frase sólo un poco más breve que la anterior. Intenté repetirla, pero él, casi de inmediato, me cortó diciendo:

—No, Christopher. No lo dices bien.

Tras unos cuantos intentos, dije:

—Mira, esto no funciona. Dime sólo una palabra. La palabra «amigo», por ejemplo. No puedo retener más esta noche.

—*Tomodachi* —dijo—. Di: *To-mo-da-chi*.

Repetí la palabra varias veces —con impecable perfección, a mi juicio —, pero me di cuenta de que Akira se estaba riendo en la oscuridad. Me sorprendí riendo yo también, y luego, al igual que habíamos hecho antes, nos echamos a reír de forma incontrolada. Seguimos riendo durante quizás un minuto entero, y al cabo creo que me quedé dormido de forma repentina.

Cuando desperté, entraba en el recinto la primera luz del alba. Era una luz tenue, azulada, como si de la densa oscuridad reinante alguien hubiera retirado una sola capa. El hombre moribundo se había callado, y de alguna parte llegaba el canto de un pájaro. A la nueva luz vi que el tejado, sobre nuestras cabezas, estaba destruido casi por completo, de forma que desde donde estaba tendido, con el hombro oprimido contra el ladrillo, podía ver estrellas en el cielo del alba.

Advertí un movimiento cercano y me incorporé, alarmado. Vi tres o cuatro ratas alrededor del cuerpo del búfalo de agua, y me quedé mirándolas con fijeza unos instantes. Sólo entonces me volví para mirar a Akira, temiéndome lo peor. Estaba echado a mi lado, muy quieto, y tenía el semblante muy pálido, pero comprobé con alivio que respiraba

normalmente. Saqué la lupa y empecé a examinarle la herida con cuidado sumo, pero lo único que logré fue despertarle.

—¿Estabas soñando? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Estaba soñando.

—En un lugar mejor que éste, espero —dije, riendo.

—Sí. —Dejó escapar un suspiro y añadió—: Soñaba con cuando era niño.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Y luego dije:

—Ha debido de ser muy duro. Venir del mundo en que soñabas a éste en que estamos viviendo en la realidad.

Se quedó mirando la cabeza del búfalo de agua, que sobresalía entre los escombros.

—Sí —dijo al cabo. Soñaba con cuando era un niño. Mi madre, mi padre. Un niño pequeño.

—¿Te acuerdas, Akira, de todas las cosas a las que solíamos jugar? ¿En el montículo, en mi jardín? ¿Te acuerdas, Akira?

—Sí. Me acuerdo.

—Son buenos recuerdos.

—Sí. Muy buenos recuerdos.

—Fue un tiempo maravilloso —dije. Entonces no lo sabíamos, por supuesto, pero qué tiempo más maravilloso... Los niños nunca se dan cuenta de eso, supongo.

—Tengo un hijo —dijo Akira de pronto. Un chico. De cinco años.

—¿Sí? Me gustaría conocerle.

—He perdido la foto. Ayer. Ayer mismo. Cuando me hirieron. He perdido su foto. La foto de mi hijo.

—Escucha, viejo amigo. No te desanimes. Volverás a ver a tu hijo muy pronto.

Akira seguía mirando fijamente al búfalo. Una rata hizo un movimiento repentino, y del cuerpo muerto se alzó una nube de moscas, que al poco volvieron a posarse sobre el cadáver.

—Mi hijo... está en Japón.

—Oh, ¿lo mandaste a Japón? Me sorprende un poco.

—Mi hijo. Está en Japón. Si muero, cuéntale esto. Por favor.

—¿Que le cuente que has muerto? Lo siento, no podré hacerlo. Porque no vas a morir. Aún no, al menos.

—Cuéntale, que morí por mi país. Dile que sea bueno con su madre. Que la proteja. Y que construya un mundo mejor. Ahora susurraba casi, mientras trataba de encontrar las palabras en inglés y se esforzaba por no llorar. Que construya un mundo mejor —repitió, moviendo la mano en el aire como un albañil que estuviera dando yeso a una pared. Su mirada seguía las evoluciones de la mano como con expresión maravillada. Sí. Que construya un mundo mejor.

—Cuando éramos niños —dije—, nuestro mundo era un buen mundo. Sin embargo estos niños, estos niños con los que nos cruzamos de vez en cuando... Qué terrible tiene que ser para ellos aprender tan tempranamente lo pavorosas que pueden ser las cosas.

—Mi hijo —dijo Akira. Tiene cinco años. Está en Japón. No sabe nada, nada. Cree que el mundo es un sitio bueno. Que la gente es buena. Tiene sus juguetes. Su madre. Su padre.

—Supongo que también nosotros éramos así. Pero no todo va tan mal, supongo. —Ahora trataba por todos los medios de conjurar el peligroso desánimo que se estaba apoderando de mi amigo. Además, cuando éramos niños y las cosas estaban mal, no podíamos hacer gran cosa para arreglarlas. Pero ahora somos adultos, y ahora podemos. Ésa es la cuestión, ¿comprendes? Míranos, Akira. Después de todo este tiempo, vamos a poder arreglar las cosas. ¿Recuerdas, viejo amigo, cómo jugábamos a aquellos juegos? ¿Una y otra y otra vez? ¿Cómo fingíamos que éramos detectives y buscábamos a mi padre? Ahora somos mayores, y por fin podemos poner las cosas en su sitio.

Akira guardó silencio durante largo rato. Y luego dijo:

—Cuando mi hijo..., cuando descubra que el mundo no es bueno, querría... —se detuvo, bien por el dolor o bien porque no encontraba las palabras inglesas que le hacían falta. Dijo algo en japonés, y luego prosiguió—: querría estar con él. Para ayudarlo. Cuando lo descubra.

—Escucha, pedazo de bruto —dije. Te estás poniendo tristón. Volverás a ver a tu hijo, voy a ocuparme de ello. Y todo eso de lo bueno que era el mundo cuando éramos niños... En fin, no era más que palabrería, en cierto modo. Era lo que los adultos nos hacían creer. No hay que ponerse demasiado nostálgico con la propia infancia.

—Nos-tál-gi-co... —dijo Akira, como si fuera la palabra que había estado buscando antes. Luego dijo una palabra en japonés («nostálgico», tal vez). Nos-tál-gi-co... Es bueno sentirse nostálgico. Es muy importante.

—¿Tú crees, amigo mío?

—Es importante. Muy importante. Nostálgico. Cuando estamos nostálgicos, recordamos. Cuando nos hacemos mayores descubrimos que había un mundo mejor que éste. Recordamos y deseamos que aquel buen mundo vuelva. Así que es muy importante. Acabo de tener un sueño. Yo era un niño. Mi madre, mi padre. Los tenía muy cerca. En nuestra casa.

Calló, y siguió mirando hacia los escombros.

—Akira —dije, presintiendo que cuanto más siguiéramos hablando de ello mayor sería el riesgo de algo en lo que no quería ni pensar. Tenemos que seguir adelante. Tenemos mucho que hacer.

Entonces, como a modo de réplica, nos llegó el tableteo de una ametralladora. Era más lejos que la noche anterior, pero ambos dimos un respingo.

—Akira —dije. ¿Está aún lejos la casa? Tenemos que intentar llegar a ella antes de que la batalla vuelva a ponerse virulenta. ¿Cuánto nos falta?

—No está lejos. Pero hemos de ir con mucho cuidado. Los soldados chinos están muy cerca.

El sueño, en lugar de reponernos, parecía habernos dejado aún más exhaustos. Cuando nos pusimos en pie y Akira apoyó su peso en mí, el dolor que sentí en cuello y hombros me hizo soltar un gemido. Luego, durante un rato, hasta que nuestros cuerpos se habituaron de nuevo al esfuerzo, el caminar juntos se nos antojó un insufrible tormento.

Con independencia de nuestro estado físico, el terreno por el que transitábamos aquella mañana era, con mucho, el más difícil de los

recorridos hasta entonces. Los estragos eran tan cuantiosos que multitud de veces tuvimos que pararnos, incapaces de encontrar un paso entre los escombros. Y aunque el hecho de poder ver dónde poníamos los pies nos resultaba de una ayuda inestimable, la visión del horror hasta entonces oculto por la oscuridad nos causaba un profundo quebranto anímico. Veíamos sangre —a veces fresca, a veces seca (de semanas, quizás)— en medio de los cascotes, en el suelo, en los muros, salpicando trozos de mobiliario roto. Y, peor aún, con desconcertante regularidad —el olfato nos advertía de su proximidad mucho antes de que nuestros ojos pudieran verlo—, nos topábamos con montones de intestinos humanos en diversas fases de descomposición. En un momento dado, mientras hacíamos un alto en el camino, le comenté esto a Akira, y él se limitó a decir:

—Las bayonetas. Los soldados siempre meten la bayoneta en el vientre. Si se mete aquí —se señaló las costillas—, la bayoneta no sale. Los soldados lo saben. Por eso, siempre en el vientre.

—Al menos los cuerpos ya no están. Al menos de eso sí se ocupan.

Seguimos oyendo disparos ocasionales, y cada vez que los oíamos me asaltaba la impresión de que nos acercábamos poco a poco al campo de batalla. Ello me preocupaba, pero Akira parecía más seguro que nunca de que nuestro rumbo era el correcto, y cuando le discutía sus decisiones él se limitaba a sacudir la cabeza con impaciencia.

Cuando llegamos a un lugar donde yacían los cuerpos de dos soldados chinos, el sol de la mañana se filtraba en gruesos haces a través de los techos rotos. No pasamos lo bastante cerca como para poder examinarlos detenidamente, pero me dio la sensación de que no debían de llevar muertos más de unas cuantas horas. Uno estaba boca abajo en medio de los escombros; el otro había muerto de rodillas, con la frente apoyada contra el muro de ladrillo, como si se hubiera dejado ganar por la melancolía.

En determinado punto, mi convicción de que nos dirigíamos directamente a un fuego cruzado se hizo tan intensa que agarré a Akira y le dije:

—Escucha: ¿qué estás haciendo? ¿Adonde nos llevas?

Akira calló, recuperando el resuello, pero siguió apoyado en mí con la cabeza baja.

—¿Sabes realmente adonde vamos? —dije. ¡Akira, respóndeme! ¿Sabes realmente adonde vamos?

Akira levantó la cabeza con cansancio, y apuntó con el dedo por encima de mi hombro.

Me volví —muy despacio, porque mi amigo seguía apoyando en mí todo su peso—, y, aproximadamente a una docena de pasos más adelante, a través de un gran hueco en el muro, vi —no había duda— el Horno del Este.

No dije nada, pero me dirigí hacia él. Como su gemelo el del Oeste, el Horno del Este había resistido bien los embates bélicos. Estaba cubierto de polvo, pero por lo demás parecía indemne. Liberándome del peso de Akira —que inmediatamente se sentó sobre un montón de cascotes—, fui hasta el pie del horno. Al igual que había hecho anteriormente al pie de su gemelo, miré hacia arriba y vi la chimenea enhiesta apuntando hacia el cielo. Volví a donde estaba sentado Akira y le toqué con suavidad el hombro sano.

—Akira, siento cómo te he hablado antes. Quiero que sepas que te estoy muy agradecido. Jamás habría podido encontrarlo solo. De verdad, Akira. Te lo agradezco mucho.

—Muy bien. —Su respiración era ahora algo más pausada. Tú me has ayudado. Y yo te ayudo. Perfecto.

—Pero, verás, la casa tiene que estar ya muy cerca... Déjame ver. Por allí... —Señalé un punto. El callejón está en esa dirección. Y tenemos que seguir el callejón.

Akira parecía reacio a levantarse, pero lo aupé hasta ponerlo en pie y seguimos caminando. Tomamos lo que a todas luces era el estrecho callejón que el teniente me había señalado desde el tejado, pero pronto descubrimos que se hallaba completamente bloqueado por montones de cascotes. Pasamos a través de un muro a una casa cercana, y luego echamos a andar siguiendo un rumbo que me pareció paralelo al que seguíamos, abriéndonos paso a través de habitaciones llenas de escombros.

Las casas por las que pasábamos ahora habían sufrido menos daños —y sin duda habían sido menos humildes— que las que habíamos visto últimamente. Había sillas, tocadores e incluso algunos espejos y jarrones aún intactos en medio de la ruina. Yo deseaba seguir sin dilaciones, pero el

cuerpo de Akira empezó a flaquear de forma evidente, y tuvimos que volver a detenernos. Nos sentamos en una viga caída, y en el momento mismo en que empezábamos a recuperar el aliento mi mirada se fijó en una tablilla que había entre los escombros y en la que alcancé a leer el nombre pintado a mano del morador de la casa.

Se había partido en dos por la veta, limpiamente, pero ambas partes seguían juntas. Vi incluso un trozo del enrejado de listoncillos que había servido para fijarla a la puerta principal. No era la primera vez que veía una tablilla de este tipo, pero el instinto me llevó a fijarme detenidamente en ella. Me levanté y fui a cogerla, y después de sacar sus dos partes de entre los cascotes volví hasta donde estábamos sentados.

—Akira —dije—, ¿puedes leer esto?

Sostuve ante él las dos piezas juntas. Se quedó mirando la inscripción unos segundos, y luego dijo:

—Mi chino no es bueno. Es un nombre. El nombre de alguien.

—Akira, escúchame con atención. Mira estos caracteres. Seguro que conoces algo de esta grafía. Por favor, trata de leerlos. Es muy importante.

Akira siguió mirando la tablilla partida, y al cabo sacudió la cabeza.

—Por favor, Akira —dije. ¿Es posible que ponga «Yeh Chen»? ¿Podría ser ése el nombre que hay escrito?

—Yeh Chen... —Akira adoptó un aire reflexivo. Yeh Chen. Sí, es posible. Este carácter de aquí... Sí, podría ser. Sí, creo que pone Yeh Chen.

—¿Sí? ¿Estás seguro?

—No estoy seguro. Pero... es posible. Sí... —asintió con la cabeza. Yeh Chen. Creo que sí.

Dejé las dos piezas de la tablilla en el suelo y fui a través de los escombros hasta el muro principal de la morada. Había un gran hueco abierto en lo que había sido la puerta, y al mirar a través de él vi el estrecho callejón que discurría afuera. Y miré la casa que tenía justo enfrente. Las fachadas de las casas colindantes se hallaban muy dañadas, pero la casa que estaba mirando se había mantenido extrañamente incólume. Apenas había sufrido desperfectos: las contraventanas, la puerta corredera de tosca celosía de madera, e incluso el amuleto que se balanceaba sobre el dintel de la entrada habían permanecido intactos. Después de todo lo que habíamos

visto en nuestro trayecto reciente, era como una aparición de un mundo más civilizado, diferente. Me quedé allí quieto, con la mirada fija en la casa, durante un rato. Luego le hice una seña a Akira.

—Ven aquí, mira —dije, casi en un susurro. Ésa tiene que ser la casa. No puede ser otra.

Akira no se movió, pero dejó escapar un hondo suspiro.

—Christopher. Eres mi amigo. Y eso me hace feliz.

—Baja la voz, Akira. Hemos llegado. Ésta es la casa. Lo siento en mis entrañas.

—Christopher...

Se levantó con gran esfuerzo y vino despacio a través de los escombros. Cuando llegó a mi lado, le señalé la casa. El sol de la mañana que bañaba el callejón proyectaba vivas franjas de luz sobre su fachada.

—Mírala, Akira. Ahí está.

Akira se sentó junto a mis pies y dejó escapar otro suspiro.

—Christopher, amigo mío. Tienes que pensarlo bien. Han pasado muchos años. Muchos, muchos años...

—¿No es extraño que todos estos duros combates no hayan afectado en absoluto a la casa? ¿A esta casa donde están mis padres?

Al pronunciar estas palabras, me sentí un tanto abrumado, pero me sobrepuse y dije:

—Ahora, Akira, tenemos que entrar. Lo haremos juntos, codo con codo. Como aquella vez que entramos en el cuarto de Ling Tien. ¿Te acuerdas, Akira?

—Christopher, querido amigo. Tienes que pensarlo bien. Han pasado muchos, muchos años. Amigo mío, por favor, escúchame. Quizás tu madre y tu padre... Han pasado tantos años...

—Vamos a entrar juntos. Luego, cuando hayamos hecho lo que tenemos que hacer, iremos a buscar a alguien que te cure. Te lo prometo. Incluso es posible que haya algo, no sé, para primeros auxilios y demás en la propia casa. Agua limpia, al menos, y quizás hasta vendas. Mi madre podrá mirarte la herida, y quizás hacerte un vendaje. No te preocupes, te pondrás bien muy pronto.

—Christopher. Tienes que pensarlo muy, muy bien. Han pasado tantos años...

Mientras se quedaba callado la puerta de la casa se deslizó con un chirrido hasta abrirse. Me llevaba la mano al cinturón para sacar el revólver cuando vi que aparecía en el umbral una niña china.

Tenía unos seis años y era muy hermosa. La expresión de su semblante era de calma, y llevaba el pelo peinado en unas breves coletas. La sencilla chaqueta y los pantalones anchos le quedaban un poco grandes.

Miró a su alrededor, pestañeando ante el vivo sol, y luego dirigió la mirada hacia nosotros. Nos vio al instante —no nos habíamos movido un ápice—, y, sorprendentemente, vino hacia nosotros sin el menor temor. Se detuvo en medio del callejón, a apenas unos metros de donde estábamos, y dijo algo en mandarín mientras hacía un gesto en dirección a la casa.

—¿Qué dice, Akira?

—No le entiendo. Quizás nos esté invitando a que entremos en la casa.

—Pero ¿qué relación puede tener con ella? ¿Crees que tendrá algo que ver con los secuestradores? ¿Qué está diciendo?

—Creo que nos pide ayuda.

—Tendremos que decirle que se mantenga al margen —dije, sacando el revólver. Porque seguro que encontramos resistencia.

—Sí, nos pide que le ayudemos. Dice que el perro está herido. Creo que habla de un perro. Mi chino no es bueno.

Entonces, mientras la mirábamos, vi que del comienzo del pelo pulcramente peinado le brotaba un hilillo de sangre que se le iba deslizando por la frente y la mejilla. La pequeña no parecía notarlo, y volvió a hablarnos y a hacernos gestos en dirección a la casa.

—Sí —dijo Akira. Dice algo de un perro. Que está herido.

—¿Su perro? *Ella* está herida. Y quizás de gravedad.

Avancé un paso hacia ella, tratando de ver su herida. Pero ella interpretó mi gesto como que accedíamos a lo que nos pedía, y, volviéndose, desanduvo la mitad del callejón en dirección a la casa. Descorrió de nuevo la puerta, nos miró de modo suplicante y desapareció en el interior.

Me quedé allí quieto unos instantes, vacilante. Y al cabo alargué la mano hacia mi amigo.

—Akira, es el momento —dije. Tenemos que entrar. Entremos en la casa juntos.

Mientras cruzábamos el callejón traté de mantener el revólver dirigido hacia el frente. El brazo de Akira me rodeaba el cuello, haciéndome soportar todo su peso íbamos pegados el uno al otro, dando tumbos, de tal suerte que — imagino— nuestra entrada en la casa debía de dar una impresión escasamente enérgica. Fui vagamente consciente del jarrón ornamental que había en la entrada, y creo recordar que el amuleto de encima del dintel emitió un leve sonido de campanillas cuando lo rozamos al pasar al interior. Entonces oí la voz de la niña y miré a mi alrededor.

Aunque la fachada de la casa se había mantenido prácticamente incólume, la mitad trasera del recinto en que nos encontrábamos se hallaba completamente destruida. Al pensar en ello hoy, colijo que algún proyectil había caído a través del techo, haciendo que la planta de arriba se viniera abajo y dejando en ruinas el fondo y la propiedad trasera colindante. Pero en aquel momento no fui capaz de hacer otra cosa que buscar con la mirada a mis padres, y no estoy muy seguro de lo que pude registrar en mi primer examen del recinto. Lo que al instante pensé, aturdido, fue que los secuestradores de mis padres ya habían huido de la casa. Luego, cuando vi los cadáveres, me asaltó el pavoroso pensamiento de que tal vez fueran los cuerpos de mis padres, de que sus carceleros pudieran haberles dado muerte al percatarse de nuestra llegada. He de confesar que la emoción que sentí a continuación fue de un inmenso alivio, al comprobar que las tres personas sin vida que yacían en el suelo eran todas chinas.

Al fondo del recinto, cerca de la pared, se hallaba el cuerpo de una mujer, que supuse la madre de la niña. Posiblemente la explosión la había lanzado hasta el rincón donde ahora se encontraba. La expresión de su cara era de horror, y tenía un antebrazo arrancado de cuajo del codo. El muñón

apuntaba hacia lo alto, quizás indicando de dónde procedía el proyectil que se les había venido encima de forma repentina. Unos metros más allá, en medio de los escombros, yacía el cuerpo de una anciana con la boca abierta, también vuelta hacia el techo. Tenía la mitad de la cara carbonizada, pero no pude apreciar en su cuerpo sangre ni mutilación visible alguna. Por último, muy cerca de donde estábamos —al principio semioculto por un estante caído— descubrí el cuerpo de un chiquillo un poco mayor que la niña. Tenía una pierna desgajada del tronco a la altura de la cadera, de donde le sobresalían unas entrañas asombrosamente largas —parecidas a las colas de una cometa— que se desparramaban a su alrededor por las esteras del piso.

—El perro —dijo Akira a mi lado.

Lo miré, y luego seguí su mirada. En el centro de la estancia derruida, no lejos del cadáver del chiquillo, la niña se había arrodillado junto a un perro herido y echado sobre un costado, y le acariciaba la piel con ternura. La cola del animal se movía débilmente a modo de respuesta. La estábamos mirando cuando alzó la vista y dijo algo con voz aún firme y serena.

—¿Qué dice, Akira?

—Creo que dice que socorramos al perro —dijo Akira. Sí, está diciendo que lo ayudemos.

Entonces, súbitamente, mi amigo empezó a reírse de forma incontrolada.

La niña volvió a hablar, pero ahora se dirigía sólo a mí, acaso descartando a Akira por loco. Luego bajó la cabeza y acercó la cara al perro, y siguió acariciándole la piel con dulzura.

Avancé un paso hacia ella, zafándome del brazo de Akira, y al hacerlo éste fue a tropezar contra una pieza de mobiliario rota y cayó al suelo. Miré hacia atrás, alarmado, pero mi amigo seguía riéndose de forma absurda, y la niña, por su parte, seguía hablando y hablando en tono suplicante. Dejé el revólver encima de una repisa, me acerqué a ella y le toqué el hombro.

—Mira... Todo esto... —dije, señalando los cadáveres, a los que ella parecía no prestar atención alguna—... ha sido algo terrible, una desgracia. Pero verás: será una gran proeza de tu parte si logras..., si logras mantenerte entera y valerosa. —Me volví hacia Akira, irritado, y le grité—:

¡Akira! ¡Deja de reírte! ¡Por el amor de Dios, no creo que aquí haya nada de lo que reírse! Esta pobre niña...

Pero la niña me había agarrado la manga de la chaqueta, y, mirándome a los ojos, me volvió a hablar clara y despaciosamente.

—Mira —le dije, cuando se quedó callada. Estás siendo muy valiente. Te juro que quienquiera que haya hecho esto, quienquiera que haya causado toda esta carnicería, no escapará a la justicia. Puede que no sepas quién soy, pero resulta que..., bueno, que soy exactamente la persona que necesitas. Me ocuparé de que reciban el castigo que merecen. Así que no te preocupes, porque verás, yo..., yo... Me estaba palpando la chaqueta en busca de la lupa, y cuando la encontré se la mostré. Mira, ¿ves esto?

Aparté de un puntapié una jaula que me impedía el paso y fui hasta el cadáver de la mujer. Luego —acaso por mero hábito, más que nada— me puse a examinar el cuerpo a través de la lente. El muñón se conservaba curiosamente limpio; el hueso que sobresalía de la carne era de un blanco reluciente (casi como si alguien acabara de pulirlo).

Mis recuerdos de aquellos instantes no son en absoluto nítidos. Pero tengo la impresión de que fue en este momento, justo después de examinar con la lupa el hueso de la mujer muerta, cuando de súbito me enderecé y empecé a buscar a mis padres. Sólo puedo afirmar, como explicación parcial de lo que habría de seguir después, que Akira seguía riendo neciamente en el suelo, en el mismo punto donde se había caído, y que la niña seguía emitiendo su ruego en el mismo tono tenaz y monocorde. La atmósfera, pues, se había hecho casi irrespirable, lo que quizás podría explicar en parte el modo en que empecé a ir de un lado a otro de la casa levantando del suelo todo lo que veía volcado.

Había un cuarto mínimo en el fondo, completamente destruido, y fue allí donde inicié mi búsqueda. Levanté tablas rotas del piso, abrí a golpes —con la pata de una mesa— las puertas de un armario... Luego volví a la estancia principal, y empecé a apartar los montones de cascotes, golpeando con la pata de la mesa todo aquello que se resistía a mis patadas y empellones. Al cabo caí en la cuenta de que Akira había dejado de reír y me seguía por todas partes, tirándome del hombro y diciéndome algo al oído. No le hice caso, y continué mi búsqueda, sin detenerme siquiera cuando en

un momento dado, accidentalmente, di la vuelta a uno de los cuerpos. Akira seguía tirándome del hombro, y yo, al rato, incapaz de comprender por qué precisamente la persona con cuya ayuda había contado parecía empeñada en entorpecer lo que estaba haciendo, me volví hacia él y le grité:

—¡Quítate de encima! ¡Déjame en paz! ¡Si no vas a ayudarme, apártate al menos! ¡Vete a tu rincón y sigue riéndote!

—¡Soldados! —me estaba susurrando. ¡Vienen soldados!

—¡Déjame en paz! ¡Mi madre, mi padre...! ¿Dónde están? ¡No están aquí! ¿Dónde están? ¿Dónde están?

—¡Soldados! ¡Christopher, quieto! ¡Debes calmarte! ¡Cálmate o nos matan! ¡Christopher!

Con la cara casi pegada a la mía, me estaba sacudiendo. Entonces caí en la cuenta de que, en efecto, desde algún lugar cercano llegaban unas voces.

Dejé que Akira me empujara hasta el fondo del recinto. La niña, advertí, se había callado, y estaba acunando la cabeza del perro. La cola del animal seguía moviéndose débilmente de cuando en cuando.

—Christopher —me dijo Akira en un susurro apremiante—, si son soldados chinos, debo esconderme. Apuntó hacia un rincón. —Si son chinos, no deben encontrarme. Pero si son japoneses, díles la palabra que te he enseñado.

—No puedo decir nada. Escucha, viejo amigo: si no quieres ayudarme...

—¡Christopher! ¡Vienen soldados!

Cruzó tambaleándose la estancia y desapareció en el interior de un armario que había en un rincón. La puerta estaba muy dañada y se escondió tras ella, y a través de uno de los paneles rotos se le podía ver claramente una pierna y una bota. Se me antojó algo tan patético que no pude contenerme y me eché a reír, y a punto estaba de advertirle de lo vano de su intento cuando los soldados aparecieron de pronto en el umbral.

El primero en entrar me disparó de inmediato, pero la bala dio en la pared que había a mi espalda. Luego, al verme levantar las manos y darse cuenta de que era un civil, gritó algo a sus compañeros. Éstos entraron y se agruparon a su espalda. Eran japoneses, y lo siguiente que recuerdo es que tres o cuatro de ellos empezaron a discutir sobre mi persona sin dejar de

apuntarme con sus fusiles ni un instante. Entraron más soldados, y comenzaron a rastrear la estancia. Oí que Akira gritaba algo en japonés desde su escondite, y vi que los soldados se apiñaban en torno al armario. Luego, cuando le hicieron salir, advertí que no parecía complacerle mucho el verles, ni a ellos el verle a él. Otros rodeaban ahora a la niña y discutían qué hacer. Entonces entró un oficial, los hombres se cuadraron y se hizo un denso silencio en la casa.

El oficial —un joven capitán— echó un vistazo a su alrededor. Su mirada se detuvo primero en la niña, y luego en mí. Finalmente se fijó en Akira, a quien mantenían en pie dos soldados. Siguió una conversación en japonés, en la que no participó Akira. Una expresión resignada, con cierto tinte de miedo, se había instalado en su mirada. En un momento dado quiso decirle algo al capitán, pero éste le cortó de inmediato. Hubo otro rápido intercambio entre ellos, y al cabo los soldados empezaron a conducir a Akira hacia la calle. El miedo era ahora muy visible en su semblante, pero no se resistió.

—¡Akira! —le grité. Akira. ¿Adónde te llevan? ¿Qué pasa?

Akira miró hacia atrás y me dirigió una rápida, afectuosa mirada. Luego salió al callejón y desapareció de mi vista entre los soldados.

El joven capitán miraba a la niña. Luego se volvió hacia mí y dijo:

—¿Es usted inglés?

—Sí.

—Por favor, señor, ¿qué está haciendo aquí?

—Estaba... —Miré en torno. Estaba buscando a mis padres. Mi nombre es Banks, Christopher Banks. Soy un conocido detective. Quizás haya usted...

No supe muy bien cómo continuar, y, por otra parte, caí en la cuenta de que llevaba ya un rato sollozando, lo que sin duda estaba causando al capitán una pobre impresión sobre mi persona. Me sequé las mejillas y continué:

—He venido a buscar a mis padres. Pero ya no están aquí. He llegado demasiado tarde.

El capitán volvió a echar una mirada a las ruinas de la estancia, a los cadáveres, a la pequeña niña con el perro moribundo... Luego dijo algo al

soldado más cercano sin quitarme los ojos de encima. Y, por último, me dijo:

—Por favor, señor, venga conmigo.

Hizo un gesto cortés, aunque firme, indicándome que le precediera hacia el callejón. No había enfundado la pistola, pero tampoco me apuntaba con ella.

—Esa niñita... —dije. ¿La llevará a algún lugar seguro?

Me miró en silencio y dijo:

—Por favor, señor. Salga a la calle.

Los japoneses, en general, me trataron bastante consideradamente. Me instalaron en un pequeño cuarto trasero de su cuartel general —que antes del conflicto bélico había sido un parque de bomberos—, me dieron de comer y un médico se ocupó de curarme varias heridas leves de las que apenas había sido consciente hasta entonces. Me vendó un pie, y alguien me proporcionó una holgada bota con que protegerlo. Los soldados a mi cargo no hablaban inglés, y tampoco parecían saber muy bien si era un prisionero o un invitado, pero me sentía demasiado exhausto para que me importara lo más mínimo. Me tendí en el catre de campaña que instalaron en el cuarto, y durante varias horas dormí de forma intermitente. No me encerraron bajo llave; de hecho, la puerta que daba al despacho contiguo no cerraba bien, de forma que, cada vez que despertaba, oía voces que discutían en japonés, o hablaban a gritos por teléfono, presumiblemente acerca de mi persona. Hoy sospecho que durante gran parte de aquellos días padecí una leve fiebre; sea como fuere, mientras una y otra vez caía en el sueño y me despertaba, los acontecimientos no sólo de las horas recientes sino de las últimas semanas se me agolpaban en la cabeza de forma incesante. Luego, gradualmente, las telarañas de mi memoria empezaron a despejarse, y cuando desperté al fin, avanzada la tarde, y llegó el coronel Hasegawa, vi que tenía ya una visión clara de todo lo que me había estado preocupando respecto al caso.

El coronel Hasegawa —un cuarentón atildado— se presentó cortésmente diciendo:

—Me alegra ver que está usted mucho mejor, señor Banks. Confío en que estos hombres hayan cuidado de usted apropiadamente. Me complace comunicarle que tengo instrucciones de escoltarle hasta el consulado británico. ¿Puedo sugerirle que salgamos de inmediato?

—La verdad, coronel —dije, poniéndome en pie con sumo cuidado—, preferiría que me llevara a otro sitio. Verá usted: es muy urgente. No estoy seguro de la dirección exacta, pero no está muy lejos de Nanking Road. Puede que la conozca usted. Es una tienda de discos de gramófono.

—¿Tanta urgencia tiene usted de comprar discos?

No podía demorarme en explicárselo, así que dije:

—Es muy importante que llegue allí cuanto antes.

—Por desgracia, señor, tengo órdenes de llevarle al consulado británico. Me temo que habría grandes complicaciones si lo llevara a otro sitio.

Dejé escapar un suspiro.

—Supongo que tiene usted razón, coronel. En cualquier caso, ahora que lo pienso, creo que llegaría demasiado tarde.

El coronel miró su reloj de pulsera.

—Sí, me temo que sí. Pero permítame sugerirle que si salimos ahora mismo podrá usted disfrutar muy pronto de su música.

Viajamos en un vehículo militar abierto conducido por su ordenanza. Era una hermosa tarde, y el sol bañaba las ruinas de Chapei. Avanzábamos despacio, porque aunque la carretera había sido en gran medida despejada —se veían grandes montones de cascotes en los arcenes—, el firme se hallaba plagado de fosos causados por las bombas. De cuando en cuando enfilábamos una calle en la que no se apreciaban daños aparentes, pero al poco doblábamos una esquina y las casas eran poco más que montones de escombros, y los postes de telégrafo que aún se mantenían en pie formaban extraños ángulos entre marañas de cables. Una vez, circulando por una de estas zonas, advertí que se divisaba una larga extensión de terreno a través de las ruinas bajas, y a lo lejos vi las altas chimeneas de los hornos.

—Inglaterra es un país espléndido —me decía el coronel Hasegawa. Tranquilo, digno. Con bellos campos verdes. Aún sueño con él. Y su literatura. Dickens, Thackeray. *Cumbres borrascosas*. Me gusta especialmente Dickens.

—Coronel, disculpe que saque esto a colación, pero cuando sus hombres me encontraron ayer, yo iba con alguien. Un soldado japonés. ¿Sabría decirme qué ha sido de él?

—Ese soldado... No estoy muy seguro de lo que ha podido ser de él.

—Me pregunto si me sería posible volver a verle.

—¿Desea volver a verle? —El coronel adoptó una expresión grave. Señor Banks, le aconsejaría que no se preocupase más por ese soldado.

—¿Es que ha cometido alguna infracción de algún tipo?

—¿Infracción? —Miró hacia las ruinas junto a las que pasábamos, y esbozó una leve sonrisa. Existe casi la certeza de que ese soldado ha facilitado información al enemigo. Es probable que haya negociado su liberación a cambio de ella. Creo entender que usted mismo, en su declaración, dijo que se encontró con él cerca de las líneas del Kuomintang. Y ello apunta a una más que probable cobardía. Y traición.

Me disponía a protestar, pero caí en la cuenta de que ni a Akira ni a mí nos convenía estar a mal con el coronel. Llevaba en silencio unos instantes cuando oí que el coronel decía:

—No es sensato ponerse demasiado sentimental.

Su acento, hasta entonces impecable, pareció flaquear en esta última palabra, que pronunció sin la corrección debida. Casi me «hizo daño» al oído, y aparté la mirada sin contestarle. Pero segundos después me preguntó en un tono comprensivo:

—Ese soldado. ¿Lo conocía de antes?

—Pensé que sí. Pensé que era un amigo de la infancia. Pero ahora ya no estoy seguro. Empiezo a ver que muchas cosas no son como suponía que eran.

El coronel asintió con la cabeza.

—Nuestra infancia parece tan lejana... Todo esto. —Señaló con un gesto el exterior del vehículo. Tanto sufrimiento... Una de nuestras poetisas, una dama de la corte de hace muchos, muchos años, escribió sobre lo triste que resulta. Escribió que la infancia, cuando nos hacemos adultos, se convierte en una suerte de tierra extranjera.

—Verá, coronel, para mí difícilmente puede ser una tierra extranjera. En muchos aspectos es donde he seguido habitando toda mi vida. Sólo ahora he

empezado a despegarme de ella.

Pasamos por varios controles japoneses y nos adentramos en Hongkew, el distrito norte de la Colonia Internacional. También en esta zona se apreciaban algunos daños bélicos, y asimismo acelerados preparativos militares. Vi muchos montones de sacos terreros, y camiones llenos de soldados. Al aproximarnos al canal, el coronel dijo:

—Soy, como usted, señor Banks, un gran amante de la música. En especial de Beethoven, Mendelssohn, Brahms. También de Chopin. La tercera sonata es maravillosa.

—Un hombre cultivado como usted, coronel —comenté—, debe de lamentar mucho todo esto. Me refiero a la carnicería causada por la invasión de China por parte de su ejército.

Temí que lo que acababa de decirle pudiera enfurecerle, pero él sonrió con calma y dijo:

—Es lamentable, estoy de acuerdo. Pero si Japón ha de convertirse en una gran nación, como la suya, señor Banks, ha sido algo necesario. Lo mismo que un día lo fue para Inglaterra.

Guardamos silencio unos instantes, y al cabo me preguntó:

—¿Me equivoco al suponer que ayer, en Chapei, vio usted cosas muy desagradables?

—No, no se equivoca.

El coronel, de pronto, dejó escapar una extraña risotada que me hizo dar un respingo.

—Señor Banks —dijo luego—, ¿tiene usted conciencia, se hace siquiera una idea de las cosas desagradables aún por venir?

—Si siguen ustedes invadiendo China, estoy seguro de que...

—Discúlpeme, señor... —Se estaba animando por momentos. No me refiero solamente a China. Sino a *todo el planeta*. Todo el planeta, señor Banks, entrará muy pronto en guerra. ¡Lo que usted ha visto en Chapei no es sino una mota de polvo comparado con lo que el mundo habrá de presenciar muy pronto! Su tono era triunfal, pero al cabo de unos segundos sacudió la cabeza con tristeza. Será terrible —dijo con voz queda. Terrible. No se hace usted una idea.

No recuerdo con claridad las horas que siguieron a mi vuelta. Pero supongo que mi llegada al consulado británico en un vehículo militar japonés, con el aspecto astroso de un pordiosero, no hizo gran cosa por levantar la moral de la inquieta comunidad extranjera. Recuerdo vagamente cómo los funcionarios salieron apresuradamente a recibirnos, y luego, una vez en el interior del edificio, la expresión del cónsul general al bajar a la carrera las escaleras. Ignoro cuáles fueron sus primeras palabras, pero a mí me recuerdo diciéndole, quizás antes incluso de que asomaran a mis labios los saludos de rigor:

—Señor George, debo pedirle que me permita ver a MacDonald a la mayor brevedad posible.

—¿MacDonald? ¿*John* MacDonald? Pero ¿por qué quiere usted hablar con él, amigo mío? Mire, lo que ahora necesita es un buen descanso. Haremos que lo vea un médico y...

—Admito que mi aspecto no es el óptimo, pero no se preocupe. Iré a asearme un poco. Pero, por favor, haga que MacDonald esté disponible para una entrevista. Es muy importante.

Me hicieron pasar a un cuarto de invitados del consulado, donde conseguí afeitarme y darme un baño pese al desfile de personas que fueron llamando a mi puerta. Una de ellas, un adusto cirujano escocés, me estuvo examinando durante media hora, convencido de que trataba de ocultarle alguna grave herida. Otras venían a indagar sobre tal o cual aspecto de mi bienestar general, y al menos a tres de ellas las envié de vuelta con alguna impaciente pregunta relativa a MacDonald. No obtuve, sin embargo, sino vagas respuestas que venían a decir que aún no lo habían localizado, y luego, a medida que avanzaba la tarde, el agotamiento —o quizás algo de lo que me administró el cirujano escocés— me hizo sumirme en un sueño profundo.

No desperté hasta bien entrada la mañana siguiente. Me sirvieron el desayuno en el cuarto, y me facilitaron ropa limpia traída del Cathay Hotel

mientras dormía. Me sentí, pues, mucho mejor, y decidí salir de inmediato en busca de MacDonald.

Pensé que me sería posible recordar cómo se llegaba a su despacho, pero el edificio del consulado era bastante laberíntico y me vi obligado a pedir ayuda a varias personas. Aún seguía algo perdido —descendía por un tramo de escaleras— cuando en el descansillo de abajo divisé la figura de sir Cecil Medhurst.

El sol de la mañana entraba a raudales por los altos ventanales del descansillo, iluminando un gran espacio de piedra gris alrededor de sir Cecil. No había nadie más en el rellano, y sir Cecil, ligeramente encorvado hacia adelante, con las manos enlazadas a la espalda, miraba los jardines del consulado a través de una ventana. Estuve tentado de retroceder y volver a subir las escaleras, pero era una zona silenciosa del edificio, y cabía la posibilidad de que el ruido de mis pasos le hicieran mirar hacia arriba en cualquier momento. Seguí bajando, por tanto, y cuando me acerqué hacia él sir Cecil se volvió como si desde el principio hubiera sido consciente de mi llegada.

—Hola, viejo amigo —dijo. He oído que ha vuelto. Le diré que hubo un poco de pánico cuando desapareció. ¿Se siente mejor?

—Sí. Estoy bien, gracias. Aunque tengo un poco lesionado el pie. Y no me cabe bien en el zapato.

El sol, en su cara, hacía que pareciera viejo y cansado. Se volvió de nuevo a la ventana y siguió contemplando los jardines. Me situé a su lado y me puse también a contemplar la vista. Abajo, tres policías *sij* corrían de un lado para otro por el césped, amontonando aquí y allá sacos terreros.

—¿Ha oído que se ha marchado? —me preguntó sir Cecil.

—Sí.

—Cuando usted desapareció al mismo tiempo, llegué a ciertas conclusiones. Al igual que otra gente, me imagino. Por eso he venido esta mañana al consulado. A presentarle mis disculpas. Pero me han dicho que estaba durmiendo. Así que me... Bueno, me quedé por aquí dando una vuelta.

—No hay ninguna razón para que se disculpe, sir Cecil.

—Oh, sí, la hay. Creo que la otra noche fui por ahí diciendo ciertas cosas. Ya me entiende. Mis conclusiones. Claro que ahora todo el mundo sabe que no estaba sino poniéndome en ridículo a mí mismo. Pero, de todas formas, pensé que debía venir a darle explicaciones.

Abajo, en el césped, un culi chino llegó con una carretilla con sacos terreros, y los policías *sij* empezaron a descargarlos y a dejarlos sobre el césped.

—¿Ha dejado alguna carta? —pregunté, simulando no estar demasiado interesado.

—No. Pero he recibido un telegrama esta mañana. Está en Macao. Dice que está bien, y en lugar seguro. Que está sola, y que me escribirá pronto. Se volvió hacia mí y me agarró del codo, Banks, sé que también usted va a echarla de menos. En cierto sentido, ¿sabe?, habría preferido que se hubiera ido con usted. Sé que ella... le tenía a usted en gran estima.

—Debe de haber sido un gran golpe para usted —dije, sintiendo que necesitaba decir algo.

Sir Cecil apartó la mirada, y por espacio de unos instantes siguió mirando a los policías de abajo. Luego dijo:

—No; si le digo la verdad, no ha sido un golpe tan duro. En absoluto. — Luego continuó—: Siempre le dije que debía irse, que debía irse en busca del amor, ya sabe, de un verdadero amor. Se lo merece, ¿no cree? Y eso es lo que ha ido a hacer ahora. A buscar un verdadero amor. Quizás lo encuentre. Allá, en el mar de la China Meridional. Quién sabe. Quizás encuentre a un viajero, en algún puerto, en un hotel. Quién sabe. Se ha vuelto una romántica, ¿entiende? Y yo tenía que dejarle que se fuera. — Ahora las lágrimas asomaban a sus ojos.

—¿Qué va a hacer usted ahora, señor?

—¿Que qué voy a hacer? Quién sabe. Tendría que volver a casa, creo. Supongo que eso es lo que haré. Volver a casa. En cuanto haya saldado unas cuantas deudas que tengo aquí.

Me había percatado de que alguien bajaba las escaleras, a nuestra espalda. Los pasos fueron haciéndose más lentos y finalmente se pararon, y ambos nos dimos la vuelta. Sentí una gran consternación al ver que se trataba del señor Grayson, el concejal del Ayuntamiento.

—Buenos días, señor Banks. Buenos días, sir Cecil. Señor Banks, estamos tan contentos de verle de nuevo sano y salvo.

—Gracias, señor Grayson —dije. Y cuando vi que seguía allí de pie, en el primer peldaño del descansillo, sonriendo neciamente, añadí—: Confío en que los preparativos para la ceremonia del Jessfield Park se estén llevando a su completa satisfacción.

—Oh, sí, sí. —Dejó escapar una vaga risa. Pero ahora, señor Banks, venía a buscarle porque he oído que deseaba hablar con el señor MacDonald.

—Sí, exacto. De hecho, me dirigía a su despacho.

—Ah. Bien, no va a encontrarlo en su despacho de costumbre. Si tienen la amabilidad de seguirme, señor, le llevaré hasta él ahora mismo.

Le apreté suavemente el hombro a sir Cecil —se había vuelto hacia la ventana para ocultar las lágrimas— y seguí con paso vivo a Grayson.

Me condujo por una zona del edificio en la que no vimos a nadie, y llegamos a un pasillo flanqueado por despachos. Oí que alguien hablaba por teléfono, y un hombre que salía de una puerta saludó con un movimiento de cabeza a Grayson. Éste abrió otra de las puertas y me hizo un gesto para cederme el paso.

Era un despacho pequeño y bien equipado, con un gran escritorio en uno de los costados. Me detuve en el umbral, porque no vi a nadie dentro, pero Grayson me dio un pequeño codazo para que entrara y cerró la puerta a su espalda. Luego rodeó el escritorio, se sentó y me hizo un gesto para que tomara asiento.

—Señor Grayson —dije—, no tengo tiempo para tonterías.

—Perdone —dijo Grayson. Sé que deseaba ver al señor MacDonald, pero el caso es que MacDonald sólo se ocupa del protocolo. Cumple con sus obligaciones perfectamente, pero su esfera de actividad no llega mucho más lejos.

Suspiré con impaciencia, pero antes de que pudiera decir nada Grayson dijo:

—Verá, amigo mío, cuando dijo que quería ver a MacDonald, inferí que a quien quería ver era a mí. Soy la persona con quien tiene usted que hablar.

Entonces caí en la cuenta de que algo había cambiado en Grayson. Su aire de congraciamiento se había esfumado, y me observaba fijamente desde el otro lado del escritorio. Cuando vio que se iba haciendo la luz en mi cerebro, volvió a dirigirme un gesto para que me sentara.

—Por favor, póngase cómodo, amigo mío. Y le pido disculpas por haberle estado «persiguiendo» desde su llegada al consulado. Pero, en fin, he tenido que asegurarme de que no hacía nada que pudiera interferir y armar un buen embrollo con los demás poderes. Ahora, veamos... Tengo entendido que desea usted una entrevista con la Serpiente Amarilla.

—Sí, señor Grayson. Me pregunto si usted podría concertármela.

—Bien, resulta que, mientras usted estaba fuera, nos llegó un aviso en tal sentido. Todas las partes implicadas parecen ahora dispuestas a avenirse a sus deseos. —Se inclinó hacia adelante, y dijo—: En fin, señor Banks, ahora le pregunto: ¿cree usted que se está acercando al «desenlace»?

—Sí, señor Grayson. Por fin creo que sí.

Así que anoche, justo después de las once, me vi viajando en coche a través de las elegantes zonas residenciales de la Concesión Francesa en compañía de dos funcionarios de la policía secreta china. Circulamos por avenidas bordeadas de árboles, pasamos junto a grandes mansiones, algunas de ellas enteramente ocultas por altos muros y setos. Luego cruzamos unas verjas fuertemente custodiadas por hombres con largos ropones y sombreros, y nos detuvimos en un patio de grava ante el que se alzaba una casa oscura de cuatro o cinco plantas.

En el interior, iluminado tenuemente, entrevi a otros guardias deslizándose en las sombras. Mientras seguía a mis escoltas por la gran escalera central tuve la impresión de que la casa había pertenecido a algún europeo acomodado y que ahora, por una razón u otra, había pasado a manos de las autoridades chinas. Vi anuncios y calendarios de trabajo toscamente clavados en las paredes, junto a exquisitas obras de arte chinas y occidentales.

A juzgar por la decoración, en la sala de la segunda planta a la que me hicieron pasar había habido recientemente una mesa de billar. En el centro

del recinto se abría un enorme espacio vacío por el que estuve paseándome mientras esperaba. Al cabo de unos veinte minutos, oí que otros vehículos llegaban al patio, pero cuando traté de mirar a través de las ventanas comprobé que éstas daban a los jardines de un costado de la casa, y no alcancé a ver nada de la entrada principal.

Fue como media hora después cuando finalmente vinieron a buscarme. Mis acompañantes me precedieron por otro tramo de escaleras y por un largo pasillo custodiado por más guardias. Luego, mis acompañantes se detuvieron y uno de ellos me indicó con un gesto una puerta situada unos metros más adelante. Recorrí solo, pues, el último tramo de pasillo y entré en lo que a primera vista parecía un gran estudio. En el suelo había una gruesa alfombra, y las paredes estaban casi enteramente revestidas de estanterías llenas de libros. Al fondo, los ventanales en saliente se hallaban cubiertos por pesados cortinajes, y frente a ellos había una mesa con una silla a cada lado. El flexo de la mesa creaba un cálido espacio de luz en torno, y el resto de la habitación se hallaba casi en penumbra.

Permanecía allí de pie, contemplando el amplio estudio, cuando vi que una figura se levantaba de la silla del otro lado de la mesa, rodeaba ésta con parsimonia y me hacía un gesto hacia la silla que acababa de dejar vacía.

—¿Por qué no te sientas ahí, Puffin? —me dijo tío Philip. Te acuerdas, ¿verdad? Siempre te encantó sentarte en mi silla, en mi lado de la mesa.

De no haber presentido que iba a verle, es muy posible que no hubiera reconocido a tío Philip. Había ganado peso con los años, de forma que aunque no era un hombre corpulento el cuello se le había ensanchado visiblemente, y tenía las mejillas caídas. El pelo se le había vuelto ralo y blanco. Pero los ojos seguían siendo calmos y jocosos, tal como yo los recordaba.

Al acercarme a él no sonreí, ni rodeé la mesa hacia su silla para aceptar su ofrecimiento.

—Me sentaré aquí —dije, quedándome junto a la otra silla.

Tío Philip se encogió de hombros.

—Bien, no es mi mesa, de todas formas. De hecho, jamás había puesto los pies en esta casa. ¿Tiene algo que ver contigo? Esta casa, me refiero.

—Tampoco yo había estado nunca. ¿Puedo sugerirte que nos sentemos?

Cuando lo hicimos, la luz del flexo nos permitió vernos claramente por vez primera, y nos quedamos unos instantes estudiándonos los rasgos.

—No has cambiado mucho, ¿sabes, Puffin? —dijo. Aún se ve en ti al chiquillo, después de tantos años.

—Te agradecería que no me llamaras por ese nombre.

—Lo siento. Es algo... descarado, lo admito. Bien, henos aquí. Al fin has logrado dar conmigo. Hasta ahora me he negado a reunirme contigo. Pero al final..., supongo que empecé a desear volver a verte. Te debo una explicación, o quizás dos, supongo. Pero no estaba seguro, ya sabes, de con qué ojos ibas a mirarme. Como amigo o como enemigo, ese tipo de cosas. Pero hoy tampoco puedo estar seguro de la mayoría de la gente en tal sentido. ¿Sabes que me han dicho que tenga esto conmigo, por si acaso? —

Sacó una pequeña pistola plateada y la puso bajo la luz del flexo. ¿Puedes creerlo? Pensaban que quizás tendrías ganas de agredirme.

—Veo que te la has traído, en cualquier caso.

—Oh, la llevo a todas partes. Hoy día hay tanta gente deseando hacerme daño... En realidad no la he traído por ti. Puede que uno de esos hombres que están ahí fuera esperando haya sido sobornado para irrumpir aquí de pronto y apuñalarme. ¿Quién lo sabe? Me temo que así es como han sido las cosas para mí desde hace tiempo. Desde que empezó toda esta historia de la Serpiente Amarilla.

—Sí. Se diría que eres bastante proclive a la traición.

—Eso es un poco duro, si es que quieres decir realmente lo que estás dando a entender. En lo que se refiere a los comunistas, muy bien, sí, me he convertido en un traidor. Pero tampoco en ese caso era ésa mi intención. Los hombres de Chiang me apresaron un día y me amenazaron con torturarme. Y, lo admito, la idea no me gustó mucho; a decir verdad, no me gustó nada en absoluto. Pero al final hicieron algo mucho más inteligente. Me *embaucaron* para que traicionara a uno de los míos. Y luego, en fin, la suerte estaba echada. Porque, como habrás podido comprobar, nadie castiga más salvajemente a los renegados que mis antiguos camaradas. Para mí no hubo otra forma de seguir con vida. Tuve que depender del gobierno para protegerme de mis viejos camaradas.

—Según mi investigación —dije—, muchas personas han perdido la vida por tu culpa. Y no sólo aquéllos a los que traicionaste. Hace un año dejaste que los comunistas creyeran que la Serpiente Amarilla era otro individuo. Y muchos de su familiares, incluidos tres niños, fueron asesinados en la primera racha de represalias.

—No me considero admirable. Soy un cobarde; es algo que sé desde hace mucho tiempo. Pero no creo que pueda achacárseme la ferocidad de los rojos. Han demostrado ser tan minuciosamente sanguinarios como el propio Chiang Kai-shek, y no queda en mí el menor respeto por ellos. Pero, en fin, no creo que hayas venido a hablarme de esto.

—No, por supuesto.

—Así que, Puffin..., perdón, Christopher. Así que ¿qué voy a decirte? ¿Por dónde empezamos?

—Por mis padres. ¿Dónde están?

—Tu padre, me temo, está muerto. Hace muchos años. Lo siento.

No dije nada, y esperé. Al cabo, tío Philip dijo:

—Dime, Christopher, ¿qué crees que le sucedió a tu padre?

—¿Qué diablos te importa a ti lo que yo pueda creer? He venido a que tú me lo cuentes.

—Muy bien. Pero sentía curiosidad por saber lo que has averiguado por ti mismo. Después de todo, te has labrado un nombre como detective.

Esto último me irritó, pero pensé que sólo se mostraría comunicativo conmigo si seguía sus reglas del juego. Así que acabé diciendo:

—Mi conjetura apunta a que mi padre adoptó una postura, una postura valerosa contra sus propios patronos en relación con los beneficios del comercio del opio de aquel tiempo. Y al hacerlo, supongo, se enfrentó a poderosísimos intereses, y lo quitaron de en medio.

Tío Philip asintió con la cabeza.

—Suponía que pensabas algo parecido. Tu madre y yo debatimos a conciencia lo que debíamos hacerte creer. Y fue más o menos lo que acabas de decirme. Así que tuvimos éxito. Me temo, Puffin, que la verdad es mucho más prosaica. Tu padre se fugó un día con su amante. Vivió con ella un año en Hong Kong. La mujer se llamaba Elizabeth Cornwallis. Pero Hong Kong es terriblemente retrógrado y «británico», ya sabes. Hubo un escándalo, y al final tuvieron que salir precipitadamente para Malaca o algún sitio parecido. Luego contrajo una fiebre tifoidea y murió en Singapur. Dos años después de abandonarte. Lo siento, amigo mío; sé que tiene que resultarte duro oír esto. Pero vete preparando, querido amigo. Porque tengo mucho que contarte antes de que termine la velada.

—¿Dices que mi madre lo sabía? ¿Ya entonces?

—Sí. Bueno, al principio no. Tardó como un mes en enterarse. Tu padre había borrado su rastro muy eficientemente. Y tu madre lo supo sólo porque tu padre le escribió una carta. Ella y yo fuimos los únicos que lo supimos.

—Pero la policía... ¿Cómo diablos no consiguió averiguar lo que había sucedido?

—¿La policía? —Tío Philip soltó una carcajada. ¿Aquellos polizontes mal pagados, sobrecargados de trabajo? No habrían sido capaces de

encontrar un elefante perdido en Nanking Road. Luego, al ver que yo guardaba silencio, prosiguió—: Ella te lo habría acabado contando. Pero queríamos protegerte. Por eso hicimos que creyeras lo que creiste.

Empezaba a sentirme incómodo al estar tan cerca del flexo, pero la silla de respaldo recto no me permitía echarme hacia atrás. Cuando llevaba unos segundos sin decir nada, tío Philip dijo:

—Déjame ser justo con tu padre. Fue muy difícil para él. Siempre quiso a tu madre; la amó apasionadamente. Estoy absolutamente convencido de que jamás dejó de amarla, de que la amó hasta el final. En cierto modo, Puffin, ése era el problema. La amaba demasiado. La idealizaba. Y el tratar de mostrarse a su altura, a la altura a la que él mismo la encumbraba, fue excesivo para él. Lo intentó. Oh, Dios, vaya si lo intentó... Y ello le hizo derrumbarse. Podía haber dicho sencillamente: «Mira, puedo llegar hasta aquí, y eso es todo. Soy como soy». Pero la adoraba. Quería desesperadamente llegar a merecerla, y cuando descubrió que no estaba a su alcance el hacerlo..., pues se fugó con una amante. Con alguien a quien no le importaba aceptarlo como era. Creo que lo único que quería era *descansar*. Lo intentó tan denodadamente, y durante tantos años, que lo único que quería era descansar. No pienses mal de él, Puffin. No creo que jamás dejase de amaros a ti o a tu madre.

—¿Y mi madre? ¿Qué ha sido de ella?

Tío Philip se inclinó hacia adelante y, apoyándose sobre los codos, bajó un poco la cabeza.

—¿Qué es lo que has averiguado sobre ella? —me preguntó.

La ligereza que hasta entonces había conseguido dar a su voz se había desvanecido por completo. Ahora parecía un viejo angustiado, consumido por el odio hacia sí mismo. Me estaba mirando fijamente, pese a su inclinación de cabeza, y la luz amarilla del flexo me permitió ver los vellos blancos que le sobresalían de las ventanas de la nariz. Desde algún lugar de las plantas inferiores llegaba el sonido de un fonógrafo con una música marcial china.

—No trato de fastidiarte —dijo al ver que no le respondía. Pero no quiero oírme a mí mismo hablando de ello más de lo estrictamente necesario. Adelante. ¿Qué es lo que has averiguado?

—Hasta hace poco creía que mis padres estaban secuestrados en Chapei. Así que, como verás, no he sido muy sagaz.

Esperé a que me respondiera. Pero él permaneció en aquella extraña postura unos instantes más, y después se echó hacia atrás y dijo:

—Posiblemente no recordarás esto, pero poco después de que tu padre se fugara con su amante fui a tu casa a ver a tu madre. Y aquel día también fue a tu casa cierto individuo. Un caballero chino.

—¿Te refieres a aquel caudillo, Wang Ku?

—Ah, veo que no has sido tan estúpido...

—Averigüé su nombre. Pero supongo que después no he hecho más que seguir una pista falsa.

Dejó escapar un suspiro y aguzó el oído.

—Escucha —dijo. Himnos del Kuomintang. Los ponen para fastidiarme. Me lleven a donde me lleven, siempre es lo mismo. Sucede con demasiada frecuencia como para que sea una coincidencia.

Luego, cuando vio que yo callaba, se levantó y fue andando entre las sombras hacia los pesados cortinajes.

—Tu madre —dijo al fin— se había dedicado por entero a nuestra causa. A hacer que cesara el comercio del opio en China. Muchas compañías europeas, incluida la de tu padre, obtenían ingentes beneficios importando opio indio a China y convirtiendo en adictos a millones de chinos indefensos. En aquellos días yo era uno de los líderes de la campaña contra el opio. Durante mucho tiempo nuestra estrategia fue bastante ingenua. Pensábamos que conseguiríamos avergonzar a estas compañías hasta el punto de hacerles abandonar aquel negocio indigno. Escribimos cartas con pruebas fehacientes de los estragos que el opio estaba causando en el pueblo chino. Sí, puedes reírte si quieres. Éramos tan ingenuos... Pero creíamos que estábamos tratando con cristianos como nosotros. Bien, al final vimos que no conseguíamos llegar a ninguna parte. Descubrimos que aquellos empresarios no sólo perseguían codiciosamente los beneficios, sino que de hecho querían que el pueblo chino se convirtiera en un pueblo inane. Querían que se sumiera en el caos, en la drogadicción, y que fuera incapaz de gobernarse por sí mismo. Así, podrían gobernar ellos prácticamente como si el país fuera una colonia, pero sin ninguna de las

obligaciones inherentes. Así que cambiamos de táctica. Nos hicimos más sutiles. En aquellos días, tal como se sigue haciendo actualmente, los cargamentos de opio venían por el río Yangtze. Los barcos tenían que transportarlo río arriba a través de un territorio de bandidos. Sin la adecuada protección, los cargamentos jamás llegaban mucho más allá de las gargantas del Yangtze sin ser saqueados por los bandidos. Así que estas compañías —Morganbrook and Byatt, Jardine Matheson y las demás— acostumbraban hacer tratos con los caudillos de los territorios por donde tenían que pasar los barcos cargados de opio. Tales caudillos, en realidad, no eran más que bandidos encumbrados, pero tenían ejércitos, y, por tanto, poder para hacer que los cargamentos pasaran sin ser asaltados. Así que en ello vimos nuestra nueva estrategia. Dejamos de rogarles a las compañías. Acudimos a rogarles a los caudillos. Apelamos a su orgullo racial. Les hicimos reparar en que estaba en sus manos acabar con la rentabilidad del comercio del opio y hacer desaparecer el principal obstáculo para que los chinos tomaran las riendas de su propio destino, de su propia patria. Por supuesto, algunos no estaban dispuestos a renunciar a los pingües pagos que recibían por sus servicios. Pero conseguimos algunos conversos. Wang Ku era a la sazón uno de los más poderosos caudillos bandidos chinos. Su territorio abarcaba varios centenares de kilómetros cuadrados de la zona norte de Hunan. Era un tipo bastante brutal, pero lo suficientemente temido y respetado como para resultar muy valioso para las compañías implicadas en el comercio del opio. Pues bien, Wang Ku simpatizó con nuestra causa. Venía a menudo a Shanghai; gustaba de darse la gran vida en la ciudad, y en el curso de tales visitas logramos convencerle. ¿Estás bien, Puffin?

—Sí, estoy bien. Te estoy escuchando.

—Quizás debas irte ahora, Puffin. No tienes por qué oír lo que estoy a punto de contarte.

—Cuéntamelo. Te escucho.

—Muy bien. Creo que debes oírlo, si es que puedes soportarlo. Porque... Bueno, porque tienes que encontrarla... Aún queda una posibilidad de que puedas volver a ver a tu madre.

—¿Está viva, entonces?

—No tengo razón alguna para pensar lo contrario.

—Entonces sigue contándomelo. Sigue con lo que estabas diciendo.

Volvió a la mesa y se sentó de nuevo frente a mí, cara a cara.

—Aquel día en que Wang Ku vino a tu casa... —prosiguió tío Philip. Convendría que recordases bien aquel día. Tienes mucha razón al suponer que fue importante. Fue el día en que tu madre descubrió que los motivos de Wang Ku no eran en absoluto altruistas. Dicho en dos palabras: planeaba hacerse él mismo con los cargamentos de opio. Por supuesto, ideó complicados manejos para que éstos pasaran antes por tres o cuatro grupos de intermediarios (algo muy chino, por otra parte), pero a la postre la droga acababa en sus manos. Era algo que la mayoría de nosotros supimos enseguida, pero no tu madre. La mantuvimos en la ignorancia porque intuíamos que no iba a aceptarlo. Aunque el resto de nosotros, como es lógico, sentíamos graves reparos al respecto, decidimos, pese a todo, trabajar con Wang Ku. Sí, iba a vender el opio a la misma gente que las compañías occidentales, pero lo importante era detener las importaciones. Hacer que tal comercio no resultara rentable. Por desgracia, el día en que Wang Ku vino a tu casa dijo algo que delató por primera vez ante tu madre la verdadera naturaleza de su relación con nosotros. Y supongo que tu madre se sintió una estúpida. Puede que lo sospechara desde el principio y no hubiera querido aceptarlo, y que se sintiera tan furiosa consigo misma y conmigo como con Wang. En cualquier caso, perdió por completo los estribos, y de hecho llegó a pegarle una bofetada. Una bofetada suave, ya sabes, pero su mano llegó a tocarle la mejilla. Y, por supuesto, le dijo a la cara todo lo que tenía que decirle. Supe entonces mismo que habría que pagar por ello un precio muy alto. Traté de solucionar el asunto allí mismo, de inmediato. Le expliqué a Wang que tu padre acababa de abandonaros, y que tu madre estaba sumamente trastornada. Traté de transmitirle todo esto antes de que se marchara. Él se limitó a sonreír y dijo que no me preocupara, pero ¡vaya si me preocupé! Oh, Dios, me preocupé sobremanera. Sabía que lo que tu madre acababa de hacer no podría subsanarse fácilmente. Me habría sentido aliviado, te lo aseguro, si la reacción de Wang se hubiera limitado a dejar de participar en nuestro plan. Pero él quería el opio, y ya había urdido complicados manejos para

conseguirlo. Además, había sido insultado por una mujer extranjera, y querría poner las cosas en su sitio.

Al inclinarme hacia él y entrar en el radio de luz del flexo, me asaltó la extraña sensación de que la oscuridad, detrás de mí, se había ido haciendo más y más densa, y que una vasta masa negra se había instalado a mi espalda. Tío Philip había hecho una pausa para secarse el sudor de la frente con el pulpejo de la mano. Pero ahora me miraba fijamente, y continuó:

—Fui a ver a Wang Ku al Metropole aquel mismo día, horas más tarde. A tratar de hacer todo lo posible para conjurar la calamidad que sabía que se nos avecinaba. Pero fue inútil. Lo que me dijo aquella tarde fue que no sólo no estaba enfurecido con tu madre, sino que su temple (ésa fue la palabra que empleó: «temple») le había resultado enormemente atractivo. Hasta el punto de que quería llevársela con él a Hunan como concubina. Se proponía «domarla» como se doma a una yegua salvaje. Y debes entender, Puffin, cómo eran entonces las cosas en Shanghai, en China. Si un hombre como Wang Ku decidía algo semejante, poco podía hacer nadie para impedirselo. Eso es lo que debes entender de forma clara. Y nada podía lograrse llamando a la policía, o a quien fuera, para que protegieran a tu madre. Ello habría demorado un poco las cosas, pero nada más. No había nadie en el mundo capaz de proteger a tu madre de los deseos perversos de un hombre como Wang. Pero ¿sabes, Puffin? Mi mayor miedo era por ti. No estaba seguro de lo que Wang pretendía hacer contigo, y a partir de ese momento, cuando comprendí que no podía hacer nada por tu madre, ése fue el objeto de mis ruegos. Al final llegamos a un acuerdo. Yo me las arreglaría para que tu madre estuviera sola, sin nadie que pudiera protegerla, y a ti te llevaría a algún sitio lejos de casa. Ése era mi único objetivo: impedir que él te llevara a ti también. Lo de tu madre era inevitable. Pero tú... Tenía que suplicarle que te dejara en paz. Y eso es lo que hice.

Se hizo un silencio largo. Y al cabo dije:

—¿Y debo suponer que, después de llegar a un acuerdo tan razonable, Wang Ku siguió cooperando con vosotros?

—No seas cínico, Puffin.

—¿Lo hizo?

—Sí, lo hizo. Llevarse a tu madre le satisfizo lo bastante. Cumplió con lo que acordamos, y me atrevo a decir que su contribución fue uno de los factores que influyeron en la decisión final de las compañías de acabar con su negocio.

—Así que mi madre fue, digamos, sacrificada por una causa más noble.

—Mira, Puffin, no se podía hacer nada, no nos cabía otra opción. Tienes que entenderlo.

—¿Volviste a ver a mi madre alguna vez? ¿Después de ser raptada por ese hombre?

Le vi vacilar. Pero luego dijo:

—Sí. Volví a verla. Una vez, siete años más tarde. Coincidió que estaba viajando por la provincia de Hunan y recibí una invitación de Wang. Acepté, y, sí, la vi en su fortaleza. Vi a tu madre una vez más, la última.

Su voz era ahora casi un susurro. El fonógrafo, abajo, había dejado de sonar. Se instaló un gran silencio entre nosotros.

—Y... ¿qué había sido de ella?

—Su salud era buena. No era, claro está, sino una de sus muchas concubinas. Y, dadas las circunstancias, diría que se había adaptado bien a su nueva vida.

—¿Cómo la había tratado?

Tío Philip apartó la mirada. Luego, en voz baja, dijo:

—Cuando la vi me preguntó por ti, como es lógico. Le conté lo que sabía, y le complació mucho oírlo. Tienes que darte cuenta de que, hasta que la vi aquella última vez, había vivido totalmente aislada del mundo exterior. Durante siete años no había oído más que lo que Wang quería que oyese. A lo que me refiero es que ignoraba si se estaba cumpliendo o no el acuerdo económico. Así que, cuando nos vimos, era eso lo que quería saber, y yo le aseguré que sí, que se estaba cumpliendo. Al cabo de siete años de torturadoras dudas, su mente pudo apaciguarse. No sabes lo mucho que la alivió mi respuesta. «Eso es todo lo que quería saber», me decía una y otra vez. «Eso es lo único que quería saber».

Tío Philip me miraba ahora con detenimiento. Transcurrieron unos segundos más, y al fin le hice la pregunta que esperaba:

—¿A qué acuerdo económico te refieres?

Fijó la mirada en el dorso de sus manos, y se quedó examinándolas morosamente.

—Si no hubiera sido por ti, por su amor por ti, Puffin, tu madre, lo sé, se hubiera quitado la vida sin dudarlo ni un instante antes de permitir que aquel bellaco pusiera un solo dedo sobre ella. Habría encontrado una forma, y lo habría hecho. Pero estabas tú. Así que al final, después de sopesar la situación y ver que no había salida, llegó a un acuerdo con su raptor. Serías sostenido económicamente a cambio de..., de plegarse a los deseos de Wang. Me ocupé de gran parte del asunto personalmente; lo arreglé todo a través de la compañía de tu padre. Había un ejecutivo en Morganbrook and Byatt... Bueno, el hombre no tenía ni la más remota idea de qué se trataba todo aquello. Pensaba que lo que hacía era asegurar el tránsito seguro de su opio. ¡Ja, ja! ¡Un gran necio, aquel hombre! —Tío Philip sacudió la cabeza y sonrió. Luego su cara volvió a oscurecerse, como si hubiera acabado resignándose al curso que la conversación habría de tomar en adelante.

—Mi asignación... —dije con voz débil. Mi herencia...

—Tu tía de Inglaterra jamás fue rica. Tu benefactor real, todos estos años, ha sido Wang Ku.

—Así que todo este tiempo..., he estado viviendo..., he estado viviendo a costa de...

No pude continuar.

Tío Philip asentía con la cabeza.

—Tus estudios. El lugar que ocupas en la sociedad londinense. El que hayas hecho lo que has hecho de ti mismo. Se lo debes todo a Wang Ku. O, mejor, al sacrificio de tu madre.

Se levantó, y cuando me miró vi algo nuevo en su cara, algo parecido al odio. Pero luego se volvió y se adentró en las sombras, y no pude ver más.

—La última vez que la vi —dijo—, en aquella fortaleza, tu madre había perdido todo interés por la campaña contra el opio. Sólo vivía para ti, sólo le importabas tú. Para entonces el tráfico de opio se había vuelto ilegal. Pero incluso esa noticia ya no significaba nada para ella. Yo estaba muy resentido al respecto, por supuesto, lo mismo que todos los que habían dedicado años de su vida a la campaña. Me refiero a que nos habíamos dicho: hemos alcanzado nuestro objetivo: el comercio del opio ha sido

prohibido. Nos llevaría tan sólo dos o tres años comprobar el significado real de dicha prohibición. El tráfico no había hecho sino cambiar de manos, eso era todo. Ahora lo monopolizaba el gobierno de Chiang Kai-shek. Había más opiómanos que nunca, pero ahora el tráfico financiaba el ejército de Chiang, financiaba su poder. Fue entonces cuando me uní a los rojos, Puffin. En cuanto a tu madre, creí que se entristecería enormemente al saber en qué había acabado todo nuestro esfuerzo, pero ya no le importaba. Lo único que quería era que cuidaran de ti. Y saber de tu vida. ¿Sabes, Puffin? —Su voz adoptó de pronto un timbre extraño. Cuando la vi en aquella fortaleza, parecía estar bien. Pero luego, durante los días en que estuve invitado, pregunté a algunas personas del entorno, gente que tenía que saberlo todo de primera mano. Quería saber la verdad, saber cómo la había tratado realmente, porque..., porque sabía que un día habría de llegar este momento, esta entrevista que tú y yo estamos teniendo. Y lo supe. Oh, Dios, ¡vaya si lo supe!

—¿Lo haces a propósito para atormentarme?

—No era sólo... No era sólo cuestión de someterse a él en la cama. De cuando en cuando Wang la azotaba delante de sus invitados; mientras cenaban, por ejemplo. La doma de la mujer blanca, lo llamaba. Y eso no era todo. Porque...

Me había tapado los oídos, pero le grité:

—¡Basta! ¿Por qué me torturas de este modo?

—¿Por qué? —Su voz era ahora airada. ¿Por qué? ¡Porque quiero que sepas la verdad! Durante todos estos años has estado pensando que tío Philip era una criatura despreciable. Puede que lo sea, pero es lo que este mundo ha hecho de mí: yo nunca pretendí ser como soy. Siempre quise hacer el bien. Hubo un tiempo en que tomé decisiones valerosas. A mi manera. Y mírame ahora. Me desprecias. Me has despreciado todos estos años, Puffin. Eres lo más parecido a un hijo que he tenido en toda mi vida, y sin embargo me desprecias. Pero ahora ves cómo es el mundo en realidad. Y es lo que ha hecho posible tu cómoda vida en Londres. Cómo has podido llegar a ser un famoso detective. ¡Un detective! ¿Qué bien puede hacer eso a nadie? Joyas robadas, aristócratas asesinados por su herencia. ¿Crees acaso que es lo único a lo que hemos de enfrentarnos? Tu madre quería que

vivieras en tu mundo encantado eternamente. Pero eso no es posible. Al final ese mundo, por fuerza, acaba haciéndose añicos. Es un milagro que te haya durado tanto. Ahora, Puffin, mira. Voy a darte una oportunidad. ¡Mira!

Había sacado la pistola. Salió de las sombras y vino hacia mí, y cuando le miré estaba allí de pie, tan erguido e imponente como lo había estado siempre en mi infancia. Se echó hacia atrás los faldones de la chaqueta y se pegó al chaleco, a la altura del corazón, el cañón de la pistola.

—Aquí me tienes —dijo en un susurro, inclinándose, y me llegó su aliento viciado. Heme aquí, muchacho. Puedes matarme. Como siempre has querido hacer. Ésa es la razón por la que he seguido con vida tanto tiempo. Nadie más va a tener ese privilegio. Aprieta el gatillo. Aquí, mira. Haremos que parezca que te he atacado. Tendré la pistola en la mano, y caeré encima de ti. Cuando entren, verán mi cuerpo sobre el tuyo. Parecerá un caso de legítima defensa. Mira, aquí la tienes. Estoy empuñándola. Aprieta el gatillo, Puffin.

Me había pegado el pecho a la cara; el chaleco se le henchía y desinflaba al ritmo de la respiración. Sentí una honda repugnancia, y traté de zafarme, pero su mano libre —su piel se me antojó indescriptiblemente reseca— me había agarrado el brazo para tirar de mí hacia sí. Se me ocurrió que si mi mano llegaba a tocar siquiera la pistola, quien apretaría el gatillo sería él. Tiré hacia atrás con violencia, casi volcando la silla, y me alejé tambaleándome.

Durante unos segundos ambos miramos hacia la puerta con sentimiento de culpabilidad: ¿la conmoción de nuestro forcejeo haría que entrasen los escoltas? Pero no sucedió nada, y al cabo tío Philip se echó a reír, y levantó la silla, y la colocó con sumo cuidado al otro lado de la mesa. Luego se sentó en ella, dejó la pistola sobre la mesa y se pasó unos segundos recuperando el aliento. Yo me alejé unos pasos más de la mesa, pero en aquella estancia grande y umbría no había ningún otro mueble y me detuve, con la espalda vuelta hacia tío Philip. Al poco le oí decir:

—De acuerdo. Muy bien. —Inspiró sonoramente unas cuantas veces. Entonces te lo contaré. Te haré mi más oscura confesión.

Pero durante el minuto que siguió no pude oír sino su respiración jadeante. Y después dijo:

—Muy bien. Voy a confesarte la verdad. Por qué permití que Wang secuestrara a tu madre aquel día. Lo que te he contado antes se acerca mucho a la verdad. Tenía que salvarte a ti. Sí, sí, todo lo que te he contado antes fue poco más o menos como te lo he contado. Pero si realmente hubiera querido..., si realmente hubiera querido salvar a tu madre, sé que habría sido capaz de encontrar algún medio. Voy a contarte algo, Puffin. Algo que no fui capaz de confesarme ni a mí mismo durante muchos, muchos años. Ayudé a Wang a llevarse a tu madre porque parte de mí deseaba que se convirtiera en su esclava. Que la «usara» sexualmente, noche tras noche. Porque, ¿sabes?, yo siempre la había mirado con lujuria; desde el principio, desde los días en que me alojaba en tu casa. Oh, sí, cómo la deseaba... Y entonces, cuando tu padre os abandonó, creí llegada mi oportunidad. Me creía su sucesor natural. Pero..., pero tu madre jamás me había mirado *de ese modo*. Lo supe cuando tu padre se fue de casa. Me respetaba como a alguien bueno y decente... Oh, no..., era imposible. Ni en un millar de años podría presentarme ante ella como pretendiente. Y me sentía furioso. Me sentía tan furioso. Y cuando sucedió lo de Wang Ku, me excité. ¿Me oyes, Puffin? ¡*Aquello me excitaba!* En las más oscuras horas de la noche, cuando se la hubo llevado, me sentía excitado. A lo largo de todos aquellos años viví vicariamente, a través de Wang. Era casi como si yo también hubiera «conquistado» a tu madre. Me daba placer a mí mismo muchas, muchas veces, imaginando lo que le estaría pasando en aquel momento. ¡Vamos, adelante! ¡Mátame! ¿Por qué vas a perdonarme? ¡Has oído lo que te he contado! ¡Ven y mátame como a una rata!

Me quedé un largo rato allí quieto, en la parte más oscura de la estancia, dándole la espalda, oyendo cómo respiraba. Finalmente me volví hacia él y dije en voz muy baja:

—Me has dicho antes que crees que aún está viva. ¿Sigue con Wang Ku?

—Wang murió hace cuatro años. Y su ejército fue disuelto por Chiang Kai-shek. No sé dónde podrá estar ahora, Puffin. Te lo digo de verdad.

—Bien. La encontraré. No descansaré hasta lograrlo.

—No será fácil, muchacho. Hay una guerra asolando el país. Pronto se extenderá por todos los rincones.

—Sí —dije. Y me atrevo a aventurar que pronto se extenderá por todo el planeta. Pero no es culpa mía. De hecho, ya poco me importa. Pienso empezar de nuevo, y lo primero que voy a hacer es encontrarla. ¿Tienes que contarme algo más que pueda ayudarme en mi pesquisa?

—Me temo que no, Puffin. Te lo he contado todo.

—Entonces adiós, tío Philip. Siento no poder darte las gracias.

—No te preocupes. No falta gente deseosa de darle las gracias a la Serpiente Amarilla. —Soltó una risa rápida. Y luego dijo con voz cansina —: Adiós, Puffin. Espero que la encuentres.

Séptima parte

Londres, 14 de noviembre de 1958

Fue mi primer viaje largo en muchos años, y durante los dos días siguientes a nuestra llegada a Hong Kong seguía estando muy cansado. Viajar en avión es increíblemente rápido, pero las condiciones son incómodas: hay mucha desorientación, muchas apreturas. Mis dolores de cadera volvieron con redoblada intensidad, y también un dolor de cabeza persistente que duró gran parte de mi estancia y sin duda vició mi visión de la colonia. Sé que quienes han hecho este viaje han vuelto con la boca llena de alabanzas: «Un lugar que mira hacia adelante», dicen siempre. «Y asombrosamente bello». Sin embargo, la mayor parte de aquella semana el cielo estuvo encapotado, y las calles opresivamente atestadas de viandantes. Supongo que llegué a apreciar —en los letreros chinos de las tiendas, o simplemente en los chinos que se ocupaban de sus asuntos en los mercados— algún vago eco de Shanghai. Pero tales ecos me resultaron en su mayoría incómodos. Era como si, en una de esas aburridas cenas a las que solía asistir en Kensington o Bayswater, me hubiera topado con una prima lejana de una mujer a la que antaño había amado. Una prima cuyos gestos, expresiones faciales y pequeños encogimientos de hombros te espolean la memoria, pero que no deja de ser, en conjunto, sino un torpe e incluso grotesco remedo de una imagen mucho más preciada.

Pero me sentía feliz de contar con la compañía de Jennifer. Cuando insinuó por primera vez que quizás viniera conmigo, yo no la había animado en absoluto. Porque ya en aquellos días —hablo de sólo cinco años atrás— tendía a considerarme poco menos que un inválido, en especial cuando el pasado, o el Lejano Oriente, volvía a surgir en mi vida de algún modo. Supongo que a una parte de mí lleva mucho tiempo contrariándole esta especie de exceso de solicitud por su parte, y sólo cuando reparé en la

idea de que quizás deseaba genuinamente alejarse de sus cosas durante una temporada, que también ella tendría sus propias preocupaciones y que aquel viaje podría venirle bien, me avine a que viajara conmigo.

Había sido sugerencia de Jennifer el que tratáramos de prolongar nuestro viaje a Shanghai, y supongo que no nos habría sido imposible hacerlo. Habría podido hablar con unos cuantos viejos conocidos, hombres que siguen teniendo influencia en el Foreign Office, y estoy seguro de que podríamos haber entrado en China continental sin ningún problema. Sé de otros que lo han hecho. Pero, según cuentan, Shanghai no es hoy sino una sombra fantasmal de lo que fue. Los comunistas han tenido cuidado de no destruir físicamente la ciudad, de forma que mucho de lo que un día fue la Colonia Internacional ha permanecido intacto. Las calles, aunque «bautizadas» de nuevo, son perfectamente reconocibles, y se dice que cualquiera que hubiera conocido el Shanghai de antaño no tendría la menor dificultad para moverse por la urbe. Pero los extranjeros, por supuesto, han sido desterrados, y lo que antes eran lujosos hoteles y night-clubs son ahora los despachos burocráticos del gobierno del presidente Mao. En otras palabras: es muy probable que el Shanghai de hoy no sea sino un remedo doliente de la ciudad de entonces, como sucede con Hong Kong.

He oído, por cierto, que mucha de la pobreza —y también de la adicción al opio, contra la que tanto luchó mi madre en aquel tiempo— ha disminuido enormemente bajo el imperio de los comunistas. Hasta qué punto han sido erradicados tales males es algo que habrá que ver en el futuro, pero parece evidente que los comunistas han conseguido en unos años lo que la filantropía y las fervorosas campañas no habían logrado en décadas. Recuerdo que la primera noche que pasamos en Hong Kong —mientras me paseaba por mi cuarto del Excelsior Hotel, atento a mi cadera y tratando de recuperar el equilibrio interno— me pregunté qué habría pensado mi madre de todo ello.

No fui a Rosedale Manor hasta el tercer día de nuestra estancia. Había quedado claro hacía tiempo que la visita la haría solo, pero Jennifer, que llevaba toda la mañana observando cada uno de mis movimientos, al verme salir después del almuerzo no pudo evitar manifestarme vehementemente su protesta.

Aquella tarde el sol había logrado asomar por entre el cielo encapotado, y mientras mi taxi ascendía por la ladera de la colina, las praderas de césped bien cuidado de ambos lados de la carretera eran regadas y cortadas por jardineros en chaleco. Al final el terreno se hizo plano, y el taxi se detuvo frente a una gran casa blanca de estilo colonial inglés, con largas hileras de ventanas con postigos y un ala nueva a uno de los costados. En tiempos había sido una mansión espléndida, desde la que se veía el mar y gran parte del lado oeste de la isla. Cuando me quedé allí de pie mirando hacia el puerto, con la brisa en la cara, pude ver a lo lejos un funicular que ascendía la ladera de una colina. Al volverme hacia la casa, sin embargo, comprobé que la habían dejado deteriorarse; la pintura de los alféizares de las ventanas y de los marcos de las puertas se había cuarteado y desconchado.

Dentro, en el vestíbulo, se percibía un tenue olor a pescado hervido, pero el lugar parecía impecablemente limpio. Una monja china me condujo por un crujiente pasillo hasta el despacho de la hermana Belinda Heaney, una mujer de edad mediana y expresión seria, ligeramente adusta. Y fue allí, en aquel pequeño despacho atestado, donde la hermana me contó cómo la mujer que conocían como «Diana Roberts» había llegado a la residencia a través de una organización de enlace que trabajaba con extranjeros «varados» en la China comunista. Las autoridades chinas, al conocer su caso, la sacaron de una institución para enfermos mentales de Chunking en la que había estado internada desde el final de la guerra. Y al cabo fue trasladada a Hong Kong.

—Es posible que se haya pasado allí la mayor parte de la guerra —dijo la hermana Belinda. No quiero ni pensar, señor Banks, en qué tipo de lugar era ése. Una persona internada allí bien podía no volver a dar señales de vida jamás. Sólo por ser una mujer blanca se la pudo identificar en medio de todo aquel hacinamiento. Los chinos no sabían qué hacer con ella. Lo que querían, de todas formas, era que todos los extranjeros se fueran de China. Así que al final la enviaron aquí, y lleva con nosotros casi dos años. Cuando llegó estaba muy, muy inquieta. Pero al cabo de un mes o dos, las virtudes de Rosedale Manor —la paz, el orden, la oración...— empezaron a obrar su efecto en ella. Hoy no reconocería usted en ella a la pobre criatura

que tuvimos que acoger a su llegada. Está mucho más calmada. ¿Es usted pariente suyo, me ha dicho?

—Sí, es muy posible que lo sea —dije. Y como estoy de visita en Hong Kong, he pensado que estaría bien que pasara a visitarla. Es lo menos que puedo hacer.

—Bien, nos alegrará saber cualquier noticia de su familia, de sus amigos íntimos; cualquier nexo con Inglaterra. Entretanto, los visitantes serán siempre bienvenidos.

—¿Tiene muchos?

—Sí, regularmente. Tenemos un plan humanitario, y las visitan los alumnos del St Joseph College.

—Entiendo. Y ¿se lleva bien con las otras residentes?

—Oh, sí. No nos da ningún problema. ¡Si pudiéramos decir lo mismo de algunas otras internas!

La hermana Belinda me condujo por otro largo pasillo hasta una sala grande y soleada —tal vez un comedor en otro tiempo—, donde unas veinte mujeres vestidas con batas de color beige estaban sentadas o se paseaban arrastrando los pies de un lado a otro. Las puertaventanas estaban abiertas, y se divisaban los terrenos de la finca. El sol entraba a través de los cristales y bañaba el piso de tarima. De no ser por el gran número de jarrones llenos de flores recién cortadas, me habría dado la impresión de estar en una guardería. Había vivas acuarelas colgadas profusamente por las paredes, y en determinados puntos podían verse pequeñas mesas con tableros de damas, barajas de cartas, papel y lápices de colores. La hermana Belinda me dejó en la entrada y se dirigió hacia un piano vertical donde había otra monja sentada, y varias de las mujeres presentes dejaron lo que estaban haciendo para mirarme con fijeza. Otras parecían súbitamente tímidas, y trataban de esconderse. Casi todas eran occidentales, aunque pude ver también a una o dos eurasiáticas. Entonces alguien empezó a gemir de modo estentóreo en algún lugar del edificio, a mi espalda, y, curiosamente, ello pareció apaciguar a las mujeres que había en la sala. Una dama de pelo hirsuto que había a unos metros sonrió abiertamente y dijo:

—No se preocupe, querido, es Martha. ¡Está montando otro escándalo!

Distinguí en ella el acento de Yorkshire, y me estaba preguntando qué avatares de la fortuna podían haberla hecho arribar a aquel lugar cuando volvió la hermana Belinda.

—Diana debe de estar afuera —dijo. Si hace el favor de seguirme, señor Banks.

Salimos a través de las puertaventanas a unos jardines bien cuidados que ascendían y descendían en todas direcciones, como a modo de recordatorio de que nos hallábamos cerca de la cima de una colina. Mientras seguía a la hermana Belinda y pasábamos junto a arriates llenos de geranios y tulipanes en flor, tuve una vista panorámica del terreno que se extendía por encima de los setos bien cortados. A un lado y a otro, viejas damas en batas beige se sentaban al sol haciendo punto, charlando entre ellas, o susurrando para su coledo inocuamente. En un momento dado, la hermana Belinda se detuvo un instante para mirar a su alrededor, y luego me condujo por una pradera de césped en pendiente hacia una verja blanca que daba a un pequeño jardín vallado.

En él no había más que una persona: una anciana sentada al sol, al fondo de un retazo de hierba fina, que jugaba a las cartas en una mesa de hierro forjado. Se hallaba ensimismada, y cuando nos acercamos no levantó la mirada. La hermana Belinda le tocó en el hombro suavemente y dijo:

—Diana. Aquí hay un caballero que ha venido a visitarla. Viene de Inglaterra.

Mi madre nos sonrió a ambos y volvió a su juego.

—Diana no siempre entiende lo que se le dice —dijo la hermana Belinda. Si se necesita que haga algo, hay que repetírselo una y otra vez hasta que lo entiende.

—Me pregunto si podría hablar con ella a solas.

A la hermana Belinda no le gustó mucho la idea, y durante unos segundos pareció buscar una razón para negarse. Al cabo, sin embargo, dijo:

—Si lo prefiere así, señor Banks... Estoy segura de que tendrá sus razones. Estaré en la sala general.

Cuando la hermana Belinda se hubo ido, miré detenidamente a mi madre, que seguía con las cartas. La vi mucho más menuda de lo que esperaba, y muy encorvada de hombros. Tenía el pelo plateado, y lo llevaba

peinado en un ceñido moño. De vez en cuando, mientras seguía mirándola, mi madre levantaba la mirada y me sonreía, pero en sus ojos percibí como un rastro de miedo que no le había visto antes en presencia de la hermana. Su cara no estaba tan llena de arrugas como yo había imaginado, pero los dos gruesos pliegues bajo los ojos eran tan hondos que parecían casi incisiones. El cuello, quizás debido a alguna herida o dolencia, se le había hundido en el tronco de tal forma que cuando miraba las cartas de lado a lado se veía obligada a mover también los hombros. De la punta de la nariz le colgaba una mínima gota, y yo había ya sacado un pañuelo para secársela cuando caí en la cuenta de que si lo hacía podía alarmarla innecesariamente. Así que dije con voz suave:

—Siento no haber podido enviarte ningún aviso de que venía a visitarte. Me doy perfecta cuenta de que esto puede suponerte una especie de *shock*... —Callé, ya que era evidente que no me estaba escuchando. E instantes después dije—: Mamá, soy yo. Christopher.

Alzó la vista y me dirigió una sonrisa casi idéntica a las anteriores, y luego volvió a sus cartas. Supuse que estaba haciendo un solitario, pero cuando me fijé detenidamente vi que jugaba a un extraño juego propio. En un momento dado la brisa hizo que se volaran de la mesa unas cuantas cartas, pero no pareció importarle. Las recogí de la hierba y se las entregué, y ella me dijo sonriendo:

—Se lo agradezco mucho. Pero no era necesario. Me gusta dejarlas ahí hasta que hay un buen montón encima de la hierba. Es entonces cuando las recojo, todas de una vez, ¿lo entiende? De todas formas, no pueden volarse fuera de la colina, ¿no le parece?

Durante los minutos que siguieron continúe observándola. Luego mi madre empezó a cantar, lo hacía muy quedamente, para sí misma, casi para sus adentros, mientras sus manos cogían las cartas y las iban colocando. Su voz era muy débil —me resultaba casi imposible reconocer lo que estaba cantando—, pero lo hacía de forma melodiosa y parecía fluirle sin esfuerzo. Y mientras seguía allí mirándola y escuchándola, me vino a la memoria un fragmento de recuerdo: un día ventoso del estío, en nuestro jardín, ella sentada en el columpio, riendo y cantando a plena voz, y yo brincando ante ella, diciéndole que parase.

Me incliné hacia adelante y le toqué una mano. Ella se apartó bruscamente, y me miró airada.

—¡Mantenga las manos quietas, señor! —dijo en un susurro escandalizado. ¡Manténgalas *quietas*!

—Lo siento —dije. Retrocedí un poco para tranquilizarla. Ella volvió a manipular las cartas, y cuando levantó de nuevo la mirada me dirigió una sonrisa como si nada hubiera pasado.

—Mamá —dije despacio. Soy yo. He venido desde Inglaterra. Siento enormemente no haberlo podido hacer antes. Me doy cuenta de que te he fallado. Terriblemente. He hecho todo lo que he podido, pero ya ves: al final todo me ha superado. Y me doy cuenta de que ya es tarde, irremediablemente tarde.

Debí de echarme a llorar, porque mi madre alzó la vista y se quedó mirándome. Y dijo:

—¿Tiene dolor de muelas, señor mío? Si es así, será mejor que hable con la hermana Agnes.

—No, estoy bien. Pero me pregunto si has entendido lo que te estoy diciendo. Soy yo. Christopher.

Mi madre asintió con la cabeza y dijo:

—De nada vale que lo demore, señor mío. La hermana Agnes rellenará el formulario.

Entonces tuve una idea.

—Mamá —dije. Soy Puffin. *Puffin*.

—Puffin... —De pronto se quedó muy quieta. Puffin...

Durante largo rato mi madre no dijo nada, pero la expresión de su cara había cambiado por completo. Había alzado de nuevo la mirada, pero sus ojos se hallaban fijos en algún punto por encima de mi hombro, y una suave sonrisa le arrugaba la cara.

—Puffin —repitió con voz queda, para sí misma; y por espacio de un instante pareció sumirse en una entera felicidad. Luego sacudió la cabeza y dijo—: Ese chico. Me preocupa tanto.

—Espera un momento —dije. Espera: supón que ese hijo tuyo, ese Puffin... Supón que descubres que ha hecho todo lo posible, que ha tratado

con todas sus fuerzas de encontrarte, y que al final no ha podido. Si supieras eso, ¿crees que..., crees que serías capaz de perdonarle?

Mi madre siguió mirando más allá de mi hombro, pero una expresión de perplejidad se había instalado en su semblante.

—¿Perdonar a Puffin? ¿Ha dicho usted perdonar a Puffin? ¿Por qué? — Luego volvió a sonreír con expresión radiante. Ese chico. Dicen que le va bien. Pero una nunca puede estar segura con él. Oh, ese chico me preocupa tanto. No se hace usted una idea.

—Puede que te parezca tonto —le dije a Jennifer cuando volvimos a hablar del viaje el mes pasado—, pero fue en ese momento, cuando dijo eso, cuando lo comprendí. Me refiero a que caí en la cuenta de que jamás había dejado de amarme, de que me ha amado siempre a lo largo de todos estos años. Lo único que quiso en todo este tiempo fue que su hijo tuviera una buena vida. Y todo lo demás, todos mis intentos de encontrarla, y de salvar al mundo de la ruina, no habrían hecho variar un ápice ese deseo inquebrantable. Sus sentimientos hacia mí estaban *allí*, en ella, y no dependían de *nada* más. Supongo que no debería parecerme tan extremadamente sorprendente. Pero me ha llevado tanto tiempo comprenderlo...

—¿Crees de verdad —me preguntó Jennifer— que no tuvo el más mínimo barrunto de quién eras?

—Estoy seguro de que no. Pero quería decir lo que decía, y sabía lo que estaba diciendo. Dijo que no había nada que perdonar, y se sorprendió genuinamente cuando le sugerí que podía haberlo. Si hubieras visto su cara cuando por primera vez dije ese nombre, tampoco a ti te cabría la menor duda de lo que digo. Nunca dejó de amarme; nunca, ni un solo instante.

—Tío Christopher, ¿por qué crees que no les dijiste a las monjas quién eras realmente?

—No estoy seguro. Parece extraño, lo sé, pero al final no lo hice, eso es todo. Además, no vi razón alguna para sacarla de aquel lugar. Parecía tan contenta, en cierto modo. No exactamente feliz. Pero como si el dolor hubiera pasado. No habría estado mejor en una residencia en Inglaterra.

Supongo que es algo parecido a lo de la discusión sobre el país donde debía ser enterrada. Después de su muerte, pensé repatriar su cuerpo para que descansara en su país. Pero cuando lo pensé más detenidamente, rechacé la idea. Había vivido toda su vida en el Este, y creo que ella habría preferido quedarse allí para siempre.

Era una gélida mañana de octubre, y Jennifer y yo estábamos paseando por un sendero sinuoso de Gloucestershire. Yo había pasado la noche en un hostel cercano a la casa de huéspedes donde ella vivía entonces, y la había ido a buscar poco después del desayuno. Acaso no supe ocultar debidamente la tristeza que me producía la modestia de sus últimos alojamientos, porque, pese al frío helador, rápidamente insistió en enseñarme las vistas de un cercano cementerio del valle del Windrush. Mientras caminábamos sendero abajo, divisé al fondo la verja de una granja. Pero antes de llegar a ella, Jennifer hizo que dejáramos el sendero para pasar por una brecha que había en el seto.

—Ven a ver esto, tío Christopher.

Nos abrimos paso a través de un trecho lleno de ortigas, y al poco estábamos de pie junto a unas rejas. Entonces vi los campos que descendían por la ladera hasta el valle.

—Una vista maravillosa —dije.

—Desde el cementerio se alcanza a ver aún más lejos. ¿No has pensado alguna vez mudarte aquí también? Londres, hoy día, está demasiado atestado de gente.

—Ya no es lo que era, es cierto.

Seguimos allí un momento, el uno junto al otro, contemplando el panorama.

—Lo siento —dije. No he venido mucho por aquí últimamente. Supongo que han pasado ya unos cuantos meses. No sé qué diablos he podido estar haciendo.

—Oh, no deberías preocuparte tanto por mí.

—Pero me preocupo. Claro que me preocupo.

—Todo ha pasado ya —dijo Jennifer. Todo lo del año anterior. Ya no volveré a intentar ninguna tontería como aquélla. Ya te lo he prometido. Fue una época especialmente mala, eso es todo. Además, nunca pretendí

realmente hacerlo. Estoy segura de que aquella ventana se había quedado abierta.

—Pero aún eres una mujer joven, Jenny. Con tantas cosas por delante. Me deprime el que siquiera llegases a pensar en algo así.

—¿Una mujer joven? Treinta y un años. Sin hijos, sin marido. Supongo que sí, que aún hay tiempo. Pero tendré que tener la voluntad de pasar por todo de nuevo. Me siento tan cansada; a veces pienso que me conformaría con una vida tranquila. Podría trabajar en una tienda en cualquier parte, ir al cine una vez a la semana, y no hacer daño a nadie. No hay nada malo en una vida así.

—Pero no vas a conformarte con eso. Ésa no es la Jennifer que yo conozco.

Lanzó una pequeña risa.

—Pero es que no tienes la menor idea de cómo es esto... Una mujer de mi edad tratando de encontrar un idilio en un lugar como éste. Patronas y huéspedes cuchicheando acerca de ti cada vez que sales de tu cuarto. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Anunciarme? Eso desataría multitud de habladurías, y no es que a mí fuera a importarme...

—Pero eres una mujer muy atractiva, Jenny. Lo que quiero decir es que, cuando la gente te mira, puede ver tu espíritu, tu bondad, tu delicadeza. Estoy seguro de que va a sucederte algo.

—¿Crees que la gente ve mi espíritu? Tío Christopher, eso es sólo porque al mirarme sigues viendo a la pequeña niña que un día conociste.

Me volví y la miré fija, atentamente.

—Oh, Dios... Pero si sigue ahí —dije. Puedo verla. Aún está ahí, debajo de todo lo demás, esperando. El mundo no te ha cambiado tanto como piensas, querida mía. Se ha limitado a darte algo parecido a un shock, eso es todo. Y, a propósito, déjame decirte que en el mundo hay un *buen puñado* de hombres decentes. Te lo haré saber. Tú sólo tienes que dejar de hacer todo lo posible por evitarlos.

—De acuerdo, tío Christopher. Trataré de hacerlo mejor la próxima vez. Si es que la hay.

Seguimos contemplando el paisaje, y un ligero viento nos rozó la cara. Al final dije:

—Tendría que haber hecho más por ti, Jenny. Lo siento.

—Pero ¿qué es lo que podrías haber hecho? Si mi cabeza tonta está convencida de...

—No, me refiero... Me refiero a años atrás. Cuando te hacías mayor. Tendría que haber estado más contigo. Pero estaba demasiado ocupado tratando de resolver los problemas del mundo. Debería haber hecho mucho más por ti de lo que hice. Y lo siento. Al fin lo he dicho. Siempre quise decírtelo.

—¿Cómo puedes disculparte, tío Christopher? ¿Dónde estaría yo ahora si no llega a ser por ti? Era una huérfana, no tenía a nadie. No debes disculparte nunca. Te lo debo todo.

Me acerqué a la valla y toqué una húmeda tela de araña suspendida entre las rejas. Era tan tenue que se rompió y quedó colgando de mis dedos.

—¡Oh, odio ese tacto! —exclamó Jennifer. ¡No puedo soportarlo!

—A mí siempre me ha gustado. Cuando era niño, solía quitarme los guantes para hacer esto.

—Oh, ¿cómo has podido...? —Se echó a reír ruidosamente, y de pronto me fue dado ver a la Jennifer de siempre. ¿Y qué me dices de ti, tío Christopher? ¿De casarte tú? ¿No piensas nunca en ello?

—Demasiado tarde para eso. Definitivamente.

—Oh, no sé... Te las arreglas muy bien viviendo solo. Pero tampoco es lo óptimo. No, señor. Te hace taciturno. Deberías pensártelo. Siempre estás mencionando a esas damas amigas tuyas. ¿No te ha *conseguido* ninguna de ellas?

—Me tienen para almorzar. Pero no para mucho más, me temo. — Luego añadí—: Hubo una mujer una vez. En aquel tiempo. Pero pasó, como ha ido pasando todo. —Solté una risa breve. Si se mira bien, mi gran vocación acabó interponiéndose en muchas de las cosas de mi vida.

Creo que, en aquel momento, aparté la vista de ella. Sentí que me tocaba el hombro, y cuando me volví hacia ella vi que me estaba mirando a la cara con ternura.

—No deberías hablar siempre con tanta amargura de tu carrera, tío Christopher. Yo siempre te he admirado enormemente por lo que has tratado de hacer.

—Lo intenté, es cierto. Pero a la postre mis intentos quedaron en muy poco. En fin, ahora todo ha quedado atrás. Mi mayor ambición en la vida hoy día es mantener a raya mi reumatismo.

Jennifer, de pronto, sonrió y me enlazó suavemente por el brazo.

—Sé lo que vamos a hacer —dijo. Tengo un plan. Lo he decidido. Encontraré un hombre bueno y me casaré con él, y tendré tres, no, cuatro hijos. Y viviremos en algún lugar cercano a éste, donde siempre podamos venir hasta aquí a contemplar el valle. Y tú podrás dejar tu pequeño y viciado apartamento de Londres para venir a vivir con nosotros. Como ninguna de tus damas amigas va a *conseguirte*, puedes aceptar el puesto de tío de mis futuros hijos.

Le devolví la sonrisa.

—Parece un buen plan. Aunque no sé si a tu marido le gustará mucho tenerme en su casa todo el tiempo.

—Oh, entonces te habilitaremos un viejo cobertizo o algo parecido.

—Eso suena bastante tentador. Tú mantén tu palabra al respecto y yo pensaré en ello.

—Si eso es una promesa, será mejor que tengas cuidado. Porque yo cumpliré lo que estoy diciendo, y tú *tendrás* que venir a vivir en tu cobertizo.

Durante el mes pasado, mientras deambulaba por esos días grises de Londres, vagando por Kensington Gardens junto a turistas de otoño y oficinistas que salían para el almuerzo, y encontrándome ocasionalmente con algún viejo conocido con quien a veces me iba a comer o a tomar el té, a menudo me he sorprendido pensando en la conversación que tuve aquella mañana con Jennifer. No puedo negar que me alegró mucho. Me asisten todas las razones para pensar que ha apurado el oscuro túnel de su vida y al fin ha emergido al otro extremo. Lo que de este lado la espera es algo que aún está por ver, pero no es una persona en cuya naturaleza esté aceptar la derrota fácilmente. Y, en efecto, es más que posible que llegue a cumplir el plan que me expuso a grandes rasgos —y medio en broma— mientras contemplábamos el valle aquella mañana. Y si dentro de unos años las cosas

han ido saliendo conforme a sus planes, no existe la menor duda de que aceptaré su sugerencia y me iré a vivir con ella al campo. Claro que no me apetece demasiado alojarme en un cobertizo, pero siempre podré alquilar una casita no lejos de la suya. Siento mucha gratitud hacia Jennifer. Ambos entendemos instintivamente lo que le preocupa al otro, y son las charlas como la de aquella gélida mañana de octubre lo que a lo largo de los años ha supuesto para mí una delicada fuente de consuelo.

Pero, por otra parte, la vida en el campo puede resultar demasiado apacible, y últimamente me he apegado mucho a la vida londinense. Además, de cuando en cuando aún se me acercan gentes que me recuerdan de los tiempos de antes de la guerra y desean consejo sobre tal o cual asunto. La semana pasada, sin ir más lejos, cuando fui a cenar con los Osbourne, me presentaron a una dama que enseguida me cogió la mano y exclamó:

—¿Quiere decir que es usted *Christopher Banks*? ¿Christopher Banks el detective?

Resultó que la dama en cuestión había vivido gran parte de su vida en Singapur, donde había llegado a ser «íntima amiga» de Sarah.

—Solía hablar de usted todo el tiempo —me dijo. La verdad es que me parece que le conozco de hace tiempo.

Los Osbourne habían invitado a varias personas, pero cuando nos sentaron para la cena vi que tenía al lado a la dama que instantes antes me había hablado de Sarah, e inevitablemente la conversación volvió a tomar los mismos derroteros.

—Era usted un gran amigo de ella, ¿verdad? —me estaba diciendo en aquel momento. Ella siempre hablaba de usted con tanta admiración.

—Fuimos buenos amigos, es cierto. Por supuesto, nos perdimos el rastro cuando se fue a vivir a otros lugares del Lejano Oriente.

—A menudo hablaba de usted. Contaba tantas historias del famoso detective. Nos divertía mucho con ellas cuando nos aburríamos de jugar al bridge. Siempre dijo maravillas de usted, señor Banks.

—Me emociona pensar que me recordaba tan bien. Como le digo, perdimos el contacto, aunque recibí una carta de ella una vez, como dos años después de la guerra. Hasta entonces no tuve la menor idea de cómo

había pasado ella la contienda. Quitaba importancia a su internamiento, pero seguro que no fue ninguna broma.

—Oh, seguro que no lo fue en absoluto. Mi marido y yo podíamos haber corrido perfectamente la misma suerte. Nos las arreglamos para salir para Australia justo a tiempo. Pero Sarah y M. de Villefort siempre confiaron mucho en el destino. Eran el tipo de pareja que salía por la noche sin ningún plan preconcebido, felices de ver cómo se topaban con unos y otros. Una actitud encantadora la mayoría de las veces, pero no cuando los japoneses están ante tu puerta. ¿También lo conocía a él?

—Nunca tuve el placer de conocer al conde. Tengo entendido que volvió a Europa después de la muerte de Sarah, pero nuestros caminos nunca coincidieron.

—Oh, por la forma de hablar de Sarah yo pensaba que era usted un buen amigo de los dos.

—No. En realidad sólo conocí a Sarah durante una época temprana de su vida. Le pido disculpas si no se encuentra en situación de responderme a lo que voy a preguntarle, pero ¿le parecieron a usted una pareja feliz, ella y el conde francés?

—¿Una pareja feliz? —Mi interlocutora se quedó pensativa unos instantes. Uno nunca puede estar seguro al ciento por ciento, por supuesto; pero, con toda sinceridad, me resultaría difícil pensar lo contrario. Parecían absolutamente dedicados el uno al otro. Nunca tenían demasiado dinero, así que no podían actuar con la despreocupación y desenvoltura que les habría apetecido. Pero el conde siempre parecía tan, no sé..., tan *romántico*. Usted se ríe, señor Banks, pero es exactamente la palabra que lo define. Se sintió tan desolado por la muerte de su amada. Fue el confinamiento lo que la mató, no le quepa duda. Como en el caso de muchos otros, jamás recuperó por completo la salud. La echo mucho de menos. Era una compañera tan adorable...

Desde mi conversación con esta dama, la semana pasada, he sacado y leído varias veces la carta de Sarah —la única que recibí de ella desde que nos separamos en Shanghai hace tantos años. Está fechada el 18 de mayo de 1947, y fue escrita en una especie de reducto de montaña en Malaya. Quizás yo tenía la esperanza de que, tras mi conversación con su amiga, tal vez

sería capaz de descubrir en aquellas formales, agradables y casi anodinas líneas alguna dimensión o clave que me hubiera pasado inadvertida hasta el momento, Pero de hecho la carta sigue sin reseñar gran cosa sobre su situación, salvo en lo referente a los detalles escuetos de su vida desde que se marchó de Shanghai. Habla de Macao, de Hong Kong, de Singapur, y los describe como lugares «deliciosos», «pintorescos», «fascinantes». Menciona a su compañero francés varias veces, pero siempre de pasada, como si yo supiera ya todo lo que había que saber acerca de él. Hay una mención como despreocupada de su confinamiento bajo los japoneses, y afirma que sus problemas de salud le resultan «un tanto engorrosos». Me pregunta por mí de un modo cortés, y se refiere a su vida en el Singapur liberado como «una existencia bastante decente a la que una debe amoldarse». Es el tipo de misiva que uno escribe una tarde en una tierra extraña, movido por un impulso momentáneo, a un amigo vagamente recordado. Sólo una vez, hacia el final, sus palabras adquieren el tono de intimidad que hubo entre nosotros un día:

«No me importa decirte, mi muy querido Christopher», escribe, «que en su día me sentí decepcionada (por emplear un término suave) por cómo acabaron sucediendo las cosas entre nosotros. Pero no te preocupes. Hace mucho tiempo que he dejado de estar molesta contigo. ¿Cómo podría estarlo cuando el destino, finalmente, dispuso ser tan generoso y benéfico conmigo? Además, hoy creo que, en lo que a ti concierne, tu decisión de no venir conmigo aquel día fue la única correcta. Siempre tuviste el sentimiento íntimo de que tenías una misión que cumplir, y me atrevo a afirmar que jamás habrías podido ofrecer tu corazón a nadie ni a nada hasta que hubieras logrado llevarla a cabo. Tengo la esperanza de que al fin hayas dejado atrás todas esas tareas ineludibles, y de que también tú hayas podido encontrar esa felicidad y compañía que yo ahora he llegado a tener casi sin darme cuenta de mi buena estrella».

Hay algo en esta parte de la carta —y en especial en estas últimas líneas— que nunca me ha sonado a verdad cabal. Algunos sutiles «tonos», constantes en toda la carta —y, ciertamente, el acto mismo de escribirme en ese preciso instante de su vida—, se compadecen mal con su mención de unos días llenos de «felicidad y compañía». ¿Fue una vida con un conde

francés lo que realmente había querido encontrar cuando aquel día salió para el embarcadero de Shanghai? Lo dudo. Mi impresión es que piensa tanto en sí misma como en mí cuando habla de un sentido de misión y de lo vano que resulta intentar escapar a ella. Acaso hay quienes son capaces de vivir su vida libres de tales inquietudes. Pero para quienes no somos capaces de hacerlo, nuestro destino es encarar el mundo como huérfanos, huérfanos que a lo largo de los años persiguen las sombras de sus desaparecidos padres. En tal caso, nada puede hacerse salvo tratar de llevar nuestra misión hasta su entero cumplimiento, como mejor podamos, pues si no lo hacemos jamás nos podrá ser dado el sosiego.

No desearía parecer en modo alguno pagado de mí mismo, pero al pensar en mis días aquí en Londres creo que soy capaz de detectar en mí cierto contento. Disfruto de mis paseos por los parques, visito las galerías de arte, y últimamente, y cada día más, he dado en el necio orgullo de visitar la Sala de Lectura del Museo Británico para hojear viejas reseñas de periódicos que dan cuenta de mis casos. Esta ciudad, en fin, ha llegado a ser mi hogar, y no me importaría tener que seguir viviendo en ella el resto de mis días. Sin embargo, hay veces en que una suerte de vacío llena mis horas, y creo que voy a seguir pensando seriamente en la invitación de Jennifer.



KAZUO ISHIGURO. Escritor británico nacido el 8 de noviembre de 1954 en Nagasaki, Japón. Su familia se trasladó a Inglaterra (su padre, oceanógrafo de profesión, empezó a trabajar en plataformas petrolíferas del Mar del Norte) cuando él tenía seis años, siendo ciudadano británico a todos los efectos. Se graduó por la Universidad de Kent en 1978, haciendo después un posgrado de Literatura Creativa en la Universidad de East Anglia.

Aunque varias de sus novelas están ambientadas en el pasado, como por ejemplo *An Artist of the Floating World* (*Un artista del mundo flotante*, 1986), en donde la acción se sitúa en su ciudad natal en los años posteriores al bombardeo atómico de la misma de 1945, ha cobrado relevancia como escritor de ciencia ficción. En *Never Let Me Go* (*Nunca me abandones*, 2005) la historia transcurre en un mundo alternativo, similar pero distinto, al nuestro, durante la postrimería de los años 90 del siglo xx.

Sus novelas están escritas en primera persona y los narradores con frecuencia muestran el fracaso humano. La técnica de Ishiguro permite que estos personajes revelen sus imperfecciones de manera implícita a lo largo de la narración, creando así un patetismo que permite al lector observar los defectos del narrador al mismo tiempo que simpatiza con él.

Kazuo Ishiguro ha sido merecedor de numerosos premios, entre los que hay que mencionar el premio Booker de 1989 por *The Remains of the Day* (*Los restos del día*, 1989), aunque ha estado nominado a dicho premio en otras varias ocasiones, así como la Orden de las Artes y las Letras por parte del Ministerio de Cultura de la República Francesa.

Notas

[¹] Niñera china. (N. del T.). <<

[2] Avefría. (N. del T.). <<